

Publicación
SALA DE LECTURA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

MENDOZA - ARGENTINA

Reg. No 992242



ANALES
DE ARQUEOLOGIA
Y ETNOLOGIA



TOMO XVII - XVIII

AÑOS 1962 - 1963

INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA
RIVADAVIA 544 MENDOZA

Director

Prof. Dr. JUAN SCHOBINGER

Investigador adscripto

Prof. PABLO SACCHERO

Ayudantes de Investigación

Prof. LUBE SARA ROITMAN

NÉLIDA CUETOS

SUSANA GONZÁLEZ DEL SOLAR

Ayudantes Técnicos

VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH

BERNARDO RÁZQUÍN

Laboratorista

JULIO OSCAR FERRARI

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la Ley N° 11.723

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS
EN LA DESEMBOCADURA DEL RÍO CHOAPA
(Prov. Coquimbo, Chile)

LA CULTURA DE HUENTELAUQUEN *

Por ROBERTO GAJARDO TOBAR

*Dedicado a Mary Houston de Gajardo
descubridora de la primera pieza lítica
geométrica típica de Huentelauquen.*

Desde largo tiempo teníamos el propósito de explorar la desembocadura del Río Choapa. Había muchos motivos para hacerlo: Primero, estaba señalado este río como el límite sur del territorio en que vivieron los diaguitas. Segundo, siendo un río cuyo caudal nunca merma, con un recorrido de 150 kilómetros desde su nacimiento en las faldas occidentales del monte Mercedario (6793m de altura) y su desembocadura en la ensenada de Huentelauquen, ha debido proporcionar siempre agua y ofrecer excelente posibilidad para la radicación de pueblos y la mantención de viviendas en sus márgenes y más aún en las vecindades de su término en el mar. Tercero, no teníamos datos acerca de la zona.

En Diciembre de 1955 hicimos nuestra primera exploración de la región a la que han seguido otras posteriormente ¹.

Fuimos en aquel entonces con Don David Blair, J. D. Houston, L. Blair, M. Houston y como invitado especial el Sr. Luis Strozzi. En otras oportunidades nos han acompañado nuestros abnegados colabora-

* Esta publicación debió haberse hecho en 1956. En la primera expedición al Río Choapa nos acompañó el Sr. Luis Strozzi, quien expresó sus deseos de estudiar el material lítico recogido en aquella circunstancia para acompañar sus observaciones a las nuestras.

Como ha tenido dificultades y no ha podido hacer su comunicación hasta ahora, lo hacemos nosotros.

¹ De lo que informamos a las Sociedades Científica y Arqueológica de Valparaíso y Viña del Mar en 1956, y posteriormente al Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile en una reunión conjunta con la Sociedad Francisco Fonck y el Sr. Iribarren de la Serena.

dores L. Alvarez, M. Araya y O. Trigo. Contamos además con un equipo de diez operarios adiestrados².

El Río Choapa es de regular volumen, de curso medianamente rápido. Se forman de dos ramas con origen en el centro de la Cordillera de los Andes, siendo la principal el Río Leiva. Corre hacia el Oriente, con ligeras vueltas y termina en el mar Pacífico a nivel de los 31° grados 38' de latitud Sur, y 71 grados 44' minutos de longitud Oeste. Contribuyen a mantener su caudal otros ríos y arroyos de menor importancia. Sus riberas han sido siempre muy fértiles, y desde que se tienen datos, intensamente cultivados. Muchos pueblos y caseríos se han ido desarrollando en sus vecindades. La mayoría de ellos ocupando el sitio donde antes hubo paraderos o caseríos de indios, a saber: Tambo, Chuchiñí, Doña Juana, Tunga, Mincha y Huentelauquen.

El río Choapa ha sido considerado el límite lingüístico y cultural entre lo diaguita chileno y lo que se ha llamado hasta ahora lo picunche y lo mapuche: En verdad, desde allí comienzan a aparecer hacia el sur los nombres como Limáhuida, Culenco, etc. Al norte están los nombres diaguitas como Cogotí, Sotaquí, Punitaquí, Taboli, Limarí, Salalá, Combarbalá, Chalinga, etc.

Justamente en diferentes puntos, en las márgenes del Choapa y sus afluentes se han encontrado piezas de extraordinario valor arqueológico, sobre todo en materia de cerámica diaguita, desde la urna de 83 cm de alto de Chillepín, descrita en la "Revista de la Sociedad de Arqueología de Santiago" (1880) por Luis Montt con dibujo de R. A. Philipi y reproducida en "Aborígenes de Chile" de José Toribio Medina, hasta una serie de hallazgos de los últimos años. Los petroglifos son en esta zona muy abundantes desde los valles cordilleranos hasta el mar.

La parte que más nos interesaba era Huentelauquen y sus alrededores. Trátase de una aldea, en la margen norte del río Choapa, a corto trecho de su desembocadura, a 10 kilómetros al oriente de Mincha. Su nombre significa "sobre el mar" (de *biente* = sobre y *laquen* = mar). Entre el pueblo y el mar, en la ribera norte del río, hay dunas. La desembocadura del río, por el norte está marginada por una eminencia de tierra, la Punta Ventana, célebre por sus aberturas en la roca, que dejan pasar el mar. De Punta Ventana a la puntilla más al norte, Punta Amolanos, hay una extensa playa. Desde Punta Ventana hasta la duna,

² Nos es muy grato señalar nuestro reconocimiento a las familias Blair, Daly y Echeverría por todas las facilidades que nos dieron para efectuar nuestro trabajo y por la bondad con que nos acogieron.

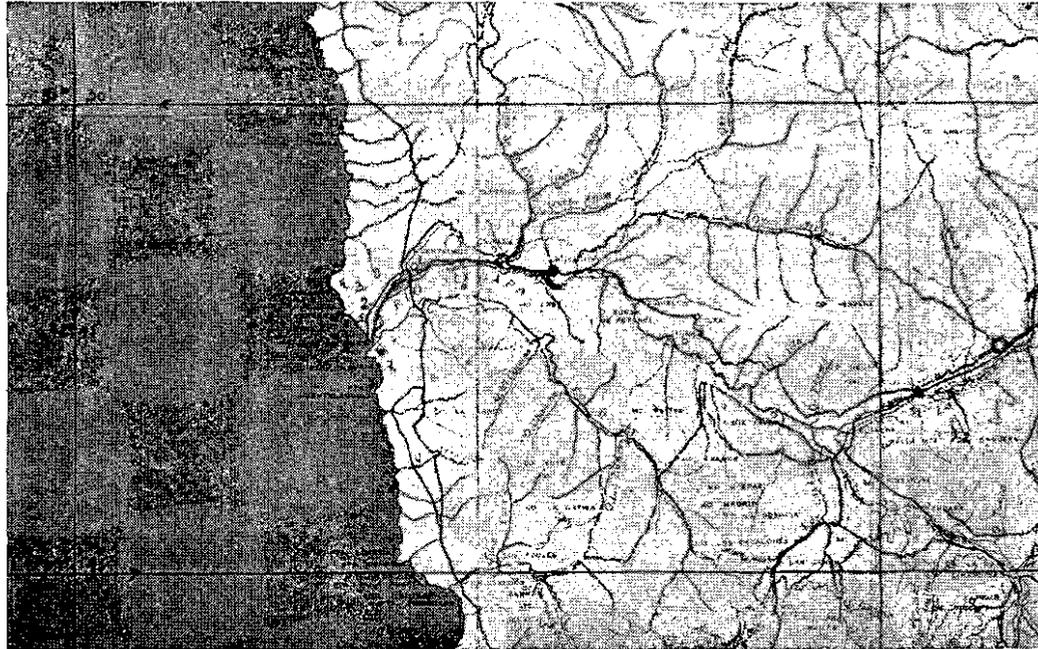


Fig. 1. - Desembocadura del río Choapa y zona de Huentelauquen. 1. - Huentelauquen, 2. - Ias Salinas, 3. - Dunas, 4. Conchal de Amolanos, 5. - Conchal de Salinas, 6. - Conchal de Jilguero, 7. - Dunas.

por el lado norte del río, existe un sector donde hay salinas, que lleva tal nombre. Entre las salinas y la duna, cerca del río hay dos curiosas formaciones naturales que parecen dos castillos de piedra, son las Torres del Choapa.

En la margen sur del río está la vastísima hacienda de Huentelauquen. El río al desembocar en el mar deja en su seno una islita. La ribera sur termina en Punta Pozo, desde allí hasta Punta Jilguero, más al sur, hay roqueríos. De Punta Jilguero a Punta Huentelauquen se extiende la playa de Huentelauquen, en la caleta del mismo nombre, desabrigada para los vientos del norte y del oriente, pero bellísima. De la playa al territorio interior hay dunas y luego terrenos secos y pedregosos.

PLAN DE TRABAJO

Nuestro programa consultaba varios puntos. En primer lugar, comprobar lo del límite de ocupación territorial por los diaguitas. En segundo, investigar qué otros pueblos poblaron la región.

Luego de nuestra llegada al lugar nos informamos de que en muchos sitios habían sido encontrados objetos indígenas, a juzgar por los datos, en su mayoría vasijas diaguitas, con llamativa ornamentación. Pudimos darnos cuenta, que lo que interesaba a la gente y lo que en parte conservaba era la cerámica pintada. Todos, salvo excepciones, se debieron a hallazgos circunstanciales, a la construcción de un canal, el trazado de un camino, la excavación de un pozo o los cimientos de una casa. De todas maneras, tratábase de hallazgos en la ribera norte del río, en el pueblo de Huentelauquen o en sus vecindades.

También supimos que en los arenales de "Los Tehos", años atrás, abundaban las puntas de proyectil.

Por fin, en las zonas vecinas al mar y en las dunas se habían encontrado piedras horadadas, en especial en el sector de Santa Elvira.

LA CULTURA DIAGUITA CHILENA

Los datos que nos habían dado nos venían a afirmar lo que hasta ahora se ha dicho en relación con el territorio que ocuparan los "diaguitas chilenos". Espontáneamente los habitantes de Huentelauquen se referían a los hallazgos y todos ellos coincidían en la preponderancia de lo diaguita en la ribera norte del río.

Supimos que bajo la iglesia de Huentelauquen, hace más o menos 30 años, se encontraron unos cántaros de greda roja con decorados. Ramón Acosta y Adolfo Ahumada los guardaron por mucho tiempo, pero se ignora donde están ahora.

Posteriormente, en las vecindades de la iglesia, el Dr. Torres de Illapel, excavó y encontró cerámica diaguita, de la que hizo una bonita colección que conservó hasta su muerte.

Decidimos explorar y excavar en ese lugar. La iglesia fue construida, no supimos cuando. Es bastante vieja, modesta y rústica construcción de adobón y de madera. Sus cimientos de piedra descansan en terreno firme. Por su costado sur poniente el terreno baja bruscamente hacia una superficie plana que se extiende hasta el río. Entre la iglesia y el comienzo del declive del terreno hay una extensión plana de unos 100 metros de largo por 9 de ancho, que se han aprovechado en mantener jardines. A los 9 metros de las murallas de la iglesia y en una extensión de más de 60 metros hay un corte artificial, antiguo, probablemente trazado de un pretendido canal o cosa por el estilo. Luego se extiende una superficie plana de igual largo pero con dos metros de ancho y a un metro más abajo que el suelo de los jardines. Más abajo, siempre en dirección al río, y en forma paralela al corte anterior hay un rebaje del terreno de un metro de hondura, al pie del cual corre un canal de riego.

Allí justamente, frente al costado sur poniente de la iglesia, entre el canal y los jardines, comprendiendo el primero y el segundo rebaje del terreno y abarcando el primer corte de 1 metro, la superficie de 2 metros y el segundo corte de 1 metro, hacemos una excavación de 3 metros de largo, por 2 de profundidad y 1.20 de ancho con el objeto de estudiar el lugar.

Se trataba de tierra vegetal, arena, ripio y piedras rodadas; al parecer todo removido antes.

Entre la superficie y 70 cm de hondura aparecieron trozos de cerámica de diferente tipo, pero revueltos. Trozos burdos, de factura tosca y gruesa, con mucha arena, mal alisados y, por cierto, sin engobe. Pedazos más finos, de material mejor trabajado, con y sin engobe. Restos de cerámica fina, muy pulida por ambos lados, con engobe y color rojo fuerte. Cerámica diaguita típica del período clásico, en la que pese a que se trataba de restos era posible admirar su belleza; y por fin, trozos muy hermosos de cerámica del 4º estilo de Greta Mostny.

Aparecieron restos de huesos humanos a 1.50 metro de profundi-

dad. El zanjón de exploración debió extenderse posteriormente por varios metros con iguales resultados.

La cerámica era clásica diaguita, de factura fina, muy homogénea con engobe rojo. A veces rojo, a veces blanco por dentro; por fuera con dibujos en negro y rojo sobre fondo blanco. El espesor de las

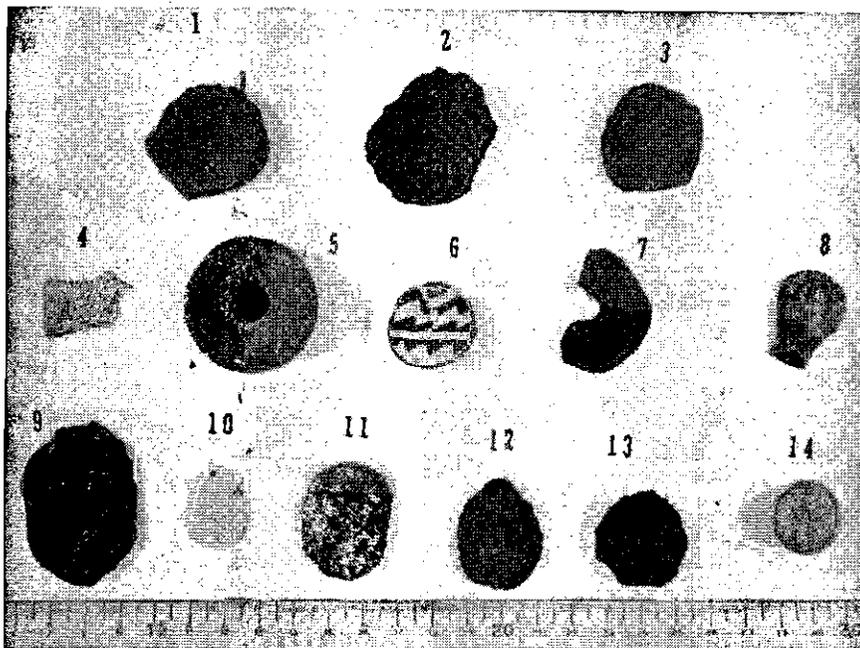


Fig. 2. - Objetos encontrados en el sector diaguita chileno. 1, 2, 3. Tejos o discos hechos con restos de cerámica. 6. Tejo hecho con cerámica de ceremonial. 4. Restos de una tortera de piedra. 5. Tortera de greda. 7. Restos de una tortera hecha con un trozo de cerámica. 8. Restos de un instrumento tajante de piedra. 9, 11, 12, 13. Tejos de piedra. 10. Adorno de piedra con incisiones. 14. Adorno de piedra.

paredes de las vasijas no mayor de medio centímetro. El borde periférico superior de los cántaros en negro. Los dibujos lineales en negro y rojo. Otras veces líneas escaleriformes, grecas, etc. También encontramos cerámica de uso culinario, en negro con francos restos de tizne de carbón por fuera.

Hacemos notar que aquí encontramos un disco o "tejo" de arcilla roja de 3,5 cm de diámetro, hecho incuestionablemente con un trozo de cerámica de un cántaro roto. El disco preparado toscamente en ma-

terial oscuro, con engobe rojo por ambos lados. Este es el primero de una serie que después hallamos.

Los otros hallazgos hechos en la excavación, a pesar de haber sido la tierra anteriormente removida, al parecer varias veces, fueron restos de huesos humanos, huesos de guanaco o de llama, restos de caparazones de erizos de mar, conchas de algunos moluscos y vértebras de pescados. También encontramos punzones de hueso y raspadores pequeños de piedra blanca.

En vista que en este sector no podíamos obtener más, dimos por terminada nuestra búsqueda.

Como en los sitios de Luis Collado, en la periferia del pueblo, en los caminos hacia el mar, siguiendo el lado alto de la ribera norte del río, se habían encontrado también restos de cántaros indígenas, decidimos practicar excavaciones allí. Se trataba de unos terrenos que habían sido cultivados en su parte plana, vecina al camino, más o menos en un ancho de cien metros y una extensión de poco más de cien. Luego la superficie se va inclinándose hacia el río con un declive que llega a un metro.

Tomamos justamente esa parte donde podría estudiarse algo de lo plano, superior, luego la zona declive.

Hicimos un corte de 15 metros de largo de Norte a Sur, de 2 metros de ancho y de 1, 2 y 3 metros de profundidad. Encontramos 0,50 metro de tierra vegetal, 1,50 de terreno de aluvión y restos de distintos materiales, luego 0,78 de arena fina sin restos y por fin 0,30 de piedras rodadas y más abajo arcilla con grava.

En las capas de tierra vegetal recogimos trozos de cerámica diaguita. En el material de aluvión había elementos líticos, núcleos de piedra, lascas y cerámica diaguita y otra burda y primitiva sin ninguna característica determinante. Algunos pedazos de huesos animales.

En resumen, no había diferencias con relación a la excavación vecina a la iglesia.

Tras las huellas de los diaguitas fuimos a dar a la parte alta de las dunas entre el pueblo y el mar. En el camino, subiendo por una parte que se denomina "La Higuera" encontramos algunas puntas de proyectil de igual forma y factura de las que hemos encontrado en algunos sectores diaguitas, finas, pequeñas, muy bien talladas, en su mayoría en cuarzo, con y sin pedúnculo, con alétas bien ostensibles. Algunos restos de cántaros diaguitas muy deteriorados con sus típicos dibujos integraban el material allí presente. El terreno había sido invadido por la arena de las dunas.

En una zona hundida, en la parte alta de las dunas, dimos con una extensión muy curiosa, donde, para admiración nuestra, ya sea porque el viento la descubriera, o porque desde mucho tiempo estuviera así, encontramos mucha cerámica diaguita, naturalmente fracturada, pero, lo que es más interesante, una serie de discos, en forma de "tejos", como el que habíamos encontrado en la primera excavación. Estos elementos también hechos con trozos de cerámica, recortados y emparejados por sus bordes para darle la forma circular. El diámetro, en todos los casos, no mayor de 3 centímetros y el espesor, según la calidad del material de que fueron hechos, de $\frac{1}{2}$ a $\frac{3}{4}$ cm.

Entre estos discos, los había con hermosas pinturas diaguitas, lo que nos llamó mucho la atención porque protegían mucho a los tiestos de ceremonial, pintados e incluso, si se quebraban, unían sus trozos mediante tiras de piel de animal, tal como se han encontrado en sepulcros. Las cuerdas pasando por pequeñas perforaciones hechas "ex profeso".

¿Pudo el pueblo diaguita hacer estos discos de incógnita utilización con trozos de sus vasijas ceremoniales? ¿Fue acaso otro pueblo el que los hizo y usó?

También encontramos discos de piedra negra del mismo tamaño y poco menores, en el mismo sector, con igual espesor.

Aquí cabe preguntarse otra cosa: ¿Fueron estos discos o "tejos" utilizados en alguna ceremonia o en algún juego o deporte?

Encontramos allí discos de greda, horadados, de 4 cm de diámetro por uno de espesor, con perforación cilíndrica de 1 cm de diámetro, trabajados en arcilla "ex profeso" para su función, que probablemente debió ser de tortera. También los hallamos de tamaño similar fabricados utilizando trozos de cerámica diaguita. Naturalmente menos parejos sus bordes periféricos. Con una perforación central cilíndrica de 1 cm, tal como en los elementos anteriormente citados.

Había también torteras amariposadas en bella piedra verde o blanca.

Por último debemos señalar la presencia allí de raspadores pequeños en piedras de colores, algunos muy hermosos; restos de objetos en huesos; lascas de diferentes formas y colores; y finalmente una buena variedad de puntas de proyectil, muy bien labradas y retocadas, en sílice, basalto, etc., de pequeño tamaño en su mayor parte, pedunculadas y apedunculadas, con aletas y sin ellas.

Entre todo esto había algunos adornos de piedra, muy finos, en material parecido a la jadeita, de no mayor tamaño de 2,5 x 1,5 cm y

2 mm de espesor, pequeña perforación de 1 mm de diámetro, y sus caras con un cuadrículado dibujado con líneas incisas.

En los potreros y en las lomas de la ribera sur del río Choapa no encontramos restos de cerámica ni objetos diaguitas. Indagamos, por otra parte, y tampoco se nos informó que se hubieran hecho hallazgos de tal tipo.

Sin embargo, en la desembocadura del río, donde se forma la laguna, en la margen sur hay unas grandes higueras y una roca que llaman "La Piedra de la Mula", en la que hay petroglifos, del tipo de los que se observan en todos los territorios que fueron diaguitas.

Posteriormente encontramos elementos de esta cultura en Puerto Manso, en Puerto Oscuro y en el Teniente.

En resumen: en las primeras excavaciones, frente a la iglesia había elementos de la cultura diaguita, muy destrozados y revueltos por anteriores excavaciones y seguramente por los trabajos agrícolas y construcciones. Estratigrafía no podía conseguirse allí. El sitio pudo ser paradero y enterratorio a la vez.

En los predios de Collao las actividades agrícolas de años atrás también habían revuelto todo; sólo hallamos la certeza de que existió allí la cultura diaguita. Eso fue probablemente un paradero.

Tal vez lo más interesante encontrado, entre los restos de la cultura diaguita chilena fueron los pequeños discos o "tejos" de 3 cm de diámetro y de medio centímetro de espesor, acerca de cuyo origen y empleo surgen algunos interrogantes.

Finalmente quedaba bien en claro la abundancia de exponentes de la cultura diaguita en las márgenes norte del río Choapa y mucho menores en la del sur.

LA CULTURA DE EL MOLLE

En Huentelauquen hay, como ya lo hemos dicho, una inmensa y hermosísima playa al sur de la desembocadura del río Choapa y otra al norte. Detrás de las playas, hacia el lomaje, hay dunas, las más extensas al lado norte. En algunas partes las dunas cambian mucho, no sólo por la acción del viento, sino también por el efecto de aluviones. Es comprensible, entonces, que en ciertas épocas haya sido posible hacer hallazgos insospechados en esa zona.

No es extraño, por lo tanto que, recorriendo las playas y las dunas de la rada de Huentelauquen, es decir al sur de la desembocadura del

río, hallásemos, en un sector, en el que debió haber pasado un aluvión, cerámica incisa con las características de la mollina, trozos de cerámica finísima negra patinada, sin dibujos, lisa, y por fin, también hermosos elementos coloreados y dibujados según las líneas mollinas. Aquí detectamos trozos de una cachimba negra de archilla, y lo que es más interesante, un tembetá quebrado.

En algunas partes, en las dunas o en terreno pedroso, rojizo y duro, encontramos eminencias tumularias, formaciones ligeramente elevadas, no más de 50 cm y con un diámetro de 6 a 8 metros, demarcados por un círculo de piedras naturales de diverso color. En el centro de estos círculos, otras veces ocupando casi toda la extensión, hallamos piedras más pequeñas. En otros casos, el centro estaba marcado por gruesas piedras.

Decidimos hacer una excavación en el centro de una de estas formaciones, analizando el terreno de una fosa de 3,89 metros de largo por 1 de ancho y 2.16 de profundidad.

El terreno era arenoso, tal vez una antigua duna y no cambió hasta los 2 metros de hondura en cuyo nivel encontramos ripio y greda, casi tan dura como piedra. En la excavación encontramos unos pocos restos de huesos, convertidos en polvo. En el fondo un polvillo amarillo muy tenue y nada más. Puede que esta excavación no haya sido lo suficientemente profunda como para un hallazgo, pero la calidad del terreno profundo era difícil de dejar pasar y se estimó lo más seguro fuese que no tuviera restos humanos.

La excavación la hicimos en una de las citadas formaciones, en las dunas bajas del norte de la desembocadura del río. Pero encontramos los dichos círculos de piedra, tanto en el Sur como en el Norte.

En resumen, podemos decir que encontramos restos de la cultura de El Molle en ambas riberas del río Choapa, y, muy categóricas, sobre todo en las dunas del Sur.

LOS CONCHALES

Los hay en las zonas más alejadas de las extensas playas de Huentelauquen, al sur y al norte del río Choapa y en las dunas. Son estos conchales (*Kjoekkenmoeddinger*) pequeños o dilatados, de escaso o de grueso espesor. Los más delatan una larga ocupación.

En la mayoría de ellos hay una abigarrada masa de conchas, entre las que pueden distinguirse fácilmente los restos de locos (*Concholepas*

concholepas BRUGIÈRE), Machas (*Mesoderma donatium* LAMARCK), Tapas (*Fissurella* sp.), ostiones (*Plagioctenium purpuratum* (LAMARCK)), almejas (*Protothaca thaca* MOLINA), choros (*Choromytilus chorus* MOLINA), tacas (*Venus chilensis*), y otras, y trozos de huesos de pescado como jurel (*Trachurus Murphyi* NICHOLS) corvina (*Cilus chilensis* MOLINA, etc.), además de restos de osamentas de animales terrestres, mamíferos y aves. En algunas partes también se encuentran conchas de caracoles de tierra (*Bulimus*).

En los conchales hallamos abundantes restos de material lítico: piedras naturales de las que habían sido retirados trozos a golpes de piedra, hasta núcleos de los que se habían extraído mucho; lascas de diferentes formas y tipos; pulidores; raspadores; golpeadores; piedras planas grandes, que por lo gastado de sus superficies debieron servir para moler; manos de moler, muy gastadas también y, algunas bastante teñidas de rojo oscuro; piedras aguzadas y largas punzantes y cortantes. Todo esto tanto en los conchales del sur como en los del norte del río. En todos ellos, a su vez, encontramos puntas de proyectil de diverso material, en algunos casos obscuras y toscas, en otros de piedras de bellísimos colores, predominando las formas gruesas triangulares isoscelicas y las triangulares equiláteras.

Había una variedad: sin pedúnculo y pedunculadas. En las sin pedúnculos: con aletas y sin aletas; con base rectilínea y con base cóncava; con bordes lisos y con bordes dentados. En las pedunculadas, unas eran con aletas y otras sin ellas. De todas maneras, el menor número era con aletas y con pedúnculo. Su tamaño fluctuaba entre 2-3 y 4 cm por 1,5 y 2 cm de ancho en las partes más anchas. Algunas había escasamente pulidas e incluso muy poco labradas sólo por un lado. El material usado fue sílice, calcedonia, cuarzo y pedernal.

En los conchales del sur del Choapa encontramos cerámica muy tosca, de factura grosera, de material con mucha arena y poca arcilla, oscura, de uno, uno y medio y dos centímetros de espesor, sin engobe ni color.

En los conchales del norte del río había cerámica tosca y una cerámica negra, más fina, de material más homogéneo, negro, con poca arena, con engobe por fuera. También restos de una cerámica roja, de arcilla pareja, con poca arena, con engobe por fuera. Su espesor no mayor de 8 milímetros.

En el extremo norte de la playa, de la ribera norte del río, hacia la Punta de Amolanos, en las dunas, encontramos varios conchales exclusivamente de locos gigantes (*Concholepas concholepas* BRUGIÈRE).

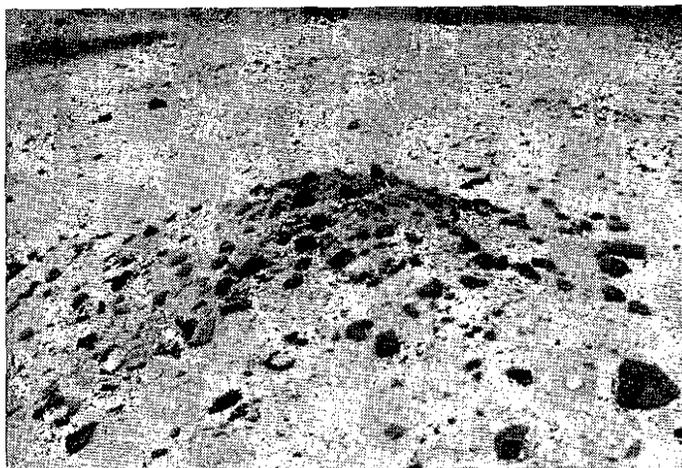


Fig. 3. - Conchales al norte del río Choapa. Formaciones tumulares.

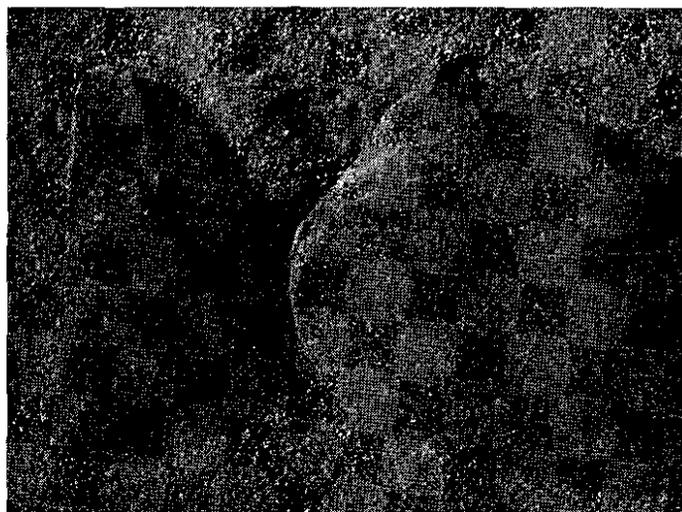


Fig. 4. - Conchales del extremo norte de Huentelauquen. Conchales exclusivos de locos (*Concholepas concholepas*). Instrumentos para extraer el molusco.

Allí hallamos, entre un cerro de conchas de locos, unas piedras planas, de superficie lisa, en las que se veía el evidente efecto del golpeo, de 20, 25, 30 y 40 centímetros de diámetro, con un espesor de no más de 3 a 4 centímetros, de periferia redondeada y de color obscuro, rojizo, de granito. En verdad parecían verdaderos platos gigantes!

Junto a estas piedras estaban unos instrumentos de piedra, largos, incurvados, gruesos, de forma de un grosero arco, hechos aprovechando piedras como el granito y el basalto, con evidentes demostraciones de haber servido para golpear. Su tamaño va desde 26 a 28 y 30 centímetros de largo por un espesor de 4 centímetros, con un peso de uno y medio kilo; con dos caras, dos bordes y dos extremos. Todo trabajado en la piedra, en forma bastante descuidada y primitiva.

La clara evidencia de haberse empleado para golpear, en sus extremos como en sus costados y su presencia en el conchal hace estimar que fueron empleados para sacar los locos de las rocas, durante las bajas de las mareas. Ahora, el haberlos hallado junto a las piedras como platos o mesas, antes citadas, enseña que debieron servir también en las manipulaciones para extraer el cuerpo de los moluscos de su concha.

Estos instrumentos se parecen a los que encontró Bird en la Herradura-Guayacan, pero están mejor trabajados y tienen el doble del tamaño de aquéllos.

Decidimos hacer un corte en el conchal que está vecino al sector de Las Salinas, por ser a nuestro juicio del mayor interés, metido entre zonas de diferente ocupación cultural.

El terreno superficial es arenoso debido al último avance de las dunas. Bajo una capa de pocos centímetros de arena muy suelta, de no más de 5 cm de espesor, encontramos conchal en terreno arenoso de 15 cm, en el que recogimos trozos de cerámica tosca, algunos golpeadores pulidos, uno que otro raspador, manos de moler y puntas de proyectil pequeñas, triangulares, de base plana; otras de forma foliácea; algunas pedunculadas y con aletas.

Por debajo de esta capa hallamos 15 cm de terreno arenoso sin restos de ninguna especie. Inmediatamente debajo había un conchal en arena y greda, que contenía, entre sus restos, algunas lascas, pulidores, raspadores, golpeadores, piedras planas, manos y unas pocas puntas de proyectil de diferentes tipos y material, de 2 y 3 cm de largo por 1 cm de ancho, en sílice, calcedonia y cuarzo. Esto en un espesor de no más de 20 cm. Bajo esta capa hallamos 25 cm de arena y greda sin nada. Luego encontramos 30 cm de conchal, difuso, ralo, en terreno gredoso, en el que reunimos unas pocas piedras naturales de las que habían sido

extraídas trozos a golpes de piedra, dándoles punta y filo relativos para ser usados como utensilios para golpear o partir. También habían piedras cortadas, golpeadores de piedras naturales, raspadores muy toscos; piedras punzantes y cortantes. Entre el material figuraban puntas de proyectil, labradas toscamente, por uno o por sus dos lados, de 4 a 7 cm de largo y 2 de ancho, pedunculadas, de pedernal y cuarzo, en colores oscuros, con escaso retoque o sin él.

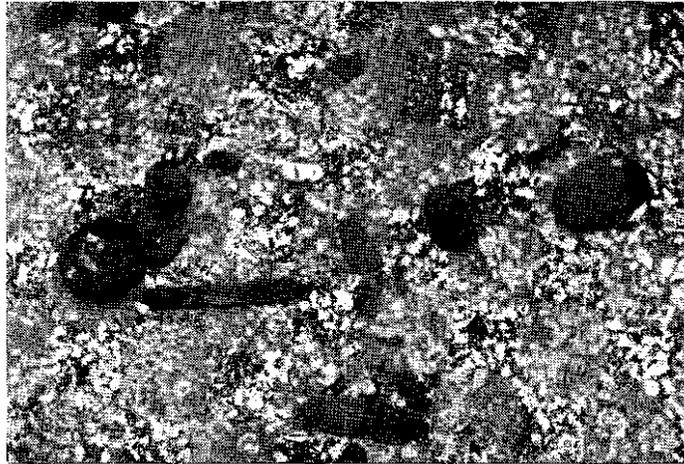


Fig. 5. - Conchales al sur del río Choapa. Manos de moler, golpeadores, núcleos y cuchillones.

Por fin, más profundamente sólo encontramos 2 metros de terreno gredoso, estéril, que en la parte más honda era durísimo.

En materia de restos de conchas, había mayor abundancia de locos en las partes superficiales y de almejas en las más profundas.

En un conchal de las dunas del lado sur de Punta Jilguero, encontramos un esqueleto semidescubierto, el que una vez aislado y estudiado, mediante una excavación, mostró que estaba en posición genupectoral laterizada, con las manos en el mentón, y que tenía sólo un ajuar lítico compuesto de 2 golpeadores, 3 manos de moler, 2 puntas de proyectil apedunculadas de base plana sin aletas, y dos piedras horadadas, una fracturada. Incuestionablemente el mismo correspondía al Pueblo de Las Cenizas o Tacitas³.

³ Véase GAJARDO TOBAR, 1958/59.

Resumiendo, se trata de conchales o *Kjoekkenmoeddinger*, como la mayor parte de las dunas de nuestra costa, con restos de moluscos en los que predominan los locos, machas y almejas, y en los que, a juzgar por la difusión y extensión de los conchales han debido albergar a mucha gente. En algunos sitios, por el poco espesor de las capas de conchas, ha sido por pocos años. En cambio, en otros lugares con gruesas capas de ellas ha debido ser larga la ocupación.

En el corte de Las Salinas se ve que hubo ocupaciones cortas y largas, mediando entre ellas largos períodos de desocupación local. Igualmente es clara la primitividad y el carácter "mesolítico" de los elementos encontrados en la capa más profunda, con elevada proporción de piedras naturales usadas directamente (golpeadores) y otras rústicamente tratadas para usarlos como instrumentos punzantes y cortantes. Sobre todo interesante resultó el grupo de puntas de proyectil de tosca factura sin o con muy poco retoque, alisados por el tiempo, de 5 a 7 cm, tratadas uni o bilateralmente, tipo que vamos a encontrar después en otras partes. En las capas conchales de más arriba el material es de tipo neolítico, las puntas de proyectil cambian y hay más variedad en los instrumentos. En las capas más superficiales (conchales de arriba) aparece tosca cerámica.

Los habitantes de las costas, sobre todo de caletas apartadas, vivieron libre y tranquilamente por milenios. Fueron casi ignorados por otros pueblos y tanto los conquistadores incásicos como los españoles no los tomaron ni en cuenta, salvo cuando estuvieron en la desembocadura de ríos importantes, en zonas estratégicas geográfica, comercial y políticamente hablando, v. gr. el río Elquí o Coquimbo, el río Aconcagua.

Como estos pobladores primitivos tuvieran una zona resguardada para vivir, alimentos, agua y tranquilidad, se hacían sedentarios, se sacrificaban lo menos posible en la lucha por la vida y se quedaban sin prosperar, llevando una vida rutinaria por milenios. Sólo graves fenómenos meteorológicos o invasiones extranjeras les deben haber obligado a abandonar los lugares en que vivieron. En el corte del conchal de Las Salinas, las capas estériles entre las de conchas hablan de la desocupación de la zona, por períodos entre los de ocupación.

Fuera de Las Salinas, en las capas superficiales de algunos conchales del norte había restos de cerámica de regular material, roja y negra; en los conchales del sur, en un punto, había también cerámica, esta vez muy tosca.

El único pueblo que pudimos identificar con seguridad en los

conchales (en un sitio al sur del río), a través de los restos de un esqueleto y de su ajuar, fue el Pueblo de Las Cenizas o de las Piedras con Tacitas.

EL PUEBLO DE LAS CENIZAS O DE LAS PIEDRAS CON TACITAS

En la desembocadura del río Choapa, esperábamos encontrar, y no podía ser de otra manera, elementos pertenecientes a la extensa cultura del pueblo de Las Cenizas o de las Piedras con Tacitas. En verdad hallamos las señas inequívocas de este pueblo en la parte baja del sector de Las Salinas, entre las dunas, la playa y las pequeñas chacrillas vecinas a la ribera del norte del río, en una zona llana, áspera y de terreno duro, de tierra rojiza, gredosa y con ripio, donde parece que hubiera pasado un aluvión.

Encontramos, en primer lugar una serie de piedras horadadas, de diferente tamaño y material, unas veces con agujero bicóncavo y otras cilíndrico, y lo que es común, en unos casos enteras y fracturadas en pedruzcos. Las había con cinco y medio centímetros de diámetro y dos y medio de espesor, con perforación cilíndrica irregular de dos y un cuarto y dos y medio centímetros de diámetro de cavidad y con peso de 150 gramos, hasta de 9, 11 y 14 cm de diámetro con 4, 5 y más de espesor, con perforación bicóncava de 4 y de 6 cm de diámetro, con peso de 500, 700, 1000, 1350 y 1900 gramos (fig. 6).

También hallamos muchas puntas de proyectil, de diferente forma y material (sílice, basalto, cuarzo, etc.). Predominaban, como es de rigor en esta cultura, las triangulares isoscélicas y equiláteras sin pedúnculos ni aletas, uni faciales o bifaciales. Muy pocas había con grueso y tosco pedúnculo toscamente talladas. Sus tamaños oscilando entre 2, 3, 4 cm de largo por 1, 2, 3 de ancho. Muchas con sus lados sensiblemente iguales.

Encontramos núcleos de piedra de diferentes tamaños, lascas, golpeadores y manos de moler.

Lo que es más interesante es que encontramos allí, semidescubiertos y a poca distancia uno de otro, aunque muy destruidos, dos esqueletos, que probablemente, como el resto del material, el aluvión debió dejar a la vista. Por su estado de destrucción no pudimos sino informarnos que estos esqueletos pertenecían a adultos, que habían sido enterrados genuflexos y que habían estado a la intemperie mucho tiempo.

En ninguna parte había restos de cerámica, ni sobre la superficie ni bajo la tierra.

Tampoco había conchales en esta zona.

Decidimos remover la tierra en parte donde parecía haber habido menos movimiento con el aluvión. Encontramos allí mucha arena sobre el terreno duro, gredoso, de que antes hablamos.

Con propósito de explorar en profundidad, hicimos un trazo de dos metros por tres, con extraordinaria suerte porque, a poco de extraer la arena superficial nos encontramos ante la parte del terreno más duro por sobre el que pasó el aluvión y, allí apareció un esqueleto, en posición genupectoral lateralizada, en la curiosa condición de haber sido seccionado en su totalidad, lateralmente, de manera que estaba sujeto por la tierra dura y firme sólo el lado derecho, habiendo sido barrido por el aluvión el izquierdo (figs. 7 y 8). Los huesos, el cráneo, la posición, etc., coincidían con lo que encontramos en Las Cenizas. La posición del brazo y mano derechos, por abajo y junto a la cara eran las mismas. La colocación de las piernas flectadas, igualmente. Todavía más, junto al cráneo había tres pequeñas piedras horadadas, dos enteras y una mitad de otra.

Trabajando mucho logramos hacer un corte de manera que extrajimos el esqueleto dentro de la tierra dura en la que estaba incrustado y, en un solo bloque lo condujimos a Viña del Mar. Hoy está en el Museo Arqueológico.

Elementos líticos del tipo del de Las Cenizas hallamos en algunas

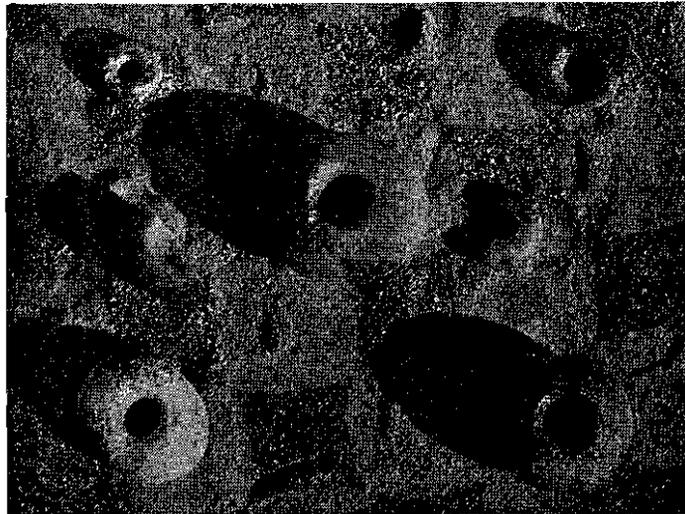


Fig. 6. - Piedras horadadas. Enteras y fracturadas.



Fig. 7. - Excavaciones en Huentelauquen.

partes de las dunas del sur también. Esta vez en conchales, cerca de Punta Jilguero.

Además de piedras horadadas, enteras y partidas, lascas, núcleos, puntas de proyectil, golpeadores y manos de moler, encontramos un esqueleto semidescubierto, muy destrozado, en posición genuflexa lateralizada. La excavación que debimos hacer, ahora llena de dificultad por el conchal y el terreno arenoso, de dos metros por lado y tres de profundidad, sólo nos demostró lo dicho antes para el esqueleto, la existencia de una piedra horadada quebrada cerca de la cabeza y, una entera, dos golpeadores, tres manos de moler y dos puntas de proyectil equiláteras, apedunculadas y sin aletas.

Dados estos hallazgos, buscamos piedras con tacitas. No dimos con

facilidad con tales elementos en su forma típica, pero encontramos en unas rocas planas dos tipos de excavaciones. Al lado de las tacitas típicas habían sido hechas otras menos profundas y ligeramente alargadas. Este tipo lo volvimos a encontrar más tarde en los llanos y las dunas de Tongoy y de Guanaqueros.

En resumen, el pueblo de Las Cenizas o de las Piedras con Tacitas, tan ampliamente extendido por el territorio nacional, estaba aquí, como lo esperábamos, con sus mismos elementos culturales y sus esqueletos



Fig. 8. - Curioso efecto de un aluvión. Ha dividido el esqueleto por la mitad, dejando incluida en el terreno (que después sepultó la arena de una duna) la mitad derecha. Posición genupectoral laterizada.

en posición genuflexa lateralizada con sus infaltables piedras horadadas, enteras y fracturadas formando parte del ajuar funerario.

Lo interesantes es que en el lado norte del río lo encontramos fuera de los conchales, y en cambio, en el lado sur, ocupando un conchal.

LA CULTURA DE HUENTELAUQUEN

En el sector denominado "Las Salinas", entre el pueblo de Huentelauquen y la playa, entre el río en el punto vecino a las pequeñas chacras que hoy hay allí y las grandes dunas del norte del río, justamente en la hondonada entre dos dunas, existe una parte de terreno alto que ha sido barrido por un aluvión, habiendo quedado entonces, de lomaje a mar, una extensión de 500 a 1500 metros de ancho por una longitud mucho mayor, de 2 o más kilómetros, en la que el suelo es áspero, duro, rojizo, arcilloso y con muchas piedras.

Recorriendo esta zona nos llamó mucho la atención ver trozos de piedras labradas entremezcladas con otras naturales. De repente dimos, con profunda admiración, con una figura de piedra con la forma de una estrella, de unos 12 centímetros de diámetro, con cinco magníficas puntas y sus correspondientes lados. Quedamos estupefactos al comprobar que su conformación geométrica era casi perfecta. Todavía no salíamos de la impresión que este hallazgo nos produjese cuando nos enfrentamos con otra parecida, de menor tamaño y luego otra y otras.

Más tarde encontramos elementos cuadrangulares, casi perfectamente cuadrados, luego figuras discoidales y por fin formas multifacetadas y discos con ranuras en sus bordes que hacían recordar a las ruedas dentadas de los engranajes de los mecanismos de la mecánica moderna.

En el pedregal y mazcladas con estas hermosas piedras geométricas, hallamos grandes puntas de proyectil, muy distintas de las que habitualmente encontramos en la costa de Chile Central.

En nuestras búsquedas logramos reunir 339 piezas de importancia. Debemos señalar que también encontramos muchos trozos de aquellas figuras, partidas como de ordinario se observa en las piedras horadadas.

LAS FIGURAS LÍTICAS GEOMÉTRICAS

Estos espectaculares elementos líticos los hemos clasificado según su forma geométrica, pero exclusivamente con la intención de facilitar la descripción. No es dable imaginar que el pueblo que los hizo habría

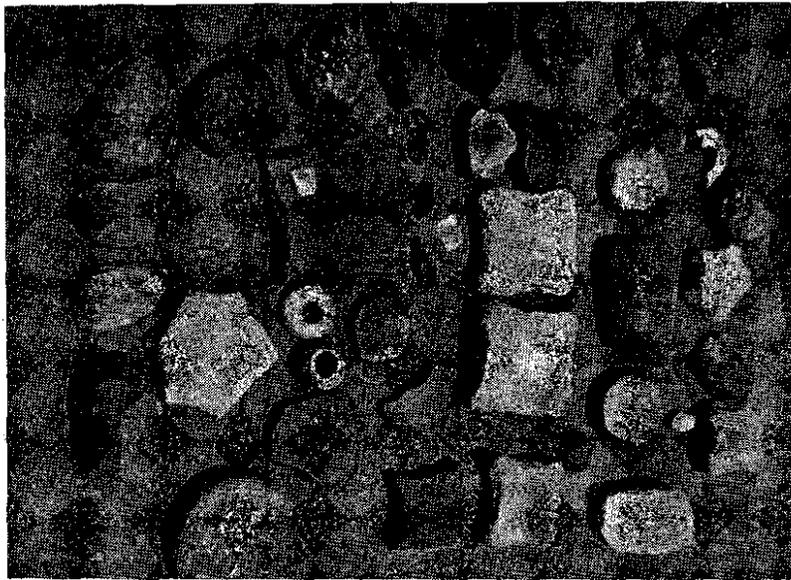


Fig. 9. - Conjunto lítico de Huentelauquen.

de estar pensando en objetos de esta forma por consideraciones geométricas. Lo más probable sea que haya tratado de representat animales o cosas de importancia para él, por su valor anímico. Enseguida, por la notable tendencia de algunos pueblos a ir estilizando lo que representaban en sus dibujos, tallados o esculpidos, deben haber llegado a obtener lo que nosotros encontramos.

Nuestra clasificación contempla:

- 1º - Polígonos (triangulares, cudrangulares, pentagonales, hexagonales, etc., poliangulares).
- 2º - Discos con ranuras, surcos o dientes.
- 3º - Discos o figuras discoïdales.
- 4º - Figuras cupuliformes o discos con cúpula.
- 5º - Discos perforados.

Cada forma, en su grupo, va desde el esbozo de ella hasta la figura casi perfecta. La factura oscila entre el grosero trabajo hecho con unos pocos cortes hasta el de una excelente terminación. Esto hace considerar que o bien se trata de malos y de buenos canteros, o bien, y esto es lo más seguro, de una evolución, a través del tiempo, de la técnica para preparar estas piezas líticas, con franco y decidido perfeccionamiento.

Como la zona es rica en piedras de todas clases fue posible escoger el material y el color. Sin embargo predomina el empleo del granito. El tamaño de las piezas es variable. Con todo, dentro de las formas, hay grupos de medidas y de pesos parecidos.

Lo importante es que estos elementos líticos son muy característicos y se distinguen con facilidad.

LOS POLÍGONOS

Son éstas figuras geométricas extraordinariamente interesantes. Constan de dos caras y de un borde, que las margina. Este borde presenta un número variable de cortes simétricos o lados. Son, entonces, polígonos regulares. Estudiamos 143 ejemplares, de diámetro variable, de coloración distinta, casi siempre en granito, con grano más o menos fino y con predominio de los tintes grises, rosados, azulejos y casi negros. Hemos dividido estas piezas, según su forma, en polígonos triangulares, cuadrangulares, pentagonales, hexagonales, etc.

En cualquiera de los tipos hay dos caras, planas, o bien una plana y otra eminente. En algunos, las dos caras son salientes.

Los diámetros de los polígonos han oscilado entre 5 y 12 o más centímetros, con predominio de las piezas con 9 centímetros.

La forma del borde es justamente lo que le da el carácter a la figura. En los polígonos regulares está convertido en una cinca con muchos lados sensiblemente iguales. Estos lados limitan entre ellos en ángulos o puntas. Los lados son a veces rectos de ángulo a ángulo. Otras veces enseñan una graciosa curva cóncava.

Entre los polígonos regulares encontramos figuras con tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, doce y más lados, predominando los de diez lados, con uno a seis centímetros cada lado.

El espesor o grosor de las piezas está entre dos y cuatro centímetros. Rara vez superior. El peso oscila entre 200 y 1000 gramos. Pocas veces más arriba. El mayor número de las piezas pesa 750 gramos.

ELEMENTOS LÍTICOS TRIANGULARES

No hemos encontrado muchos. De los cinco completos que estudiamos, todos tienen la forma de triángulos, de lados cóncavos, con ángulos o puntas muy romas (fig. 10). Constan de dos caras, tres lados y tres ángulos. Las caras, planas o ligeramente eminentes (convexas),

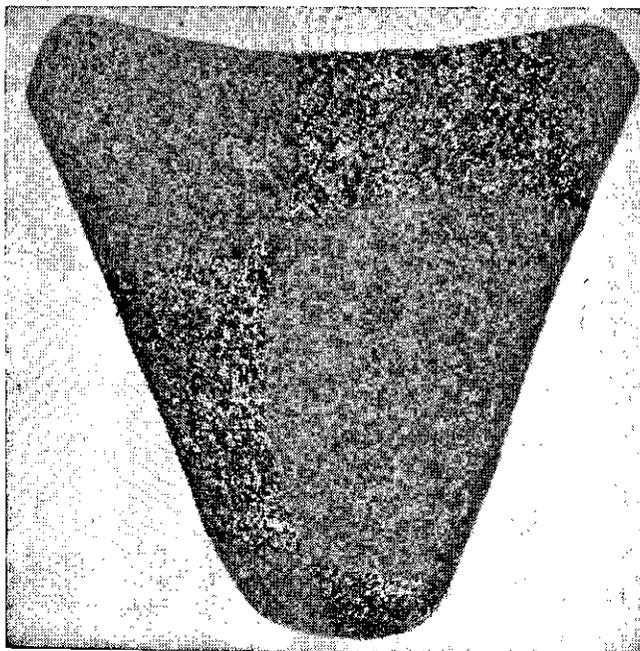


Fig. 10. - Figura lítica triangular.

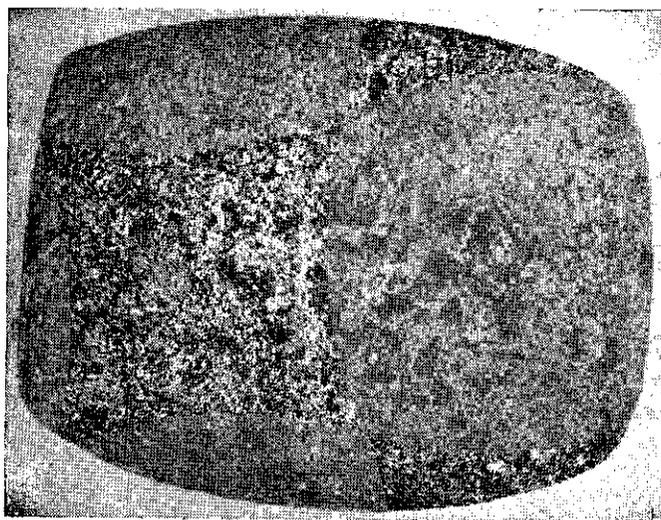


Fig. 11. - Mano de moler.

en las piezas que poseemos, están delicadamente talladas y pulidas. Los lados, igualmente bien trabajados, en todos son cóncavas, y los ángulos, gruesos, están muy alisados.

El material usado ha sido el granito rosado. Siempre cuidadosamente trabajado y muy bien pulido. Las piezas tienen doce, trece y catorce centímetros por lado, poseyendo siempre dos lados iguales mayores que el tercero. El espesor o grosor, en forma muy pareja es de cuatro a cinco centímetros. El peso va de 750 a 1000 gramos.

ELEMENTOS LÍTICOS CUADRANGULARES

En nuestro material había 59 cuadrados o paralelogramos equiláteros. De preferencia en granito de diferente color. Estas piezas presentan dos caras planas, ásperas o lisas. Otras veces un poco convexas en la parte central. Tienen cuatro lados tosca o finamente tallados, en algunas muy alisados (fig. 12).

Los diámetros han oscilado entre siete, ocho, nueve, diez, once, doce y catorce centímetros, con marcado predominio de doce centímetros. Los lados con ocho, nueve, diez y once centímetros cada uno, dominando los de nueve centímetros. El espesor, muy parejo, de tres centímetros y, el peso entre 500 y 1300 gramos.

En estas figuras es donde se puede observar la mayor diferencia en la preparación de la pieza porque las hay desde cuadrados perfectos hasta toscos trozos de piedra de cuatro lados, hechos burdamente. En algunas se aprovecharon uno o dos lados naturales de la piedra y se hicieron los otros cortes. Hay, en estos objetos, una extraordinaria variedad de calidad de trabajo, lo que más acentúa la impresión de una evolución milenaria.

ELEMENTOS LÍTICOS PENTAGONALES

Son las estrellas o figuras asteróideas. Estudiamos doce. Presentan dos caras completamente planas y lisas o ligeramente eminentes en el centro. Tienen cinco puntas o ángulos salientes y cinco lados. Los diámetros varían entre nueve, diez, once y doce centímetros. El tamaño de los lados va de cinco, seis, siete a ocho centímetros entre punta y punta, con una elegante curva entrante. El ancho de los lados depende del grosor o espesor de la pieza, que varía entre dos y medio y cinco y medio

centímetros. En algunos ejemplares cada lado presenta en su parte media una foseta o concavidad.

El peso de las piezas está en 750 y 1000 gramos. Todas fueron hechas en granito de varios colores. Tienen un extraño y hermoso aspecto. Son los elementos más impresionantes del grupo.

Hay algunas que constituyen una perfecta reproducción de una estrella de mar (*Asteracanthion helianthus*) y no nos cabe la menor duda que simbolizan tal metazoario.

ELEMENTOS LÍTICOS HEXAGONALES

Como los objetos anteriores, presentan dos caras planas, o una plana y la otra ligeramente eminente en la parte central, de superficies lisas, o un poco ásperas. Tienen seis lados, en las 16 piezas que poseemos muy bien tallados, con seis ángulos de hermoso diseño. Los lados son suavemente cóncavos.

Los diámetros de las piezas han sido ocho, nueve, diez y once centímetros, predominando los de nueve cm. Los lados son cinco a seis centímetros cada uno, de ángulo a ángulo. El espesor de tres centíme-

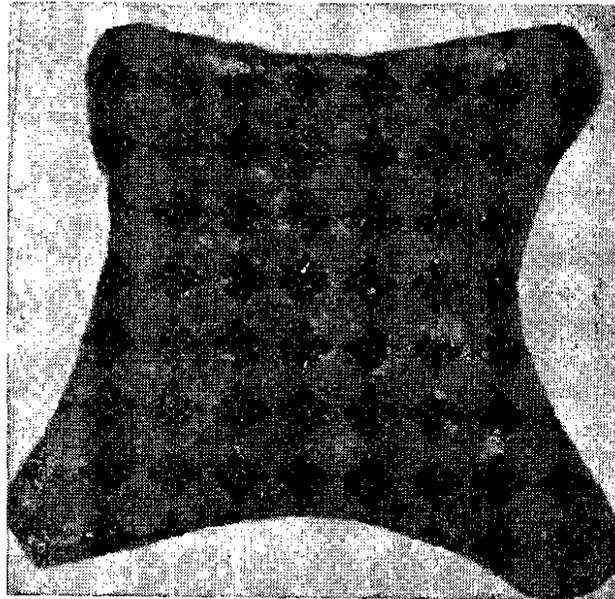


Fig. 12. - Figura lítica cuadrangular.

tros. El peso entre 450 y 750 g. El material empleado, siempre granito rosado o plomo.

Pensamos que en estos, como en los otros objetos, debe haber habido una evolución en la factura, siendo siempre el simbolismo el mismo.

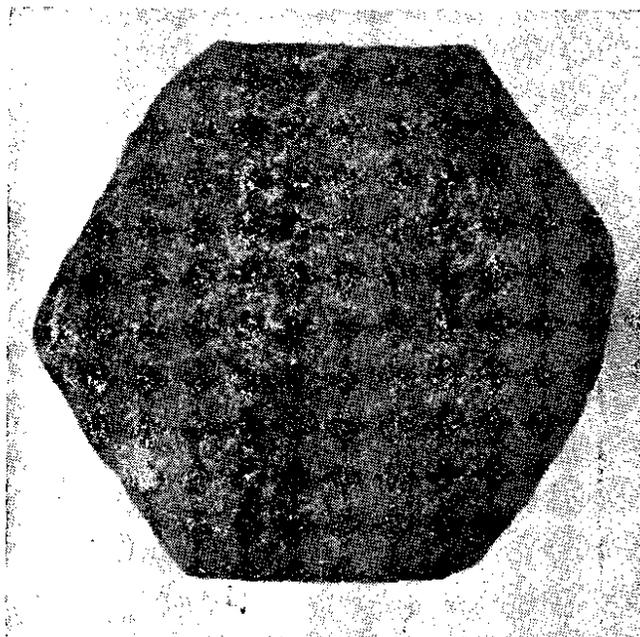


Fig. 13. - Figura lítica hexagonal.

ELEMENTOS DE MÁS LADOS. DISCOS CON RANURAS

La descripción de ellos no difiere de la de las figuras antes señaladas. Hay polígonos de siete, ocho, nueve, diez, doce, diez y seis, diez y ocho, veinte, veintidós, veinticuatro y más lados.

Lo interesante es que a medida que aumenta el número de lados éstos se van haciendo cada vez más estrechos, hasta no ser más que unas simples ranuras. Como los ángulos no pudieron ir adelgazándose a la par que los lados se estrechaban, quedaron convertidos en salientes gruesos y, de esta manera, los polígonos se vinieron a convertir en discos con ranuras.

Las dos caras de todos estos polígonos regulares son, como en los antes descritos, planas o una plana y otra eminente o convexa. De esto resulta que los lados, que las unen y circundan, en las piezas que tienen

una cara eminente o convexa, se inclinan un poco para fundirse suavemente a la cara eminente. Es decir, en estos casos, los bordes no son perpendiculares entre una y otra cara, sino inclinados desde la cara plana a la convexa.

Estudiamos 43 ejemplares de diámetro variable, de granito, de diferente grosor de grano, de color gris, rosado, ligeramente azulejo y amarillento. Los diámetros de los objetos que nosotros analizamos van de cinco a doce centímetros. El mayor número con 9 cm.

Ya hablamos de las caras. Mas, es importante señalar que a veces el alisamiento de ellas es el natural de la factura de toda la pieza y, en cambio, hay otras que enseñan desgaste como si se hubieran usado para frotar contra otro objeto duro y liso.

En materia de grosor o espesor, estas piezas lo tienen entre uno y medio y cuatro centímetros. Hay que dejar constancia que algunas tienen espesor desparejo, vale decir, que en un lado del objeto hay 4 centímetros y en el otro 2 centímetros. Entonces una o las dos caras siendo planas, están inclinadas hacia el sitio del menor grosor.

En la expresión lítica de Huentelauquen con mayor número de

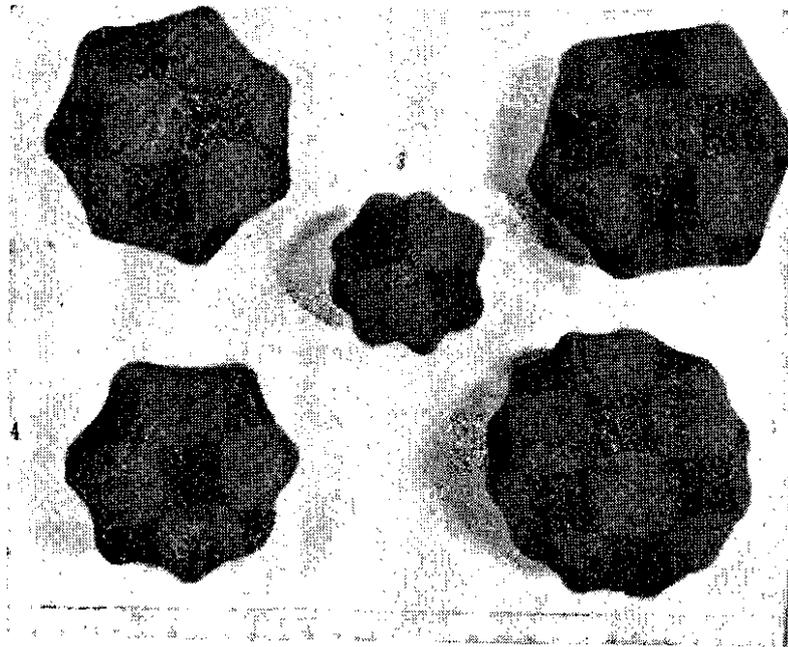


Fig. 14. - Polígonos regulares y piedras dentadas.

lados, es decir en el disco con ranuras, cuando ya éstas son muchas, llegan a convertirse en casi lineales, es decir en hendiduras lineales alternando con prominencias. Estas piezas recuerdan las ruedas dentadas de los engranajes mecánicos. Los norteamericanos las llaman "cogged stones".

Algunos de estos polígonos regulares, pequeños, de siete a diez lados semejan, con extraordinario parecido, ejemplares de igual tamaño de erizos fósiles (comunes en la cordillera del valle del Choapa), representantes pretéritos de los actuales *Echinus albus*.

Algunos elementos aparecen partidos por mitad y otros divididos en varias partes, con signos evidentes de estar quebrados desde remotísima época. Otros, muy pocos, parecen haber sido rotos no hace mucho.

En los primeros debe haber ocurrido lo que pasa con las piedras horadadas, que los mismos indígenas las quebraban y ponían, en esas condiciones, como ajuar de sus muertos. Ignoramos en absoluto si en el caso del pueblo de Huentelauquen se hacía lo mismo o si sólo sería fenómeno accidental. Nosotros no creemos en la último, esto es, pensamos en una destrucción con propósito ceremonial.

También, algunas piezas tienen su bordes o lados estropeados, pero groseramente. No estimamos por eso que se debe a uso de estos lados en

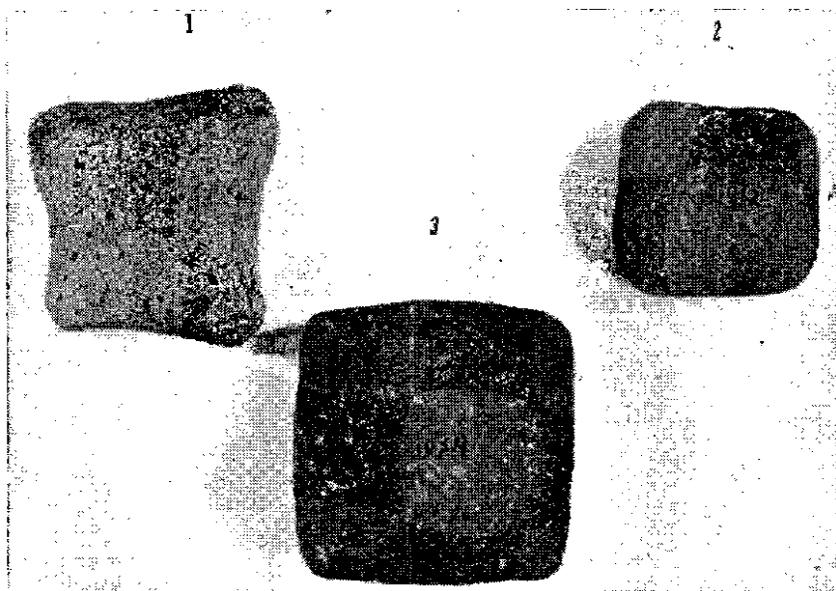


Fig. 15. - Figuras líticas cuadrangulares.



Fig. 16. - Disco con ranuras, surcos o dientes. Piedra dentada. De frente y de lado.

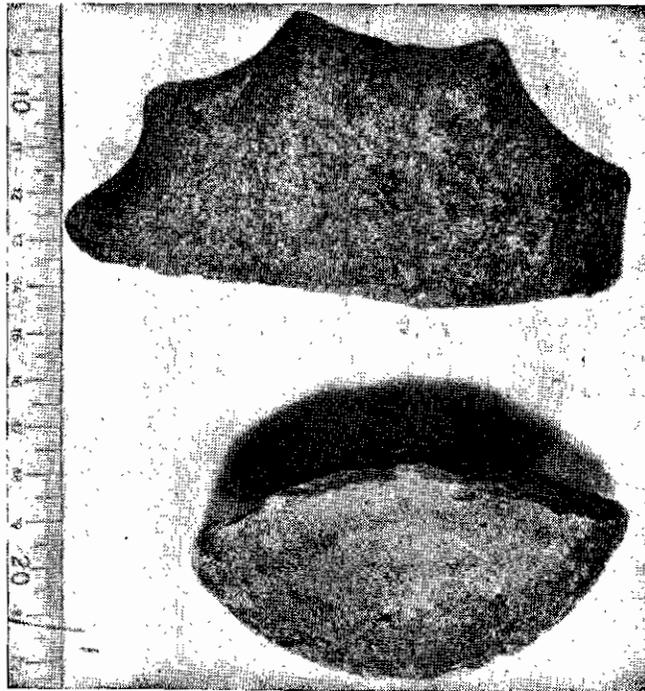


Fig. 17. - Polígono lítico y piedra dentada con diferentes tipos de fractura.

nninguna actividad utilitaria. Muy diferente, por cierto, con lo que pasa con el alisamiento de las caras de otras de ellas. Su causa ha sido fenómeno accidental.

LOS DISCOS

Analizamos 66 discos o figuras discoidales, algunos casi perfectos. Todos en granito de varios colores.

Son piezas líticas sencillas. Podrían compararse a los antiguas discos de los deportes griegos. Comprenden dos caras y un borde. Las caras las más de las veces son completamente planas, y en otras ligeramente eminentes en el centro. Su periferia es un círculo que corresponde al borde del disco. Este borde es liso y casi siempre perpendicular entre cara y cara; su tamaño mide el grosor del disco. Mas, en algunas piezas, las menos, es un poco eminente o salido en su parte media.

Los diámetros de estos objetos discoidales varían entre siete, ocho y nueve cm, y el espesor, muy parejo, va de tres a tres y medio cm; esto significa que el ancho del borde del disco es casi siempre de tres centímetros. El peso oscila entre 250 y 500 g.

LAS FIGURAS CUPULIFORMES

Reunimos seis de estas figuras cupuliformes. Son discos perfectos, con un lado o cara convexa, en cúpula, y con el otro lado o cara cóncava como formando una tacita. El borde, naturalmente depende del grosor de la pieza. En todas se ha usado el granito. El color dominante es el plomizo y el grano relativamente fino. El diámetro es de nueve y el espesor de tres centímetros.

DISCOS PERFORADOS

Estos elementos líticos nada tienen que ver con las piedras horadadas de los "indios tacitas". Son objetos distintos.

En primer lugar, los hemos encontrado sólo donde hallamos el conjunto de piezas de Huentelauquen. En segundo lugar, son muy característicos. Se trata de discos de piedra, de nueve a once centímetros de diámetro, de caras planas, lisas naturalmente o alisadas en parte, de bordes irregularmente circulares, en algunos casos naturales y en otros tallados en forma grosera. Su grosor de dos, dos y medio y tres

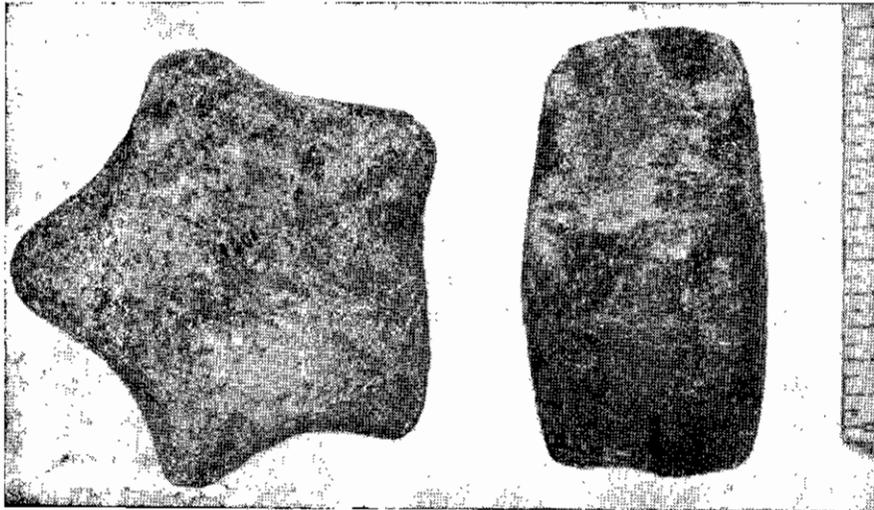


Fig. 18. - Estrella o figura asteroidea. De frente y de lado.



Fig. 19. - Polígono regular de seis lados. De frente y de lado.

y medio cm, con una perforación central de uno, dos o tres cm de diámetro, de tipo bicóncavo.

De las tres piezas que poseemos, una es de granito, otra de basalto y otra de esteatita blanca.

OTROS ELEMENTOS LÍTICOS

Fuera de las figuras geométricas hallamos una cantidad de otros elementos, de la más variada calidad, factura e importancia. Probablemente muchos de ellos de origen distinto y de época diferente, pero como estaban en el mismo sector debemos considerarlos con el conjunto, asignándoles, según nuestro parecer, el nexa que pudieron haber tenido con las otras piezas.

MANOS DE MOLER

Hallamos un número crecido de manos de moler, en granito, de varias tonalidades, de grano fino y también grueso, con evidentes seña-

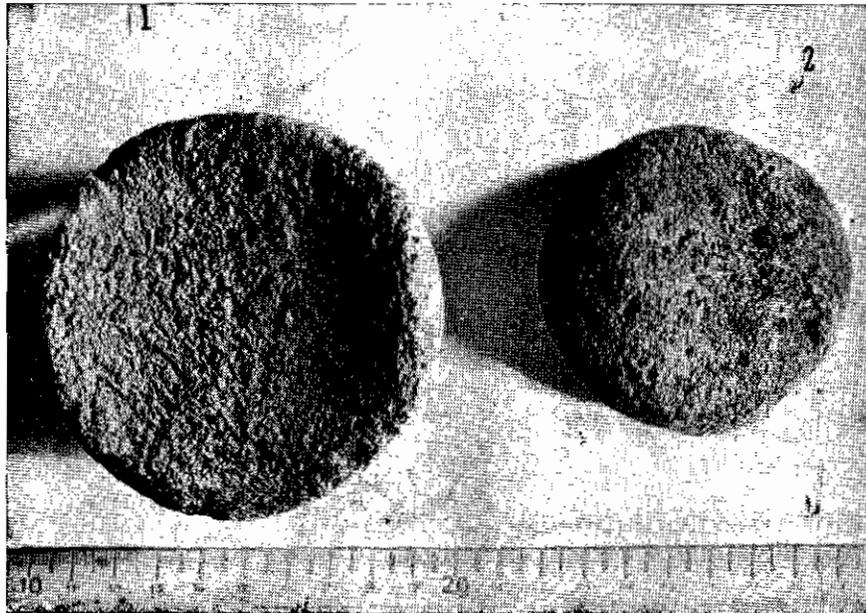


Fig. 20. - 1: Disco cupuliforme. . 2: Disco o figura discoidal.

les de haber sido muy usadas, por sus dos caras y por los bordes. En veinte ejemplares revisados, los diámetros andaban entre nueve y diez cm, predominando las formas de ocho por diez cm de tamaño con espesor de tres, cuatro, cinco y seis centímetros. Algunos de caras lisas, otras convexas y, las más cóncavas. En todo caso muy usadas.

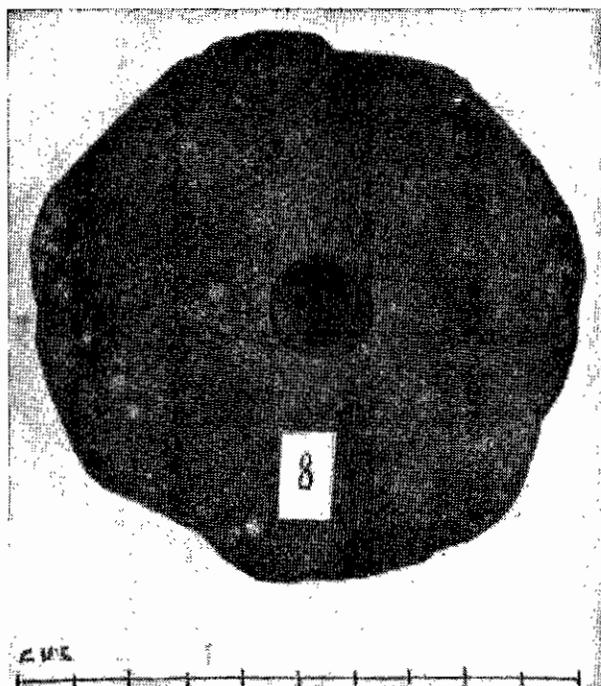


Fig. 21. - Disco perforado.

Hay otro hecho interesante, y es que muchas tenían manchas de substancias de color, una muy oscura entre café y negro, y otras, las más, estaban teñidas, en parte, de rojo oscuro.

El peso de estas piezas fluctuaba entre 500 y 1200 g.

Una de estas piedras mostraba un poco gastado el centro, haciendo la impresión de un comienzo de horadación. Esto hace pensar en que primitivamente debió haberse pretendido horadar la piedra y posteriormente, no practicada la perforación, se la destinó a mano de moler y a fuerza de usarla, con el desgaste, casi desapareció la primitiva tentativa de perforación.

PIEDRAS HORADADAS

Por otra parte, en el mismo sector, encontramos doce piedras horadadas; tres quebradas por la mitad. Todas ellas hechas en granito, algunas con matices muy hermosos. Finamente pulidas, con superficies brillantes. En ninguna parte de la superficie tenían huellas de haber sido golpeadas. Sus diámetros oscilando entre 5 y 14 cm y el espesor entre dos y medio y cinco cm. Las horadaciones cilíndricas o bicóncavas de tres, cuatro, cinco y seis cm. El peso desde 200 a 2000 g por ejemplar.

Estas piedras pertenecen a la cultura del Pueblo de Las Cenizas o de las Piedras con Tacitas. Esta, como ya se ha visto, se dio allí también y nos legó, entre otras cosas, las piedras horadadas.

HACHAS DE PIEDRA

Poseemos dos (sin contar unas "cuñas" muy primitivas que más adelante describiremos): una del sector Las Salinas y otra de una caleta de poco más al sur. Entre ambas debe haber mediado una gran distancia en tiempo o en preparación para su factura. La una no pasa de ser una piedra natural acondicionada para los efectos que de estos instrumentos se requería, mientras que la otra es una pieza lítica en cuya confección se ha empleado buena y ardua labor. Por los efectos del uso se ve que ambas se utilizaron en golpear, trozar e incluso frotar.

Incuestionablemente las dos fueron usadas a mano. Las muescas que presentan sus caras señalan la justa posición de los dedos para sujetar firmemente el instrumento.

Hacha de piedra N° 1: Se aprovechó una piedra al natural y en ella muy poca labor de preparación se aplicó. La encontramos en una caleta al sur de Huentelauquen. Tiene la forma de un hacha, pero muy irregular y tosca. Es un granito de grano muy fino, muy liso en sus superficies. Presenta dos caras y un borde que las circunda y une. Este borde presenta cuatro lados, que por su forma recuerdan a los de un hacha común y le confieren las características al instrumento.

El grosor de la pieza es diferente de un extremo a otro. En la parte que en un hacha común está el filo, en esta pieza figura el menor grosor y sin haber filo hay una notable delgadez natural de la piedra. En cambio, en el otro extremo, es decir en el que en un hacha corresponde a la parte que engasta en el mango, está el mayor grosor.

Caras: Las caras son casi triangulares. La parte más ancha está en

relación con el borde adelgazado (pseudofiludo) del hacha. Mide 9 cm. los otros bordes tienen 9 y 13 cm. El cuarto borde (correspondiente a la parte donde va el mango del hacha de hoy) no tiene más que tres centímetros. Las caras presentan una convexidad elegante y discreta que va aumentando desde los bordes al centro de ellas y sobre todo desde el borde delgado de la pieza hasta su extremo grueso (donde el hacha común se enmanga).

La superficie de una de las caras es muy lisa y tiene evidentes señales de haber sido alisada y también usada para frotar, presentando unas manchas negras en su superficie. En esta cara hay hacia el extremo grueso de la pieza una muesca o concavidad poco profunda, de 2 cm de diámetro con cuatro milímetros de profundidad. También teñida de un color casi negro por una substancia que debe haber sido grasosa.

La superficie de la otra cara, lisa como la anterior, parece no haber sido frotada. Presenta una muesca del mismo tamaño a la de la otra cara. También está teñida de obscuro. El borde es liso en toda su extensión. No hay saltaduras ni filo. Tiene señales de golpeo o de uso por

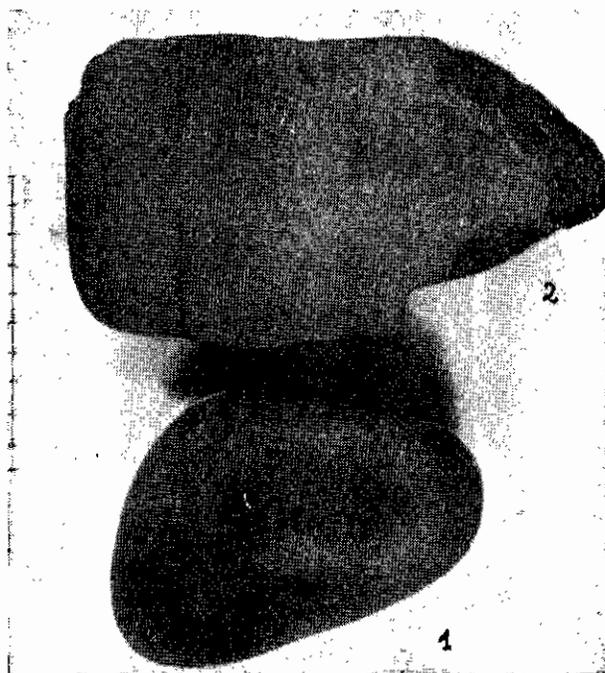


Fig. 22. - Hachas de piedra.

la parte de mayor delgadez, como por sus extremos opuestos, el más grueso y sobre todo el más puntudo, en una punta de la región delgada.

El grosor de toda la pieza va desde la parte delgada (filo del hacha), medio a un centímetro, hasta lo más grueso con 4 cm. En el centro la piedra tiene 5 cm de espesor. El peso del objeto es de 850 gramos.

Es incuestionable que este instrumento se usaba más para golpear que para cortar y también para frotar.

La posición de las muescas o concavidades como impresiones digitales (tal como hubieran dejado los dedos, si se hubiera tratado de un trozo de masa semiblanda o de plasticina, al tomarla por el extremo grueso) que presenta esta pieza lítica enseña la exacta posición de los dedos pulgar y del índice o en su defecto del dedo medio de la mano que asía con vigor el instrumento para golpear o cortar.

Las manchas casi negras o rojo muy oscuro hablan de los productos que fueron exprimidos con el hacha (jugos vegetales, colorantes, sangre?). La substancia grasosa oscura de las muescas era puesta "ex profeso" para no dañar las manos.

Hacha N° 2: Es una hermosa pieza lítica que hallamos en Las Salinas de Huentelauquen, con la exacta forma de un hacha, muy voluminosa, y trabajada de manera bastante primitiva.

Presenta dos caras y un borde con un lado delgado (filo del hacha ordinaria), dos lados paralelos y un extremo muy engrosado, donde los lados se unen casi formando una punta. La pieza desde el borde delgado al extremo grueso va engrosando en forma notoria. El material es granito gris verdoso. Pesa 1500 gramos. Tiene 19 cm de largo por 9 de ancho, con un grosor de 8 cm en su parte más gruesa y un centímetro en la más delgada. Presenta 3 muescas o concavidades, una en cada cara, hacia la parte gruesa del instrumento, y otra, en igual posición, en uno de los bordes falta un trozo que se ha quebrado largo tiempo atrás.

Ambas caras, de acuerdo con la forma del objeto y de su diferente grosor, se inclinan desde el extremo grueso y abultado hacia el borde delgado (filudo) del hacha. La mitad de las caras, vecina a la parte delgada del hacha está extraordinariamente alisada. En cambio la otra mitad, por sobre la parte gruesa de la pieza, está trabajada a golpes de piedra y presenta un grosero emparejamiento. En ese nivel aparecen las cavidades o muescas del hacha con 4 cm de diámetro y 3 cm y con tres cuartos de centímetro de profundidad uno, y medio centímetro el otro, también labradas a golpes.

El borde, que une y circunda las caras de la pieza, presenta tres lados bien claros y un extremo grueso. El lado que corresponde al filo

de las hachas de hoy mide 9 cm de largo por 1 cm de espesor, aparece suavemente alisado y con claras señales de haber sido golpeado e incluso saltado en parte. En cada extremo se junta con otro de los lados del borde del hacha. Uno de ellos se extiende en forma casi recta en 11 cm, toscamente trabajado y muy golpeado, que desde 1 cm de anchura va ensanchándose hasta tener 5 cm. En este punto se ha fracturado y desprendido un trozo del objeto. El otro lado del borde es más o menos plano en una extensión de 11 cm, formando ángulo recto con el borde delgado e inclinándose después suavemente, en un largo de 8 cm hasta ir a fundirse en el extremo grueso con el lado fracturado, antes descrito. El ancho va desde un cm hasta 8 cm. En la parte posterior, donde comienza a inclinarse o incurvarse este lado, está la tercera foseta o concavidad de dos y medio cm de diámetro por medio centímetro de profundidad. La pieza presenta en este lado las más claras manifestaciones de golpes.

Por la forma de la pieza y por el trabajo de alisamiento la consideramos un hacha. Por las señas de golpes parece haberse usado mucho. Por la posición de las muescas debió emplearse a mano, dando estas cavidades alojamiento a las yemas de los dedos de las manos. Pero, también pudo haber sido empleado como yunque aprovechando las cavidades y la parte gruesa para afirmar y golpear las piezas en trabajo y luego alisarlas en las partes planas y gastadas de la piedra.

PUNTAS DE PROYECTIL

En el mismo lugar en que encontramos las piedras de forma geométrica hallamos muy características puntas de proyectil. Nos referimos a un conjunto de puntas de crecido tamaño, unas toscamente talladas, con muy poco retoque, otras menos rudas y mejor retocadas y por fin, finamente trabajadas las más.

Impresionan como si se hubiera producido una evolución en su hechura. Puede ser que en algunos casos la mejor o peor terminación se debiera a la calidad del maestro que las hizo, pero, de que hubo una evolución no cabe la menor duda porque estas piedras líticas van desde trozos de pedernal o pórfido rústicamente tallado y a duras penas con unos saques a presión, hasta verdaderas obras de arte finamente pulidas y acabadas. En todo caso tienen un tamaño mayor que las que de ordinario se encuentran en la costa de la zona. Todas son, salvo contadas excepciones, pedunculadas, con un grueso y largo pedúnculo. Bifaciales

en su casi totalidad. En la gran mayoría el material empleado ha sido el pedernal, pórfido, basalto en negro, plomo oscuro, café, rojizo y azulejo. En otros casos la lava volcánica plumiza y por fin el cuarzo marmóreo blanco o cristalino.

El cuerpo del proyectil, en la mayor parte de los casos es simétrico. Rara vez hay asimetría. En la mayoría el cuerpo lleva tres partes del todo y el pedúnculo una. En otras ocasiones el pedúnculo constituye la mitad. Todos poseen aletas, más o menos eminentes, que acentúan la demarcación entre cuerpo y pedúnculo.

En materia de dimensiones, son de mayor tamaño las más primitivas, las que a nuestro juicio deberíamos llamar de "una primera época" o "arcaicas", aquellas justamente en que predomina el pórfido con colores oscuros. Estas miden entre 7 y 12 cm de largo por 3 a 4 cm de ancho, con un grosor variable entre 3 y 10 mm, con pedúnculos con 2 a 3,5 cm de ancho por 1,5 a 2,5 cm de largo.

En un segundo período, más avanzado en materia de técnica, cuando se produjeron las puntas finamente talladas, las dimensiones bajaron

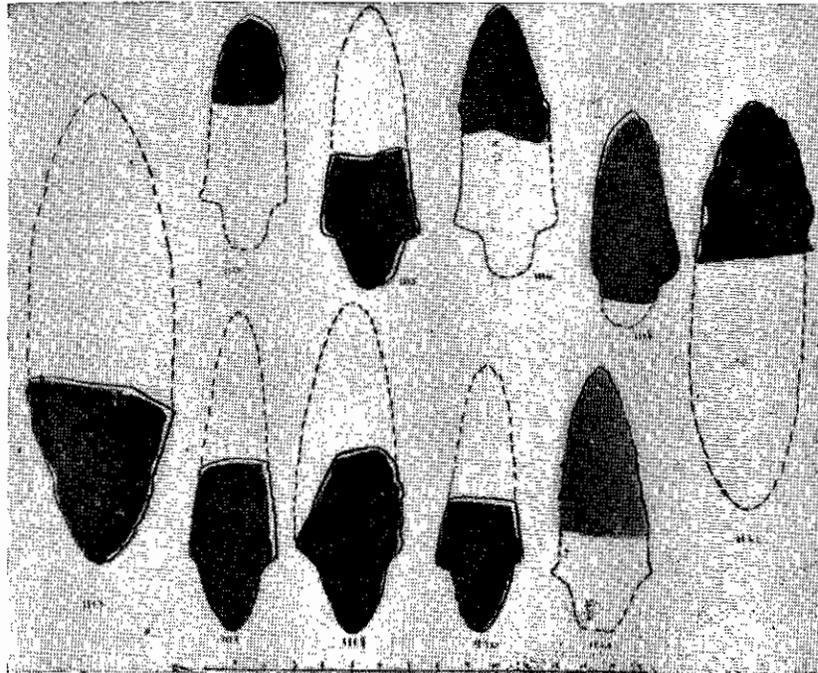


Fig. 23. - Dardos y cuchillones. - Huentelauquen.

a 5 y 6 cm de largo por 2 a 3 de ancho, con pedúnculo de 1,5 a 3 cm de ancho por 2 a 2,5 de largo y un grosor de 4 a 6 mm. El material en esta época, que podríamos llamar clásica, ha sido pórfido, cuarzo marmóreo y cristalino y otras formas de pedernal.

Un hecho muy notorio es el que muchas piezas las hemos hallado quebradas. Otro asunto que llama la atención es que algunas puntas de proyectil tienen, en la primera época, el extremo hendiente en forma redondeada, romo, no puntudo como era de esperar. Y esto es así de factura, no han sido el tiempo y los elementos los que les han puesto en tales condiciones.

Al lado de los elementos líticos citados encontramos puntas de dardos y cuchillones de gran tamaño, en su mayor parte quebradas, de pórfido azul verdoso o azul plomizo, piezas que, a juzgar por los trozos hallados, deben haber tenido entre 14 y 16 cm de largo por 4 a 6 cm de ancho, con un espesor de 1 a 2 cm. El tallado es tosco y el retoque muy modesto.

Estas piezas se parecen en forma y tamaño a las encontradas en las zonas costeras atacameñas y diaguitas, pero son más rústicas, con un trabajo más elemental que las otras y tienen sus relieves un tanto borrados por la acción del tiempo y de los elementos.

Tenemos la impresión que estos dardos y cuchillones, así como muchas de las puntas de proyectil grandes y toscas diferentes de las típicas puntas de Huentelauquen, pueden haber pertenecido a otro pueblo anterior, de una cultura más primitiva que la del pueblo de Huentelauquen. Decimos esto porque las hemos encontrado en zonas en las que no hallamos los elementos geométricos y sí otros artefactos de gran primitividad que en un trabajo posterior describiremos.

OTROS OBJETOS

Encontramos muchos otros objetos líticos, de diferente tamaño, calidad de piedra, color y tallado. Había instrumentos cortantes toscamente trabajados, con pocos cortes en la piedra que habían dejado un borde filudo y cortante. Raspadores, de diverso porte, algunos fuertemente usados. Instrumentos punzantes. Núcleos de piedra y lascas. La calidad de la piedra ha sido lava volcánica, granito, basalto y pórfido.

Aquí cabe destacar que entre el grupo de objetos de mayor primitividad que encontramos en Las Salinas de Huentelauquen hay piezas que hemos hallado también en varias otras partes de la costa.

Los de Huentelauquen son instrumentos líticos como "cuñas", obtenidos tallando piedras duras, pórfido o basalto, con un lado constituido por la superficie lisa del corte o ruptura inicial de la piedra y con la otra cara retocada, haciéndole saltar trozos pequeños para darle la forma y la resistencia requeridas. Este instrumento, de color gris verdoso o verde oscuro, es una cuña o un perforador, con dos caras, tres lados, dos de los cuales terminan, al unirse, en una punta más o menos roma. Las dimensiones, en término medio, son 10 a 12 cm de largo, por 6 a 7 de ancho en la base, con un espesor entre 2 y 3 cm estos instrumentos debieron servir para pinchar, horadar, excavar, cortar y raspar, así como para golpear. Naturalmente se usaban a mano.

Otros artefactos del mismo nivel lítico han sido puntas en forma de hoja de árbol obtenidas de trozos de piedra retocados groseramente por sus bordes. También en pórfido de color gris claro, con dos caras, una lisa y la otra labrada con algunos cortes, y tres bordes, dos afilados o adelgazados y otro romo, con 6 cm de largo y 4 de ancho, con un espesor de 1 cm.

Con estas piezas aparecieron raspadores y objetos discoidales, en pórfido, en un 80 % de las veces con un lado liso, secuela del corte

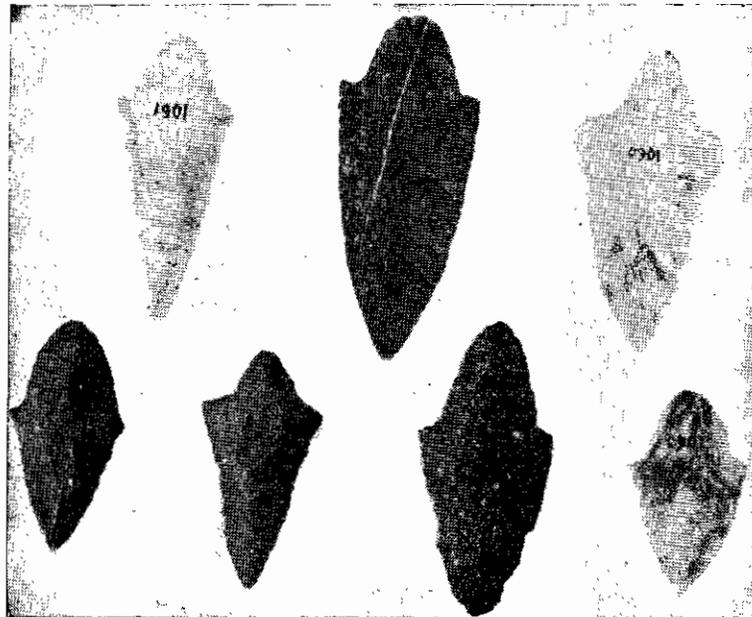


Fig. 24. - Puntas de proyectil típicas de Huentelauquen.

inicial de la piedra o bien con las dos caras trabajadas con cortes gruesos. Su tamaño oscilando entre 5 x 3,5 cm y 5 x 6 cm. El espesor entre medio y un centímetro.

Todos estos instrumentos, descriptos aquí, creemos que son muy anteriores a la cultura de Huentelauquen.

EXCAVACIONES

En la zona de Las Salinas, en la que estaban todos estos elementos, practicamos seis excavaciones exploratorias, todas absolutamente negativas, tratándose de una gruesa capa de arena y greda, al fondo impenetrable. La impresión es que el aluvión arrastró el terreno blando, dejando lo impermeable y los elementos líticos pesados.

ASOCIACIONES DE OBJETOS

Junto con los elementos líticos geométricos no encontramos en ninguna parte cerámica. Tampoco hallamos objetos de hueso, ni instrumentos de conchas. Por cierto, ni qué pensar en restos de tejidos, artículos de cuero, madera o cestería.

Por otro lado, debemos recordar que no encontramos morteros ni sus restos, tampoco golpeadores de morteros. En cambio, como lo hemos dicho, había un buen número de manos de moler. Piedras para tal objeto no encontramos. Percutores de piedra, dijimos, que no eran abundantes. Hallamos cuchillones de piedra en los que se aprovecharon muy bien trozos de piedras lajas desgajadas de las Torres naturales del Choapa.

La presencia de asociaciones de objetos de piedra tiene un valor de trascendencia, no así la falta de piezas de cerámica, de hueso, cuero, madera, etc., muy destructibles, que no significa positivamente su absoluta existencia ya que pueden los factores físicos, climáticos o ambientales haberlos hecho desaparecer.

Es muy probable que el pueblo que hizo todo esto tuviera útiles de hueso, empleara la piel de animales y usara la madera en sus artefactos. Su hallazgo no nos fue posible en el caso particular de Huentelauquen, porque además de la acción del tiempo, la calidad del suelo, etc., factores comunes de destrucción, medió el efecto del paso de un aluvión.

La comprobación de una asociación de las piezas líticas con una cerámica característica nos parece más importante. Era difícil que algo

no quedara junto a los otros objetos. Los factores de destrucción respetan algo en materia de cerámica.

Mientras no se demuestre lo contrario consideraremos a este complejo como acerámico.

Nuestras excavaciones, en este terreno, no pusieron tampoco en claro el de porqué fueron negativas. Solamente nuevas y profundas excavaciones, en puntos adecuados de la zona, permitirán decir la última palabra.

DIFUSIÓN

Nosotros encontramos este extraordinario conjunto de elementos



Fig. 25. - Excavaciones de 1963 en Huentelauquen.

líticos geométricos preferentemente en el sector señalado de la hondonada entre las dunas en Las Salinas de Huentelauquen. En búsquedas de superficie y en excavaciones en otros lugares de la localidad los volvimos a hallar ocasionalmente, sobre todo en la margen sur del río Choapa. Es muy probable que estén en otros sitios o en zonas que no hemos explorado. De todas maneras, por la ausencia de estos objetos en el resto del país nos parece un desarrollo cultural localizado; de allí el nombre que hemos empleado. Con todo, pensamos que ha tenido una cierta difusión. Por lo menos el hallazgo de algunos de sus elementos se ha hecho en uno o dos puntos de la Provincia de Coquimbo.

El Dr. Guillermo Durruty, en su riquísima colección arqueológica de Ovalle, tiene un polígono regular de 8 lados en una piedra plomiza oscura manchada de blanco (granito), con 9,5 cm de diámetro por 5,5 cm de espesor, encontrada en Tongoy, en la desembocadura de la quebrada o Arroyo Camarones. El Dr. Durruty nos aseguró que fue extraída de un enterratorio y que estaba sobre la cabeza de un esqueleto sepultado en posición genupectoral laterizada.

Posee también el Dr. Durruty un disco con ranuras en piedra rosada con 11 cm de diámetro y 4 y medio de espesor, hallado en Tongoy en Arroyo Camarones. Tiene también un paralelogramo equilátero o cuadrado de piedra azuleja de 12 cm de diámetro con 2,5 de espesor, procedente igualmente de Tongoy y encontrado, al decir de él, cerca de la cabeza de un esqueleto en posición genupectoral laterizada.

En la colección de D. Alejandro Alvarez, en Coquimbo, hay una hermosa estrella, con cinco puntas, en basalto con una cara muy pulida y otra áspera, con un diámetro de 18,5 cm, 12 cm entre punta y punta y un espesor de 4 cm, encontrada en Tambillos, como hallazgo de superficie. También encontramos en esa colección dos polígonos regulares, de granito de tinte plomo-rosado de 12 y 17 cm de diámetro por 4 y 5 cm de espesor, de 10 y de 8 lados respectivamente. Ambos procedentes de Tambillos.

El Museo de La Serena posee una estrella lítica procedente de Carrizalillo y otra pieza de Guanaqueros.

Por último, en su publicación sobre "Los Changos", en 1910, Don Ricardo Latcham, en un grabado presenta, entre objetos líticos changos, encontrados en la costa de La Serena, un dibujo de un paralelogramo equilátero o cuadrado.

Fuera de estos elementos, no sabemos de otros. Los llevados por el Dr. Strozzi al Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, pertenecen también al sector Las Salinas de Huentelauquen.

Con todo esto llegamos a la conclusión de que constituyen una expresión cultural local. Debe haber una difusión por la Provincia y zonas vecinas, que todavía no conocemos bien. Pero también es muy posible que los hallazgos en otros lugares, sólo de una que otra pieza, puedan significar, más que difusión, intercambio con otras tribus y otros pueblos.

De los elementos líticos que integran este conjunto, que hemos llamado de Huentelauquen, piezas de forma geométrica, grandes puntas de proyectil, manos de moler, cuchillones de piedra, raspadores, golpeadores, etc., algunos tipos han sido encontrados en la costa de California del Sur. Estos son discos y piedras dentadas. Extraña y curiosa condición esta de haberse hallado elementos parecidos, en forma localizada también en caletas del Pacífico, a una inmensa distancia del Choapa, sin que mediara el descubrimiento de ellos en ninguna otra parte, entre un punto y otro.

Estos discos dentados los norteamericanos los llaman "cogged stones" y los han hallado en Zuma Creek (Peck, 1955), Topanga (Treganza and Malamud, 1950), Little Sycamore (Wallace and other, 1956), Pasadena Village (Holmes, 1902), Orange, San Bernardino y Santa Ana River.

ANTIGÜEDAD

Para nosotros el pueblo más antiguo hasta ahora descubierto para Chile Central y el Norte Chico, precerámico, era el Pueblo de Las Cenizas o de las Piedras con Tacitas. Este pueblo de condición social baja, colector de alimentos, recolector de moluscos, pescador y cazador, permaneció siempre en plena edad de piedra, perduró por milenios sin progresar y sin que otros pueblos influyeran en él. Debió sufrir, donde estuviera, la acción, desplazo o desestimación de otros pueblos venidos después a los sitios donde él vivía, pero en ningún caso con influencia suficiente para hacerlo cambiar. Por lo menos, hasta el momento, en ninguna parte hemos encontrado, en hallazgos o excavaciones, señales de una modificación de su condición primitiva ni de evolución.

Los elementos culturales, tan notables, de Huentelauquen, nos han obligado a considerar la existencia de una evolución local de otra cultura, muy antigua. Creemos que apareció allí, evolucionó y debe haberse difundido por la Provincia de Coquimbo hasta límites que ignoramos.

El que entre los objetos líticos, revueltos por el aluvión, encontramos piedras horadadas, enteras y partidas, nos enseña que ambos

pueblos ocuparon el mismo territorio. Los elementos culturales de "los tacitas" perduraron por miles de años, difundidos por casi todo el territorio de la nación y en parte fuera de él también.

Las expresiones líticas de la cultura de Huentelauquen, con lo que hasta el momento sabemos, quedaron circunscritas a la zona coquimbana del Choapa y sus aldeaños.

La presencia de piedras horadadas entre los objetos de la cultura de Huentelauquen, además de lo que es seguro (es decir, que los dos pueblos vivieron en el mismo territorio), puede significar también dos hechos: 1º que el pueblo de Huentelauquen las usó e integraron su cultura. 2º que el pueblo de Las Cenizas dejó posteriormente esos elementos allí.

Habría una tercera conjetura y es la de que, en un período, hubieran coexistido, lo que es muy probable.

El que "los tacitas" no hayan empleado, en tales casos, los objetos líticos de los Huentelauquen podría explicarse por su ininfluenciabilidad y poca propensión a cambios.

Hay un hecho muy curioso e interesante que anotar y es que entre las piezas líticas de Huentelauquen hay muchas quebradas y partidas por mitad, igual como se observa en las piedras horadadas de "los tacitas", en el ajuar de cuyos muertos encontramos frecuentemente uno o dos trozos de ellas. Es muy posible que un buen número de ellas se quebrasen solas, expuestas a largas intemperies y sometidas a los cambios de clima, etc., pero las hay que fueron partidas ex-profeso. Lo raro es que difícilmente se encuentran los pedazos que las integraron.

Esto es muy sugestivo y obliga a hacer comparaciones e incluso a pensar en la relación que pudiera haber en esta extraña costumbre de quebrar objetos valiosos, en igual forma, en los dos pueblos. Solamente el hallazgo de un cementerio del pueblo que hizo las piezas geométricas nos dará la clave de estos enigmas.

Los autores americanos del norte localizan las piedras dentadas dentro del "Milling Stone Horizon". Wallace (1955) dice que este horizonte comenzó hace 4500 a 5000 años y que duró 2 a 3 mil años. Algunos de los autores sitúan las piedras dentadas en el "Período Intermedio" de este vasto horizonte, período para el que se ha obtenido una prueba de Radiocarbón que dio 1924 (\pm 250 años) a. de J. C. (Meighan, 1953).

Antes de enviar a la imprenta este trabajo, alcanzamos a leer la publicación de Hal Eberhart, en el número recién llegado de "American Antiquity" (Vol. 26, N° 3, 1961), que dice: "...it is our conclusion

that cogged stones are a feature of the Milling Stone Horizon... although it is suspected that they may not be found in the earliest phase of this horizon...". En otra parte añade: "...the maximum span of the uso of cogged stones might extend from 8000 B. C. to as late as 1000 B. C., but it seems much more likely that their period of use will prove to be from 6000 to 3500 B. C."

Naturalmente esto nos da la pauta para considerar la antigüedad de estas manifestaciones culturales, pero no nos permite asegurar que aquí, en la costa de Huentelauquen, se desarrollaran en la misma época que en California. Lo más probable es que sea bastante posterior.

Uso

Todas estas piedras de forma geométrica no tienen señales de haber sido usadas, ni en caza, ni en pesca, ni como armas de guerra. No aparecen ni saltadas, ni picadas, ni gastadas. No tuvieron, a nuestro juicio, aplicación utilitaria. Hay un buen número, en cambio, de hermosos ejemplares, partidos por mitad o en varios pedazos.

Por el parecido de las formas discoidales con los discos de los juegos griegos podríamos vernos tentados a considerarlos (tanto los discos como sus modificaciones, los otros elementos geométricos) como instrumentos de juego.

Sin embargo, pensamos que, dadas las ideas y creencias de los pueblos primitivos, un valor simbólico o una función ritual están mucho antes que una acrobacia de juego, o, en último caso este juego ha formado parte de un ceremonial.

A nuestro juicio, lo más probable es que se trate de elementos de tal ceremonia. El significado mismo no lo sabemos, ni sospechamos la práctica de tal ceremonia.

La presencia de piedras partidas por el medio o fraccionadas en varias tiene tres explicaciones: 1º Hay algunos que muestran claramente que se quebraron espontáneamente, expuestas a la intemperie por larguísimo tiempo. El tipo de fractura y el aspecto de las superficies lo denotan. 2º Hay otras que muestran haber sido partidas con técnica. 3º Por último, las hay en las que se ve que el destrozo ha sido hecho recientemente (por niños o transeúntes ignorantes).

Es bien sabido que, entre muchos pueblos, hay ceremonias en las que objetos de costosa factura y por lo tanto de mucho valor son rotos como parte de ellas. Así lo hemos visto entre el Pueblo de Las Cenizas,

en relación con las piedras horadadas, que en sus enterratorios aparecen partidas, y entre los diaguitas con los morteros y piedras de moler que también se encuentran en trozos en sus sepulturas.

No nos atrevemos a asegurar que hiciesen como los del Pueblo de Las Cenizas, pero es posible que así sea, ya que el Dr. Durruty puntualiza que las piezas que él tiene fueron obtenidas de enterratorios. Pero no sabemos si esos enterratorios eran de este pueblo o de otro, en el que la pieza haya sido obtenida por canje o como hallazgo.

Todo esto queda en suspenso hasta que nuevas excavaciones den con las sepulturas de los autores de estos objetos geométricos.

CONCLUSIONES

Tal como lo habíamos previsto, la zona resultó ser de un apasionante interés. Las huellas que dejaron allí varios pueblos nos hablan de la importancia arqueológica del lugar.

Señalamos elementos culturales diaguitas, mollinos, Cenizas o Tacitas y de Huentelauquen. Todavía debemos agregar los exponentes líticos de gran primitividad, puntas de proyectil, dardos, cuñas, cuchillos, raspadores, elementos discoidales, etc., que pueden pertenecer a un pueblo mucho más antiguo que los antes citados, algunos de los cuales recuerdan formas del paleolítico superior europeo.

Más de alguna persona preguntará, estando en la desembocadura del Choapa ¿y los Changos?

Deberemos contestar "son todos y no es ninguno". Ya desde los tiempos de D. Ricardo Latcham, él dejó en claro que "los Changos, en esta región, eran sólo los ocupantes de la costa" (del Choapa al Loa). Por lo tanto, una sucesión de pueblos, como encontramos en Huentelauquen, ha venido ocupando la costa y la desembocadura de los ríos. Es muy posible, como ya dijimos, que todavía encontremos otros y un hombre más primitivo y antiguo aún.

* * *

En cuanto a lo "diaguita chileno", comprobamos que al norte del Choapa, tal como ha sido desde largo tiempo señalado, la ocupación por ese pueblo de ese territorio ha dejado sus huellas por todas partes. Allí están como ejemplos los hallazgos de Mincha, Tunga, Cuz-Cuz, Chuchiñí, Tahuinco, Tambo, Quelén, Chellepin, San Agustín, Tranqui-

lla, Cuncumén y Chalínga. (Algunos de estos puntos en realidad están en la margen sur del río, pero, como quedan en la cuenca misma de él y están más vinculados o exclusivamente relacionados con el norte, los anotamos como tales).

En cambio en el sur del río Choapa las exploraciones nos han dado muy localizados hallazgos en Chigualoco, Casuto y Agua Amarilla. Muchísimo más al sur, en los puntos en que hemos encontrado objetos y cerámica diaguita, La Ligua, Quintero, Papudo y Concón, creemos se deba a la presencia posterior de mitimaes o de yanaconas.

Es interesante dejar anotado que en Huentelaquen encontramos cerámica de 4º estilo.

El otro hecho de interés fue la existencia allí de esa variedad de pequeños "tejos" o discos, hechos de restos de cerámica y aún con trozos de escudillas rituales diaguitas (pintadas). La existencia de "tejos" o discos de ese tipo no es extraña. Muchos pueblos de la antigüedad los hicieron y usaron en juegos. Lo raro es que hayan usado trozos de la hermosa cerámica ceremonial, que tanto respetaban y que cuando rota reparaban para que siguiera sirviendo.

* * *

El otro pueblo, cuyas huellas encontramos, corresponde a la cultura de El Molle, se extendió indiscutiblemente muchísimo más que el diaguita. Objetos pertenecientes a su cultura o sus restos extrajimos al norte y al sur del Choapa.

Nada de esto es raro puesto que hemos obtenido su cerámica incisa, negra o pintada, siempre finísima, así como sus inconfundibles tembetás o bezotes y sus cachimbas hasta en Los Vilos, La Ligua, Papudo, Quintero, Concón, el Tabo y Malloa.

* * *

Naturalmente, no podíamos pasar por un lugar de la costa, con playas y dunas, que estuvieran libres de conchales. Los encontramos, al norte y al sur del río, por cierto con distribución, densidad y extensión diferentes.

La excavación de Las Salinas nos mostró períodos de ocupación cortos y largos, separados por pequeños y larguísimos espacios libres. No creemos que el movimiento de dunas haya influido en que los pueblos que los ocuparon sabían protegerse muy bien y escogían sabiamente

los sitios adecuados para permanecer. Unos pocos conchales, aislados, encontramos, específicamente formados por una sola clase de restos de moluscos marinos.

* * *

En esta zona aparece, en uno de los conchales del sur del río, el Pueblo de Las Cenizas o de las Piedras con Tacitas, que, en este caso, está en el conchal. En el norte del río sus huellas no tienen ninguna relación con aquellos amontonamientos de conchas y están completamente aparte, mientras que en Las Salinas, no muy lejos, sus piedras horadadas se mezclan con los elementos líticos geométricos propios de Huentelauquen.

El Pueblo de Las Cenizas, cuya distribución en el territorio nacional alcanzó tan vasta extensión, no podía pues faltar aquí.

* * *

Por fin, encontramos los elementos líticos, tan especiales, por sus formas geométricas, de tipo completamente distinto de lo que habíamos hallado en el resto del país y que constituyendo ese conjunto con discos, estrellas, polígonos, piedras dentadas y grandes puntas de proyectil, etc., nos indujeron, por su localizada ubicación, a hablar de Cultura de Huentelauquen.

El hallazgo de estos elementos culturales nos plantearon muchos interrogantes en relación con su individualidad o con una dependencia o desarrollo local de cualquiera de las otras culturas allí existentes; en lo tocante a su difusión; en materia del uso de los extraños artefactos y, sobre todo en lo de su antigüedad.

Ni con los diaguitas, ni con los del Molle, ni con el Pueblo de Las Cenizas, ni con ninguno de los hasta ahora conocidos para esta parte de Chile, podrían vincularse los elementos culturales de Huentelauquen tan característicos y tan diferentes de lo que constituye el substrato cultural de los otros pueblos, así como la diferente difusión.

Aparentemente un neolítico precerámico, con señales de haber experimentado una evolución, sedentario fue este pueblo pescador, cazador, recolector y seguramente después, agricultor. Tanto sus instrumentos líticos geométricos —que consideramos ceremoniales— como los de carácter utilitario, forman un conjunto bien característico para inte-

grar una cultura, la de Huentelauquen, que se nos aparece, en relación con lo descubierto, como una cultura de tipo local con cierta difusión.

En materia de antigüedad, teniendo en cuenta las pruebas del radiocarbón, para el período intermedio del "Milling Stone Horizon" de California, (unos 2000 a. J. C. según la prueba radiocarbónica), al que pertenecen las "cogged stones" según los norteamericanos, debemos aceptar que los elementos culturales de Huentelauquen han de ser muy antiguos; pero por el momento, sin otras pruebas, nada nos autoriza a asegurar que aquí tal expresión cultural floreciera al mismo tiempo que en California. Creemos que es posterior.

* * *

Por último, hemos encontrado algunos elementos líticos que, por sus características y su primitividad, así como por su área de dispersión, no encajan en las anteriores culturas y muy probablemente correspondan a un pueblo aún más antiguo y primitivo.

RESUMEN

Se investiga arqueológicamente la desembocadura del río Choapa y la zona de Huentelauquen. Se estudian playas, dunas, salinas, puntillas y conchales.

Una sucesión de pueblos ha ocupado el sector: están allí representadas las culturas diaguíta chilena, mollina, de Las Cenizas y una hasta ahora no conocida, la de Huentelauquen.

Hay todavía la probabilidad de que otro pueblo aún más antiguo y primitivo haya ocupado esa región.

BIBLIOGRAFÍA

1. ASTA-BURUAGA, F. S.: *Diccionario Geográfico de Chile*. Santiago, 1899.
2. BIRD, JUNIUS B.: *Excavations in Northern Chile*. Anthropol. Pap. of the Amer. Museum of Nat. Hist. Vol. 38. Part. IV. N.Y.C. 1943.
3. CORNELLY, F. L.: *Cultura Diaguíta Chilena y Cultura de El Molle*. Edit. Pacífico. Santiago, 1956.
4. EBERHART, HAL.: *The Cogged Stones of Southern California*. American Antiquity. Vol. 26, N° 3. 1961.
5. EMERY, CARLO: *Zoología*. Edit. L. Capelli. Bologna, 1920.

6. GAJARDO TOBAR, R.: *Investigaciones acerca de las Piedras con Tacitas en la Zona Central de Chile*. Anales Arque. y Etn. T. XIV-XV, 1958-1959. Mendoza.
7. HEIZER, R. F.: *Sites attributed to Early Man in California*. Rep. of the Univer. of California Arch. Survey '22. Berkeley, 1953.
8. LATCHAM, R. E.: *Un capítulo de la Prehistoria Chilena*. Rev. Chil. Hist. Nat. Santiago, 1910.
9. LATCHAM, R. E.: *Los Changos*. Impr. Cervantes. Santiago, 1910.
10. LATCHAM, R. E.: *Antropología Chilena*. Santiago, 1909.
11. LATCHAM, R. E.: *Túmulos de Copiapó*. Publ. Museo Etno. y Antrop. T. IV, N° 3-4. Santiago, 1927.
12. LOOSER, G.: *Petroglifos del Río Choapa*. Rev. Chil. Hist. Nat. Año 37, 1933.
13. MEDINA, J. T.: *Los Aborígenes de Chile*. Santiago, 1882.
14. MEDINA, J. T.: *¿Para qué pueden haber servido las piedras con horadación inconclusa?* Public. Museo Etno. y Antrop. Chile. T. IV, N° 3-4. Santiago 1927.
15. OYARZÚN, A.: *Conchales de las costas de Melipilla y Casablanca*. Universo. Santiago, 1910.
16. SMITH, G. A.: *Prehistoric Man of San Bernardino Vallery*. San Bernardino County Historical Society. Redlands, 1950.
17. TREGANZA, A. E.: *The Topange Culture*. Univer. of Cal. Anthrop. Records. Vol. 12, N° 4. Berkeley, 1950.
18. WALLACE, W. J.: *A Suggested Chronology for Southern California Coastal Archaeology*. Southwestern Journal of Anthropology. Vol. II, N° 3. Albuquerque, 1955.

N. del D.: Posteriormente a la redacción del presente trabajo apareció otro sobre el complejo de piedras de formas geométricas: IRIBARREN Ch., Jorge: *La cultura de Huentelauquén y sus correlaciones*. Museo Arqueológico de La Serena, Contribuciones Arqueológicas N° 1. La Serena, 1961. 18 pp.

A P É N D I C E

NOTICIA SOBRE MINIATURAS HALLADAS EN LA ZONA DEL RÍO CHOAPA

MINIATURAS DE CLAVAS

Entre las muchas sorpresas que el valle del río Choapa nos ha deparado están las miniaturas, y entre éstas, las más extraordinarias son las minúsculas representaciones de clavas céfalomorfas de piedra (fig. 1).

Estos pequeños objetos líticos constituyen una estilizada y fina imitación de las grandes clavas céfalomorfas de piedra de la zona central de Chile (fig. 2). Como éstas, poseen un disco y un mango. El disco no es perfecto. Sus diámetros no son iguales; de ordinario hay uno mayor que otro. En general es el que va desde la unión del disco con el mango hasta el extremo opuesto, es decir lo que nosotros llamamos el alto. Lo característico del disco es que su borde presenta una escotadura semicircular, que hemos considerado siempre anterior. El disco tampoco es parejo en espesor, siendo casi siempre más grueso en la unión de él con el mango.

Las caras llevan, hacia el centro de ellas, un círculo inciso o saliente, a veces con un punto u otro círculo pequeño en el medio de él. En muchos casos las caras presentan dibujos incisos. El borde es romo, suavemente alisado en la unión con las caras.

El mango es cilíndrico, en general de mayor diámetro en su conexión con el disco.

El todo representa una cabeza de pájaro, de donde viene su nombre de clavas céfalomorfas de tipo ornitomorfo.

El material empleado ha sido siempre piedra más o menos blanda, de superficie suave, finamente tallada y pulida. El tamaño no más de 2 a 5 centímetros. El peso entre 8 y 20 gramos o muy poco más.

Todos han sido hallazgos fortuitos, en terrenos agrícolas, mientras

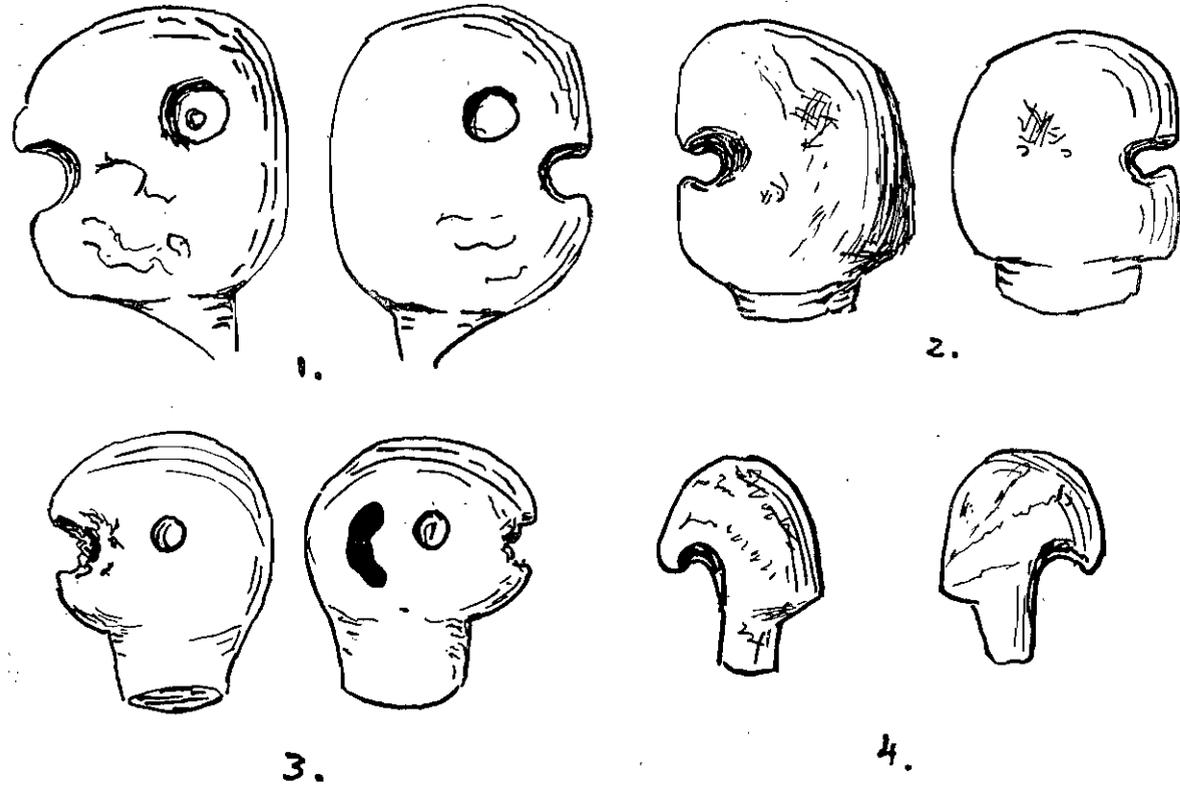


Fig. 1. - Miniaturas de clavav. Tam. natural.

era labrada la tierra, en haciendas del valle del río Choapa o de sus afluentes, pero siempre en territorio diaguita chileno, en sitios donde ellos residieron.

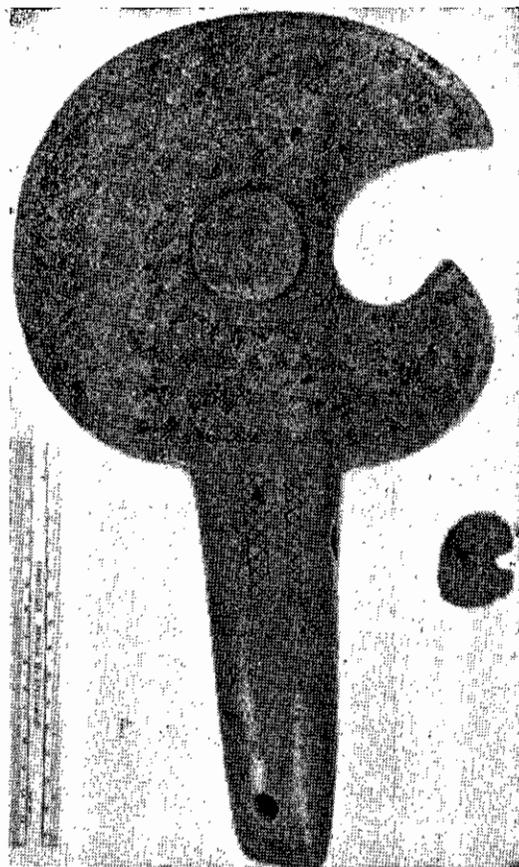


Fig. 2. - Gran clava insignia de Casablanca, comparada con la miniatura N° 2.

Logramos estudiar cuatro ejemplares, uno de la colección particular de D. Javier Irrarrázaval, otro de doña María Francisca Errázuriz, el otro de la colección de D. Raúl Bahamondes y el cuarto traído a nuestro museo. Sabemos de uno más que no hemos podido ver todavía.

A sus poseedores debemos agradecer que nos hayan permitido estudiarlos.

Miniatura N° 1. (Fig. 1 : 1)

Encontrada en el potrero "Arenas" de la hacienda Illapel, de D. Javier Irrarrázaval, en 1944, por un obrero agrícola, mientras araba el terreno que tenía que sembrar. Está labrada en una piedra blanda, suave, color crema, como la esteatita. Es muy fina y simplificada imitación de una clava cefalomorfa de tipo ornitomorfo de la zona central de Chile. (La Hacienda Illapel está en la ribera sur del río del mismo nombre, a 5 Km. de la ciudad).

De sus partes, el disco está completo, faltando un trozo del mango. El disco es un poco más alto que ancho. El espesor no es parejo, porque el disco es un poco más grueso en su unión con el mango. Las caras son suavemente bruñidas. Presentan algunas líneas irregulares, incisas y sin orden, en la parte más baja de ambos lados. En las dos caras hay, representando el ojo, un círculo inciso, en cuyo centro, en la cara interna solamente, lleva un pequeño círculo excavado a manera de pupila. De los extremos de la escotadura, se proyecta un poco más hacia afuera el de su parte baja.

El mango cilindroideo, hace la impresión de haber perdido una porción de él, porque se adelgaza mucho hacia abajo.

Dimensiones:

	Altura total de la pieza	50 mm.
Disco:	Alto	40 "
	Ancho sobre la escotadura	36 "
	bajo la escotadura	35 "
	frente a la escotadura	28 "
	Escotadura alto	10 "
	profundidad	7 "
	Ojo diámetro	8 "
	círculo central de él	2 "
	Espesor del disco	14 "
Mango:	Ancho del mango en la base	14 "
	Largo del mango	10 "
	Peso	20 gramos

Pertenece a la colección de D. Javier Irrarrázaval de la hacienda Illapel.

Miniatura N° 2 (Figs. 1: 2, 2 y 3).

Clava cefalomorfa encontrada en el huerto de la casa de D. Manuel Rojo, en el pueblo de Huentelauquén, a 2 Km. de la desembocadura del

río Choapa en el mar, en Mayo de 1963, dentro de una escudilla diaguaita que contenía tierra de color, en el mismo sitio de donde se extrajeron otros cántaros diaguaitas clásicos.

Está tallada simplemente en una piedra blanda de color amarillo verdoso, vetada de más oscuro, suave, al parecer raspada posteriormente, con una hundidura en la cara externa. El mango está ausente. El

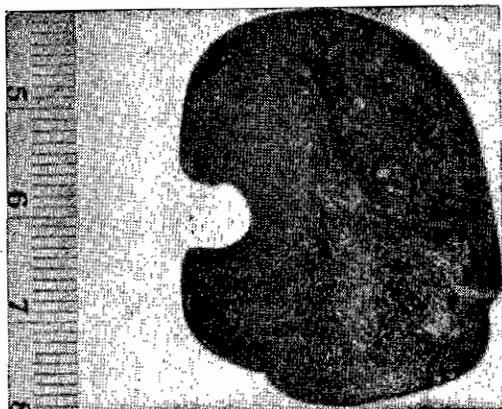


Fig. 3. - Miniatura de clava N° 2 (aumentado).

borde aparece alisado y presenta la escotadura anterior de rigor, un tanto pequeña en proporción con el disco y además dos pequeñas escotaduras en la parte inferior para simular el mango. No tiene dibujos. Tampoco representación de ojos. Sin embargo, hay allí unas depresiones que remotamente podrían simularlos. El disco es un poco menos ancho en la parte superior a la escotadura que en la inferior.

Las medidas son:

Alto	37 mm.
Escotadura alto	7 "
profundidad	6 "
Ancho sobre la escotadura	29 "
bajo la escotadura	30 "
frente a la escotadura	22 "
Espesor	4 "
Cintura que corresponde al mango .	22 "
Peso	14,5 gramos

En la actualidad pertenece a la colección de D. Raúl Bahamondes, de Los Vilos.

Miniatura N° 3 (Figs. 1 : 3, y 4)

Encontrada en la hacienda San Agustín, en el río Chalinga, afluente del Choapa, por la Srta. María Francisca Errázuriz, en el lugar denominado "Ranque". Está tallada en piedra color plomo ceniza.

El disco tiene una acentuada forma de cabeza y el mango, grueso, es corto. El disco presenta el diámetro vertical más corto que el horizontal, es decir es un poco aplastado de arriba a abajo. El borde junta una y otra cara con una suave inclinación. La escotadura es acentuada e imita el pico, entreabierto, de un ave. El espesor es menor en la parte alta que en la que le une al mango, donde está lo más grueso de la pieza. De las dos caras, la interna tiene una inscrustación natural de otra piedra. Ambas caras son completamente bruñidas y cada una lleva una pequeña cavidad circular a manera de ojo, en su parte central. En la cara externa se ven manchas de una substancia lacre, oscura, adherida, que parece ser una oxidación mineral.

El mango es corto, cilindromorfo, aplastado por los lados, liso, bruñido. Se une al disco o cabeza sin otra demarcación que una línea ligeramente hundida en toda su extensión.



Fig. 4. - Clava N° 3.

Medidas:

Largo total	35 mm.
Alto del disco	25 "
Ancho mayor	30 "
Espesor superior del disco	5 "
inferior del disco	7 "
Escotadura alto	6 "
profundidad	5 "
Mango largo	10 "
ancho	20 "
espesor	10 "

Esta clava ornitomorfa en miniatura es la primera que se encuentra en la zona del río Chalinga y pertenece a la colección del Profesor Miguel Vicencio Codoceo de San Agustín.

Miniatura N° 4 (Figs. 1 : 4, y 5)

Es la más minúscula de todas las miniaturas de clavas hasta ahora encontradas en la zona del Choapa. También es la más estilizada. Fue hallada mientras se hacían trabajos agrícolas en el sector de Huentelauquén, en un reducto donde se han encontrado restos de la cultura diaguita. Está tallada en una piedra blanca plomiza con vetas verdes azulejas, suave, lisa, aparece finamente bruñida. Semeja un gorro frigio.

El disco se ha alejado bastante de la forma discoidal y aparenta ser más alto que ancho. Las caras son lisas. El borde es grueso y las une suavemente. La escotadura no tiene saliente inferior, de manera que el todo parece un pico de loro. El mango es cilíndrico, corto y grueso. Por la parte posterior el disco está cortado bruscamente para caer sobre el mango.

Dimensiones:

	Alto total de la pieza	28 mm.
Disco:	Alto	21 "
	Ancho sobre la escotadura	22 "
	Ancho en la base donde se junta con el mango	14 "
	Espesor en la parte alta	7 "
	base	10 "
	Profundidad de la escotadura	8 "
Mango:	Largo	7 "
	ancho	9 "
	espesor	9 x 6 "
	Peso	8,21 gramos

Pertenece en la actualidad a nuestro museo, en Viña del Mar.
Inquestionablemente son, todas éstas, representaciones en miniatu-

ra de las clavas insignias encontradas en la zona central y meridional de Chile, en Mendoza y en Neuquén. Aparecen muy estilizadas y finamente labradas.

La única noticia que había de algo semejante, fue la excelente des-

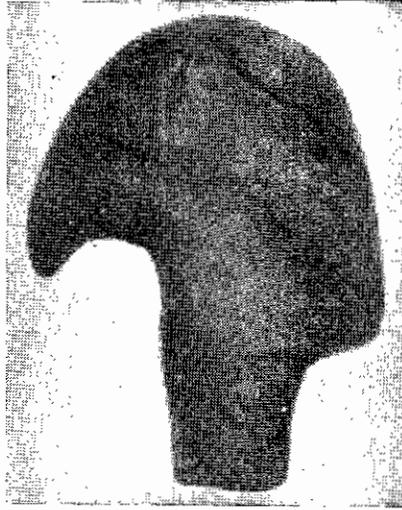


Fig. 5. - Clava - miniatura N° 4 (Aumentado al doble del tam. nat.)

cripción de la miniatura votiva de Coipo-Lauquén, de la colección de D. Vicente O. Agüero, de Mendoza, hecha por el Dr. Juan Schobinger, en *Anales de Arqueología y Etnología* (T. XII, 1956, pp. 301-3).

Las clavav insignias de Chile central tienen un área de dispersión totalmente fuera del territorio diaguita chileno. Si restos de más de alguna se ha encontrado en la región diaguita debemos pensar que pudo haber sido obtenida por trueque o como conquista, pero no forman parte de la cultura diaguita. Luego ¿qué significa la presencia de estas miniaturas en el valle del río Choapa?

A nuestro juicio y tal como lo dice Schobinger respecto a la miniatura del sur de Mendoza, aquí no son insignias sino "objetos mágicos, votivos o amuletos que representan las formas estilizadas de las clavav, pero sin conservar los demás elementos, ni su tamaño".

El hallazgo de estos objetos junto a otros de la época clásica diaguita, induce a señalar que las clavav de Chile central fueron muy importantes, impresionaron vivamente a los artistas diaguitas, y por otro lado, ambos pueblos fueron contemporáneos, se conocieron, comerciaron

o lucharon, se transmitieron sus ideas, tanto más cuanto que en el territorio diaguita se han encontrado restos de toquis y de clavas insignias. (Algunos de los cuales por nosotros mismos).

Los hábiles diaguitas reprodujeron en miniatura tan importantes objetos. Son curiosidades escasas hoy día y lo interesante es que, por lo menos hasta el momento, sólo los hemos visto en el área del río Choapa y de sus afluentes.

Resulta curioso observar a dónde ha ido a parar, evolucionado y transformado, lo que comenzara en una *okewa* oceánica, pasando por las *okewas* del Llaima y río Limay, las clavas insignias ornitomorfos de Araucanía y Neuquén, de Chile central, de Mendoza, etc., hasta llegar a las miniaturas de Coipo-Lauquen y del valle del río Choapa.

OTRAS MINIATURAS DIAGUITAS

Son extraordinariamente interesantes y dignas de admiración las miniaturas encontradas en sitios donde se ha hallado cerámica diaguita y otros implementos de su cultura. Las más notables pertenecen a la colección de los señores Javier Irarrázaval de la hacienda Illapel y Miguel Vicencio de la hacienda San Agustín en Chalinga.

Especialmente notables son, entre ellas, las reproducciones de animales. En la colección Irarrázaval se destaca una hermosa figura de guanaco, en piedra café rojiza, pórfido finamente tallado, de no más de 20 x 30 mm. Llamen la atención también un minúsculo polluelo de alguna ave local, de 14 x 7 mm, en pórfido color ámbar anaranjado con dos perforaciones cilíndricas en sentido contrario (una a lo largo del cuerpo y otra atravesada), de manera de poder llevarlo colgando como adorno; un pequeño perro de piedra café negruzca, al parecer basalto; una oruga de piedra rojiza, representando el gusano del maíz, de 40 x 12 mm, en la que con incisiones se ha dibujado el cuerpo segmentado de la oruga, cuya cabeza es notable por su forma precisa.

Se han encontrado, además, muchas pequeñas figuras con asas o con perforaciones en un extremo de ellas, para llevarlas colgando seguramente como adornos de collar, todas líticas, en piedras más o menos blandas y otras duras. Especialmente curiosos son unos cilindros de basalto, muy pulimentados, que llevan un asa en el costado. Otro tanto un buen número de colgantes triangulares, ovalados, acorazonados con una perforación en la parte más estrecha. Entre estos objetos para llevar colgando en collares han aparecido unos cuantos tembetás, de los cuales

se ha usado el vástago, perforado en el extremo apical, con una perforación cilíndrica, habiendo perdido las aletas o a lo sumo quedándose la porción basal. Todos de tipo largo (1-5-7 de los señalados por Cornely en su libro sobre la Cultura del Molle). Naturalmente han sido reusados como adornos colgantes (fig. 6).

Agreguemos a todo lo dicho la presencia de pequeños ídolos de piedra y algunas figuras hechas en greda, entre las cuales cabe destacar dos:

Idolo de piedra N° 1 (Fig. 7, arriba, centro)
(Colección de D. Miguel Vicencio)

Pequeña miniatura de piedra blanco amarillenta y un tanto opalescente, que representa una figura humana en la cual están perfectamente diseñadas sus partes.

La figura no tiene más de 27 milímetros. La cabeza es plana en la parte alta. Los lados ligeramente curvos, se estrechan para unirse a un cuello corto y robusto. La cara está determinada por una línea quebrada que da la forma a los ojos y a la nariz. No hay rasgo de boca. Como han sido desgastados los trazos de la línea que diseña la cara aparecen la frente, la nariz, los pómulos y la barba eminentes mientras que el resto

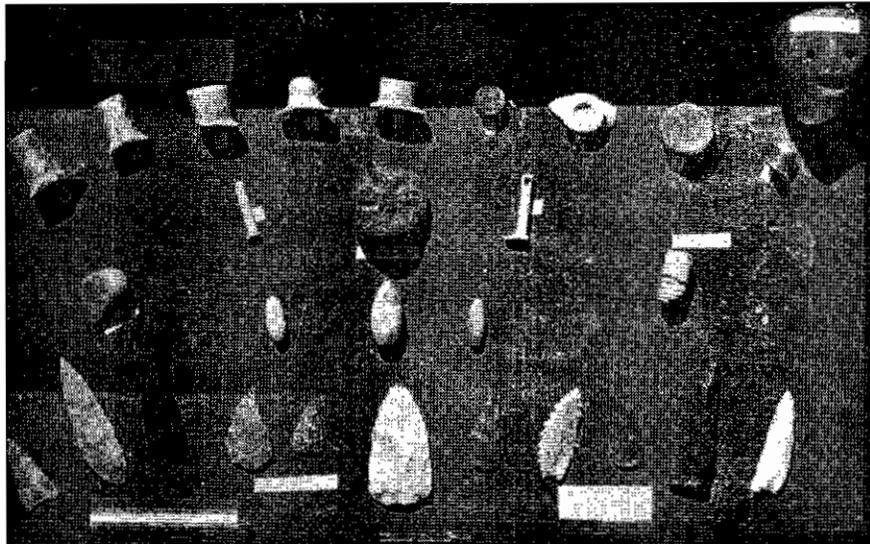


Fig. 6. - Objetos de la colección M. Vicencio Codoceo.

está hundido. Los arcos superciliares y la nariz forman un todo saliente.

El cuello es más estrecho que la cabeza y se dibuja muy bien. Los brazos son sólo dos muñones pequeños, con una incisión transversal en el extremo. Las piernas se han delimitado por una incisión separativa poco profunda. Son cortas y gruesas.

Idolo de greda Nº 2 (Fig. 6, centro)
(Colección de D. Miguel Vicencio)

Es sólo una cabeza, en tierra cocida, pero de extraordinario realismo y acentuado tipo asiático. Literalmente no podemos hablar de cabeza, sino mejor de cara, porque la figura representa una cara y sólo esboza la cabeza, casi como una máscara.

Esta cara es casi circular. La nariz y los arcos superciliares están formados por una eminencia continua perfectamente proporcionada. Las aberturas nasales las constituyen dos horadaciones pequeñas. Los ojos están representados por gruesos párpados muy salientes. Las aberturas palpebrales las marca un surco con ligera inclinación de arriba a abajo y de fuera a adentro (oriental). Las pupilas están representadas por una perforación central. La boca es sólo una línea incisa transversal. La barbilla es eminente. El cuello está esbozado.

La figura tiene un ancho de 45 milímetros, un alto de 40 milímetros y un espesor de 20 milímetros.

Nos parece que el todo representa un ídolo, muy interesante, admirablemente estilizado, que recuerda los ídolos asiáticos y cuyo aspecto es frío, enigmático y misterioso.

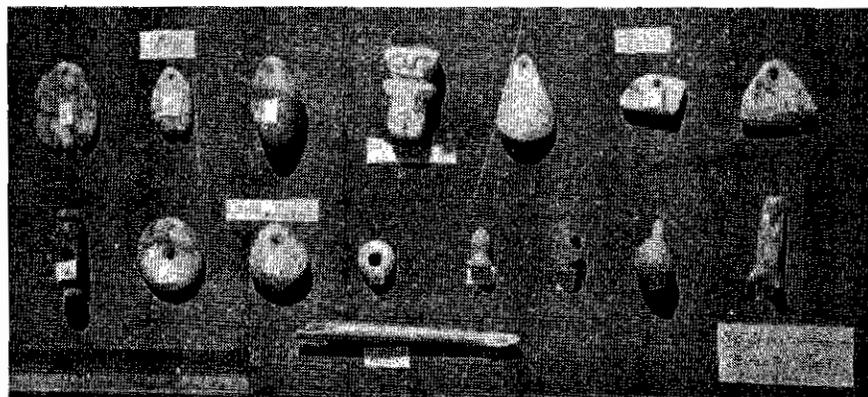


Fig. 7. - Objetos de la col. Vicencio.

BIBLIOGRAFÍA

- BULLOCK, D. S.: *Tres clavos líticas cefalomorfas*, Bol. Soc. Biol. Concepción, 31: 185-93, 1956.
- CORNELY, F. L.: *Dos clavos cefalomorfas de piedra de los araucanos*, Bol. Soc. Arqueol. La Serena, 8: 6-7, 1952.
- *Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle*, Edit. Pacífico, Santiago, 1956.
- GAJARDO-TOBAR, R.: *Descripción de una clava cefalomorfa de piedra encontrada en Casablanca*, Rev. Chil. Hist. Nat., 41: 156-161, 1937.
- GAJARDO-TOBAR, R.: *Una clava cefalomorfa más*, Bol. Soc. Arqueol. La Serena, 8: 7-9, 1956.
- GAJARDO-TOBAR, R. y ROJAS, G.: *Clava cefalomorfa de Petorca*, Rev. Univer., 43: 129-131, 1958.
- IMBELLONI, J.: *Epítome de culturología*, Buenos Aires, 1953.
- IRIBARREN, J.: *Dos mere-okewa en un cementerio diaguita de Elqui*, Rev. Univer., 36: 131, 1951.
- LATCHAM, R. E.: *Diversos tipos de insignia lítica ballados en territorio chileno*, An. Museo Nac. Buenos Aires, 20: 131, 1910.
- LEHMANN NITSCHKE, R.: *Clavas cefalomorfas procedentes de Chile y la Argentina*, Rev. Museo La Plata, 16: 150-170, 1909.
- LOOSER, G.: *Hacha insignia de Llaima*, Solar, 201-208, Buenos Aires, 1931.
- MEDINA, J. T.: *Los aborígenes de Chile*, Santiago, 1882.
- REED, C.: *Descripción de insignias líticas chilenas*, Public. Museo Etnol. y Antropol. de Chile, 4: 67-135, Santiago, 1924.
- RUSCONI, C.: *Tokis líticos de Mendoza*, Public. Inst. Arqueol. Ling. y Folk. Córdoba, 1945.
- SCHOBINGER, J.: *Las clavos insignias de Argentina y Chile*, Runa, 7 (2°): 252-280, Buenos Aires 1956.
- *Una notable miniatura lítica del sur de Mendoza*, Anales de Arqueología y Etnología, 12: 301-304, Mendoza, 1956.
- *Arqueología de la Provincia de Neuquén*, An. Arqueol. y Etnol., 13: 5-233, Mendoza, 1957.

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL VALLE DEL RÍO GRANDE DE SAN JUAN (PUNA ARGENTINA)

Por PEDRO KRAPOVICKAS y EDUARDO M. CIGLIANO

En enero de 1960 los autores efectuaron, con la colaboración de los señores G. A. Austral y Omar Molina, un viaje al valle del Río Grande de San Juan o San Juan Mayo. Este viaje fue financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. En esa oportunidad se visitaron y exploraron varios lugares ya conocidos y se efectuó el hallazgo de un conjunto de grabados rupestres.

El valle del Río Grande de San Juan o San Juan Mayo es una zona cuya arqueología despertó el interés de los científicos y viajeros del país desde muy temprano. Las primeras publicaciones sobre el pasado prehispánico de la Puna Argentina, traen datos sobre la arqueología de esta región. Son los trabajos de Lehman-Nistche y Ambrosetti de 1902. Aquí se describen los materiales obtenidos en 1896-97 en el San Juan Mayo y otros sitios por el señor Guillermo F. Gerling, naturalista viajero del Museo de La Plata.

A fines de la segunda década de este siglo el río Grande de San Juan fue el escenario en el que se inició la serie de trabajos fundamentales del ingeniero Wladimiro Weiser. Este valle y sus zonas vecinas fueron la meta de la primera expedición que financió don Benjamín Muñiz Barreto con el fin de formar su famosa colección. Weiser estuvo allí en diciembre de 1919, en esta primera ocasión acompañado por Carlos Schuell, el aficionado arqueólogo de Tilcara. Weiser regresó dos veces más al Río Grande de San Juan, en abril y marzo de 1920 y en enero de 1921. Esta última vez lo acompañó Salvador Debenedetti. De estos viajes han quedado las libretas de campaña de Weiser y una publicación de Debenedetti (1930) que han sido nuestras principales guías en los trabajos. Todos los lugares en los que trabajamos en 1960, salvo el sitio con grabados rupestres, habían sido visitados ya por Weiser entre 1919 y 1921 y figuran en sus libretas y en su mapa.

Desde entonces el Río San Juan Mayo, nunca más visitado por

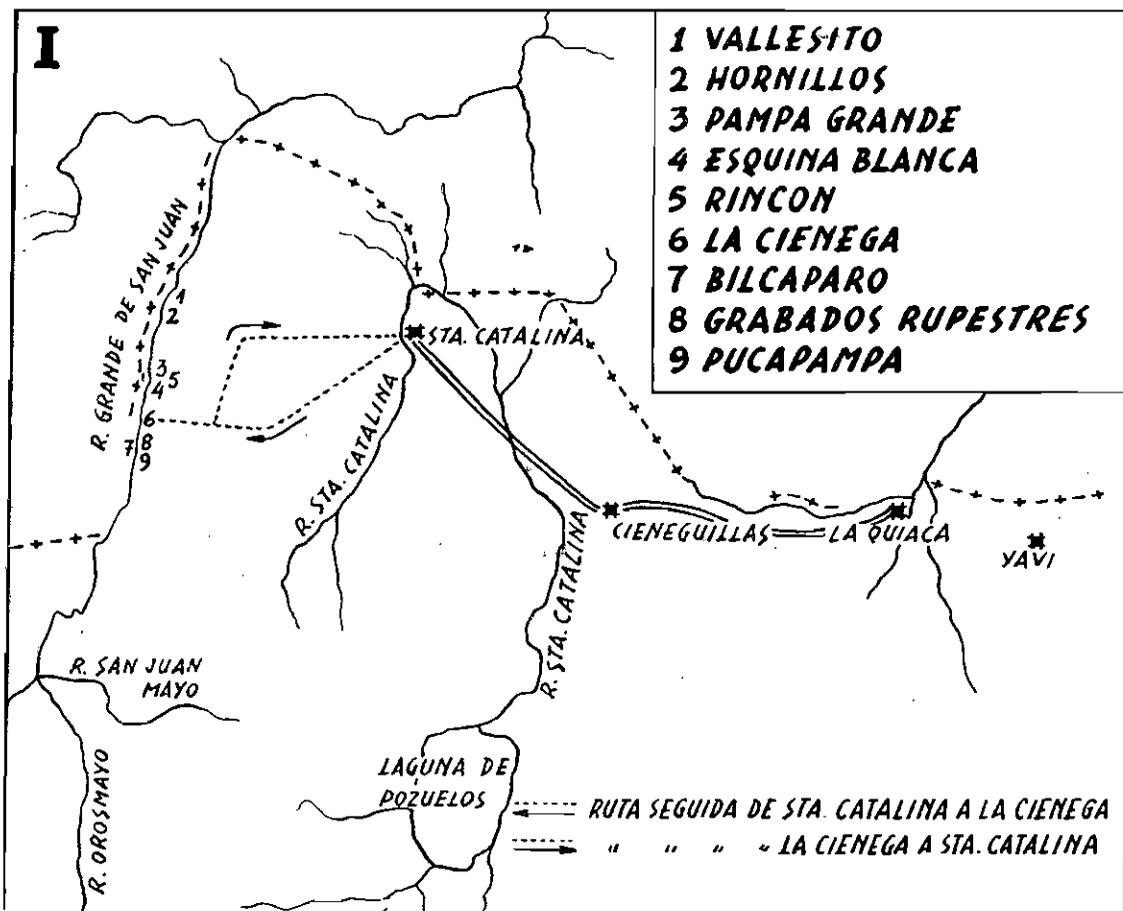
arqueólogos, constituyó una meta lejana y misteriosa, a la que nosotros pudimos llegar otra vez. Lo que allí vimos, pretendemos verterlo en estas páginas, para tratar de ampliar el conocimiento de la arqueología de ese remoto rincón de nuestro país.

Como descripción del camino que conduce hacia el Río Grande de San Juan y el ambiente que atraviesa, es difícil que pueda superarse la que escribió Debenedetti en 1930. Remitimos al lector a esas páginas del arqueólogo literato, mucho más amplias y detalladas que las nuestras. En aquellos tiempos el viaje se hacía a lomo de mula y su trazado difería en ciertas partes respecto al actual, recorrido en automotores. Pero el ambiente ha permanecido absolutamente idéntico y sus pobladores, a pesar de haber trocado a veces la mula por la bicicleta, son los mismos.

El río Grande de San Juan (fig. 1) señala la división de fronteras entre nuestro país y Bolivia en el extremo Noroeste de nuestra patria. Esa frontera se establece entre el departamento de Santa Catalina, provincia de Jujuy por el lado argentino, y el departamento de Sur Lipez en Bolivia. El punto de partida para llegar hasta el valle es La Quiaca, estación terminal de los ferrocarriles argentinos. De allí el camino sale hacia el Oeste y debe atravesar una cadena montañosa que separa los valles más orientales, donde está situada La Quiaca de la Llanura de La Laguna de Pozuelos. En este sector montañoso el panorama es bastante accidentado y el camino sinuoso.

Antes de iniciar el ascenso de esas serranías, situadas al occidente de La Quiaca, el camino pasa próximo a un yacimiento arqueológico ubicado a unos 8 kilómetros de esa localidad, sobre una de las primeras estribaciones. Se denomina Pueblo Viejo. Obtuvimos datos sobre él de un poblador de La Quiaca, el señor Limperis, griego de origen, quien resultó muy útil como guía. Este sitio no fue visitado por los miembros de la expedición. Por la descripción obtenida se debe tratar de una población indígena reducida, como es tan corriente en nuestra Puna, construida sobre una elevación para su mejor defensa. Aunque poco valor descriptivo puede otorgarse a los topónimos de nuestro Noroeste, salvo el de servir como elementos de localización de yacimientos, el nombre de Pueblo Viejo, podría indicarnos que esta población carece de construcciones defensivas.

En esa primera cadena montañosa que cruza el camino, el paisaje es característico. Se atraviesan varios arroyos y quebradas, se remontan otras y se pasa por la localidad de Tafna. Son cadenas típicamente puneñas, no muy altas con respecto a las llanuras que se extienden a sus



pies. Muy gastadas y suaves apatecen cubiertas por la típica flora desértica de la región.

Después de traspasar esta cadena montañosa se entra en la verdadera Puna, atravesada por el río de Santa Catalina. Este río tiene un primer tramo con dirección sur-norte (sobre esta porción está la población de Santa Catalina) y luego tuerce violentamente para adquirir una dirección norte-sur completamente inversa. Desemboca finalmente en la laguna de Pozuelos por el norte. Esta laguna está alimentada también, por el sur, por el río Cíncel.

Penetrando en la llanura de Pozuelos llega el camino a la localidad de Cieneguillas, nudo importante de caminos que se dispersan hacia los cuatro puntos cardinales. Es la sede de un puesto de gendarmería y en su plaza se levanta el antiguo mirador (Debenedetti 1930, pág. 13, ver su estado original en fig. 1), hoy completamente reconstruido, utilizado por los guardias aduaneros para vigilar la frontera.

Cieneguillas está situado en pleno páramo puneño. Se observan aquí las características plenas de la Puna. Llanuras uniformes semidesérticas de suelo sembrado con material rocoso minúsculo y cubierto de vegetación achaparrada de color verde terroso. Bajos y lagunas tachonan la superficie uniforme y, a lo lejos, un intenso espejismo, imita, en los días de sol, enormes e infinitos lagos. Más allá de Cieneguillas una serie de pantanos interrumpen el camino y hacen muy dificultoso el traslado directo hacia Santa Catalina, especialmente en los períodos de mayor pluviosidad. En nuestro viaje hacia el Río Grande de San Juan, tuvimos que enfrentarnos continuamente con serios problemas que ocasionaban las lluvias. El mes de enero de 1960 fue particularmente lluvioso. Las precipitaciones se extendieron por todo el altiplano y provocaron interrupciones en las comunicaciones ¹.

Después de Cieneguillas la ruta cruza el río de Santa Catalina en su curso inferior. Luego, al finalizar la llanura, se atraviesa otra cadena montañosa baja y se llega a la localidad de Santa Catalina, población

¹ En las investigaciones de nuestro Noroeste uno de los obstáculos más serios lo forman las lluvias estivales. Tradicionalmente nuestros científicos, generalmente dedicados a la enseñanza universitaria, han efectuado sus trabajos de campo en las vacaciones de verano. Nuestra experiencia en el Río Grande de San Juan nos ha demostrado plenamente que el verano es la peor época para efectuar investigaciones de campo en el Noroeste, dadas las copiosas precipitaciones. A esto es necesario agregar el carnaval, aunque aparentemente se trate de un elemento que parece ajeno a una investigación de carácter arqueológico. En el Río Grande de San Juan esta celebración se inicia un mes antes de la fecha señalada y es imposible obtener peones o cualquier otra colaboración para los trabajos durante todo ese período.

moderna que ha quedado completamente alejada de las vías de comunicación importantes. Antes de la creación del ferrocarril a La Quiaca y Villazón, casi todo el comercio con Bolivia cruzaba la frontera por estos parajes. Seguía la antigua ruta que por la Puna venía desde las cabeceras del Valle Calchaquí y pasaba por Salinas Grandes, Casabindo, Abra de Queta y Cochinoca. La construcción de la vía férrea produjo el abandono de ese camino tradicional y la decadencia de las poblaciones que sobre él se levantaban. Pero al contrario de Casabindo y Cochinoca, hoy casi desiertas, Santa Catalina posee aún cierta importancia ya que su situación fronteriza permite el establecimiento de numerosos comercios dedicados al contrabando. A esta actividad fundamental se agrega la comercialización del escaso oro que obtienen los habitantes aborígenes en primitivos lavaderos.

Con respecto al nombre del río Grande de San Juan en su curso principal, existe cierta confusión. En la bibliografía arqueológica, especialmente en el trabajo de Debenedetti, se lo llama San Juan Mayo. Pero los habitantes actuales desconocen esta denominación. Lo llaman Río Grande de San Juan o simplemente Río Grande. El nombre de San Juan Mayo es usado para designar un afluente meridional. Así figura también en la hoja N° 10 del relevamiento a escala 1:500.000 del Instituto Geográfico Militar. Según esta hoja, el río San Juan Mayo al unirse a los ríos Granadas y Orosmayo constituiría el Grande de San Juan. Interrogados los lugareños por el San Juan Mayo nos orientaban siempre hacia esta zona. Por ello emplearemos la denominación de Río Grande de San Juan, que es la actualmente usada en el lugar.

Las tierras en el Río Grande, en su curso superior, están divididas en dos grandes fincas, propiedad cada una de ellas de las familias Farfan y Saravia, residentes ambas en Santa Catalina. La finca de Saravia es la más septentrional, con su casa solariega en Pucapampa. Los trabajos los efectuamos en sitios situados dentro de sus límites y obtuvimos una ayuda muy importante por parte del señor Epifanio Saravia, su actual propietario.

De Santa Catalina salen varios caminos carreteros, transitados por camiones durante el invierno. Uno de éstos se dirige hacia el Oeste, hacia el Río Grande, a La Ciénaga (unos 30 Km de Santa Catalina), punto importante de la finca de Saravia donde funciona una estafeta y una escuela nacional. Como ésta era nuestra meta seguimos un camino algo distinto al señalado por Debenedetti y seguido también por Weiser y Schuell. En aquellos tiempos la senda principal, con un tránsito que imaginamos sería muy importante, conducía a Pucapampa, lugar de la

casa de la finca de Saravia, y que se sitúa al sur de La Ciénaga. Al perder Pucapampa importancia, La Ciénaga centralizó la escasa actividad de la zona.

Ese camino sobrepasa la sierra de San Francisco, que se interpone entre el curso superior del río Santa Catalina y el Grande de San Juan. El camino de vehículos llega hasta el borde del valle del río Grande. En este punto, denominado el alto de La Ciénaga, se interrumpe. El descenso hacia el fondo del valle del Río Grande es tan agreste y empinado que ha impedido el trazado de una carretera y se continúa hacia abajo por una sinuosa senda. En invierno llegan hasta el alto de La Ciénaga los camiones empleados, casi en su totalidad, para el transporte del personal que se traslada para la zafra azucarera. En el verano, los ríos crecidos hacen completamente imposible el uso de movilidad automotriz. Esa fue la razón por la cual nos vimos obligados a emplear animales para nuestro viaje a pesar de contar con una carretera más o menos transitable. El obstáculo más importante lo constituye el río de Santa Catalina, frente a la localidad del mismo nombre.

Ya en el río Grande de San Juan establecimos nuestro centro en La Ciénaga, en la escuela nueva, sobre la margen derecha del arroyo del mismo nombre. Las recorridas que efectuamos en la zona debimos hacerlas a pie, ya que debimos devolver a sus dueños tres de los animales de montar con que contábamos. Los dos restantes, pertenecientes a la gendarmería de Santa Catalina, se hallaban en muy mal estado y no pudieron ser utilizados. Por otra parte, dadas las dificultades para obtener pastos hubiera sido imposible mantener un alto número de animales.

Recorrimos así el río Grande de San Juan, en un trecho de 10 kilómetros. Esa dificultad fundamental nos impidió realizar excavaciones de gran envergadura, ya que no podíamos trasladar un equipo muy voluminoso. Pero logramos realizar una recorrida bastante intensa y completa de la zona, haciendo varios sondeos en diversos sitios.

Nuestras excursiones se vieron limitadas también por la creciente del Río Grande, que nos impidió cruzar a su margen izquierda. Aquí, ya en territorio boliviano, la visita a algunos sitios hubiera sido provechosa. La población indígena más importante situada sobre esa margen, según los datos de las exploraciones de Weiser, Schuell, Debenedetti y los informes obtenidos en el lugar, es Bilcaparo.

La zona recorrida en esta ocasión abarca desde Pucapampa hasta la desembocadura de la quebrada del Vallesito. Es notable el contraste entre la zona que está al oeste del río Grande y la región propiamente puneña que se extiende hacia el este. Antes de llegar a la cima de la

cadena de San Francisco, el camino pasa por un típico paisaje del altiplano. Primero pampas con suaves ondulaciones y luego serranías no muy abruptas, que, a pesar de ser bastante accidentadas poseen todas las características de las montañas antiguas. Pero más allá del Río Grande se divisa una zona muy quebrada, con una intensa erosión reactivada por el movimiento terciario y su prolongación durante el cuaternario. Sobre una base constituida por altísimas terrazas se levantan a lo lejos los imponentes nevados de los Andes, entre los que se destaca el Bonete. El río Grande de San Juan corre de sur a norte por una profunda falla que marca el límite entre el paisaje típicamente puneño y esa zona intensamente accidentada y elevada por los últimos movimientos orogénicos. Corre el río Grande, profundamente encajonado, entre varias cadenas longitudinales que le ordenan su marcado rumbo sur-norte. Al sur de Pucapampa y al norte de Esquina Blanca o Peña Blanca sus márgenes son más suaves y permiten el establecimiento de poblaciones sobre sus orillas.

En la actualidad, la vida en el valle del Río Grande de San Juan se desarrolla de una manera muy precaria. Las extensiones cultivadas son mínimas. La economía actual está basada fundamentalmente en la cría del ganado caprino y lanar de ínfima calidad y el cultivo de las escasas parcelas con habas, trigo, maíz, papas y alfalfa. Faltan en absoluto las mulas y los caballos y sólo existen dos bueyes, conservados con gran cuidado en Pampa Grande. Las poblaciones consisten en agrupaciones dispersas de viviendas simples en los bordes de los terrenos cultivados. Desde luego el cultivo se efectúa eminentemente con riego. Sólo hallamos construcciones más importantes en Pucapampa donde se levanta la antigua casa solariega de la familia Saravia, hoy abandonada. Hay aquí en las orillas del río amplios campos aptos para el cultivo, que se extienden a lo largo del río no más de 1 Km. En una generación anterior, el floreciente comercio de Santa Catalina, hoy reducido a un mínimo, permitió que los propietarios dedicaran mayores medios a la explotación y manutención de esta propiedad. Lo distante de su localización y lo difícil de su explotación han provocado su abandono.

Los habitantes del curso superior del Río Grande, porción visitada por la expedición, se mantienen muy aislados del resto de las poblaciones puneñas y mantienen un régimen de vida todavía bastante simple y singular. Hablan normalmente el quechua como idioma nativo y utilizan en sus cultivos la azada y diversos tipos de palos plantadores (fig. 2).

Las familias allí radicadas se ven obligadas a buscar fuera de la zona otros medios de vida. Así, los hombres se trasladan todos los años

a Jujuy para participar en la zafra. En algunas zonas, al abrigo de ciertas quebradas, especialmente hacia el norte de Peña Blanca, se han desarrollado algunos montes de churquis, cuya explotación como leña ha proporcionado un complemento a la economía lugareña.

En general, la vida actual en el curso superior del Río Grande de San Juan se nos presenta con un marcado grado de pobreza, si no de miseria. Es una de las zonas de peor desarrollo económico que hemos conocido hasta ahora en la Puna. Estas condiciones parecen mejorar, según informes obtenidos, mucho más al norte.

No creemos superflua esta visión sobre el presente modo de vida en la cuenca del río Grande, ya que puede sugerirnos un cuadro de la vida en las últimas épocas aborígenes. Los establecimientos indígenas son poco importantes y se limitan a las actuales poblaciones. Esto hace mucho más difícil su investigación, pues al superponerse ambos tipos de ocupación los restos indígenas resultan completamente destruidos, dispersados y ocultos por las poblaciones actuales.

En la última época indígena agroalfarera, de no mediar importan-



Fig. 2. - Instrumentos de labranza.

tes cambios climáticos, las condiciones imperantes deben haber sido muy similares a las actuales. Los núcleos de población indígena, salvo Bilcaparo, son muy reducidos y evidencian una economía no muy floreciente. Si comparamos al valle del Río Grande con otras regiones de la misma Puna como Yavi, también visitada por la expedición en 1960, podemos notar ese contraste. Los valles de Yavi y Yavi Chico son más húmedos y más abundantes en medios económicos. En cuanto a la arqueología surge también una diferencia notable. La zona de Yavi sirvió de asiento a una población indígena, el antigal de Yavi Chico, de vida económica y cultural mucho más rica. A medida que nos trasladamos desde el Río Grande de San Juan, en el extremo occidental de la Puna, hacia Yavi, en el extremo oriental, el enriquecimiento es paulatino. Al situarnos al este de La Quiaca todo cambia, aún el tipo humano. En el río Grande encontramos tipos indígenas más puros, en Yavi el mestizaje es absoluto.

El punto de partida del cual se efectuaron los trabajos durante la temporada de 1960, fue la Ciénaga. Desde allí fueron visitados los siguientes lugares: Peña Blanca, Pampa Grande, Hornillos y Vallesitos hacia el norte y Pucapampa hacia el sur; se reconocieron además grupos de enterratorios en grutas en las inmediaciones de todos estos sitios y se descubrió un grupo de grabados rupestres junto a la senda que conduce de la Ciénaga a Pucapampa (fig. 1).

Comenzaremos nuestra descripción por La Ciénaga. Esta localidad está separada del Río Grande de San Juan por una cadena longitudinal de acceso bastante difícil. La sierra de San Francisco está acompañada en su vertiente occidental por una serie de cordones paralelos a ella, que también se orientan de norte a sur. Estos cordones condicionan la falla por la cual se desplaza el río. En la latitud de la Ciénaga encontramos dos de estos cordones. Uno más oriental, donde está el lugar llamado el Alto de La Ciénaga; otro más occidental a cuyo pie corre el río. Queda formado así un pseudo valle longitudinal paralelo al curso del río Grande, que luego, más al norte, se transformará en el propio valle del río, al salvar éste la curva de Peña Blanca. Este valle interior es de fondo muy confuso, rellenado por los aluviones procedentes de las cadenas que lo limitan; fue profundamente erosionado a su vez por innumerables arroyos de cursos irregulares. Corren primero con un rumbo norte-sur, luego tuercen hacia el oeste y después de atravesar la serranía más occidental se precipitan al Río Grande por imponentes gargantas. En ese fondo intermontano se han formado en algunos sitios reducidas poblaciones. Una de ellas es la que nos ocupa (fig. 3).

Desde el Alto de La Ciénaga baja un típico torrente de montaña. El mismo, antes de traspasar la cadena occidental para llegar al río Grande, crea en un trecho llano condiciones aptas para el cultivo y el establecimiento del hombre. En este lugar está La Ciénaga. Sobre la margen izquierda del arroyo se extienden los reducidos campos de cultivo. Las viviendas de las cinco o seis familias que allí habitan se distribuyen alrededor de las tierras cultivadas, preferentemente sobre su borde oriental. Hacia el oeste se levantan de manera brusca las rocas de la cadena occidental. Algunos pequeños campos cultivados se continúan río abajo prendidos a las laderas de la garganta del arroyo. Sobre la margen derecha del arroyo queda una extensión de terreno aprovechable más reducida. Allí se sitúa la vivienda y chacra de uno de los pobladores y el edificio de la nueva escuela, donde fuimos alojados. Después de pasar por La Ciénaga, el arroyo penetra en una quebrada de paredes abruptas y luego de salvar diversos accidentes confluye con el Río Grande.

La comunicación entre La Ciénaga y el río Grande no puede hacerse de manera directa. Es menester desviar hacia el norte y descender por quebradas más fáciles. En la actualidad los terrenos de La Ciénaga, que



Fig. 3. - Visión de la población de La Ciénaga.

son cultivables por el regadío y por la existencia de algunas vertientes (ciénagos), no son explotados en toda su extensión. Se destaca así la profunda decadencia económica en la cual está sumida esta zona de nuestra más remota frontera.

Los restos arqueológicos en La Ciénaga están dispersos en el área actualmente poblada. No debió ser de ninguna manera el asiento de una población extendida. Los restos arqueológicos consisten en hallazgos de superficie y ruinas completamente destruidas de habitaciones rectangulares. Se las ve entre las viviendas modernas, especialmente en el extremo sur del poblado. También hay un pequeño núcleo de habitaciones al norte en una pequeña meseta que hay a cierta altura detrás de la escuela nueva. En todos los casos los recintos están señalados por paredes de una sola fila de piedra y la intensa erosión y la ocupación han destruido por completo los restos que pudieron haber contenido. Los sondeos realizados en varios de estos recintos no permitieron localizar los pisos. Por otro lado es abundante el material de superficie. Este consiste en cerámica de tipo tosco y abundante material lítico con formas primitivas y elaboradas asociadas.

Al oeste del pueblo de La Ciénaga, cerca del poblado, sobre altas laderas de la profunda quebrada, hay una serie bastante importante de andenes de cultivo. Tienen una extensión de mil metros y están en una posición realmente impresionante, suspendidos en lo alto de los faldeos sobre la garganta del arroyo de La Ciénaga. Los conjuntos más grandes se sitúan sobre la margen izquierda, es decir al sur del arroyo. Forman una sola unidad de andenerías que se extienden de manera irregular sobre las laderas bastante empinadas. Su sistema de construcción es similar al que se observa en otros lugares de nuestro nor oeste: escalones de tierra de por lo menos dos metros de ancho, protegidos por una baja pared de piedra (Fig. 4). Se ha practicado el sistema de regadío y se debe haber aprovechado tanto el agua del río de La Ciénaga como la de los torrentes que bajan en épocas de lluvia por las laderas de la montaña. No hemos podido determinar las tomas de agua, que deberían estar muy alejadas de las andenerías. Pero en el lugar se observa aún el resto de una de las acequias primitivas. Ésta no fue cavada, sus bordes están constituidos por piedras y su fondo es el fondo natural de la roca.

Como ocurre normalmente en los campos de cultivo desprovistos de habitaciones, no se efectuaron hallazgos de materiales arqueológicos en estas andenerías. Su disposición se observa claramente desde los cerros que se levantan sobre la margen opuesta al río.

Frente a las andenerías mayores, recién descriptas, en la orilla de-

recha del arroyo La Ciénaga, es decir sobre su margen norte, ha sido construída otra serie de andenes pero, en este caso, de menor extensión.

Los hallazgos arqueológicos de La Ciénaga proporcionaron, en especial, materiales líticos confeccionados en basalto: esquiras e instrumentos terminados. Esta industria de basalto de La Ciénaga, si bien presenta ciertas características primitivas dada la gran abundancia de lascas y esquiras, cuando se examinan los objetos terminados, resulta distinta de la del taller de Hornillos que describiremos más adelante.

En el lugar donde está la estafeta postal de La Ciénaga se encontró



Fig. 4. - Andenes de cultivo en La Ciénaga.

un conjunto de puntas de flechas muy elaboradas que evidencian una técnica de talla avanzada y a su vez tardía. Son 11 ejemplares que describiremos sumariamente:

1. Punta de flecha de basalto gris de técnica desarrollada, confeccionada mediante retoque a presión. Limbo muy aguzado y largo de forma triangular. Posee en la base dos aletas cortas también aguzadas. El pedúnculo es corto. Una cresta en cada una de las caras del limbo le da sección romboidal. Los bordes, muy rectos y uniformes son algo dentellados dado lo fino del retoque. Medidas: largo 37 mm, ancho de base del limbo 9 mm, largo del pedúnculo 5 mm, ancho del mismo 5 mm.

2. Punta semejante a la anterior, de basalto gris pero más pequeña. Cuerpo triangular isósceles muy aguzado. Bordes rectos, con dos aletas pequeñas en la base, pedúnculo más largo, trapezoidal, y recto en la base. Sección romboidal. Medidas: largo 30 mm, ancho de la base del cuerpo 9 mm, espesor máximo 6 mm, largo del pedúnculo 7 mm.

3. Punta de basalto gris similar a las anteriores pero de trabajo más imperfecto, ha sido tallada sobre una lasquita. El cuerpo es triangular isósceles con una aleta, la otra falta, el pedúnculo es trapezoidal, estrecho en su extremo y de base recta. Una de las caras de la punta es más plana ya que presenta el plano de lascado de la lasca original. La otra cara ofrece un abultamiento prominente en la parte inferior del cuerpo y se adelgaza en el ápice. La sección es irregular por lo tanto. Bordes dentados. Largo 32 mm, ancho 6mm, espesor máximo 5 mm, largo del pedúnculo 7 mm.

4. Punta de flecha de basalto con retoque a presión muy delicado. Cuerpo triangular isósceles aguzado. Una cara presenta retoques en serie regulares. La otra posee desprendimientos irregulares, debidos a retoques imperfectos. Posee cortas aletas en la base del cuerpo. El pedúnculo es de base recta y estrecha. Posee una cresta en una de las caras. Largo 25 mm, ancho 9 mm, espesor 4 mm.

5. Punta de flecha de basalto, con largos retoques a presión. Cuerpo triangular, con aletas reducidas. Pedúnculo trapezoidal, sección romboidal. Largo 22 mm, ancho 10 mm, espesor 4 mm, largo del pedúnculo 4 mm.

6. Punta de flecha de basalto finamente retocada a presión. Cuerpo triangular con crestas en ambas caras que le dan una sección romboidal. Con pequeñas aletas. Pedúnculo corto trapezoidal más estrecho abajo; bordes rectos. Largo 23 mm, ancho 9 mm, espesor 4 mm, largo del pedúnculo 2,5 mm.

7. Punta de flecha de basalto gris, limbo triangular isósceles con aletas cortas en la base. Pedúnculo trapezoidal. Sección romboidal por una cresta en cada una de las caras. Bordes con dientes apenas marcados. Retoque a presión que abarca ambas caras. Largo 23 mm, ancho máximo del cuerpo 9 mm, espesor 4 mm, largo del pedúnculo 5 mm.

8. Punta de flecha de basalto gris de limbo triangular de bordes convexos. Con crestas en ambas caras pero no pronunciadas, de sección romboidal. Es la punta más delicada de esta serie. Con hermoso retoque hecho a presión. Posee dos aletas pequeñas asimétricas en la base del cuerpo. Largo 26 mm, ancho máximo del cuerpo 8 mm, espesor 3 mm, largo del pedúnculo 6 mm.

9. Punta de flecha de basalto gris, cuerpo triangular, ápice truncado. Aletas algo más largas que en los restantes ejemplares. Retoque a presión. Las caras están aplanadas en la parte inferior del cuerpo. Las crestas son más notables en las proximidades de la punta. Largo 23 mm, ancho 10 mm, espesor 2 mm, largo del pedúnculo 6 mm.

10. Punta de flecha de basalto gris de limbo triangular, punta rota. Borde delicadamente retocado, con dientes muy pequeños. Pedúnculo trapezoidal de base recta. Sección romboidal. Largo 28 mm, ancho máximo 11 mm, espesor 4 mm, largo del pedúnculo 6,5 mm.

11. Pequeña cuenta de collar de malaquita pulida, cilíndrica, de orificio también cilíndrico. Diámetro 5,5 mm, espesor 9,5 mm, diámetro del orificio 1,5 mm.

Debemos mencionar como hallazgo aislado una punta de proyectil de material granítico de grano muy grueso. Su forma es elíptica. Presenta un extremo fracturado, el de la punta, y en el otro se insinúa un pedúnculo. La talla es bifacial y es semejante a las puntas de tipo Ayampitín. Los bordes son ligeramente dentados. Su sección es elíptica. Medidas: largo 60 mm, ancho 24 mm, espesor 9 mm.

El yacimiento de Peña Blanca se encuentra situado a 2 kilómetros de La Ciénaga. Aquí el río Grande despliega una pronunciada curva y sus aguas se precipitan constreñidas por las rocas. Las ruinas están en plena curva y miran hacia el norte. Más allá de Peña Blanca el río se amplía (Fig. 5) y sobre su margen derecha se extienden los campos de Pampa Grande. La quebrada de Peña Blanca desciende de las serranías orientales y en este punto se une al río Grande. Queda así el yacimiento limitado y protegido al este por aquella quebrada y al oeste y norte por el río Grande y su curva. La situación estratégica es excepcional. Desde las ruinas se divisa una importante extensión del río hacia el sur. Hacia el norte se domina todo el trecho del río, recto y amplio,

que se extiende a partir de Peña Blanca, durante tres kilómetros, hasta su próxima curva en El Mojón, y a la derecha se ven en toda su amplitud los cultivos de la Pampa Grande.

Por el oeste sobre la orilla boliviana del río se extiende el poblado de Casa Grande, donde confluyen una serie de quebradas que son importantes vías de comunicación, controladas todas ellas desde Peña Blanca. Otro tanto ocurre con los caminos que suben por las quebradas orientales a la sierra de San Francisco y conducen hacia lo que hoy es Santa Catalina.

El yacimiento arqueológico consiste en dos sectores. Contra la quebrada de Peña Blanca al este del sitio se extiende una pequeña meseta no muy elevada sobre las aguas del río. En ella se levantan las casas de una vivienda moderna. En el llano que se extiende frente a los ranchos y que constituye el patio de la casa, aparecieron tres tumbas saqueadas hace un tiempo. Se trata de simples fosos cilíndricos sin revestimiento alguno. Por el estado del hallazgo es posible suponer que fueron cubiertos por grandes lajas de piedra. Los actuales pobladores de



Fig. 5. - El Río Grande de San Juan, hacia el norte, en primer plano la curva de Peña Blanca, el curso amplio del río con Pampa Grande a la derecha y al fondo la curva de El Mojón y la desembocadura de la quebrada de Vallesito.

Peña Blanca removieron las tumbas y volvieron a enterrar píamente los restos. En una de las tumbas concentraron todos los hallazgos provenientes de dos de los entierros. Una tercera tumba, también revuelta, no proporcionó ningún material arqueológico, salvo restos óseos muy destruidos. Diversos sondeos efectuados mediante el trazado de zanjas no revelaron ningún otro hallazgo. Por tratarse de un yacimiento antiguo sobre el cual se han establecido pobladores actuales es muy difícil que éstos hayan dejado alguna tumba intacta.

Separado de este cementerio por una ligera depresión, aparece al oeste el poblado indígena. Se levanta sobre una ladera de la sierra y está rodeado por el oeste y por el norte por las turbulentas aguas del río Grande. El poblado no es muy extenso y desgraciadamente está hoy completamente destruido por los derrumbes. No queda ninguna vivienda intacta. A juzgar por lo que queda eran de paredes de piedra. En algunos sitios se observan, completamente cortados, gruesos pisos de habitaciones. Los torrentes que han socavado las casas y revuelto todo el material hacen imposible la realización de excavaciones metódicas. Por estas razones sólo pudimos limitarnos a una recolección de superficie.

Peña Blanca dada su extensión y situación es el yacimiento más importante. Junto con el de Bilcaparo constituyen las dos poblaciones indígenas más destacadas de la zona recorrida. No obstante esto, por sus dimensiones no puede nunca compararse con los núcleos urbanos de otras regiones más favorecidas de nuestro noroeste: valles Calchaquíes, quebrada de Humahuaca y aún la misma Puna. Confirmaría nuestra suposición de que el río Grande de San Juan no sostuvo en ningún momento una densa población indígena.

El hallazgo de cementerios con tumbas cilíndricas nos plantea un interesante problema de tipo etnológico. Se han dado para nuestra Puna, como típicos y casi exclusivos, los entierros en grutas impropriamente llamados Chullpas. Pero en algunas zonas se hace presente el entierro en tumbas cilíndricas. Los materiales del río Grande de San Juan se encuadran dentro del conjunto que Bennett (1948, p. 26) llamara "Puna Complex", que uno de nosotros (Krapovickas, 1958-1959) ha traducido por "Complejo de la Puna" y que por el momento constituye la entidad cultural agroalfarera más conocida del sector Boreal de nuestra Puna, al norte de Salinas Grandes. Como elementos característicos figuran los entierros en grutas. Habría que agregar como otro elemento más, perteneciente a ese Complejo, las tumbas cilíndricas agrupadas en cementerios.

El yacimiento de Peña Blanca o Esquina Blanca proporcionó materiales que podemos separar en dos grupos: a) materiales provenientes de las escasas tumbas saqueadas, b) materiales obtenidos en la recolección de superficie del poblado.

Los materiales de las tumbas saqueadas en el cementerio de Esquina Blanca son los siguientes:

Cántaro de Cerámica roja: Su pasta es de color rojo, muy bien cocida en atmósfera oxidante, con antiplástico de tamaño regular de piedra molida. Posee manchas grisáceas producto de la cocción que han afectado sus superficies y el interior de la pasta. Fue confeccionada con la técnica de los rodetes. Es de forma globular bicónica con un ángulo pronunciado en la mitad de su altura, donde tiene su diámetro máximo. La base es circular plana. La forma de su boca y borde es bastante compleja. Sobre su cuello corto se levanta la boca acampanada de paredes curvas. El borde es recto con un bisel hacia el interior del vaso. En el exterior la boca está separada del cuerpo por ese cuello corto. Interiormente la superficie curva de la boca se prolonga en una pared horizontal que estrecha la abertura y la separa del interior del cuerpo. Se asemeja así esa boca a un puco o escudilla colocado sobre una olla. Las asas son planas, verticales y se insertan en el borde y en el cuerpo. La superficie externa del vaso está cubierta por una capa gruesa de engobe rojo oscuro que se descascara. Sobre este fondo se ha trazado, en la mitad superior del cuerpo una banda geométrica que la contornea con superficies reticuladas y negras arriñonadas que se intercalan. En el exterior del borde hay una banda geométrica formada por volutas y triángulos. El color con el cual fueron realizados estos diseños es negro, pero aplicado en capa muy delgada de tal manera que los dibujos aparecen muy borrados y poco visibles. La altura del vaso es de 172 mm.

Otra aparición del motivo de superficies reticuladas y negras de forma arriñonada intercaladas, se ve en el interior de un puco publicado por Lehmann-Nitsche y procedente del cementerio II del río San Juan Mayo. (1902, 114, lám. V A, fig. 13). El interior del puco presenta una decoración muy borrada que según la reconstrucción que trae dicho autor (1902, 114, fig. 17) poseería este motivo. En Yavi-Chico se encontraron también vasos de diferentes formas con decoración similar.

Un vaso similar a este aparece reproducido en la obra de Bregante (1926, fig. 188); según esta autora pertenece a las colecciones del Museo Etnográfico de Buenos Aires y procede de Tilcara.

Escudilla hemisférica: Tiene una forma corriente en toda la región andina. Su pasta rojiza cocida en atmósfera oxidante y posee una textura

de grano fino. Las superficies son pulidas y muy suaves al tacto. Su base es convexa y su borde recto. Tanto interiormente como exteriormente aparece cubierta por un engobe de color rojo claro. Sobre éste se ha trazado una decoración geométrica en negro en un estilo muy especial. Los trazos son delgados y casi caligráficos. Por la delicadeza de la pintura, aplicada en capa muy delgada, la decoración ha desaparecido en gran parte. Como este plato ha sido utilizado en la vida cotidiana antes de pasar a integrar el ajuar de la tumba de Peña Blanca, su interior aparece completamente borrado y sólo se conservó parte de la decoración próxima a los bordes. Esa decoración consistía en bandas paralelas en cuyos interiores se trazaron triángulos y espirales. Exteriormente, junto al borde aparece una banda geométrica horizontal de triángulos y volutas. Este tipo cerámico no es extraño al río Grande de San Juan. Lehmann Nitsche en su catálogo (1902, p. 114, lám. V A, fig. 14) reproduce un plato similar con una decoración en el interior idéntica e igualmente borrado.

Esta decoración con carácter cursivo y caligráfico es similar a algunos de los motivos que aparecen en el interior de platos y escudillas del llamado estilo Paya Inca. Un motivo típico de ese estilo lo constituyen también las fajas de volutas y triángulos que aparecen junto al borde en el exterior de las escudillas. El ejemplar que acabamos de describir mide 117 mm de diámetro en su boca y una altura de 41 mm.

Escudilla fracturada: Es de cerámica roja, de paredes altas y borde curvo dirigido hacia adentro. Su base es circular plana. Aparece cubierta por una capa gruesa de engobe, tanto interior como exteriormente.

De las recolecciones superficiales hechas en las ruinas de la población podemos dar los siguientes tipos cerámicos:

a) algunos fragmentos de vasos chatos, elementos típicamente puneños (Krapovickas, 1958-1959, p. 57).

b) Fragmentos de escudillas o platos con bordes de formas complejas, de cerámica roja muy compacta, de grano muy fino, fracturas regulares, sin antiplástico.

c) Fragmentos de vasijas, generalmente escudillas, de cerámica roja, confeccionadas en atmósfera oxidante, algo más toscas que las anteriores, presentan como elemento distintivo una gran cantidad de antiplástico de color amarillento.

Los andenes de cultivo que se encuentran en el curso inferior del arroyo de La Ciénaga, y que fueran descritos en su oportunidad, no son los únicos que pueden verse en la zona del Río Grande de San Juan que hemos visitado. Terrenos con cuadros de cultivos se observan en la

quebrada de Pucapampa en las proximidades de su desembocadura, cerca de la antigua casa de la finca de Saravia. No son verdaderos andenes de cultivos, pues se extienden sobre terreno llano, en el fondo del valle. Paredes muy bajas formadas por una sola hilera de piedras, delimitan parcelas de una decena de metros de lado. Estas obras han tenido como finalidad proteger la tierra cultivable de la erosión y distribuir mejor el agua de riego, que provendría de un arroyo que corre vecino a estas construcciones. Aun en la actualidad se podrían reutilizar fácilmente estos sitios aprovechando el agua de ese torrente.

Otra localidad en la cual se visitaron importantes campos de cultivo antiguos, es Pampa Grande. Al norte de La Ciénaga el río Grande desvía algo su curso. Continúa corriendo de norte a sur pero, después de la curva que se ve obligado a hacer frente al yacimiento de Peña Blanca, se traslada un poco más hacia el este. Después de Peña Blanca el valle se amplía (fig. 5) y las aguas corren divagantes por un amplio lecho. Su margen occidental es abrupta. La margen oriental es más amplia y suave (Fig. 6). Descienden hacia ella laderas formadas por gruesos mantos de materiales de aluvión que bajan de los contrafuertes de la Sierra de San Francisco. Algo más al norte de Peña Blanca, la orilla del río está acompañada por una estrecha faja de tierra llana de unos doscientos metros de ancho y de dos kilómetros de largo. Esta es la

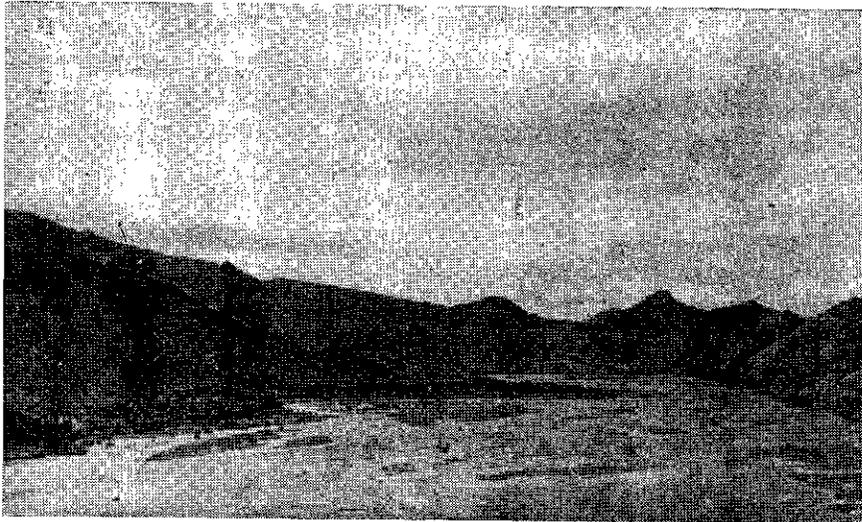


Fig. 6. - El Río Grande de San Juan hacia el Sur, a la izquierda la Pampa Grande, al fondo Peña Blanca.

Pampa Grande. Algunos arroyos que descienden de la montaña próxima la atraviesan. Entre estos está la quebrada Colorada, en cuya desembocadura se inicia la Pampa Grande y la Colorada Chica.

Esta extensión es llana y bastante apta para el cultivo por regadío. En la actualidad los terrenos cultivados son mucho más reducidos que los indígenas. Aquéllos están limitados a una estrecha franja, contra la playa del río, en la zona más baja. Son irrigados exclusivamente por acequias que toman agua del Río Grande. Los terrenos que fueron cultivados por los indios son mucho más amplios, ya que habrían sido regados por obras de irrigación más importantes que las actuales y con aguas provenientes no sólo del río Grande sino también de las otras quebradas.

La Pampa Grande es en la actualidad el lugar más floreciente de todo el curso superior del río Grande de San Juan. Las viviendas actuales se distribuyen dispersas a lo largo de toda la Pampa Grande. En los momentos de nuestra visita, casi todas las casas estaban cerradas, ya que las familias se encontraban en las tierras altas custodiando sus rebaños o en las casas que poseen en otros puntos del valle del río Grande. Es tan magra la tierra en este valle que las gentes poseen terrenos cultivables en diversas localidades del área en las cuales se establecen periódicamente. Se origina así una cierta trashumancia de la población en la zona, que se amplía y combina con su traslado a las regiones cañeras de Salta y Jujuy.

En la Pampa Grande no se localizaron viviendas indígenas. Es probable que no fuera sitio de habitación. Si hubo viviendas debieron ser transitorias y de materiales perecederos. La Pampa Grande sería el lugar cultivado por las gentes que habitaron el poblado de Peña Blanca. Ambos puntos están muy próximos y desde el segundo es posible observar y controlar la Pampa Grande en toda su extensión.

La mayor parte de la superficie de la Pampa Grande se ve cubierta de rectángulos de cultivos limitados por paredes de piedra. Estos rectángulos de cultivos son muy alargados. Su ancho oscila alrededor de los tres metros y su largo es de varias decenas de metros. Son en realidad largos alineamientos de pircas muy bajas que se extienden formando franjas de terreno paralelas al río. Existe un cierto escalonamiento, aunque no nos enfrentamos con verdaderas terrazas de cultivo. Periódicamente paredes transversales cortan estas largas franjas. En la parte llana estos alineamientos no sobresalen más de unos centímetros (de 5 a 10) sobre el terreno circundante. Pero se ven a simple vista y es notable su paralelismo y simetría. No podemos asegurar que ésta haya sido su altura original. El terreno en la Pampa Grande sufre una acentuada ero-

sión. A los costados de los alineamientos aparecen piedras sueltas desprendidas de las antiguas paredes. Es casi seguro que los pobladores actuales han desmantelado estas paredes para construir sus viviendas actuales. En algunos sitios más protegidos pueden llegar a tener una altura mayor, hasta de 30 cm.

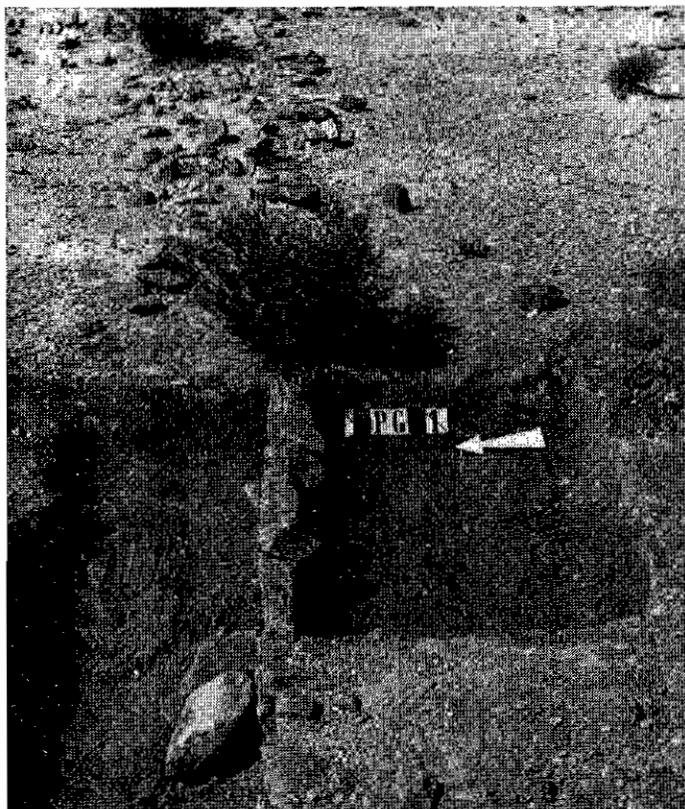


Fig. 7. - Excavaciones en la Pampa Grande.

Se hicieron hallazgos superficiales, casi exclusivamente consistentes en fragmentos de cerámica, pero no fueron muy abundantes. Efectuamos algunos sondeos (Figs. 7 y 8) para determinar con mayor precisión los materiales que pudieran aparecer y las características de las paredes que delimitan estos rectángulos de cultivo. Elegimos para ello el ángulo formado por uno de los alineamientos longitudinales y una de las paredes transversales. Esas paredes o alineamientos han sido construidas con piedras de reducido tamaño. Una fila inferior, enterrada como cimiento

hasta una profundidad de 20 cm del suelo actual, es muy regular en su construcción y fue hecha con piedras de un tamaño algo mayor. Sobre esta primera hilada se colocaron piedras mucho más pequeñas, en algunos casos cantos rodados, que constituyen la parte de la pared que sobresale del terreno. Su ancho no pasa los 15 cm. Nuestros deseos de encontrar algún piso consolidado no fueron satisfechos. Inmediatamente debajo del límite inferior de la pared se inicia el fondo estéril.

Como señalamos más arriba la Pampa Grande está atravesada por una serie de torrentes que se originan en las laderas de las montañas que se levantan al este del lugar. Aguas arriba, estos torrentes han formado quebradas de paredes bastante abruptas que recortan los sedimentos aluviales que se encuentran sobre aquellas montañas. En la parte llana de la Pampa Grande han cavado zanjones no muy profundos. Sobre los bordes de estos zanjones los indígenas han construido algunos andenes o escalonamientos cuyas paredes (Fig. 9) frontales están construidas por piedras de reducido tamaño. Estos andenes tuvieron como finalidad principal evitar el derrumbe y cortar la erosión de las aguas.

En conclusión, la Pampa Grande, cerrada al sur por la curva del río en Peña Blanca y al norte por la peña de El Mojón, es un sector

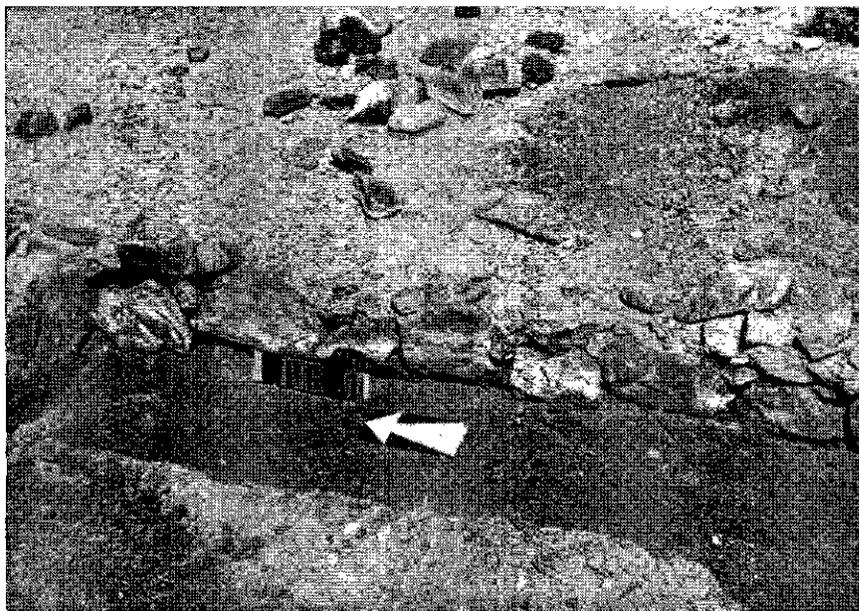


Fig. 8. - Muro de contención bajo en la Pampa Grande.

protegido apto para la agricultura. No existió allí población indígena establecida. Si la hubo tuvo carácter transitorio y con viviendas de materiales perecibles. Indica una vida económica más abundante en las épocas prehispánicas aunque siempre limitada por la pobreza de la

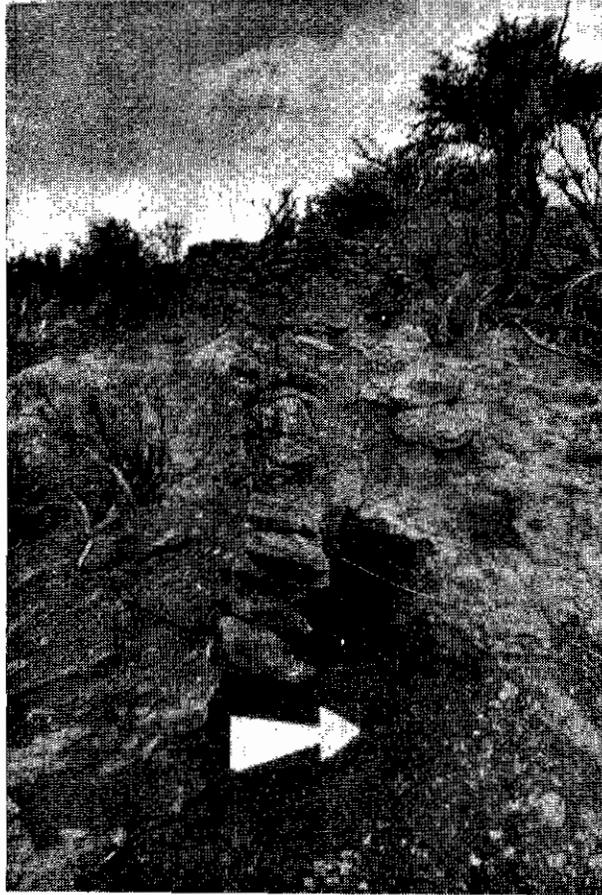


Fig. 9. - Muro de contención en los bordes de uno de los torrentes que cortan la Pampa Grande.

región. Se acentúa así el marcado estado de decadencia por el cual atraviesa actualmente toda esta zona.

El trazado tan cuidadoso de muretes en campos de cultivo casi horizontales o llanos tuvo dos finalidades principales: distribuir de manera más acertada y equitativa el riego proveniente del Río Grande

de San Juan y de las quebradas laterales, y, como finalidad principal, ser un complemento indispensable de la lucha contra la erosión que continuamente despoja al suelo de sus capas protectoras y fértiles. Actualmente el sector de cultivos indígenas está completamente abandonado. Los cultivos y las viviendas actuales están junto a la playa del río. Un renaciente monte de raquíuticos árboles, propios de la región contribuye a dar un mayor aspecto de desolación a toda esta zona, semidesértica hoy, pero que conserva aún los testigos de su antigua fertilidad.

En las excavaciones de Pampa Grande obtuvimos materiales cerámicos de tipos no decorados, todos fragmentados. Aquí también, como en Peña Blanca, pueden aislarse algunas clases:

a) Cerámica con engobe rojo: hay fragmentos pertenecientes a vasijas globulares que presentan en sus superficies externas un engobe rojo oscuro muy compacto que se descascara en ciertos lugares. La pasta de esta cerámica es de color rojo, cocida en atmósfera oxidante. Bastante compacta, generalmente no tiene antiplástico y presenta distintos grados de cocción. De igual manera varían las características del engobe que en algunos casos está aplicado en capa menos gruesa y puede variar de color hasta llegar a ser marrón.

b) Cerámica roja sin decoración con antiplástico blanco.

c) Pies cónicos de cerámica roja tosca.

d) Cerámica roja compacta, similar a la de las escudillas de Peña Blanca, muy bien cocida. Aquí en Pampa Grande parecen haber pertenecido a piezas de gran tamaño. La pasta es de grano fino, carece de antiplástico y sus fracturas son muy regulares. Las superficies sin engobe han sido alisadas.

La Pampa Grande termina al norte a los pies de un afloramiento rocoso, El Mojón, que estrecha considerablemente el curso del río y lo obliga a dar una nueva curva y a correr otra vez su curso más hacia el este. Sus aguas continúan dirigiéndose hacia el norte. Traspuesto este promontorio el río vuelve a adquirir amplitud y sobre el lado argentino, se extienden zonas llanas más o menos amplias similares a la Pampa Grande. Al pie del promontorio, hacia el norte se extiende la amplia desembocadura de la Quebrada de Cristal. Esta zona lo mismo que el promontorio reciben en conjunto el nombre de Mojón.

Hacia el norte de Mojón, a un kilómetro, desemboca por el lado argentino, la quebrada de Vallesito. Inspeccionamos su desembocadura, muy amplia, en la cual se sitúan algunas viviendas actuales. El lugar recibe el nombre de Hornillos.

Aguas arriba de la quebrada de Vallesito, sobre su margen iz-

quierda, a pocos kilómetros de su desembocadura se encuentran también andenerías, que fueron visitadas brevemente.

En Hornillos, es decir, en la desembocadura de esa quebrada, localizamos un taller lítico. Se extiende sobre una ondulación o meseta que se levanta sobre el río en el ángulo sud-oeste de la desembocadura. En la actualidad hay una vivienda moderna abandonada, "por temor al antiguo", según nos manifestara su antiguo dueño. Como única estructura indígena quedan los cimientos de una vivienda rectangular, constituida por dos habitaciones. En ésta se efectuaron sondeos. El resto del terreno está cubierto en una gran parte por materiales líticos, esquirlas, trozos de núcleos, instrumentos fracturados y cerámica. Efectuamos una recolección superficial que resultó bastante abundante en esquirlas y desechos. Los instrumentos terminados, enteros o fraccionados, constituyen una mínima parte de lo recogido.

Los objetos líticos son de los siguientes materiales: ópalo en distintas calidades y colores, calcedonia blanca y calcedonia roja, basalto y caliza. Los únicos instrumentos terminados son fragmentos de puntas de proyectil, posiblemente de flechas. Son todas ellas, como veremos, de forma elíptica. No fueron halladas en Hornillos puntas de flechas pequeñas de formas complejas, con pedúnculo, con o sin aletas, similares a las de La Ciénaga. Surge así el problema de poder determinar si esta industria lítica de Hornillos es contemporánea a los restos cerámicos de la misma zona. No hay en el yacimiento ningún elemento de tipo arqueológico que pueda determinar algo seguro respecto al problema cronológico. Los materiales líticos aparecen en superficie mezclados a fragmentos de cerámica. Los sondeos en la habitación que se levantaban en la meseta sobre la cual está el taller, proporcionaron restos cerámicos y líticos. Pero estos últimos pertenecen a una industria de basalto bastante tosca: son sólo esquirlas y una sola punta grande con pedúnculo y aletas. No aparecieron en la vivienda restos líticos de ópalo, basalto y calcedonia similar a la que se encontraron en superficie.

Dadas las condiciones de los hallazgos pueden expresarse tres posibilidades para su interpretación:

a) Una absoluta contemporaneidad de los restos líticos y los cerámicos; en este caso existiría una diferencia tipológica en relación con los materiales líticos de La Ciénaga, pues en Hornillos no hay puntas de basalto pequeñas con pedúnculo.

b) La industria lítica de Hornillos sería precerámica y se habría producido una mezcla debida a la instalación posterior de pueblos agroalfareros.

c) Podría tratarse de una perduración de formas culturales más antiguas en etapas más recientes.

Podemos dividir el material lítico de Hornillos en varios grupos: puntas elípticas de ópalo, puntas elípticas de calcedonia, puntas elípticas de basalto, desechos de fabricación de forma reconocible, otros materiales.

Puntas de ópalo:

1. Punta de ópalo de color rojo, con vetas grisáceas e incrustaciones de cuarzo. Una de las caras de la punta, seguramente la expuesta al aire, está patinada, pues presenta un color más oscuro y algunas concreciones. La otra cara carece de pátina y su color aparece más brillante. La punta es algo tosca, de forma elíptica. La talla es bifacial y la forma le ha sido dada por un retoque a percusión, irregular, seguramente debido a que la materia prima es más tosca también. Es espesa. Una de las caras es más plana. La otra ostenta una leve cresta, que la atraviesa de punta a punta, desviada hacia uno de los bordes. Esto le da una sección triangular con una cara planada. El filo es muy sinuoso y la pieza tiene el aspecto de una diminuta hacha de mano. Medidas: largo 55 mm; ancho 33 mm; espesor 17 mm.

2. Punta de proyectil fracturada de ópalo de color rojo con vetas grisáceas e incrustaciones de cuarzo pero de material más fino que la anterior. Las superficies son brillantes. La forma es elíptica. La talla es bifacial con retoque a percusión. Está tallada con cuidado, pero sus filos son algo irregulares aunque no tanto como los del ejemplar número 1. Una cara es más plana que la otra que presenta una ligera cresta. Los filos no han sido retocados. El extremo de la punta que se conserva posee un tallado algo más cuidado en la cara más convexa, que en el resto de la pieza. Largo actual: 30 mm, ancho 28 mm, espesor 9 mm.

3. Fragmento de punta de proyectil de idéntico material. Su forma es elíptica algo asimétrica. Ha sido tallada sobre una lasca con un retoque a percusión bifacial. Una de las caras está completamente tallada con una cresta similar a las puntas anteriores. La cara opuesta tiene un tallado parcial ya que presenta gran parte del plano del lascado. Tiene así una sección de forma triangular. Es posible que la pieza haya sido abandonada antes de terminada. Sus filos son regulares. Largo 28 mm, ancho 26 mm, espesor 7 mm.

4. Base de punta de proyectil de ópalo gris claro. La forma de la punta completa debe haber sido lanceolada. Posee talla bifacial similar a las de las puntas 2 y 3. En este caso el retoque bifacial ha sido bastante

cuidado y prolijo. El filo es muy regular. Largo 20 mm, ancho 33 mm, espesor 12 mm.

5. Punta de proyectil pequeña, de ópalo verdoso. De talla bifacial muy tosca. Su forma es elíptica. Una de las caras es plana, la otra tiene una cresta prominente. Es muy gruesa en relación con sus restantes dimensiones. No posee retoque secundario, sus filos son irregulares y su sección es triangular. Largo 34 mm, ancho 29 mm, espesor 11 mm.

Puntas de calcedonia:

1. Fragmento de punta de proyectil de calcedonia traslúcida, de forma elíptica. No puede deducirse por el fragmento la forma total del instrumento, pero es posible que haya sido la indicada. Fue confeccionada con gran cuidado y presenta un retoque superficial obtenido por presión. Los filos son regulares. Es muy delgada y plana, su sección es elíptica. Largo 25 mm, ancho 22 mm, espesor 6 mm.

Puntas de basalto:

1. Punta de proyectil pequeña, de talla bifacial, por retoque a percusión. Una de las caras está completamente tallada y es convexa, con una cresta. La otra es plana y sólo ha sido retocada junto a un borde. El resto de la superficie de la cara ostenta el plano de lascado de la lasca sobre la cual fue tallada. La forma es elíptica irregular. Su sección es triangular. Largo 35 mm, ancho 18 mm, espesor 8 mm.

2. Punta de proyectil de basalto, de forma elíptica. Uno de sus extremos está roto. Ha sido tallada por un retoque a percusión. Una de las caras es más convexa y ha sido tallada en toda su extensión; la otra es más plana y ostenta en partes el plano de lascado de la lasca original. Largo 27,5 mm, ancho 19 mm, espesor 6 mm.

Desechos de fabricación de forma reconocible:

1. Pequeño núcleo discoidal de calcedonia blanca traslúcida. Puede ser considerado como un micronúcleo. Ha sido usado quizás como raspador circular. Es de forma circular con bordes filosos. En un extremo presenta un reducido plano de percusión. Se le han arrancado pequeñas lasquitas-hojas en forma radial en sus dos superficies, empleando los bordes como puntos de percusión. La sección es biconvexa. Diámetro 25 mm, espesor 10 mm.

2. Pequeño núcleo piramidal de calcedonia blanca traslúcida. Posiblemente usado como raspador nucleiforme o piramidal. Ha sido tallado sobre una lasca, cuyo plano de lascado ha servido de plano de percusión. Se han desprendido hojitas alargadas a partir de este plano, las que arrancadas oblicuamente, originan el aspecto piramidal del

objeto. El borde presenta cierto retoque muy reducido, posiblemente producido por el uso. Altura 11 mm, diámetro 17 mm.

3. Núcleo de ópalo marrón amarillento de forma prismática. Su sección es casi rectangular. Presenta un amplio plano de percusión y sobre sus lados las huellas dejadas por las lascas u hojas que de él fueron arrancadas. Alto 55 mm, ancho 57 mm, espesor 29 mm.

4. Núcleo pequeño de ópalo rojo con vetas gris-azuladas. Presenta amplio plano de percusión. Es plano y su perfil inferior es curvo. A simple vista impresiona como la parte inferior de un instrumento lanceolado similar a los descritos anteriormente, pero es un verdadero núcleo reducido a su mínima expresión. Alto 35 mm, ancho 51 mm espesor 18 mm.

Materiales varios:

1. Lasca de calcedonia traslúcida con vetas blancas con retoques en los bordes. Se trata de una lasca de forma rectangular, que presenta en una cara parte del cortex del nódulo original y en la otra un amplio plano de lascado. En una cara, la externa, tiene un retoque pronunciado, a percusión, que ha afilado sus bordes. Largo 35 mm, ancho 26 mm, espesor 5 mm.

2. Tres cuentas cilíndricas de tosca calcárea, de forma irregular, gruesas. Los lados tienen facetas pulidas que forman las superficies curvas. No están finalizadas. Los orificios son bicónicos. Miden 20 mm de promedio de diámetro, el espesor oscila entre los 14 y los 7 mm.

3. Fragmento de instrumento de pizarra, posiblemente azadón. Es el único fragmento de azadón recogido por la expedición de 1960. Corresponde a la hoja del azadón pues el fragmento posee un filo pulido a doble bisel. Medidas: largo 60 mm, ancho 25 mm, espesor 6 mm.

El material lítico de Hornillos presenta ciertas características dignas de ser notadas. Encontramos, aunque limitadas en número, varias series de puntas de proyectil. Una de esas series está integrada por las puntas confeccionadas en ópalo de diversas calidades. Son puntas pequeñas obtenidas por un retoque a percusión, en algunos casos más tosco, en otros más cuidado. Sus formas son elípticas y poseen la característica de tener una cresta más o menos indicada en una de sus caras y una sección aproximadamente triangular en consecuencia. Su talla es bifacial. Otra serie está integrada por las puntas de basalto, y que si bien han sido talladas bifacialmente tienen una cara marcadamente más

plana que la otra. Puntas de este tipo parecen muy corrientes en este sector de la Puna, ya que las pudimos observar también en algunas colecciones arqueológicas de Santa Catalina y La Quiaca. Por la materia prima y por el tipo de talla, aunque no por su tamaño, ofrecen similitudes con las puntas saladillenses, consideradas como precerámicas. La serie anterior, aunque confeccionada con material distinto, posee también cierta similitud con esas mismas puntas saladillenses. El fragmento de punta de calcedonia parece pertenecer a un objeto más elaborado que se aleja en cuanto a su técnica de las piezas precedentes. Los dos pequeños núcleos de calcedonia evidencian un desarrollo técnico bastante alto obtenido por las gentes establecidas en Hornillos.

El material cerámico de Hornillos proviene de las recolecciones superficiales efectuadas en el sitio del taller y de los sondeos realizados en las viviendas que se encontraban en uno de los extremos de la meseta sobre la cual está localizado el taller. Son en su mayoría fragmentos correspondientes a tipos toscos, como ocurre en todos los yacimientos de la zona. Pero en los sondeos se encontraron los fragmentos de un vaso decorado. Es posible establecer algunos tipos también en las cerámicas toscas y sin decoración.

Cerámica decorada: Se hallaron los fragmentos del cuello y parte del borde de un gran cántaro. Su pasta es de color ante oscuro de grano fino y muy compacto. Posee abundante antiplástico de granos medianos de color ante también, pero más claro que la pasta. Está cocido en atmósfera oxidante, con cocción pareja. Fue confeccionado por la técnica de los rodetes. Por los fragmentos que restan es imposible determinar la forma del vaso. Sólo puede inferirse que tenía cuerpo globular amplio, cuello cilíndrico muy pronunciado y borde ancho dirigido hacia afuera. El espesor de las paredes es de 9 mm. Sería un vaso fuerte, pesado, de paredes gruesas. Su superficie externa está cubierta por un engobe pulido. Sobre éste se realizó una decoración consistente en bandas rojas que abarcan parte del cuerpo y del cuello. En la parte superior del cuerpo las bandas son horizontales. En el cuello son verticales. Sobre el color rojo se trazó un fino reticulado muy estrecho en color rojo más oscuro que el fondo. En algunos sectores de la superficie quedan trazos de líneas negras muy borradas. Estas líneas negras y toda la restante decoración pintada, fueron trazadas con una capa muy liviana de color.

En cuanto a la forma, existe una posibilidad de que se trate de un aríbalo o aribaloide. Los únicos elementos que hay para poder juzgar

cierta esta posibilidad son las características de los bordes fuertemente evertidos, la prolongación extremada del cuello cilíndrico, la limitación de ciertos motivos decorativos a una parte del cuello y la similitud de los reticulados a los de algunos aríbalos y aribaloides chilenos y del noroeste.

Cerámica con impresiones de telas: Se han conservado bases de vasos de cerámica muy tosca que presentan esta peculiaridad. La pasta es muy tosca de color rojo oscuro. Las paredes son espesas y las fracturas irregulares. La pasta es de grano con abundante antiplástico de piedra molida de grano grueso. Fueron cocidos en atmósfera oxidante. Han sido ellas de uso cotidiano, ya que presentan sus superficies externas cubiertas de hollín. Las bases circulares planas de estos fragmentos aparecen contorneadas por un reborde. En la cara inferior de esas bases se ven las impresiones de tejidos de trama muy unida pero de características toscas. Estas impresiones ocupan nada más que la base, se interrumpen en su periferia y no se prolongan por las paredes. Son las improntas dejadas por las telas sobre las cuales se colocó la arcilla que sirvió para confeccionar las vasijas. Hay bases que carecen de este detalle, pero pertenecen a ejemplares chicos. Los fragmentos de bases con impresiones de telas corresponden a ollas grandes. Posiblemente sean el resultado de una técnica especial. Las vasijas de mayor tamaño eran construidos sobre trozos de telas para poder hacerlos girar con más facilidad durante su confección y a medida que se iban agregando rodetes para elevar sus paredes.

Fragmentos con engobe rojo: Hay algunos fragmentos, muy escasos, recogidos en superficie, que presentan un grueso engobe rojo oscuro. Uno de los fragmentos corresponde a la parte inferior de un plato de boca ancha.

Otros tipos: También en superficie se encontraron fragmentos con antiplástico de granos blancos.

Las chullpas o entierros en grutas ofrecen un problema de difícil solución, por lo menos en la zona visitada por nosotros. Uno de los elementos más característicos del denominado complejo de la Puna (Krapovickas 1958-1959, p. 99) son sus formas de entierro. Han sido descritas muchas veces. Consisten en panteones o tumbas construidos aprovechando las concavidades de las rocas. Los cadáveres eran colocados en las oquedades o grutas, rodeados por sus ajuares y se cerraba la boca de las grutas con una pirca o pared de piedras unidas con mortero de barro.

Un primer problema surge en torno a la terminología empleada. Este tipo de entierro es denominado chullpa por los arqueólogos a partir de la publicación de Debenedetti de 1930: "Las chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo", y se aplicó para toda el área puneña. En realidad es una denominación exclusiva de la cuenca del río Grande de San Juan. En el resto del territorio del sector boreal de la Puna Argentina, en la zona clásica de Casabindo, por ejemplo, los lugareños desconocen el nombre "chullpa". Llaman a estas construcciones "casitas". Pero inclusive en Río Grande de San Juan el real significado del término chullpa no sería el de entierros en grutas sino otro.

Uno de nuestros peones, Fidel Cabello, nos hablaba del "Chullpa propio", designando así al cadáver del "antiguo", es decir al personaje enterrado en una de esas frutas. De modo que el término no designaría un tipo de enterratorio sino al cadáver o a la momia contenidos en una tumba cualquiera.

Esta interpretación coincide con lo que ocurre en Bolivia y Perú.

Aquí los arqueólogos utilizaron la palabra chullpa para designar a los entierros en torres cilíndricas o prismáticas propia de la cultura Colla. Pero también en este caso esa denominación se habría originado en una errónea interpretación del mismo término por los primeros investigadores que trabajaron en la zona. Actualmente tratan los científicos bolivianos y peruanos de desecharlo pues la palabra indígena tiene el significado vago de antiguo, de prehispánico. Se la utiliza genéricamente para designar todo enterramiento o tumba antigua indígena prehispánicos y no se refiere a ninguna forma de sepultura especial. Es un sinónimo del "antiguo" y su derivado "antigal" de nuestro Noroeste, que se usa de una manera harto amplia también para designar a todo lo que se encuentra enterrado y sobrepasa en antigüedad a la época hispánica.

Para evitar todas estas ambigüedades y para utilizar una terminología clara y de valor universal, no restringida por el uso de nombres exclusivamente locales, preferimos aplicar la denominación de entierros en grutas.

Estos supuestos entierros en grutas son muy abundantes en la región recorrida por la expedición de 1960. Los sitios son los siguientes: Desembocadura del arroyo La Ciénaga sobre el río Grande de San Juan, al oeste de la localidad de La Ciénaga; desembocadura de la quebrada de Huasachaca, también sobre el río Grande de San Juan al sur de la Ciénaga, frente a las ruinas de Bilcaparo; conjunto de entierros en la cadena que limita al este al bolsón de la Ciénaga, habiendo concentra-



ciones mayores en el sitio denominado Rincón, al este del yacimiento de Peña Blanca y en la Quebrada de Cristal al este de la Pampa Grande.

Estos conjuntos de supuestos entierros presentan características similares a las descritas en la bibliografía especializada. En el trabajo arriba citado (Krapovickas, 1959), después de un análisis de todo lo publicado sobre el tema, uno de nosotros afirmaba que podían fijarse dos grandes tipos de estas construcciones en grutas. Uno estaría constituido por las construcciones que tienen frentes completamente cerrados y el otro por aquellas que poseen una estrecha abertura o ventana. Ese trabajo dice: "Junto a las chullpas propiamente dichas aparecen construcciones semejantes pero que presentan con respecto a aquellas, una diferencia fundamental. Tienen en su frente una pequeña ventana encuadrado por lajas. Los diversos autores que han tratado el tema las han considerado alternativamente como tumbas o silos. Actualmente se acepta que estas construcciones sirvieron para almacenar granos (Vignati, 1938). Pero no han quedado perfectamente aclarados los hallazgos de algunos restos óseos humanos en algunos de estos silos. Lo que podemos afirmar es que tanto las chullpas como los silos, tuvieran o no un mismo fin, han sido levantados por el mismo pueblo indígena".

Las construcciones del río Grande de San Juan corresponden en casi su totalidad al segundo grupo y serían por lo tanto silos. Pero una serie de consideraciones nos impiden clasificarlas abiertamente como tales y no hemos podido aclarar el misterio que las envuelve.

En cuanto a la forma, las construcciones del río Grande concuerdan con las descritas como silos. Varían de acuerdo a las condiciones de la cueva en la cual han sido levantadas. Pueden o no tener un techo en falsa bóveda. Sus ventanas están encuadradas por piedras y en algunos casos se han observado dinteles hechos con leños de churqui (cfr. Debenedetti, 1930, fig. 9). Se usaron piedras muy regulares unidas por abundante mortero de barro. En el barro han quedado las impresiones de los dedos indígenas que lo amasaron. En general evidencian una elaborada técnica constructiva.

Aunque los pobladores locales las consideran como tumbas, no se efectuaron hallazgos en las "chullpas" visitadas, salvo en dos. En una de esas construcciones, ya saqueadas, situada en la desembocadura de la quebrada de Huasachacra, aparecieron los restos óseos muy destruidos de un niño. En otra, una gruta de El Rincón, se encontró fuertemente pegado al revoque de barro de las paredes, un cántaro sin decoración, que será descrito más adelante. Los grupos de construcciones aparecen siempre en lugares casi inaccesibles. En las laderas que se levantan al

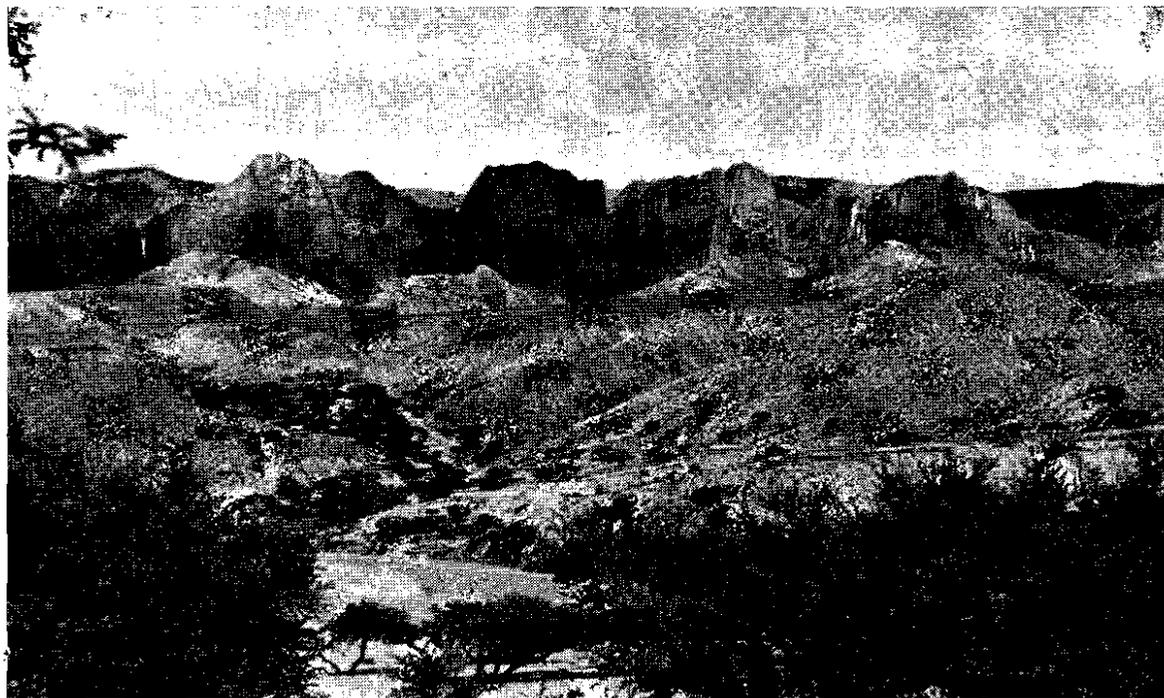


Fig. 10. - Los paredones de "El Rincón".

este del valle del río Grande, donde están los "Chullperíos" de Rincón y Cristal (Fig. 10), la erosión ha transformado los sedimentos aluvionales en profundas paredes completamente cortadas a pico. En algunas oquedades de esas paredes fueron levantadas estas construcciones los sitios son absolutamente secos y para llegar a ellos es menester a menudo trepar con sogas. Un número elevado, de muy fácil acceso, aparece destruido. Pero hay muchas intactas todavía, que están completamente vacías, salvo las excepciones que mencionamos más arriba. Es desconcertante la ausencia de todo ajuar o hallazgo en estas construcciones. Podría interpretarse como la resultante de un saqueo absoluto. Igual observación efectuó Debenedetti (1930): "Las numerosas sepulturas en cavernas que pude visitar estaban absolutamente vacías y limpias. La ausencia de todo indicio o rastro de una ceremonia fúnebre podría hacer sospechar que jamás fueron utilizadas y que aquellos sepulcros quedaron solamente preparados y listos para recibir cadáveres que nunca llegaron". En la restante documentación y bibliografía referente al Río Grande de San Juan encontramos un panorama igualmente desconcertante. Weiser encontró tumbas y cementerios vacíos sin aclarar mayormente a qué tipos pertenecían. Ambrosetti (1902, p. 86) después de describir este tipo de construcciones nos habla de las experiencias de Gerling: "El señor Gerling halló estos sepulcros que exploró con resultados satisfactorios en Casabindo (fig. 78) y visitó otros en el cañón del río San Juan de Mayo a seis leguas de Santa Catalina, algunos sin resultado, por lo que él cree que sirvieron de trojes para conservar las cosechas de maíz y algarrobo. Yo supongo más bien que sean tumbas vacías de las que se han extraído anteriormente los cadáveres".

Ahora bien, si fueron saqueadas alguna vez, como es corriente en todos los casos en los que así ocurre, encontraríamos dispersos en las proximidades de estas supuestas tumbas, restos óseos y del ajuar que dejaron los destructores de los entierros. Algo similar pasó con las tumbas de Peña Blanca, cuyo ajuar recogimos en proporción importante.

La carencia de todo indicio de ajuar en o cerca de estas construcciones es un argumento bastante valioso para no considerarlas como tumbas verdaderas. Queda entonces el interrogante sobre su uso.

Como ya lo indicara Boman (1908, t. II, p. 610) la estrechez de las ventanas impide colocar un cadáver a través de ellas, como así también retirar su contenido, paquete funerario y ajuar, para dejarlas vacías como se las ve ahora, sin destruir la pared que las cierra. Todo lo que antecede parece confirmar la suposición de Vignati (1938) de que las construcciones con ventanas se usaron como silos. Pero por otro

lado, no hay nada en las grutas del río Grande de San Juan que permita afirmar inclusive esto. Su situación, a veces casi completamente inaccesible, hace también difícil suponer esa posibilidad. Su construcción en esos lugares resultan verdaderos alardes de osadía por parte de quienes las levantaron y se animaron a trepar por lugares tan difíciles para dejarlas aparentemente vacías. Si fueron silos, sólo se explica su posición, por el deseo de poner lejos del alcance de los enemigos, las provisiones que pudieran servir durante un largo asedio.

Pero es indudable que el hallazgo de entierros en grutas cerradas por pircas (Von Rosén 1924, Casanova 1938), en otras zonas de la Puna y la mención de entierros en grutas, pero sin mayores especificaciones en el mismo Río Grande de San Juan (Lehmann Nitsche 1902, Debenedetti 1930) nos hacen relacionar, aun involuntariamente, a estas construcciones con ritos funerarios. En Peña Blanca hemos localizado, aunque saqueados, entierros en tumbas cilíndricas excavadas en el suelo, formando un reducido cementerio. De este modo tendríamos dos tipos de construcciones funerarias para la zona. No sabemos a ciencia cierta si ambos fueron contemporáneos o no. Pero por los escasos indicios obtenidos (el cántaro hallado en una gruta de El Rincón) parece que lo fueron. De ser así las construcciones de las grutas en las laderas escarpadas del valle del Río Grande de San Juan podrían ser, sepulturas simbólicas, que nunca contuvieron cadáveres pero que habrían servido de alojamiento a un espíritu o alter ego de un muerto.

La posición tan visible de estas construcciones hizo que se las violara desde muy antiguo, si es que algo contuvieron alguna vez. Esto hace cada vez más difícil la solución de este problema. El hallazgo de conjuntos de grutas sepulcrales intactas es casi imposible en el río Grande de San Juan. El río Doncellas proporcionó un número elevado de materiales supuestamente provenientes de entierros similares. En esta zona aparecen ambas formas con y sin ventana (Casanova, 1938). Desgraciadamente las colecciones del río Doncellas, junto con sus condiciones de hallazgo, han sido dadas a conocer sólo en parte mínima (Casanova 1944). Su publicación por quienes las excavaron y trabajaron revelaría el misterio que encierran las así llamadas "Chullpas".

El cántaro encontrado en una de esas grutas de El Rincón es de pasta tosca de grano grueso, con abundante antiplástico y fracturas irregulares. La superficie externa está alisada y aparentemente posee engobe. Su cuerpo es globular. Tiene un cuello cilíndrico bastante alto con bordes expandidos. La sección de los bordes es curva. Las asas son planas, verticales y están remachadas en el cuello. La base es circular

plana. Ha sido confeccionado con la técnica de los rodetes y cocido en atmósfera oxidante. Medidas: alto 275 mm, diámetro del cuerpo 248 mm, diámetro de la boca 225 mm. Posee fractura irregular.

De La Ciénaga a Pucapampa se va por una senda estrecha que cruza las quebradas que desembocan en el Río Grande. En parte de su trayecto desciende hasta el río y acompaña a su orilla derecha. Desde aquí pueden verse las inaccesibles y varias veces mencionadas ruinas de Bilcaparo.

Sobre este camino, al sur de La Ciénaga a unos 20 minutos de camino a pie, hay una serie de piedras con grabados. La senda cruza una de las numerosas quebradas que bajan hacia el río Grande y durante un corto trecho se dirige hacia el oeste. Al sur se eleva una ladera montañosa y al norte el fondo de la quebrada. A ambos lados de la ruta aparecen las piedras grabadas. Hay en total 12, las figuras están orientadas en general hacia el norte. Los grabados han sido realizados con la técnica del piqueteado que deja en la superficie de la roca superficies y surcos más o menos profundos. Los motivos son de tipo geométrico de complejos y sinuosos arabescos constituidos por espirales, círculos y líneas curvas y de tipo zoomorfo con figuras de llamas o guanacos y algunas serpientes.

Por la técnica y los motivos se pueden fijar dos grupos: A) grabados profundos de trazos regulares, con surcos de sección semicircular, de técnica más compleja, con motivos geométricos de arabescos de líneas curvas, etc.; B) grabados más superficiales con motivos zoomorfos. Las figuras de llamas son sencillas y aparecen en varios casos formando filas, como si el artista hubiera deseado representar manadas de animales.

A pesar de existir algunos grabados de clasificación dudosa, podemos afirmar que pertenecen al tipo A los grabados y las rocas con los números 3, 4, 6, 7, 8 y 10. Los del tipo B son los grabados de las rocas con los números 1, 2, 5, 9, 11 y 12.

La piedra número 1 (Fig. 11) es la más oriental, estando algo alejada del resto. Entre esta piedra y la número 2 hay 10 metros de distancia. El grabado aparece sobre la superficie lisa de una roca de forma irregular de aproximadamente 0,50 metros de ancho. Está a 3 metros al sur del camino. La figura representada es la de una llama de perfil, con su cabeza orientada hacia el este, es decir hacia la izquierda del observador. Es una silueta muy clara de 255 milímetros de largo y 240 de alto. Perteneció desde luego al grupo B. El cuerpo es largo horizontal



Fig. 11. - Grabado número 1.

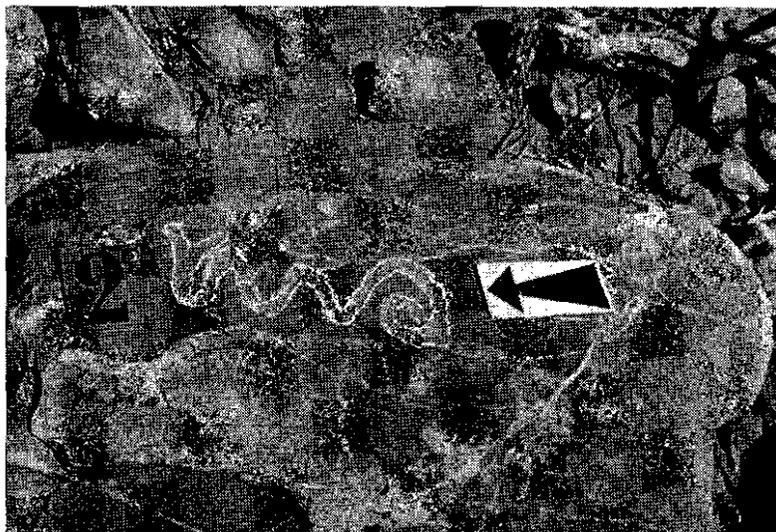


Fig. 12. - Grabado número 2.

y estrecho. Las extremidades y el cogote largo e inclinado tienen aproximadamente el mismo ancho. Del contorno simple, rectilíneo y concreto, sobresalen para caracterizar al animal que se quiso reproducir, el hocico, de perfil cuadrangular y las orejas y cola curvadas.

La piedra número 2 (Fig. 12) es la primera del núcleo más numeroso de grabados. Está junto al camino e igualmente sobre su lado sur. Sobre ella se grabó con la misma técnica simple, pero muy sugestiva, una figura de ofidio. Está representado por un trazo ondulante de 12 mm de ancho. Toda la figura tiene 225 mm de largo. Uno de los extremos de la sinuosa figura, el que suponemos es la cabeza, aparece bifurcado. No resulta claro así, si el artista ha querido representar a un animal bicéfalo o una culebra con las fauces abiertas. El otro extremo, presumiblemente la cola, se curva en una notable espiral.

Las piedras números 3 y 4 están al otro lado del camino, es decir al norte del mismo. Hay sobre la número 3 (Fig. 13) un grabado irregular de tipo geométrico, formado por dos círculos tangentes de distinto diámetro. Toda la figura tiene 350 mm de ancho. Su asignación a alguno de los grupos determinados es dudosa. Optamos por el A.

La número 4 es de forma muy irregular. Presenta dos grabados que se extienden sobre varias de sus caras. El 4 A (Fig. 14) es un complicado dibujo de meandros que se desarrolla sobre dos de esas caras de la roca. Pertenece al tipo A de diseños y la piedra se fracturó con posterioridad a su realización. El otro dibujo, el 4 B, consiste (Fig. 15) en una amplia superficie piqueteada con forma de cuadrúpedo. Hacia la izquierda de la misma, de lo que presumiblemente sería el cogote del animal, sale una banda que se curva varias veces. Toda esta figura tiene 310 mm de largo por 190 de alto. Podría interpretarse como un animal sujeto por una rienda. Pero de igual manera que el dibujo de la roca número 10, que ya describiremos, se trata seguramente de un diseño del tipo A rústicamente ejecutado.

La roca número 5 está igual que la 1 y 2 y todas las restantes al sur de la senda, a cuatro metros de ella. Ha estado en otra posición y al caer quedó invertida. Hay en ella una figura de llama con las extremidades hacia arriba. Es un dibujo simplísimo. El cuerpo, el cuello y la cabeza forman un mismo trazo casi horizontal, del cual se destaca hacia atrás la cola. Las patas son otros dos trazos paralelos del mismo ancho que el cuerpo: 15 mm. Actualmente, en su posición invertida, la figura del animal tiene la cabeza dirigida hacia el oeste.

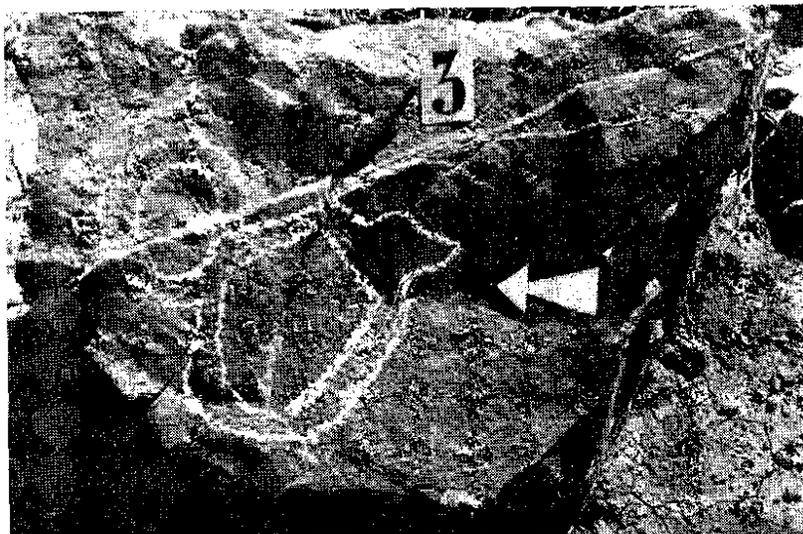


Fig. 13. - Grabado número 3.



Fig. 14. - Grabado número 4 A.

Originalmente miraría hacia el este. La figura tiene 165 mm de largo y 115 mm de alto.

A 2 metros hacia el oeste de la roca anterior, sobre el mismo lado del camino, está la roca número 6. Es esta una gran roca partida en dos grandes bloques y cubierta de grabados característicos del tipo A. Los dibujos fueron clasificados con letras de la A a la H. Todas estas figuras, junto con las de la roca número 8 son los ejemplares más característicos del tipo A de grabados. Son profundos y de sección curva. Forman combinaciones muy complicadas, laberínticas, de figuras geométricas en las que dominan las líneas curvas. Con círculos, meandros, líneas onduladas y combinaciones de espirales se han cubierto superficies con dibujos abigarrados pero que no dejan de ser atractivos. Los dos bloques son de forma más o menos rectangular. Están orientados de Este a Oeste, es decir que son casi paralelos a la senda. Uno de ellos, el más meridional es mayor, mide alrededor de 0,90 m de largo por 0,50 de ancho. El otro tiene 0,80 m de largo. Estas medidas son aproximadas.

Las rocas han sufrido fracturas con posterioridad a su decoración. Podría ser inclusive que la fractura que dividió a la gran piedra en los dos bloques en cuestión fuera posterior a los dibujos.

Los grabados se han hecho sobre las caras superiores de los bloques y sobre sus costados, salvo en las caras que corresponden a la



Fig. 15. - Grabado número 4 B.



Fig. 16. - Grabado número 6 A, C y D.



Fig. 17. - Grabado número 6 F y G.

fractura que los separó. Si bloque menor tiene los conjuntos de dibujos laberínticos más notables sobre su cara superior, 6 A (Fig. 16), sobre su extremo Este, 6 B y sobre su borde norte, 6 C (Fig. 16). Este último dibujo es muy simple, dado lo reducido del espacio disponible, consiste en dos espirales tangentes. Estos dibujos, además de ser los más representativos del estilo, son también los que han sido confeccionados con mayor dedicación. El surco piqueteado es profundo y tiene un promedio de 25 mm de ancho. El otro bloque también tiene dibujos sinuosos, 6 E, F, y H, en su cara superior y en sus costados (Fig. 18). En su borde Sudeste hay un largo grabado sinuoso de 0,77 m de largo, el 6 G, (Fig. 17), que parece representar una serpiente. Sus extremos se doblan sobre sí mismos formando espirales. Todo este conjunto 6 está a 2 metros al sur del sendero.

A 3 metros al oeste de los grabados anteriores y a 3 del sur del camino, está la roca número 7. El grabado consiste en dos figuras sinuosas borradas en parte, semejante a los meandros del tipo A. Las dos figuras en conjunto tienen 350 mm de largo.

El último grupo de grabados está integrado por las piedras número 8, 9, 10, 11 y 12. Están algo más alejadas del camino que las anteriores. Las rocas 8, 9 y 10 están a 5 metros de la senda. Las 11 y

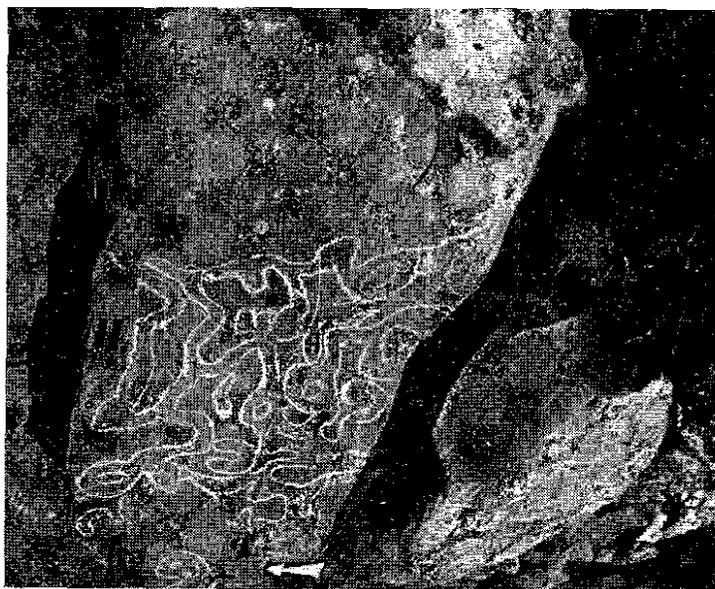


Fig. 18. - Grabado número 6 H.

12 están a 12 metros. Se hallan junto al lecho seco de un zanjón o torrente que, bajando de la ladera, atraviesa el camino. En el momento de nuestra visita estaba seco, pero algunas acumulaciones de arenas y material de arrastre muestran que en momentos de lluvias intensas las aguas deben escurrirse por esa canaleta. No es profunda, sino simplemente un lugar por donde las aguas al bajar de la ladera encuentran un camino más fácil para correr. Parecería que este conjunto de grabados fue dispuesto intencionalmente junto a este sitio por el cual en ocasiones pasa el agua.

La número 8 (Fig. 19) es la más grande de las piedras con gra-



Fig. 19. - Grabado número 8, "El Sillón".

bados y es la más visible desde la senda por su posición y tamaño. Sus medidas aproximadas son 1,50 m de altura y 0,80 de ancho. Por su forma escalonada los miembros de la expedición de 1960 la designaron con el nombre de "el sillón". La roca ofrece hacia el norte tres caras, una superior vertical, una oblicua, el "asiento del sillón" y una inferior nuevamente vertical. Todo ese frente norte está cubierto de grabados del tipo A de surcos profundos de 25 a 30 mm de ancho, similares a los del grupo 6. Son diseños geométricos curvilíneos, con espirales, círculos concéntricos, líneas sinuosas que forman una verdadera filigrana de piedra. En una primera visión esas sucesiones de meandros parecen figuras de serpiente. Pero un ligero examen muestra claramente su verdadero carácter geométrico curvilíneo. Las otras tres caras labradas tienen dibujos similares. Sólo en la parte más baja de la gran roca, junto a su borde inferior hay un diseño geométrico algo distinto. Es una figura formada por tres elipses concéntricas. La figura está interrumpida en el borde donde seguramente hubo fracturas.

Como dijéramos, esta roca es la más visible desde la senda. Su reconocimiento permitió el posterior hallazgo de los restantes grabados. A sus pies hay un hueco, ya rellenado por las aguas, resto de las excavaciones efectuadas para descubrir el supuesto "tesoro" allí escondido y cuya presencia estaría señalada por la piedra y sus signos.

La roca número 9 (Fig. 20), partida por una rajadura oblicua, está junto a la anterior. Hay dos llamitas. Ambas están dirigidas hacia la

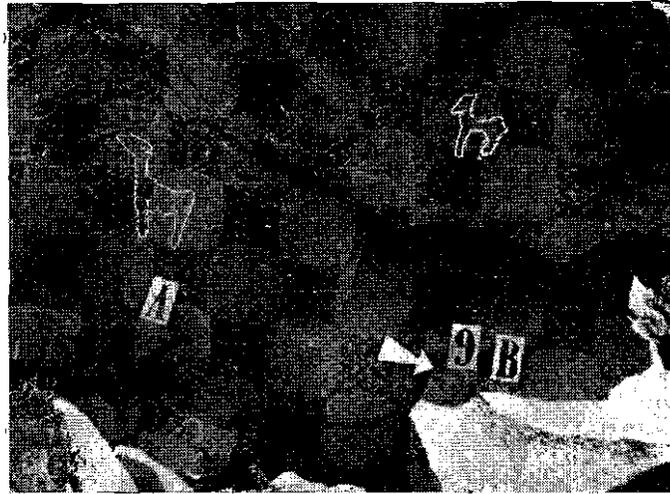


Fig. 20. - Grabado número 9.

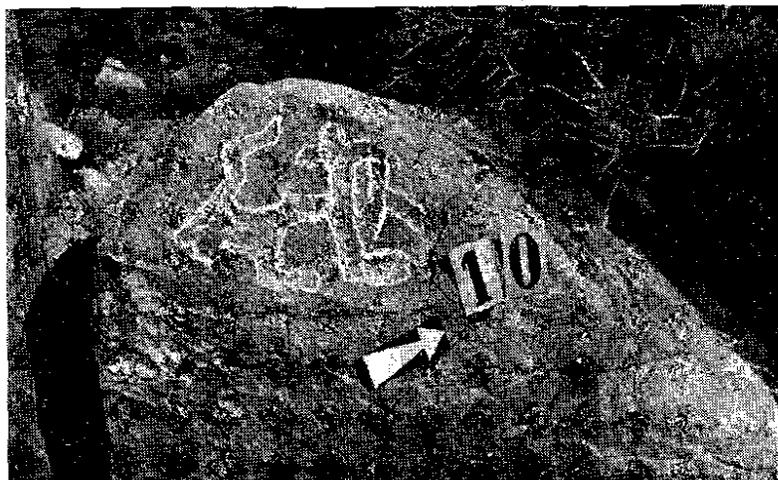


Fig. 21. - Grabado número 10.

izquierda del observador. La figura A es algo más grande, tiene 190 mm de alto y 150 mm de ancho. La figura B mide 115 mm de alto y de largo. Las dos son similares, grabadas superficialmente en la roca con estilo harto sencillo.

La figura 10 (Fig. 21), está junto a la 8, entre esta gran roca y la 9. En la parte superior de una pequeña piedra hay un grabado de líneas curvas y sinuosas. Es una figura de características ambiguas. Parece un animal de rasgos bastante complejos y fabulosos, pero se trata simplemente de un diseño del tipo A, ejecutado de manera rudimentaria. Lo que pudo relevarse de este conjunto, en parte borrado, tiene 210 mm de alto y 300 de largo.

Los grabados 11 y 12 están a 12 metros del camino, detrás de la roca número 8. La roca número 11 (Fig. 22) es la que ostenta, junto con la número 1, los grabados más representativos del tipo B. Es una roca cuadrangular, de 0,90 m por lado. Sus bordes están fracturados y las figuras grabadas han sido cortadas por esta fractura. Su posición actual no ha sido seguramente la original y fue removida y partida por los agentes naturales, de igual manera que muchas de las otras piedras. Las figuras grabadas están en varias hileras. En uno de ellas se ven las figuras de siete llamas en fila, con la cabeza dirigida hacia la derecha. Como la roca está fracturada hay sólo cuatro figuras de animales completas. De una de las restantes aparecen la cabeza y las patas delanteras y

otras dos las patas traseras y la cola. La serie de animales debió continuarse originalmente hacia uno y otro lado. Estas llamas tienen distinto tamaño. La más pequeña tiene 110 mm de alto y la mayor 180 mm. Por arriba de esta hilera de animales hay otras dos figuras de llamas. Están también una detrás de la otra y dirigidas a la derecha del observador. Tiene 190 mm de alto cada una. Son el resto de otra fila semejante a la anterior. Detrás de la llama de la izquierda se ven las señales de otra figura animal ya borrada.

Coronando el conjunto y en posición oblicua con respecto al resto hay una fila de figuras geométricas. Consisten en círculos de los cuales salen, hacia abajo, prolongaciones curvas. El tipo de grabado es semejante al que se utilizó para hacer los animales y su disposición en hilera, igual que las llamas, confirma que todo fue hecho por una misma mano. El largo de estas figuras oscila entre los 180 y los 200 mm.

En la roca número 12 (Fig. 23) hay dos figuras de llamas junto con restos de otra, las tres también en fila. Estos animales tienen sus cabezas hacia la izquierda del observador y miden 190 mm de altura.

Haciendo uso de la cautela que es menester en las afirmaciones



Fig. 22. - Grabado número 11.



Fig. 23. - Grabado número 12.

sobre la cronología y la interpretación de los restos arqueológicos, muy poco podemos agregar a esta descripción. Cuando se trata de grabados rupestres localizados al aire libre y con características tan generalizadas como los presentados, es muy difícil obtener suficientes elementos críticos para analizarlos en cuanto al contenido y al tiempo.

Sobre su significado, que debió ser religioso, podemos agregar lo que uno de nosotros expresara al describir el arte rupestre de Yavi, descubierto también en 1960 (Krapovickas, 1961). La actual senda entre La Ciénaga y Pucapampa sigue las huellas de un antiguo camino indígena, que comunicaría las poblaciones aborígenes de ambos puntos. La situación de los grabados junto al camino moderno lo confirma. Además, lo mismo que en Yavi (Krapovickas, 1961, p. 165), los grabados estuvieron en relación muy estrecha con esa antigua ruta. Esa relación debió ser de tipo mágico-religioso y las figuras tendrían un valor análogo al de las modernas apachetas, que son también de origen indígena.

De los dos tipos de grabados, el A y el B, es el segundo el único que ofrece algún elemento de consideración para su cronología. Siempre que se acepte que los animales representados no sean guanacos o vicuñas salvajes, sino llamas domesticadas, se podrían considerar desde luego como tardíos.

B I B L I O G R A F Í A

- AMBROSETTI, Juan B., 1901-2: *Antigüedades calchaquies. Datos arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy*. En "Anales de la Sociedad Científica Argentina", tomos LII, LIII y LIV, Buenos Aires.
- BENNETT, Wendell C. y otros, 1948: *Northwest Argentine Archeology*. En "Yale University publications in Anthropology", N° 38, New Haven.
- BOMAN, Eric, 1908: *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. Paris
- BREGANTE, Odilia, 1926: *Ensayo de clasificación de la cerámica del noroeste argentino*. Buenos Aires.
- CASANOVA, Eduardo, 1938: *Investigaciones arqueológicas en Sorcuyo, Puna de Jujuy*. En "Anales del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Buenos Aires", tomo XXXIX, Buenos Aires.
- 1944: *Una estólida de la puna jujeña*. En "Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología", volumen 3, Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, Salvador, 1930: *Chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo*, En "Facultad de Filosofía y Letras, Notas del Museo Etnográfico", N° 1, Buenos Aires.
- KRAPOVICKAS, Pedro, 1958-59: *Arqueología de la Puna Argentina*. En "Anales de Arqueología y Etnología", Tomos XIV-XV, Mendoza.
- 1961: *Noticia sobre el arte rupestre de Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina*. En "Anales de Arqueología y Etnología", Tomo XVI, Mendoza.
- LEHMANN-NITSCHKE, Roberto, 1902: *Catálogo de las antigüedades de la provincia de Jujuy*. En "Revista del Museo de La Plata", tomo XI, La Plata.
- ROSEN, Eric von, 1924: *Popular account of archaeological research during the swedish Chaco-Cordillera Expedition*. Stockholm.
- VIGNATI, Milcíades Alejo, 1938: "Novísima veterum", *Hallazgos en la Puna jujeña*. En "Revista del Museo de La Plata", nueva serie, tomo I, Buenos Aires.

TOPONIMIA INDÍGENA DE CUYO
(Mendoza, San Juan, San Luis, Pampa Seca)
(Ensayo)

Por L. STRUBE ERDMANN S.V.D.

Previsión:

- 1º El usual requisito geo-etnográfico e histórico para trabajos de esta índole, me lo dispensa la magnífica Introducción al primer tomo de *Actas Capitulares de Mendoza* (Levene 1944), hecha por D. Juan Draghi Lucero. Es una visión completa de tierra, habitantes y sucesos a la cual remito complacido al culto lector.
- 2º No es mi ánimo agotar el complejo toponímico que abarca nombres históricos (desaparecidos o persistentes) y actuales, más bien trato de destacar los del primer siglo de la Conquista (1550-1650) que nos da el trasunto genuino de los etnos existentes antes de las maniobras inicuas de los encomenderos y de la invasión araucana.
- 3º Por lo que toca a Paleografía y Etimología hago mías las palabras de nuestro mejor lingüista D. Juan Corominas en AIEA 1944:102: "Con el estudio de nombres aborígenes hemos penetrado en terreno muy resbaladizo. La mayor parte de las lenguas madres nos son conocidas muy imperfectamente...". Lo mismo podemos decir de la paleografía del siglo 16 y la representación gráfica de la fonética indígena de sendas naciones. Véase mi trabajo *Técnica Etimológica y Etimología Andina*, en PICC 1943. Ferrario (Montevideo) expresa en su preclaro trabajo *La Dialettologia ed i problemi interni della Runa-simi*, Orbis V. N° 1, 1956:135: "In tali condizioni, ogni classificazione glottologica è prematura. Bisogna limitarse, per ora, ad una rassegna, fatta a grandi tratti e provvisoria... un panorama superficiale a volo d'uccello". Eso mismo haremos aquí.
- 4º He adoptado la Neografía fonética de USA reservando ñ, ll, ch castellanas, pero eliminando qui, que por k; hue, hui, güe, gua por w; gue por g'; j por x.
- 5º La alfabetización agrupa fonemas afines p. ej. s, sh, z, ci, ce (debido a variantes); l, ll, y (debido al yeyeo que despunta más temprano de lo que conceden Alonso, Corominas); u, ü, o, etc.

Toponimia indígena de Cuyo:

(Signos: W denota Huarpe; Map. araucano; Q. Keshua; Aym. Aymara; Diag. Diaguita; Peh. Pehuenche; Puel. Puelche. El orden alfabético es fonético y no estrictamente literal).

- Acalacte**, tierras limítrofes al Tunuyán - Caseopol. Cf. Cabrera 1929: 225.
- Acasape**, sierras de San Juan. Cf. Cabr. *ibid.*; ambas voces W; *aca* agua.
- Aconcagua** nevado del geosinclinal andino (6959 m); grafía tradicional. Ancocagua, que es templo célebre de Luricachi y dios de los Canas Cf. Angélica Alvarez en RUNC (Cusco) 1925 : 15-26, mencionado por Cieza de León 1: 162. Etimol. Q. Aym; Q. *bank'u* tendón; *banq'o* plata nativa; *kawa* camiseta; Aym. *banku* blanco, *qawa* cota, colete.
- Achango** o **Ashango** de Rodeo, San Juan; Ashanku? Cf. Azángaro del Collao.
- Aybili**, tierras pleiteadas de San Juan en 1760. Cf. Cabrera *ibid.* Aiwiri?
- Aico**, famoso paso cordillerano a Chillán (Chile); *Qaikbu?* *aycuñ* Allén. inadmisible.
- Alla-allpotu**, "arroyo de plata" Cabr.; hoy el Las Tunas, Mendoza; W allent.
- Allallme**, canal y nombre del cacique de Wantata (Mendoza). Cabr. *ib.*
- Alaya**, Punta de- al S. de Guandacol; Q. apellido frecuente peruano.
- Alacagoa**, pobl. de San Luis 1696; Cabr. *ib.* voz investigable.
- Albalao** de Guandacol; problemát. quizás *arwalao*.
- Alcaxán**, hoy Alcázar, al S. de la Punta de los Llanos cual Colocasán, Halnasán, Malanzán, pobl. olongastas. Cf. Canals Frau AIEA 1944: 43.
- Altuita**, tierra del cac. Tartar 1573, Mendoza Cf. Cabr. *ib.*
- Amana**, cerro de San Juan. Cf. Cabr. *ib.* Aym. *amanawi* sin cesar, apócope.
- Amaicate**, pueblo del valle de Cuyo, encomienda de Velasco, Cf. Cabr. *ib.*
- Amangasta** de San Juan, cuyo cacique se plegó a Chalemín en 1630, Warinay. Cf. Latcham RChHG T. 63: 264.
- Amonta** vel Omonta, Cf. Tonuta *infra* Cabr. 1929: 298. Cf. Omonta.
- Ampacama** sobre el Zanjón, antigua pobl. huarpe seg. Cabr. *ib.* 233; voz netamente Q. *ampakama* con algodón L. II, *ampakamaq* creador de algodonal.
- Anancat**, tierras de Al. de Campofrío en Wantata, Cf. Cabr. *ib.*
- Anchallullac**, río de Uco, sinóm. de Aguantay 1600 Cbr. 235-7 y 21-4 *ibid.* Q. el que miente mucho. Cf. Aguantay *infra*. Anchayuyo del Las Tunas.
- Angaco** o Angacao o Jachall, Cf. Cabr. *ib.* 237, Cf. Canals F. AIEA 1946: 208.
- Anochagua**, tierras del cac. Macazaona 1573 San Luis, Cf. Cabr. *ibid.* 238; es Aym. *ano-chawar* cabuya del perro.
- Ansilta** de Calingasta; W Cf. Corominas AIEA 1944: 112.
- Angualasto**, sobre el Blanco inferior; Q. *hanas-wara-astu* arriba el pagayo del pañete. Cf. Balasto en Toponimia de Catamarca. Cf. AIEA 1946.

- Arboleda**, estancia jesuítica cerca de Villa de Tupungato, río de Las Tunas. Cf. Canals Frau 1950:8, 24-5. Cf. Tupungato infra.
- Asilán** de Valle Fértil, San Juan. Cf. Asimin, cacique en 1632 Q. es risa (Lira).
- Atalara** de Calingasta; W allent. pues *ara* pene o Map. *atal* estupro (Erize).
- Atalcura** de id.; Map. "traído por mineros" AIEA 1944: 111 "piedra del estupro".
- Atum** de San Luis, Cabr. ibid.; Q. *batun* grande. Cf. Atumpa de Stgo. del Est.
- Atuel** (o Atuer) río inmediato al S. del Diamante; Puel. quejidos (?) Cabr. 341. Cf. Groeber 1926: 20.
- Aguantay** o Anchallullac supra Uco 1627; nombre de cacique keshua; *awanta*.
- Aguarinez** o Aguarinay de Uco; discutible, Cf. Canals Frau 1950: 9.
- Aguango**, tierras pleiteadas 1758. Cabr. ib.; id. pico de Valle Fértil, Cabr.
- Aguanda**, paraje de San Luis, Cabr.; copia del Awantay, río de Uco 1621.
- Bachongo**, rinconada de la sierra Tontal. Cabr. ib.; *wachunku?*
- Barrancas**, afluente del Colorado; Q. *waranka* 1000, Cf. Groeber 1936: 24-5.
- Binchi**, tierras del Cac. Cochalevi 1564; Q. *winchiy?*
- Caki-chegueta**, estancia Arce que pasó a los jesuitas. Uco, Cf. Cabr. ib.; Q. *k'aki* quijada, mentón; *qage* propiedad, renta, caudal L.; W. *kaki*; Aym. *qaghi* seco.
- Cakesgueta**, cerro de Uco 1581. Cf. Cabr. ib.
- Ca**, tierras del cac. Paliontigac, Chiuke apodado; chiuke vel tiuke chimango (Erize); Cf. Cabr. ib. 341.
- Cacacheuta** de San Luis 1597. Cf. Cabr. ib. 249; W. millc. patente, pero Q. Aym.: Q. *kaka* tío materno, *k'aka* grietas, *qaqa* roca, *q'aga* tierra virgen, *kbaka* espeso, abundante L.; Aym. *kaka* canas, *k'aka* lleno de cuitas, fantasma, *k'ak'a* tartamudo.
- Ca**, tierras de Paliontigac, apodado Chiuke (gavilán Map.) siendo puelche, Cabr. ib. 341.
- Cacheuta** de Luján, termas, F. C.; W millc. sobre el Mendoza.
- Cayanne** o Cayata seg. el cac. Juricayta 1593 Mendoza. Cf. Cabr. ib.
- Calacara** de Conlara, Cf. Montes 1953: 103 mapa; camiare?; Aym. *qara-qara* cresta o *calacara* piedra de un solo color, etc.
- Calianes**, Valle de los- sinón. del de Río Blanco, Cf. Canals Frau AIEA 1951:13.
- Calingasta** de San Juan, pueblo y valle. Cf. Catalve infra, confluencia Castaño y homónimo; su antigua ubicación sobre el Blanco (Cf. Diaz Costa AIEA 1944:245-9) "se corrió 120 Km al S."; Q. *qharin-casta* donde varones.

- Callampas** de Gualilán San Juan, aguada; Q. hongos; voz vulgar en Chile.
- Caguinta**, acequia y tierras de Machinti y Jocjolen 1628. Cf. Cabr. ib.
- Camarico**, pobl. de San Juan. Cf. Cabr. ib.; Q. avío regalado por indios; popular costumbre en la colonia.
- Canbatac** tierras del cac. Calamwil 1594. Cf. Cabr. ib. 242-4; W.
- Canchi-auleta** sierra de San Luis. Cf. Montes RUNC 1953; mapa. W o Camiare.
- Caniguez** (falta cedilla) Sanigues pobl. del cac. Chorionta 1562. Cf. Cabr. ib.
- Canomexa** de Uco. Cf. Cabr. ib.; W.
- Canuma** donde el cac. Joercayta 1593. Cf. Cabr. ib.; W.
- Canota** de Las Heras entre Panquegua y Villavicencio 1692. Cf. Cabr. ibid.
- Canota**, pampa cerro al E. de Uspallata. Cf. Cabr. ib.
- Cantantal** de San Luis; otro tanto en San Juan. Cf. Cabr. ib. W. allent.
- Caubanane**, Caubane caeique y canal de Wantata o sea Mendoza, alias Cavananete. Cf. Cabr. ib. y Corominas AIEA 1944:115; W. -te ablativo. Cf. Allalme.
- Caucete** pueblo indeterminado de Mendoza; W. Cf. Corom. ib. 1944: 115.
- Causcari**, tierras del cac. Icano en las afueras de Mendoza 1593. Cf. Cabr. ib. 229 en 1593. Cf. Canals Frau AIEA 1942:81.
- Capi(s)**, aguada de Ucumale valle de Uco. Cf. Cabr. ib. 330. Map. vaina (Erize).
- Capux Mallo**, paso frecuente de Pehuenches en 1658. Cf. Cabr. ib. 341; Mallo Map. greda blanca (Erize).
- Caracura**, sierra entre los Baranca-Colorado; Map. piedra de poblado (Erize).
- Caramuña** de Valle Fértil; Q. *q'ara* desnudo, *qara* piel, *k'ara* ardiente, *kbara* barro de corral L.; *muñay* querer.
- Carcañag**, pobl. arriba de Uco 1621. Cf. Cabr. ib.; Map. *carca* vasija gr. de greda (Erize); Q. *kbarka* bosta, boñiga, *qbarga* ronquido, *qbarqar* brujo L; *ñakay* maldecir; *ñaka* ;malhaya!; W allent. *kar-karniag* blanco.
- Carcanewa**, río de Uco donde Anchallullac; W. *newi* primeto (-wa errata) blanco. Cf. AIEA 1946:129.
- Caria** (gasta) o Tucuma, valle donde Juan Jufré fundó a San Juan de la Frontera en 13/6/1562. Cf. Cabr. ib. Caria o Calia nos recuerda la emigración de la tribu de Calianes junto con Quilmeños al valle calchaquí.
- Casuía**, patria del cac. pampa Cucultian (Casuati sierra de la Ventana) Cabr.
- Catalve**, n. antiguo del de Calingasta actual. Cf. Canals Frau 1942:300 AIEA.
- Cati**, arroyo de San Luis. Cf. Cabrera ibid.; Q. *qati* serie, orden; Map. cosa ajena (Erize).

- Kechuvil** del S. de Mendoza; Map. 4 sierpes.
- Kiliña**, lindero del Tunuyán-Caseipot. Cf. Cabr. ib.
- Kiñe**, cerro de San Luis, al N. de Socos-Cora. Cf. Cabr. ib. Map. uno.
- Kines** de San Luis. Cf. Cabr. ib.
- Kinkao**, lindero del Tunuyán-Caseipot. Cf. Cabr. ib.
- Cochawal**, laguna al SO. de San Juan, Cf. Cabr. ib.
- Cuchuna**, arroyo de San Luis. Cf. Gez 1939; Q. cuchillo.
- Colangüil** cerro, río, pueblo en la junta del Cura y Conconta, al O. de Angualasto ;Q. *qoran-wi* donde yerbal.
- Colalta** del cac. Olíma 1564. Cf. Cabr. ib.; W.
- Culampaca** (ya), cerro de la Punilla, Córdoba. Cf. Cabr. ibid. 256.
- Coyata** o Ujata, tierras del cac. Pallamay 1593. Cf. Cabr. ib. AIEA 1942:81.
- Coytuke**, tierras linderas de Ucumale 1628. Cf. Cabr. ib.
- Colcal** del cac. Panteke, nación Sekelkian. Cf. Cabr. ib. 341; Q. *qollqa*, *troj*.
- Colcal** del cac. pehuenche Pantecuero 1658. Cf. Cabr. ib. 301; Map. bocanada de algún líquido (Erize).
- Colena**, a 9 leguas de Mendoza 1603. Cf. Cabr. ib.
- Colinco**, encomienda de Muñoz a Bravo 1603. Cf. Cabr. ib.
- Coivincha**, encomienda de Cuevas 1573 Mendoza. Cf. Cabr. ib.
- Colincha**, asimismo de Cuevas 1573 Mendoza. Cf. Cabr. ib.
- Colola**, barrio de Rodeo; id. de Calingasta. Cf. AIEA 1944:109.
- Culuguaya**, sinón. de Canbatac. Cf. Cabr. ib.; Q. *kuruwaya* vega del gusano.
- Concaran**, gran valle al S. de Villa Dolores 1563; propiedad de la Compañía en 1675.
- Conconta**, población, portezuelo al S. del valle del Cura, cordillera y cerro. Cf. Corominas 1944:113; trae concón Map. Q. buho.
- Conlara**, donde Benavente de la Cruz, sede del Yúngulo 1563; W.
- Conomeja**, estancia de Uco, Aguatay abajo, Compañía. Cf. Cabr. ib.
- Conomixsa**, acequia ibid. Cf. Cabr. ib. 236; del cac. Putunca; W.
- Cosconata** de Conlara. Cf. Serrano 1945:56; Aym. *k'uskuña* pintar; Q. *kusgu* matiz, esmalte y *k'usku* entrometido. L. II. Camiare?
- Costuki**, Cf. Coytuki supra, lindero con Machinti, Uco. Cf. Cabr. ib.
- Cotaata**, tierras del Alamen, 7 leg. río abajo, 1579 merced a Peña. Cf. Cabr. 317.
- Coto-walata** del pehuenche Llunkiliche. Cf. Cabr. ib.; Q. *kbutu* yerto, helado, *q'otu* bocio, *qboto* gargajo L.; *wallata* cleophana melanóptera. *Quitayata* muy torcido (hilo, etc.) Aym.
- Adda**: Cuyo reduplic. en el Perú, Cuzco etc. Q. rudo; W. millic.
- Cumillango** de San Juan. Cf. Corominas 1944:111; Q. *gomillan-kuy* estéril.
- Corocorto**, n. de mandón 1567, sobre el Tunuyán inferior, hoy La Paz.
- Chacallall**, sobre el Diamante superior; W. millic.
- Chacay**, afluyente del Malargüe. Map. *Colletia doniana* (Erize); Q. obstruir; W.

- Chakirako**, arroyos del S. de Mendoza; Map. híbr. *chakira* abalorios (v. antill.) unida al mapuche, *ko'* agua, aguada. Cf. Groeber B. A. 1926:28.
- Chachahuen**, Sierra al N. del Colorado superior; Map. padre, hombre unidos.
- Chachingo** de Mendoza 1805. Cf. Cabr. ib.; Q. chachi rigor, rígido L; -nku plur.
- Chalanta**, sierra, arroyo de San Luis; id. del Neuquén. Cf. Cabr. ib.; Aym. *chbala* montoncitos de venta; -*ta* genitivo Bert.; W.
- Challao** de Mendoza (año ?); Map. Aym. donde hoyos, ollas. Cf. AIEA 1944:110.
- Chamenta**, costa de Araujo, San Juan; W. allent. Cf. AIEA 1944:112.
- Champarcat** de Atuel donde los Pehuenches abandonaron a D. Bartolo, aliado puelche, seguido por su captura y ejecución 1658. Cf. Cabr. ib. 342.
- Chicawata**, sierra de San Juan; Aym. *chika* medio, igual, *wat'a* isla, *wata* hermana; Q. *chik'a* tanto, tamaño, *wat'a* isla, *wata* año L.
- Chikisman**, pueblo del cac. Cucucho, Córdoba. Cf. Cabr. ib. 343; Q. hacia desgracia.
- Chimbas** de Concepción, San Juan et alibi. Cabr. ib.; Q. chimpa, banda.
- Chiñe**, arroyo de San Luis. Cf. Gez 1937; Q. *chiñe* diminuto L.; Aym. *ch'ini* liendres.
- Chinguillos** del Blanco, sitio arqueológ. Map. híbrido zorrinos (Erize).
- Chisllango** de San Juan. Cf. Díaz Costa; Aym. *ch'islliña* sudar. Bert.
- Chismango** al O. de Rodeo, San Juan; Aym. *chigma* almohada B. -*nku*.
- Chita** mineral sobre el Blanco; Q. *chita* corderito, *chita* vago L.
- Chigua**, sobre el Blanco población; Q. *ch'iwa* jaula L. Aym. hierbas cocidas B.
- Chucuma**, estancia de Valle Fértil. Cf. Cabr. ib.; Aym. *choco-uma* agua clara B.
- Chollay** portezuelo andino. Comunica los valles del Cura y de Huasco. Cf. Cabr. 242; Q. licuar L. top. del Perú.
- Chulikía** o Chulukia del Coscala, 1625. Cf. Panaona. Cf. Cabr. 242; ignoto.
- Chulupte** del cac. Meomta de San Luis 1594. Cf. Cabr. ib.; ignoto.
- Chuluza** del cac. Panaona, encomienda Bohorquez 1573, Mendoza. Cf. Cabr. 300.
- Chunchico**, finca de Guandacol. Cf. Cabr.; top. común imperial "chunchi".
- Chutunza**, arroyo de San Luis. Cf. Gez ib.
- Ecke**, tierras y laguna de San Luis 1634. Cf. Cabr. ib.; Aym. *ike* cama(?)
- Encon** o Ancon, seg. Cabr. voz persistente dentro y fuera de Cuyo: rincón.
- Indapaico**, poblac. de Huanacache. Cf. Corominas AIEA 1944:111; Q. *inta-paiku* paico de ventaja. *Chenopodium ambrosioides* (macho y hembra).

- Imanao** al S. de la Huerta, San Juan; Q. donde cosas Torr. R.
- Intiguasi** de San Luis; 1716 Merced a José Fernández. Cf. Cabr. ib.; casa de sol, topón. común como Incahuasi.
- Iscalasto**, Campo de- fronterizo Rioja - San Juan. Cf. Vega Díaz; Q. *iskay* enredo.
- Ischichusca** (o -chuca) cerca de Guandacol; Cf. De la Vega Díaz 1944; ignoto.
- Ischi(a) gualasto** del Valle Fértil; Cf. AIEA 1944:108. Cf. Balasto calchaq.
- Espota** de Pismanta; Cf. Coromin. AIEA 1944:112. Cf. Cabr. ib.; W. allent.
- Esquipostu** de Uco; en 1632 de la Compañía; Cf. Cabr. ib.; ignoto.
- Itotoco** del Río V. 1605. Cf. Cabr. ib.; Aym. *i tu-toku* tamaña papera; *i tu* conjuro al Sol. Diamante llamado Mankeklen por los Araucanos. Cf. Groeber 1926:21.
- G'eti** de Uco, legado a la Compañía 1631; Cf. Cabr. 266; ignoto.
- Gozmita**, pueblo del cac. Namio, encda. Velasco 1692; Cf. Cabr. ib.; revisable.
- Jáchall**, sinón. de Angacao 1692, río tributario del Bermejo, Cf. Cabr. ibid.; quizás Q. *q'achay* chamuscar L. II. siendo usual la graficación tal por jota al igual de la h del siglo 16-7.
- Jamacoa**, poblac. al N. de Jáchal, Cf. Cabr. ib.; Q. *qbama* pl. medicinal L, *koa* id.
- Jaurua** o Haurua, afluente del Tunuyán sup. cuyo cac. Qaurua; Cf. Cabr. ib.
- Jaracolere** en Cuyo, del cac. Oyoba 1564. Cf. Cabr. ib.; W. ?
- Halnasan** o sea Río de los Sauces, Cf. Canals Frau 1944:42; v. olongasta.
- Himanas**, mineral en Sierra de la Huerta; Cf. Cabr. ib.; Q. *hina-mana*?
- Hincanas**, poblac. minera en Sierra de la Huerta; ¿cacán, capayán?
- Holcoty**, tierras de Biñaca. Cf. Cabr. ib. 241; ¿olongasta?
- Juljora**, acequia de Anchallullac, Cf. Cabr. ib. 236; Q. ? qhollqoy estomagarse L.
- Jocolí**, estancia de Mendoza 1801; Cf. Cabr. ib.; Q. *hoq'olli* renacuajo L. II.
- Jocjogol** en tierras de Machinti (Uco) de la Comp. en 1628, Cf. Cabr. ib.; ¿W?
- Humango**, Umango cerro de Vinchina (Rioja); Q. cabeza; Aym. agua; *-nku* sufijo.
- Yacampis**, Prov. de los- 1631, términos de San Juan y Rioja; Cf. Cabr. ibid.
- Yacanto** varios: San Javier, Concarán, etc.; Q. *llaqa* magras, *yaqay* pretender; Aym. *yak'aña* estercolar, orinar (masc.); *yakaña* confesarse; *-ntu* colect.
- Laquesgueta**, cerro lindero de Uco; Cf. Cabr. ib.; grafía revisable.
- Llalloa**, Camino a- desde Mendoza; Cf. Cabr. ib.; Aym. monstruoso.

- Yalguaraz**, entre Tambillos y Barreal (Calingasta). Cf. Corominas. AIEA 1944:117 haplogía de *yalu-awar* lago salino W. allent., extralimitada.
- Llancanelo** por Yancanelo, seg. Cabr. ib. 345, laguna y cerro al S. de San Rafael, alimentada por el Malargüe; Cf. Groeber 1926:108, 139; Map. *llanca* malaquita (y abalorio), *nelo* pantano, tremedal. Cf. Corominas AIEA 1944:124.
- Lámar**, (Paso de-) sobre el Vinchina frente a Gandacol; v. *kakana* responde a la voz Q. allpataco vulgar, *Prosopis flexuosus*.
- Yanso**, Sierra de- al N. de Jáchal, San Juan; voz discutible.
- Llauchá**, también Yaucha de Uco, río que pasa por San Carlos, junta del Aguada y luego la del Tunuyán; Map. ratón; adquirió vulgaridad (Augusta).
- Larca** de Conlara, San Luis; pueblo y cacique; Q. *rarka* acequia L.
- Lebleque**, monte poblado de caldén, chañar, piquillín al S. del Río IV. Cabr. ibid.; voz enigmática.
- Liquimpar**, "Alto Portezuelo" de San Luis; seg. Cabr. ib.; Q. *leqe* ave fría; Aym. *leqhe* deshecho por cochura, *llik'i* rasgado, roto L.; Aym. *liqi* sebo Bert.
- Locloc-tuyta**, tierras de Tunucta. Mendoza; Cf. AIEA 1945:132; Q. *loqlo(q)* simplón, sorbetón o *lloqlo* nata de chicha; aparece como *loslos* en Chichoana de Salta, Alto de Catamarca, Matará de Stgo. del Est., en Chile.
- Loclovita** de Conlara, San Luis; Cf. Serrano 1945:56. (Groeber 23, *lago Lolog*).
- Yuyaric**, tierras del cac. homón. puelche D. Bartolo, residente del Payén (Cf. infra). Cf. Cabr. su fina política y trágico fin; puel.?
- Yuljora**, acequia de la Comp. 1621, en...; Cf. Cabr. 338; Cf. Juljora supra.
- Lolma** del cac. Vipuchita, Conlara 1563; Cf. Cabr. ib.; Map. zanja helada (Erize).
- Luluara**, paraje de San Luis; Cf. Cabr. ib. Cf. Montes RUNC 1953 mapa; Q. Aym. *lulu* tierno, encanto; *wara* pañetes L.
- Yultu**, morro de Pedernera, San Luis; Cf. Vignati RMLPL 1939:47;?
- Yumielgues**, cerro donde nace el Saraquilla, Tunuyán; Cf. Cabr. ib.; ?
- Lunlunta**, faldas del Tunuyán superior en Yopacto; Cf. Canals Frau 1946:34; Cf. Cabr. ib. 344; Cf. Corominas 1944:124 "barrancas".
- Yúngulo**, prov. del cacique homónimo visitada por Franc. Villagra; Cf. Cabr. ib.
- Yopacto** o Jopacto, cerca de Corocorto (La Paz). Cf. Cabr. ib.; ?
- Yuspe**, Nuevo y Viejo de la pampa de San Luis; Cf. ib. de Cosquín, Córdoba; ?
- Yutuyaco** le Huaco, Cf. De la Vega D. 1944:333; Q. aguada de la perdiz (tinám.) no indica año; a la par de Yoca ibid. 331 creaciones tardías, keshuas.

- Machaonta** de los Acevín y Aycanta 1561, algarroberos; Cf. Cabr. ib.; ?
- Machinta**, monte Allalpotu; Cf. Cabr. 235; tierras del Ancón 1729; discutible.
- Machinti**, tierras de la Comp.; Uco 1628; Cf. Cabr. ib. con documento.
- Maycare** sinón. de Amaycate, tierras de Anato; Cf. AIEA 1945:139; grafía dudosa.
- Malaca** Cacheuta de Mendoza, luego de San Luis; aquél 1564, éste 1604; Cabr. 334; Q. *malaca* ya que aparece en la costa S. de Lima; *cacheuta* W. milc.
- Malancha** sinón. de Malaranta (Conlara), Malara, Malarancha, Cf. Cabr. ib. Cf. el mapa de Montes RUNC 1953. Mala-Mala cumbres de Tucumán, algarroberos de los Llanos riojanos. Todas de cuño keshua; Aym. malaña marchitarse Bert.
- Malbarco**, afluente del Neuquén; es hispanismo de warwarco Map. Q. Véase Groeber 1926:112 y 54-6; Q. *warwar* floripondio blanco. *Datura* arbórea L.
- Malargüe** sinón. de Magúe, Malalhué. Cf. Cabr. ib. 343 sito sobre Llanquanelo 1658, territorio de Puelches-Morcoyanes Cf. Cabr. 345; el malal lo hizo el encomendero D. Luis de Cuevas. Cf. Canals Frau AIEA 1943:9-46.
- Maliman** del Blanco inferior, pueblo minero; Map. fragmento de pedernal *ma-llin*; *manke* buitre, apócope (Augusta, Erize). *Malli-*, *malli-* Q. Aym. abundan.
- Mayumpotu**, torrente de Mendoza. Cf. AIEA 1944:102; v. híbrida Milc. Q.
- Maray**, arroyo de San Luis. Cf. Gez 1939; Q. batán de mineros; topon. imperial.
- Mahuelturata**, n. antiguo de Uspallata "En el valle de Cuevas encomd." 1552.
- Miquincha** de Ancón; 1729. Cf. Cabr. ibid.
- Michilingues** son diaguitas de Concarán, San Luis, seg. Cabr. ibid.
- Miguicha** de Uco; Cf. Cabr. ib.; grafía discutible.
- Mocna** o Mogna (hisp.) del Guaymata, sobre el Zanjón, falda E. de la sierra de Villicum; apellido del cacique; W. allent. ?
- Moco** de Uco 1690, Cf. Cabr. ib.; Q. *muk'u* manco, *moqho* mogote; Aym. *moko* coyuntura.
- Mojoibe** del cac. Menta, Mendoza; Cf. Cabr. ib.; grafía investigable.
- Molco**, pueblo olongasta; Cf. Canals Frau AIEA 1944:42; no es epéntesis de Mollaco sino Q. *molgo* roncha; Aym. *mullko* mutilado Bert. Mollaco Q. *Mühlenbeckia* chilens, topón. imperial.
- Mosmota** de La Paz; Cf. Corominas 1944:112; W. por *-ta* locativo característico; mosmo v. ignota.
- Nalitonguic** o Nalitokis, donde cac. Takil, Alibe, Cacana, Contala; problema.
- Nartec** tierra donde Watonta. Cf. Cabr. ib.
- Niqui** del Pedernal, San Juan; Cf. AIEA 1944:109; Corom. AIEA 1944:109 "*kakán*".

- Niqui-wil**, 30 Km al S. de Jáchal sobre el mismo río; *-wil* paragoge de Aym. *-wil. ñeke* barro Aym.
- Niqui-sanca**, en Sierra Pie de Palo, cerca del Bermejo austral; *sanka* Q. mofa, sima.
- Neurac-amta**, cerrillo de Aguantay, Uco; Cf. Cabr. ib. 236; W. *amta* jefe.
- Nihuil** o Niwil cerro, laguna, fortín sobre el Atuel medio; Map. *neuül* activo listo (Erize).
- Nogoli**, merced a Fuenzalida Guzmán 1632, San Luis; Cf. Gez Hist. 58; ib. Cabr.; Q. *ñoko-ri* hoyo en el suelo para el juego del *loq'o* L; *-ri* incoativo.
- Nolongasta** í. dado por Villagra a Juan Jufre 1561; Cf. Tucuma infra.
- Nucta**, acequia del Tunuyán, Cf. Cabr.
- Uco**, Valle de- 1562 del cac. Guarinay desde Luján hasta San Carlos, Cabr. ib. 329; Cf. Canals Frau 1946:34; descubrióse camino de Uco en 1566; encomienda de Diego de Velasco cuyo cacique Cuco; Corominas perplejo por no conocer toponimia del Perú; Cf. AIEA 1944:111; Q. *uku* fondo (F), *oqbo* cenegal (L.); Aym. *oqbo* desdichado.
- Ucumale**, potrero en la banda del Anchallullaq; prop. de la Compañía.
- Ucucaros** del Cura inferior, donde junta del Blanco; investigable.
- Ujata**, del cac. Pallamay Cabr. 331; Cf. Coyata súra Cabr. 255, Mendoza 1593; W.
- Ojonurata**, cerro de Machinta 1594; Cf. Cabr. ibid. W.
- Uljura**, ciénaga de Aguantay, Uco; Cf. Cabrera 331, 236; id. acequia de la Compañía ib. 1621. Cf. Juljora supra.
- Ullu-alla**, tierras del cac. Ankiel en Diamante; Cf. Cabr. 238, 331; encomienda de Niza 1564, de Bohorquez 1573; W. millc.
- Ullu-Colla**, del cac. Xumia sinón. de Ullu-alla; Cf. Cabr. ibid.
- Ullu-Waina**, del cac. Chacabica ib. Diamante 1564 Cf. Cabr. ibid.
- Ullum** de Calingasta, Cf. Coromin. 1944:119 W. allent.; sierra y pueblo Albardón hoy día, sobre el Calingasta.
- Olonquimini**, sinón. de Cerro del Plata, Mendoza; Cf. Corom: ib. 1944:104; probl.
- Omantaya** o *-taisa* de los *Salán* y *Relanta* junto a Zambra 1562; Cf. Cabr. ib..
- Olvo**, pueblo del cac. Cayoconta 1562; Cf. Cabr. ib.
- Omenta**, tierras del cac. Ocha, lag. de Tonuta, Bohorquez 1573; W.
- Umata**, médano del Tunuyán 1799; Cf. Cabr. 332; Aym. borracho Bert.
- Uspallata**, desde 1562 "indios de Uspallata y Wantata iban a servir en Chile". Cf. Cabr. ibid; Q. cenizas tendidas L.
- Uspara**, cumbre de Comechingones, al S. de Calamuchita, Latzina y Montes UNC 1953 mapa.
- Urcuzhum** o Urcushun, cerro al O. de Guandacol; W allent.
- Usca** del Río V.; Cf. Montes RUNC 1953 mapa; Q. mendigo L. Cf. toponimia del Perú.

- Usno**, al N. de San Agustín, Valle Fértil, San Juan; Q. tablado, hito, linde. Topónimo común del Perú.
- Uspiñaco**; Cf. Díaz Costa Cf. Corom. AIEA 1944:111; investigable.
- Pachaco** de Calingasta; Cf. Cabr. ib. Cf. Díaz Costa; Q. *p'achakuy* vestirse.
- Pachimoco**, antigal entre Rodeo y Jáchal; Cf. Bennet 1948:113 (pre-W); Q. *pachi* a sentadillas L., *moqho* colina, *muqo* rodilla, nudo L.
- Palaya**, tierras de Wanawal, heredero del cac. Mozán 1564, encomda. Velasco Mendoza; 'puelches y algarroberos', Cabr. 293.
- Palamiarte** del cam. real de Uco; Cf. Cabr. 236; id. cerrillos ibid. de la Compañía en 1621. W.
- Palampotu**, sinón. de Tunuyán-Caseopot; Cf. Cabr. ib. 299; W.
- Palauco**, tierras del cac. Payentigac (pewenche?), torrente y sierra al E. del Grande, et alibi; Map. *palao* bajo, *-co* aguada, laguna. Cf. Groeber 1926:141.
- Panaona**, cuyo cacique Cocala en 1599 Cf. Cabr. 242.
- Pancanta** cerro alto de Tomolasta, San Luis; Cf. Wascara infra Cabr. 300.
- Parahuata**, tierras del Levín y herm. Cleocuro, algarroberos' 1564, encomienda Velasco; Cf. Cabr. ib. 301; Cf. Jaurúa supra. V. discutible.
- Pataucaste**, acequia de Ucumale 1628. Cf. Cabr. ib. 330; discutible.
- Payen**, residencia de D. Bartolo; Cf. Cabr. ib. 350; volcán y altiplano llamado Payun Matru cuyo cráter elípt. de 8 por 6 Km y 3700 m; Map. *payún* barba, *matru* macho. Cf. Groeber 1926:145. Su borde occidental sobre el Grande - Colorado.
- Pikincho**, arroyo de Ancón 1729; Cf. Cabr. ib.; Q. (?) *piki* pulga, *p'iki* retención.
- Pichiregue**, arroyo de Calingasta; Cf. Cabr. ib.; v. intrusa Map. *pichi* pequeño, *rewe* árbol de la machi, a la vez hito sagrado de parcialidad (Febrés).
- Picheuta** de Uspallata, afluente del Mendoza sup. Cf. Corom. AIEA 1944:112 W.
- Pichanta**, abra occidental de Uspallata, torrente tribut. del Mendoza; W híbr.
- Pinchawal** de Angaco; id. de Jáchal; Cf. Cabr. ib.; voz discutible; Aym. *pincha* acequia (Bert.); id. albañal Q. (L.).
- Pintullanca** de Malargüé 1650 (Rosales). Cf. Cab. ib. 351; Map. híbr.
- Piscuyaco**, arroyo de Renca, San Luis 1806. Cf. Cabr. ib.; Q. aguada de avecilla.
- Pismanta**, termas, pueblo, mineral, bolsón; Cf. AIEA 1944:105 W. allent. seg. Corominas; Cf. Canals Frau 1946:208 AIEA cam. del Inca 112.
- Peteroa**, portezuelo fronterizo del S.; Map. seg. Corom. ib. 1944:119.
- Pituil**, barrio de Calingasta; copia del homón. de La Rioja Pitwil Aym.
- Poca** de D. Bartolo al S. del Atuel inf. 1650; Cf. Cabr. ib. 351; Puel. Aym. rojo.

- Pucha-Pucha**, sobre el Blanco sup. frente al Potro; hito del camino antiguo Jagüel-Copiapó; si no es Q. Aym. será castell vulgar.
- Puchuzum**, sobre el Castaño N.O. de Calingasta; W. Cf. Corom. AIEA 1944:119.
- Poipolonta** Poipolota, Cf. junta de caciques el 1/9/1574 ante escribano Antonio Bello; W. Cf. Corom. ib. 1944:102.
- Pohongasta**, mineral, torrente de Rodeo-Calingasta; *Kakán* híbr.; *pubu* soplo Q.
- Popopis**, población del Río V.; Cf. Montes 1953 mapa 909 RUNC; Q. *pupu* ombligo L (?).
- Poto Cancati** y -Tancati arroyos de Uco; Cf. Cabr. 284. W. *potu* río; Q. *hoyo*, etc.
- Puyuta**, pueblo de San Juan (San Martín). Cf. Cabr. ib.; W. pero Aym. culpado.
- Putiunca**, sinón. de Río de los Sauces; Cf. Cabr. ib. 255, 312 Mendoza 1628; Q. *puti* petaca (Torr. R.), *puti* candado o cerradura (F.), *phuti* pena (L.); *unqa* verme.
- Putau** del cac. Cayla, puelche-morcoyán, a faldas de Cordillera; Cf. Cabr. 351.
- Putunca**, manantial de Uco 1621. Cf. Aguantay supra; Cf. Cabr. ib.; Q. bombo L. (?).
- Pusuchum**, sobre el Castaño; Cf. Corom. AIEA 1944:121, simple metátesis Puchuzum.
- Rahué** y Rancahué, afluentes del Aluminé sup.; Map. *ranka* Lasthenia obtusif. *Gay*, arbusto frecuente por ambos lados.
- Ranquilco**, salitral al N. del colorado medio; Map. agua de carrizos.
- Rarinelo** de Mendoza; Map. *rarin* o *dadin* Baccharis marginalis; Cf. AIEA 1944:125.
- Renca**, copia de la chilena. S. de Stgo., Concarán; Q. *renka* certajilla; Cf. Perú.
- Repnemta** acequia de Uco, Machinti; W. millc.
- Sakirguer**, tierras de los pehuenches.
- Sallapte** de Villa Mercedes, Río V. y Sallape ibid. Cf. Cabr. ib.; v. discutible.
- Sanbacha**, Ajan del cac. Piunta 1573; Cf. Cabr. ib. 303, 310; Q. *sambacha* apocado. Aym. *samp'a flojo* Bert.
- Sambacoa**, pueblo del cac. Acevín, encom. Velasco 1562; Aym. id., *coa* Mentha B.
- Sampal** de San Luis, fundo seg. Cabr. ib.; Q. paragoge l-r frecuente L.
- Zambra**, pueblo del cac. Salan 1562; Aym. *samp'a*; Cf. Bracamoros del Perú.
- Sanibra**, pueblo vecino de Omantaya 1563; Q. *sani* morado; Aym. *negruzco* Bert.
- Xaulat**, al N. de Conlara seg. Canals Frau AIEA 1943:89; camiare.
- Xaurua** sinón. de Caurua seg. Techo (Hist. 3:11) hoy Jaurúa afluente

- del Tunuyán; era apellido de cacique; voz discutible; Cf. Patronimia.
- Sawag-chucasti** de Tunuyán, Saseopot. 1628; Cf. Cabr. ib.; Q. el que se casa L.
- Sata** del cac. Ucha, San Juan 1695; Cf. Cabr. ib.; ambos térm. peruanos.
- Satapalla** del cac. Saona(y), Mendoza. Cf. Cabr. ib; ambos térm. peruanos.
- Siche morcoyán**, donde D. Bartolo. Cf. Cabr. ib. 353; v. discutible ¿Aym?
- Xecti**, acequia de Machinti, Mendoza; Cabr. 335; grafía discutible.
- Seico**, lindero de Anchallullac; Cf. Cabr. ibid.; grafía discutible *siq'e sik'i*.
- Siwill**, Q. pl. campestre L.
- Siguil** agua de Tunuyán, de la Compañía 1611; Map. *seküll*, cuña; Q. *siwil* aro.
- Siquil** Map. pectoral (Erize).
- Silkicha** del cac. Mocsá, Payén; Cf. Cabr. ib. 353; Aym. *sillki* canal espinal, *sillque* sinón. de *sillpi* corteza delgada etc. *Moqhsa* molledos, dulce Bert.
- Siliguan** del cac. Yuclera o Maguila 1791, San Luis; Cf. Cabr. 289, 317. Q. *silliwa* donde *silli* flor campestre L.
- Silewache** del Chamera (Lutero!) 1600, San Luis; Cf. Cabr. ib. 314; Q. híbr. *-ch W*.
- Ximil**, tierras del cac. Machaonta y Lamiter 1564, Mendoza; Cf. Cabr. 336; Siwill.
- Ximiltara**, Mendoza, cuyo cacique Machaonta, encomda. Bohorquez; Cf. Cabr. ib. 287; Q.
- Socochente**, 1º Río Seco, 2º de Ancón Mendoza 1729; Cf. Cabr. ib.; AIEA 1944:115.
- Socoscora** del valle de S. Francisco, San Luis, 1673; Q. *sokoc* caña, *gora* yerbal.
- Socsoquelen**, vel Jocjagolen de Machinti, Compañía; Cf. Cabr. ib.; investigable.
- Sololosta** cerro lindero por el O. con Intiguasi; AIEA 1944:112 W. millc. (Cabr.).
- Suyuqui** de Marc. Muñoz, San Luis 1643; Cf. Cabr. ib.; Q. provincia diminuta L.
- Zuraca** de Conlara. Cf. Serrano 1945:18, 36; Q. *sura* pasto acuático, *-ka* aumentativo.
- Sopatac**, pueblo de San Luis, del cac. Lacawanan 1594; Cf. Cabr. ib.; *supaytaq* Q.
- Sopanta** de Mendoza; Cf. Coróm. AIEA 1944:112; W.
- Sosneao** volcán del Diamante-Atuel superior.
- Tabaleste** o Tabalque, canal y cacique de Wantata (Mendoza) 1555; Cf. Cabr. ib. 317; Cf. Canals Frau AIEA 1946:34; Q. *tawarki*; Cf. Patron. Inca y del NO arg.
- Taqtuta** de Uco, alturas; Cf. Canals Frau 1958:8-9; W.

- Talan** (y Zuraca) de Conlara; Cf. Serrano 1945:18, 63, 244; Q. *tala* verboso, insulso; *tara* alcaparra, Celtis; *t'ala* espeso, denso L. etc.; Aym. *tala* hechicero.
- Talacaste**, entre San Juan y Jáchal, sierra ib.; Cf. Corom. AIEA 1944:107.
- Talacato** o Quebrada de Agua, de la Compañía; Cf. Cabr. ib; Q. *tara-qhatu* mercado.
- Talagasta** de San Juan; Cf. Corom. AIEA 1944:107; v. híbr. Q. Kakán?
- Talcanco** seg. Díaz Costa, de San Juan; Cf. Corom. ib. 1944:111; Map.?
- Talira**, lugar del Río V. Cf. Montes RUNC 1953 mapa; Q. *tarira* no hallazgo L.
- Tambillos** del Cura y de Uspallata; v. híbr. Q. *tampu* albergue, y diminutivo español.
- Tamtayeguen** de Mendoza, 1561 sinón. de Toychucuz; Cf. AIEA 1945:132 W.
- Tancha**, Laguna de-, 1789; Cf. Yopacto supra. Cf. Cabr. ib.; v. ignota.
- Tantaiguén** del cac. Coyo, Cf. junta de cac. 1574. Cf. Tamtayeguen supra W.
- Tilatiru**, brazo del Tunuyán inferior; Cf. Gez 1939 mapa; v. ignota.
- Tilahenén** o, Río de los Sauces; Cf. Canals Frau 1944:42-3; id. Halnasán ib.
- Tilian**, tierras de Uco; Cf. *G'eti* Cf. Cabr. ibid.; topón. frecuente en el NO argt.
- Tilkiche** o Tikilcho de Concarán, de la Compañía 1707. Cf. Cabr. ib. Cf. Gez 1939; siendo metátesis quedamos en ayunas cual es la voz genuina.
- Tilisarao**, sierra de Renca; Cf. Corom. AIEA 1944:110; de cuño peruano probl.).
- Timbilas** sobre el Río V. Cf. Montes 1953, RUNC mapa; timpira?
- Tilta**, Tierras de-, cuyo cac. en 1721 Fern. Caquiz o Capiz, en 1722 cac. Pablo Pasambaya, de la Reduc. en la banda del Tunuyán.
- Tinti** del Morro, San Luis; topón. imperial: Q. langosta L., árbol tropical soporífero.
- Tilquicha** de San Luis; Cf. Gez passim; v. investigable. Cf. Tilquisa de Jujuy.
- Teñtica**, tierras del cac. Cuyunta, encomda. Córdoba- Cf. Cabr. ib. 353.
- Thinthica**, al S. de Nihuil y NE de Malargüe; Map. Cf. Corom. AIEA 1944:123.
- Teleche** de Tudcum, La Rioja; Cf. De la Vega D. 1944:301; v. discutible ¿tirichi?
- Tesnumba**, pueblo de Mendoza 1561, con lugarteniente de Corregidor; Cf. Canals Frau AIEA 1946; v. W seg. id.; "teqnumpa"? investigable.
- Tucmancasta** de Mocna; Cf. Cabr. ib.; Cf. Tucumangasta calchaqui Boman 1932:300; v. híbr. discutible.
- Tucuma** de prov. Cariagasta, San Juan 1561; Cf. Cabr. ib.; traslado diaguita.

- Tuctata**, cerrillos de Machinti, 1628. Cf. Cabr. ib. 330; W.
- Tucunuco**, poblac. en ruinas 40 Km al S. de Jáchal y sinón. de esta. Cf. Cabrera.
- Tudcum**, caserío cerca de Iglesia (Pismanta); Cf. Corom. AIEA 1944:128; W all.
- Tocota**, al S. de Iglesia, mineral y tambo incaico Cf. Corom. AIEA 1944:112, mas.
- Tocota** de Casabindo, puna jujeña: Aym. *thukuta* corcobeo Bert.
- Tocori**, arroyo de San Luis; Cf. Gez 1939 passim; Aym. danzarines con flauta.
- Tulum**, valle de San Juan, ciudad, regado por el homónimo; Cf. Cabr. ib. 325; Cf. Corom. AIEA 1944:118; W. allent.
- Tolol**, sinón. del Tunuyán-Caseopot. Cf. Cabr. ib. W.
- Tomaña** del cac. Inecian 1561; Cf. Cabr. ib.; Aym. ir de casa a casa, dar vuelta, ir de pueblo en pueblo Bert.
- Tumanas** de Valle Fértil, San Juan; Cf. Cabr. ib. 240; Q. *tumamana* gira L.
- Tomalasta** de San Luis; Cf. Corom. AIEA 1944:112 nota 29 y en efec- en es Q. *tuma* giratorio, redondo (Grig.), *last'a* lámina, lamina- do L.
- Tumbra**, tierras lindantes del cac. Acevín donde refugio de Illanki con Teusate 1593; Cf. Canals Frau AIEA 1942:66; Q. *tump'a* en- gaño.
- Tunian**, pueblo del cac. Sumac, encomda. Velasco 1062; Cf. Cabr. ib. 325.
- Tunimi**, sinón. de Tunian y Tuoboto en la misma encomda. 1562. Cabr. 326.
- Tonuta**, Lagunas de- del cac. homón.; Cf. Cabr. ib. 233; Cf. AIEA 1945:132; W.
- Tontal**, sierra al SO. de San Juan; W. seg. Corom. AIEA 1944:125 no "cerro de plata" sino "plata del cerro" *Tumta* cerro y *All* me- tal W. allent.
- Tunuyán**, río de Uco; id. afluente del Mendoza superior; Cf. Canals Frau AIEA 1942:70 n. de cacique; W. mil. más posible, Q. *tunu* músculo adormecido (L) y río de Cuzco selvático; *-ñan* camino (L).
- Tunumaya** o Tulumaya, paraje lindero de Yocoli 1802; Cf. Cabr. ib. Cf. ib. supra.
- Tuoboto**, sinón. de Tunimi, Tunian; por lo mismo indescifrable.
- Tupungato**, cerro de 6800 m; Cf. Allalipotú Cabr. ib. 328; Q. *qhatu* mercado L.
- Tutupital**, tierras del cac. Alibi; Cf. Patronimia; Q. *tutu* teta; *pita* vástago.
- Tutupital**, sinón. Nalitoguic 1600; Cf. Cabr. ib. 328.
- Turun pane**, tierras del cac. Quimi Chalcuro de Uco 1573, encomda. Bohorquez. Cf. Cabr. ib. 329; W millc. *torom* demonio, *pan* des- honesto; Aym. *thuru* tronco, *pani* juntos (antigramatical).

- Va**, valle del cac. Reperepe 1573, encomienda Bohorquez; Cf. Cabr. ib. 308. Aym.
- Vapayaje**, tras los Comechingones hasta el S. 17. Cf. Cabr. ib. 334. Q.
- Wacamayo**, poblac. de Jáchal; Cabr. ib. sin indicar año. Q. río de la huaca.
- Wacle**, sinón. de Guaclira cerca de Nono. Cf. Cabr. ib.; será *camiare*?
- Waco**, baños, 20 Km al NE de Jáchal sobre el homón. afluente; Q. n. de damas incaicas Q. compuesta de flor blanca, mandíbula; *waqoro* muela de juicio.
- Wacoron**, valle cerca del Diamante seg. D. Bartolo 1658; Cabr. ib. 359 Cf. L.
- Wachi**, poblac. mineral al E. de Maliman del Blanco. Cf.; Cabr. ib.; *wach'i* flecha Q.
- Walen**, Laguna de- 1789; Cf. Jopacto supra; Cf. Cabr. id.
- Waimaye**, canal Wantata (Mendoza ciudad); Cf. id. infra Wantata.
- Wallampas**, barrio de San Juan; Cf. Cabr. et alios; Aym Q. en cadena, danzas B.
- Wayama** de San Juan, Cf. Cabr. ib.; quizás Q. *wayawa* donde flojos L. Cf. Corom. AIEA 1944:106 nota; W.
- Wayawas**, sierra linderero de La Rioja; Q. *wailla-wasi* casa de la pradera L.
- Walcamá**, afluente del Troya al S. de Guandacol; Cf. De la Vega 1944: 178; Aym. *walka* poco Sto. Tom.; *-ma* tuyo Bert.; Q. *walqa* collar, cadena L. *-ma* o *-wa*¹.
- Walilán**, mineral infausto de Talacasto; Cf. Cabr. ib.; Q. Aym. *wali* bien; *Wari*? vicuña y genio mítico.
- Wayas** de Caucete, Mendoza; Q. Cf. id de Arequipa y Guayaquil.
- Walta-Camchera** del cac. Camintanaure (Xaulat); Cf. Canals Frau 1943:92 AIEA W.
- Waltallari**, arroyo de Arboleda, Mendoza; grafía s. 18; Cf. Cabr. ib. 355. W.
- Waltayali** de Uco, Cf. Cabr. ib. Cf. Corom. AIEA 1944:121 disimilación del ant.
- Waikenelo** del S. de Mendoza; Map. tremedal de la lanza; Cf. Corom. ib. 1944:125.
- Walwalti** manantial de Uco; Cf. Cabr. ib. 236; de la Compañía 1621; W. millc.
- Waljšutec**, tierras del cac. Cayempa 1600, San Luis; Cabr. 267.
- Wanakache**, (Lag. de-) junto de los ríos San Juan y Jáchal y Mendoza; Q. salinas del escarmiento L.; Corom. en AIEA 1944:118 *Wen-aka-che* "lugar de agua esa" W. millc.; Cf. Canals Frau ib. 1946:43.
- Wanacaz**, sinón. de Wanacache seg. otro documento; Cf. Cabr. ib. Cf. Corom ib. 118.
- Wanakopampa**, pueblo de San Luis 1691; Cf. Cabr. ib.; Q. Aym. llano del guanaco.

1 *Walcamayo*: *walca*, collar, *mayu*, río (Q.). - (N. del D.)

- Wanca**, n. del Tunuyán de San Carlos; Cf. Cabr. ib.; Q. *wank'a* risco, *wankha* hoyo.
- Wañi-zul** o -zhil o -wil poblac. de Pismanta; Cf. Corom. ib. 1944: 109. W. allent.
- Wantata**, valle de Mendoza (ciudad) en poder del Inca con 4 canales: Waimaye, Tabaleste, Allallme y Caubabanete donde el pucará; Cf. AIEA 1946:140-2.
- Watallari**, cerrillo sobre el Las Tunas, enconmda. Guevara, capellanía en 1729; Cf. Cabr. ib. 235 y 336.
- Watayali** de Uco, propiedad de la Compañía 1632; Cf. Cabr. ib. Cf. Watallari.
- Watasi** pueblo del cac. Bayo, San Luis; Cf. Cabr. ib.
- Watim-pal** o -pol Médano, merced a Juan Ocampo 1628; Cabr. ib. trae Watumpal.
- Wazcata** o Wascara de Tomalasta y Pancata 1600, San Luis; Cf. Cabr. ib. Aym.
- Wasapmayo**, cerca de Mendoza; Cf. AIEA 1940:139; Q. el río trasero.
- Waslaco** de Río V.; Cf. Montes RUNC 1953 mapa; Q. *wasi-yaco* aguada de la casa.
- Wilasta** de Lavalle; Cf. Corom. AIEA 1944:112; Cf. Tomolasta. Sololasta; Q. lasta lámina, laminado L. o *llaqta* ciudad.
- Wilic-islivil**, pueblo del cac. Santagua, prov. Yacampis 1613 dejado al Rey.
- Villicum**, Sierra de- al N. de San Juan, Albardón; Cf. Corom. ib. 119; W.
- Viluco** de San Carlos; Cf. Boman 1920 Cementerio de-; Cf. Métraux 1929 RIET I. 5-73; Map. agua de la sierpe.
- Viriaco** de Pringles, San Luis; Aym. *wiri* palo de cavar o su punta metálica; *aku* tortilla Ber.
- Virorca** de San Luis; Cf. Gez en Gaea III. 251; Q. *wiru-orqo* cerro de la caña dulce de maíz L; Cf. Topón. del Perú.

BIBLIOGRAFIA, SIGLAS Y ABREVIATURAS

- BOMAN, ERIC: *Cementerio indígena de Viluco (Mendoza) posterior a la Conquista*. B. A. 1920.
- CABRERA, PABLO: *Los Aborígenes del país de Cuyo*; RUNC Córdoba 1929.
- CANALS FRAU: PMENL 1940: *El límite austral de diaguitas*. B. A. IV. 117-139.
- ” ” AIEA 1940:217-34: *Distribución geográf. de Aborig. del NO argt.*
- ” ” AIEA 1941:43-167: *El idioma allentiyac*; ib. 239-54 Aborig. Pampa
- ” ” AIEA 1942: 150 *Cotejo Millc.-Allent.*; ib. Cultura huarpe 289-322.
- ” ” AIEA 1943: 9-46: *Malargüe*; ib. 67-120 primitiva San Luis; 207 Salta.
- ” ” RSAA 1937:91-106: *Cuadro étnico de la prov. de Mendoza*.
- ” ” AIEA 1944:251-62: *Pleito puntano*; ib. 9-48 Huarpe Comechingón.
- ” ” AIEA 1945:71-94: *Huarpes y su doctrina*; ib. Pleito mendocino. 129.
- ” ” AIEA 1946:9-130: *Etnolingüística W.*; ib. 197-224 Capayanes.
- ” ” PICC 1950: *Explorac. Arqueológ. en el valle de Uco*.

- COROMINAS, Juan: *Toponomástica Cuyana*. Cf. AIEA 1944:96-126.
- DÍAZ COSTA, Rog.: *El pueblo de Calingasta; su antigua ubicación* AIEA 1944:244.
— *Toponimia de San Juan y voces derivadas indígenas*. Mendoza 1939.
- ERIZE, Esteban: *Diccionario comentado del Mapuche-Español* UN Bahía Blanca.
- GEZ, J. W.: *Geografía de la prov. de San Luis*; 3 tomos B. A. 1939; id. Hist.
- GROEBER, Pablo: *Toponimia araucana de Neuquén*; Gaea B. A. 1926.
- LATCHAM, Ric.: *Los Indios de Cordillera y Pampa en el s. 16*; RChHG 1930.
- METRAUX, Alfred: *Contribution a l'Ethnogr. et a l'Archéol. de Mendoza*, 1929.
- MONTES, An.: *Hist. antigua de la ciudad de Río Cuarto* en RUNC 1953:885-99.
— *Las Sierras de San Luis (Conlara, Concarán)*, RUNC 1955:73-156.
- MORALES GUIÑAZÚ: *Primitivos habitantes de Mendoza*; ib. 1938.
- RUSCONI, Carlos: *Nombres de caciques huarpes, etc.*, RMHNt Mendoza 1949:201-6.
- SERRANO, Antonio: *Los Comechingones*. Córdoba 1945; id. *Los Pobladores históricos de la región diaguita*; CIA Chicago 1952.
- VEGA DÍAZ, Dardo de la: *Toponimia Riojana*. 1944, La Rioja (Argt.).
- VIGNATI: *Al. Milc. - Los Aborígenes de Cuyo*; NMLPI 1940:69-93; id. *Culturas prehispánicas y protobistóricas de la prov. de San Luis*; NMLPI 1941:1-26.
- AUG. Fray Félix de Augusta: *Diccionario Araucano-Español, etc.* Stgo. 1916.
- AIEA: Anales del Instit. de Etnología Americana; Mendoza 1940-6. (desde 1947 Anales de Arqueología y Etnología).
- F.: Farfán de los Godos: *Clave del Keshua*; Lima 1941 (80 pp.).
- Febr.: Febrés, Andrés: *Arte de la lengua chilena y Calepino res.* Lima 1764.
- Holguín, D. González: *Arte Nueva y Vocabulario Quechua* (1608) Lima 1952.
- Bert.: Bertonio, Ludovico: *Vocabulario Aymara, etc.*; Lima 1612.
- Grig.: Grigorieff, Sergio: *Compendio del Keshua*; B. Aires 1935.
- L.: Lira, Jorge: *Diccionario Quechua*; Tucumán 1944. L. II. RMNL 1947 Adic.
- PICC: Publicac. del Instituto Dr. Cabrera, Córdoba (Argt.).
- RIET: Revista del Instir. de Etnología, Tucumán (Argentina).
- RChHG: Revista Chilena de Hist. y Geografía, Santiago de Chile.
- RMHNt: Revista del Museo de Hist. Natural, Mendoza (Argentina).
- RMNL: Revista del Museo Nacional de Lima.
- RUNC: Revista de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) o Del Cuzco (Perú).
- Sto. Tom.: Santo Tomás, Domingo de: *Vocabulario quichua*, 1560 Valladolid.
- Torr. R.: Torres Rubio, Diego de: *Vocabulario de la lengua general del Perú*; Sevilla 1603.
- Mossi, Miguel: *Manual del idioma general del Perú*; Córdoba 1889.

MEDICINA ENTRE LOS INDIOS CUNA DE PANAMÁ

Por JOSÉ MANUEL REVERTE C.

En el Istmo de Panamá viven tres grupos de indígenas: cunas, guaymies y chocóes. Los cunas habitan la región atlántica de San Blas y el archipiélago de las Mulatas o de San Blas, el Río Bayano y parte del Norte del Darién y el Río Chucunaque. Los chocóes habitan en el Darién extendiéndose hasta la frontera con Colombia. Los guaymies se encuentran en las provincias de Bocas del Toro Chiriquí y Veraguas, en las zonas más apartadas montañosas y en los ríos que desembocan en la laguna de Chiriquí. El autor de este artículo, recorre periódicamente estas reservas indígenas llevando medicinas y atendiendo en sus enfermedades al elemento indígena que en el Istmo de Panamá asciende a 70.000 almas.

I. EL NELE CUNA

Como en la generalidad de los pueblos primitivos aborígenes de América, entre los indios cunas los conceptos de enfermedad, magia y religión están íntimamente ligados.

Para el indio cuna la enfermedad es un castigo divino, Diosaila o Paba Tunmati (Dios supremo cuna) ha sido ofendido en alguna forma por el indio y como castigo permite que el espíritu del mal o diablo-señorita (*nia*) arrebathe el alma del indio (*purba*, que es el doble espiritual del cuerpo) y se la lleve a los estratos más profundos del infierno (*nia nega* o casa del diablo). El efecto de esta separación del alma del cuerpo o "rpto del alma" es la enfermedad.

Este concepto primitivo, natural, de atribuir la enfermedad, lo incomprendible a causas sobrenaturales es, al fin y al cabo, el que desde los tiempos más remotos, y entre los pueblos más diversos ha tenido el ser humano.

La consecuencia lógica de este concepto es la aparición de los medios para contrarrestar la acción de los poderes sobrenaturales: la magia, la curación mágica y la aparición de la persona dotada de poderes mágicos para contrarrestar estos poderes sobrenaturales y curar la enfermedad, es decir, el mago, el médico hechicero, que entre los cunas adquiere su máxima expresión en la persona del *Nele*.

Entre los cunas el *Nele* es un hombre que nace con poderes especiales, que habrá de desarrollar posteriormente por el estudio y la práctica constante. No todo indio cuna es capaz de nacer *Nele*, sino sólo contados individuos. Se sabe que un niño viene al mundo con la facultad de ser *Nele* gracias a ciertos signos, como el haber emitido grito intrauterino cuando se estaba gestando o por el hecho de aparecer al momento del nacimiento con las envolturas fetales dispuestas sobre la cara de forma especial. Si tales signos se presentan, esto significa que ya existe en él un *Nele* en potencia. Sin embargo, el niño que va a ser *Nele* ha de ser cuidadosamente entrenado por un experto colega que le irá enseñando todas las habilidades que complementarán su poder congénito y que él irá desarrollando, día a día, con la práctica constante.

El entrenamiento es largo y duro, teniendo que aprender a distinguir las especies vegetales con poderes curativos, así como el uso de cada una de ellas, dosis, combinaciones, forma de empleo, momento más apropiado para buscarlas, etc. Tiene que aprender a usar y preparar los baños de infusiones vegetales o soluciones minerales, remedio terapéutico muy en hoga entre los cunas, y al que se recurre, no sólo para curar enfermedades, sino para dotar de ciertas habilidades (*kurgin*) a niños y adolescentes. Habrá de aprender el uso de ciertos minerales, piedras, arcillas, que también poseen propiedades terapéuticas, así como la forma de empleo de ciertas partes y órganos de animales del monte. Tiene que desarrollar en forma portentosa su memoria, y desde muy temprano aprenderá de viva voz las extensas letanías de ordenación antifonal en las que se contienen las tradiciones del pueblo cuna, lo mismo que las numerosas canciones con su "secreto" especial que sirven para curar específicamente tal o cual enfermedad. Cuantas más cosas pueda aprender, mejor y más sabio será.

Y finalmente aprende a desarrollar su poder natural mágico, hablando con los espíritus protectores (*nuchu*) oponentes de los espíritus malignos y que el indio cuna representa bajo la forma de tallas de madera, sobre todo de la llamada *balso* (*ukuruala suarmimi*). Las tallas representan figuras antropomorfas u ornitomorfias y es al espíritu de la madera misma, al alma o doble (*purba*) de la figura a quien se atribuye el poder mágico capaz de contrarrestar la acción dañina de los espíritus malignos.

El *Nele* que es uno de los más interesantes representantes del chamanismo ístmico, es el único que tiene poder de hablar, de conversar con los *nuchu*, con los espíritus, a los que interroga sobre la causa del rapto del alma, sobre el lugar a donde ha sido llevada por el diablo y

de exhortar a los espíritus protectores a que vayan a recuperar la *purba* raptada, recurriendo a todos los medios, inclusive la lucha violenta, para reintegrarla al cuerpo enfermo cerrándose así el ciclo curativo y restituyendo la salud al paciente.

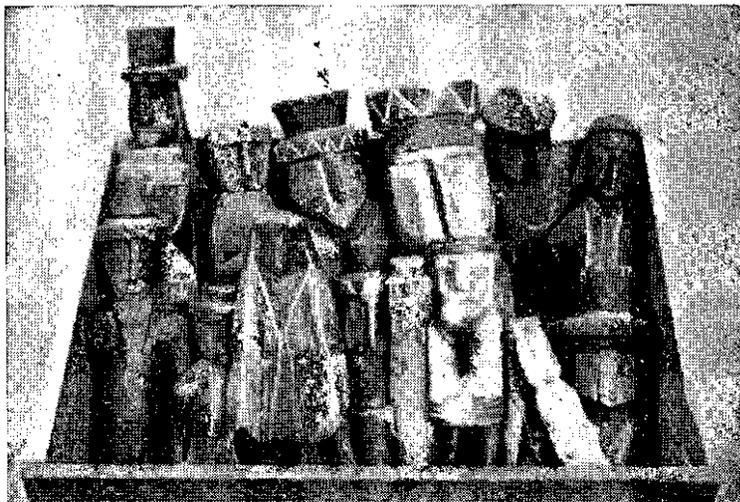


Fig. 1. - Cajón lleno de *nuchus* que siempre hay en la vivienda del indio cuna y que le protegen en caso de enfermedad.

También utiliza los *nuchu* para averiguar donde se encuentran objetos perdidos o robados.

Durante el sueño algunos *Neles* son capaces de averiguar cosas que escapan a la percepción normal de otros seres humanos. Representa esta forma de adivinación una manifestación del "vuelo mágico chamánico" practicado por los hechiceros de la mayoría de las tribus indígenas de América. La representación ornitomorfa que se repite en las tallas de *nuchus* con frecuencia, así como las plumas de ave con que se adorna el sombrero el *Nele* en ciertas fiestas o momentos, son manifestaciones de esta tendencia o poder mágico de desdoblarse si fuere preciso y "volar" a establecer contacto con los espíritus.

Por último, algunos *Neles* conocen un tipo especialísimo de escritura ideográfica, que los indios cunas practicaron desde tiempos anteriores al descubrimiento de América. Desafortunadamente sólo han llegado hasta nosotros los relatos de los cronistas, ya que el material en que se realizaba este tipo de escritura era deleznable y la humedad permanente del Istmo de Panamá hace mucho tiempo que ha desintegrado

todo cuanto pudieron habernos dejado. De generación en generación se fue transmitiendo esta escritura ideográfica, pero hoy en día son escasos los cunas capaces de escribir y leer en esta forma. La escritura cuna sirve para auxiliar a la memoria y en esta forma la tradición y canciones curativas han sido impresas en tejidos pintados, o talladas en madera o dibujadas sobre papel. En la actualidad, como dijimos, no pasarán quizás de media docena los indios cunas capaces de representar en esta forma los elementos ideográficos que sirvan para recordar sus más viejas tradiciones.

En la persona del *Nele* se aúnan el médico, el sabio, el filósofo, el hechicero, el mago, el sacerdote, el conservador de las tradiciones y creencias; por eso se suele llamar a estos hombres dotado de tales poderes y conocimientos: *abisúa*, que quiere decir "el que sabe", concepto similar al que existe entre los mayas del Yucatán, que llaman *abmen* (el que comprende) a esta clase de magos.

II. EL INATULEDI CUNA

Otro tipo de curandero entre los indios cunas es el *Inatuledi* que

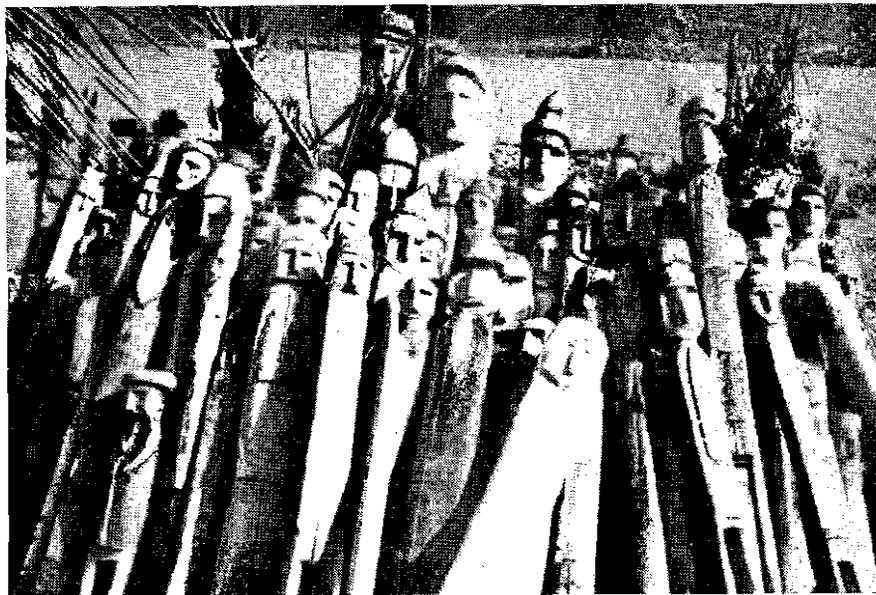


Fig. 2. - Grupo de *nuchus* gigantes de balso utilizados en la ceremonia de *absoguedi*. Una vez terminada ésta se amontonan en la playa donde se pudren lentamente.

equivale al "medicine-man" de LOEB. Se diferencia del *Nele* en que éste llega al mundo con poderes especiales que perfeccionará con el entrenamiento, mientras que el *Inatuledi* se empezará a hacer a edad variable, quizás desde la adolescencia o más tarde, por haberse despertado en él la afición al ver a algún familiar o pariente en el ejercicio de sus funciones como *inatuledi*.

Preguntando una vez al famoso *Inatuledi* IGUAGUINIGUIÑA de Cartí Sugtupu por qué y cuándo había decidido él ser *Inatuledi*, me contestó: "Esa misma pregunta la hizo una vez SINRAM COLMAN a un grupo de *Inatuledis* y ninguno supo contestarle". Con esto quiso decirme que la vocación surgió en un momento impreciso, posiblemente después de haberse despertado en ellos la afición o la curiosidad por la forma de curar las enfermedades con la ayuda de remedios naturales.

Desde luego, siempre existe en las curaciones del *Inatuledi* el componente mágico, misterioso, secreto, esotérico y ellos me informan que ninguna medicina tiene valor si no va unida a la invocación correspondiente, sea al momento de preparar o buscar los ingredientes que la componen, sea en el momento de administrarlos. Así vemos como sucede en todas las manifestaciones de la medicina primitiva¹ la combinación de lo mágico, producto del "terror cósmico" y lo natural, empírico y producto del ensayo, la observación y la experimentación.

Por regla general, el *Inatuledi* comienza su oficio tempranamente. IGUAGUINIGUIÑA acompañaba a su abuelo INATIGUIÑA, que era un conocido *Inatuledi*. De 12 años de edad, el muchacho veía a su abuelo recoger hierbas, plantas, raíces, cortezas, maderas de diversos árboles y al mismo tiempo que le iba explicando para qué servían. Pronto el muchacho comenzó a aprender cómo curar ciertas enfermedades, tales como los catarros de los niños (*tupsi asa kolet*), y otras afecciones sencillas, de forma que a los 14 años ya tenía bastante experiencia. Se sabía de memoria las breves invocaciones utilizadas en cada caso que usa el *inatuledi* para "dar fuerza" o "poder curativo" al medicamento. Desarrolló así su habilidad para seleccionar los elementos curativos, y a distinguir las propiedades de cada uno de ellos.

Muerto su abuelo, se puso bajo las órdenes de un gran maestro cuna, OLONIGUIPE, quien lo aceptó como discípulo enseñándole muchos nuevos conocimientos y sus primeras canciones curativas, *suarmimi*, que se emplea para solicitar a los espíritus familiares y protectores que vayan

¹ Véase nuestro trabajo *Cultura médica de los incas*, Edit. República, S. A., Panamá, 1960.

en busca del alma perdida y *kurgin-igala*, que es la canción que cantan los *inatuledis* para conseguir que determinada persona adquiriera habilidad, sea para la caza, la pesca u otra cualidad que deseen adquirir.

Más tarde pasó a ser discípulo de otros dos grandes maestros, OLOTIÑA e IGUATIÑA, con los que aprendió *sia-iguala*, o canción del



Fig. 3. - *Nuchu* tallado en asperón.

cacao, que sirve para invocar al alma cuando se ha producido la enfermedad (disociación temporal alma-cuerpo).

Con ellos también aprendió *ulala*, canción que se emplea para curar el vómito y otras enfermedades del aparato digestivo; *nui-nu*, canción que también sirve para curar trastornos estomacales; *ui-boed*, canción secreta que cura la borrachera; *nel-igala*, canción para los niños que van a ser neles; *nía-igala*, contra la epilepsia y la locura; *naibe-igala*, para las picaduras de culebras. Esta última es tan larga que muchos *inatuledis* no acaban de aprenderla y se desaniman por este motivo.

Aprendió también con IGUATIÑA, *sigle guedina*, canción para curar las heridas grandes; *iguatiña igala*, que lleva el nombre de su autor para curar las enfermedades del hígado; *mu-igala*, canción utilizada para proporcionar una buena gestación a la madre embarazada.

Su hermano mayor IGUAGUILIGUIÑA, le enseñó *kaburr-igala*, que se usa para recuperar el alma que el diablo (*nia*) se llevó a *nia nega* (el infierno) con ayuda de los espíritus protectores (*nuchu*).

Más tarde aprendió *purua igala*, que se usa en personas que sufren de ataques, *sergan igala*, canto especialmente dedicado a curar a aquellas personas que sueñan con sus muertos y se asustan de noche.

No satisfecho a pesar de este gran caudal de conocimientos, quiso llegar a ser un *Inatuledi*, lo más completo posible y por ello fue a buscar la fuente de los conocimientos que le faltaban con el famoso y sabio IANIGUIÑA, quien admirado de la extraordinaria memoria de aquel joven, le enseñó gustoso, *yau-imakedina*, la canción que proporciona habilidad para pescar tortugas, y *ua-makedina*, para otras clases de pescado en general. También aprendió con él, que estaba especializado en este tipo de canciones: *irsu-uala*, *uku-uala*, *mule-uala*, *nabo-uala*, *yan masi*, *sapur-uala*, *uandu-uala*, *tigle-uala*, *serri-uala*, *iga-uala*, *sile-uala*, *cuya-uala* y *cuga-uala*, todas las cuales sirven para dar habilidad para la cacería de diversos animales.

Asombrado al escuchar de labios de este *Inatuledi*, que aún había muchas más canciones, le pregunté que cuánto tiempo había tardado en aprenderlo todo, a lo que me contestó sencillamente: "Cuarenta años". Es decir, que quien de verdad desea perfeccionar sus conocimientos en el arte de curar las enfermedades, no termina nunca de aprender, conclusión a la que los cunas han llegado, lo mismo que nuestros médicos. No es de extrañar que al referirse a estos hombres estudiosos que aprenden de viva voz y a fuerza de mucha paciencia y tiempo, experimentando una y otra vez, los cunas digan de ellos *absogedi* (los que saben) lo mismo que los mayas de Yucatán y del Petén dicen "*Abmen*", "los que comprenden".

Podemos de lo expuesto en las líneas que preceden, si lo comparamos con lo que dijimos anteriormente sobre el *nele*, *deducir* la diferencia que existe entre *nele* e *inatuledi*, conceptos diferentes que podíamos equiparar a lo que LOEB llama "seer" (veedor o vidente) o como se suele decir en términos ya etnológicos, *chamán*, combinación de brujo, sacerdote, místico, mago y médico, con poderes congénitos que es el *Nele*, antiguamente era *Lele*, y el *hombre-médico* (medicine-man) es decir el *inatuledi*, la persona que desprovista de poderes especiales desde su

nacimiento, vio un día despertarse su afición o vocación, continuando sus estudios y aprendizaje incansablemente hasta llegar a adquirir una gran dosis de experiencia.

En cuanto a los medicamentos empleados, la terapéutica propiamente dicha, y las formas de prepararlos, así como su empleo y finalidades terapéuticas, serán motivo de próximo estudio.

III. EL ABSOGUEDI CUNA

El indio cuna desde muy remotos tiempos, lo mismo que otros muchos pueblos primitivos ha sido un gran observador de la naturaleza. Así pudo llegar a la conclusión de que las plantas, los vegetales, poseen alguna fuerza especial por medio de la cual son capaces de curar al indio en su enfermedad. De la misma forma observó que no todos los hombres poseen la misma fuerza vital, habiendo algunos que son más diestros para unas cosas, mientras que otros lo son para otras. Algunos rebasan el promedio en una forma notable y de éstos se dice que tienen "*kurgin*" (habilidad o destreza, vocación). Entre ellos está precisamente el "*absoguedi*" o "*abisúa*", términos que son sinónimos y con los que se designan a aquellas personas que teniendo una habilidad congénita llegaron a aprender la forma de ponerse en contacto con los espíritus protectores del hombre creados por Dios para tal fin. El *absoguedi* es la persona capaz de "conversar" (*absogued*) con los espíritus, de invocarlos, de dominarlos, de encauzarlos hacia el fin previsto, es decir combatir a los espíritus malignos (*poni* o *nia*).

El *absoguedi* es un indio generalmente de bastante edad, que posee una fuerza vital extraordinaria que pone al servicio de la protección de la comunidad.

También poseen fuerza vital muchos elementos de la naturaleza. Este concepto dinamista es el fundamento de las ceremonias mágicas por medio de las cuales el *absoguedi* invoca a los espíritus, es decir, a esas fuerzas vitales que él, sólo es capaz de controlar y aprovechar para beneficio del pueblo cuna.

El cuna, lo mismo que todos los grupos humanos antiguos o modernos tiene, de tiempo en tiempo la sensación de verse amenazado por fuerzas malignas que se desatan contra él, bien sea en forma de epidemia, de catástrofes, de invasiones de animales, plagas, etc.

El indio cuna, como todo ser humano, se siente impotente ante las fuerzas sobrenaturales que se unen contra él. Necesita la protección de

los poderes contrarios a los desatados, y la persona que los conjura para esta lucha es el *Absoguedi*. Este realiza una magia activa, ya que por medio de una serie de ceremonias consigue someter a su voluntad a las fuerzas sobrenaturales que poseen los espíritus protectores.

Este concepto cuna dinamista, no está exento de cierto manismo o idea de que los poderes sobrenaturales de controlar a los espíritus pueden provenir de algún antepasado. De la misma forma consideran que la fuerza vital de algún antepasado así como la de algún Nele recién muerto pueden hacer daño, por lo que tratan de apaciguarlo con diversas ofrendas en su tumba. Antiguamente a los *Neles* cuando morían se les extraían los ojos para que no hicieran daño. El indio considera que el hecho de soñar con personas o familiares muertos es un signo cierto de la pervivencia de éstos.

Pero dinamismo y manismo combinados llevan al concepto animista de la naturaleza que como en la mayoría de los pueblos primitivos, el cuna ostenta en todas las manifestaciones de su cultura. Todo cuerpo, sea vegetal o animal dotado de vida, tiene alma, *purba*, que viene a ser un doble de ese cuerpo. ¿Cómo ha llegado el indio cuna a este concepto? Probablemente al observar sus propios sueños. Cuando el indio duerme, sueña que está en otra parte quizás. Al despertar y comprobar que su cuerpo no se ha movido de la hamaca, la conclusión lógica será que piense que está formado de dos partes: una, el cuerpo (*ábagan*) que permanece en la hamaca y otra el espíritu (*purba*) que es capaz de desprenderse de él temporalmente y volar a distancia. Concepto animista que lo lleva a relacionar el espíritu con la sombra (entre los pueblos oceánicos existió esta misma idea, y así los Micronesios designan con la misma palabra a la sombra y al alma que llaman *támune* o *tamre*). De ahí que los cunas tengan la misma palabra para designar alma y sombra (*purba*).

Y al ver que también los árboles dan sombra, pensó el indio cuna que también tenían alma. Animismo natural, lógico.

Según el concepto cuna de Dios, que desde que tenemos noticias de ellos ha sido eminentemente monoteísta, Dios durante la creación del mundo, creó entre otras cosas el *balso* (*ukuruala*) y lo creó precisamente para que sirviera para proteger al hombre. Así dijo Dios al hacerlo: "Te hago para que protejas al hombre, a la Humanidad". Dios también envió a la tierra a dos ayudantes del balso: OLODIANAIGUIÑAPILER y OLOEKIPILER, para que enseñaran cómo utilizarlo a los hombres.

Además del balso, Dios hizo otros tipos de madera que fueran protectores del hombre, tales como: *kaubi*, *surupuala*, *katepuala*, *ne-*

gauala, pariuala, mutuuala, soilabuala, masquiuala, nibaruala, naiguala y kudaula.

Dios infundió un espíritu especial dentro de cada una de estas maderas que es precisamente esa fuerza vital a la que hicimos mención y que tiene el poder de proteger al hombre. Asegura YABILQUIÑA, primer sábila de San Blas y famoso *absoguedi*, que Dios envió todos estos tipos de madera para poner orden en el mundo y para evitar que los animales hicieran daño al hombre.

Las maderas dotadas de espíritu protector al ver que el mundo estaba muy revuelto por causa de los espíritus malignos emprendieron una guerra con ellos para librar a los hombres de sus ataques y esta acción es la que el *absoguedi* precisamente rememora en el curso de la ceremonia que dura ocho días y durante la cual él y sus ayudantes entonan "*Absogued Igala*" (la canción del *absoguedi*).

¿Cómo se hace un absoguedi?

Según nos refiere YABILQUIÑA nadie nace *Absoguedi*, pero sí se



Fig. 4. - El segundo *sábila* de los indios cunas de Panamá, OLOTEBILQUIÑA, famoso *inatuledi* de la Isla de Ustupu, especie de "universidad" donde los indios aprenden sus más viejas tradiciones.



Fig. 5. - El especialista en curar picaduras de culebras, IGUANIBINAPI y su esposa. Él es un *inatuledi*.

nace con una vocación que se va desarrollando durante la infancia por medio de ciertos baños con infusiones de plantas y otras medicinas que irán desarrollando ese "*kurgin*" tan apreciado por los cunas.

Al llegar a la adolescencia se manifiesta en toda su fuerza el "*kurgin*" y el muchacho comienza a aprender. Así fue el caso de él. A los 15 años fue a aprender con el Nele TAGUIÑA de Río PRTO, hombre sabio, *absoguedi* de extraordinaria memoria que le enseñó los conocimientos elementales, es decir, en primer lugar el origen del balso, cómo Dios creó esta madera. Luego continuó estudiando cómo el diablo y los espíritus malignos causan las distintas enfermedades. Más tarde aprendió qué clase de madera protege contra cada clase de enfermedad. Más adelante le enseñó TAGUIÑA cómo hacer desaparecer las plagas de culebras y otros animales dañinos. A los 21 años pasó a vivir a UALA en el ALTO CHUCUNAQUE, donde fue aceptado como alumno por el conocido Nele IGUATINAGUIÑA, sabio entre los sabios cunas, que continuó su adoc-trinamiento probando día a día su memoria con largas canciones que servían para invocar a los espíritus. Allí aprendió las fases finales de la carrera de *absoguedi*, y cuando el maestro consideró que estaba sufi-

cientemente preparado le llamó un día y sentándose de espaldas a él según la costumbre para que la fuerza vital que poseía no produjera la muerte prematura del alumno, fue refiriéndole el "secreto" de la canción "*Absogued Igala*".

Téngase en cuenta que entre los cunas existen dos formas de lenguaje: el que podríamos llamar *lenguaje cuna vulgar* que habla todo el mundo, incluso los niños, y la *lengua cuna científica*, que sólo practican los elegidos, neles, kantules, inatuledis y absoguedis, y que no es entendida por quienes les escuchan. Esto constituye el secreto de las canciones. Se trata de un lenguaje convencional compuesto por palabras a veces kilométricas con las que se trata de obscurecer ante el pueblo los misterios de la ciencia esotérica y de la magia de las canciones religiosas. Diez años tardó en conseguir su título el sáhila-absoguedi.

Después de muchos años de práctica, YABILQUIÑA está ya a punto de dar de alta a su vez a tres discípulos, dos hijos suyos y un nieto. Él se siente un poco cansado por los años y quiere dejar bien preparados a los que van a sustituirle.

La técnica del entrenamiento para llegar a ser *absoguedi* consiste en repetir una y otra vez frase tras frase aquellas que componen el cántico, y desarrollar la memoria en forma portentosa para recordar esta canción de ocho días de duración.

Tan difícil es que hoy día sólo hay en la comarca de San Blas cinco *absoguedis* completos: YABILQUIÑA en TUBUALA, OLONIBUGUIÑA en AILIGANDI, OLIVO de USTUPU, discípulo del anterior, OLOBIGDE de Playón Chico, y el Nele ALBERTO NAVAS de TIGRE. Hay otro más en PIRIA en el Río Bayano y una Nelegua, mujer con poderes de Nele que actúa como *Absoguedi*, es la Nelegua NICOLASA de TIKANTIKI, pero YABILQUIÑA dice que no es completa, ya que le queda aún mucho por aprender.

Ceremonia de Absoguedi

El *Absoguedi* actúa en casos de epidemias o grandes calamidades, plagas, catástrofes, etc. Su misión es echar al diablo causante de la desgracia o peste (*nia onoe*). Para su actuación se requiere la intervención de gran número de personas. Si el *absoguedi* vive en el mismo lugar donde va a celebrarse la ceremonia como si se traslada a otra isla se le recibe con gran pompa, y con una comida especial, aportando cada hombre la suma equivalente a un peso. Enseguida el *absoguedi* reco-

mienda a cada una de las personas de la isla que puedan que vayan a tierra firme, corten madera y tallen figuras de hombres, mujeres y animales, es decir los *nuchu* en número de 50 a 100, de gran tamaño.

Una vez conseguida la cantidad requerida de *nuchus*, algunos de ellos de 1,5 a 2 metros, generalmente de madera de balso (*ukuruala*) que es la que posee mayor fuerza vital para luchar contra los diablos, se depositan en varias filas en el local donde va a celebrarse la ceremonia. Entre los *nuchu* así tallados y muchos de ellos pintados destacan dos de mayor estatura, uno representa a un hombre y otro a una mujer.

Al comenzar la ceremonia, el *absoguedi* se acuesta en una hamaca en el centro de la sala y cerca de él, se colocan ocho braseros cuidados cada uno por un indio que va echando granos de cacao encima de las brasas, manteniendo en todo momento un humo abundante que tiene la particularidad de ahuyentar a los malos espíritus. Otros indios en número de cuatro u ocho, según la importancia de la epidemia, a los que se llama *usar sae mala* (los de tabaco largo) se ponen a fumar grandes tabacos preparados por ellos mismos. Por otra parte otros cuatro indios provistos de pipas fuman continuamente pero a diferencia de los de tabaco que aspiran el humo, éstos últimos soplan el humo hacia afuera en dirección a los asistentes en los cuatro puntos cardinales, y se les

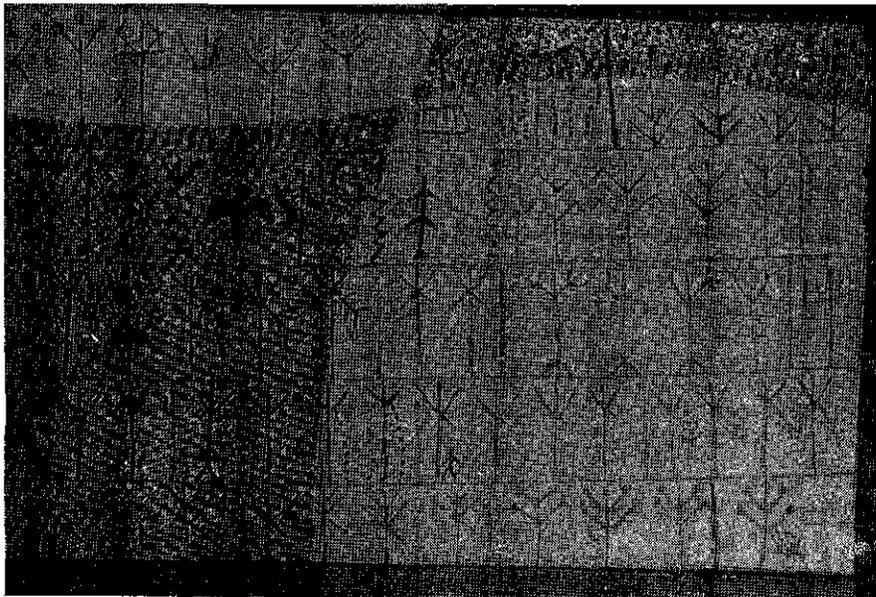


Fig. 6. - Escritura ideográfica utilizada por los indios cuna.

llama *piba sae*. Si la epidemia es muy grande, estos fumadores de pipa se aumentan hasta ocho.

Todos los hombres y mujeres sanos del lugar asisten a la ceremonia, pero si alguno de los hombres tiene a su mujer embarazada no puede permanecer en el centro de la sala sino que ha de mantenerse en un rincón de la misma durante todo el tiempo. Tampoco las gestantes pueden ver esta ceremonia.

Mientras tanto el *absoguedi*, entona la canción *absoguediigala*, que da comienzo a las cinco de la tarde cuando según las cunas comienza el ocaso. Primeramente explica en su canto el por qué Dios hizo el balso y por qué se talla éste en forma de *nuchus*. Explica el por qué hizo Dios a los espíritus y seguidamente invoca la presencia de éstos, les pide que vengan a hablar con él y que le expliquen qué es lo que está pasando en la tierra, qué clase de enfermedad o epidemia es aquella que tanto hace padecer al indio. Si se cansa de cantar, continúan los alumnos el cántico. La canción termina cada día a media noche, para reanudarse al día siguiente de nuevo hacia el ocaso.

Llegan al conjuro del *absoguedi* centenares de espíritus buenos que se introducen en el interior de los balsos tallados y les dan vida. Cuando el *absoguedi* duerme, (representación del vuelo chamánico) es cuando pueden entrevistarse con los espíritus.

Al octavo día los *nuchus* dotados de vida por el espíritu invocado para ellos, *cantan* como dicen las cunas, y el *absoguedi* les envía a luchar contra los malos espíritus causantes de la epidemia. Después del octavo día, se sitúan los *nuchus* de balso en lugares estratégicos del poblado, a la puerta de las casas y se mantienen allí por cierto tiempo, hasta que se considera dominada la epidemia. Luego se llevan a tierra firme los *nuchus* y se abandonan allí. No volverán a ser utilizados los mismos sino que para cada ceremonia se tallarán otros nuevos.

NUEVOS PETROGLIFOS DE LA PROVINCIA DEL NEUQUÉN

Por JUAN SCHOBINGER

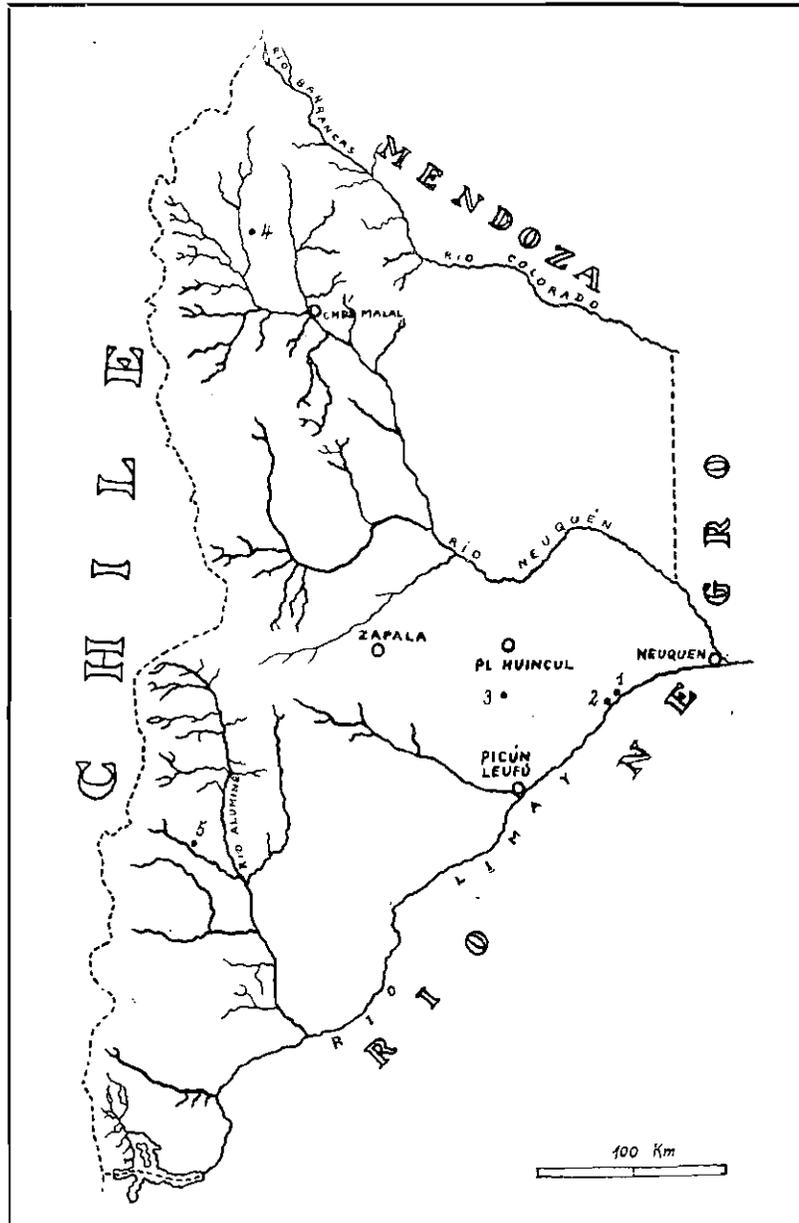
(Informantes: Ernesto Bachmann y José Luis Puente)

En los últimos años se ha intensificado la labor arqueológica que realizan, con meritorio entusiasmo, algunos aficionados del Neuquén. Entre ellos se hallan el P. Oscar Barreto, la Srta. Ileana Lascaray y los señores José Peter, Ernesto Bachmann y José Luis Puente, quienes han tenido la amabilidad de hacerme llegar datos e ilustraciones del material por ellos descubierto o existente en su poder. Me ha parecido útil dar a conocer al mundo científico tres nuevas estaciones de arte rupestre, y fotografías inéditas de otra (Colo Michi Co), cuya noticia agradezco a los dos informantes citados en último término. Con ello el panorama rupestre de esta zona se amplía y enriquece, ya que no se conocía hasta ahora este tipo de manifestación arqueológica en la zona oriental de la provincia (donde están situadas aquéllas).

1) Arroyitos (Dep. Confluencia) Aprox. 300 m s.n.d.m.

Sobre la margen izquierda del río Limay, a la altura del Km 1313 de la ruta desde Buenos Aires, se hallan unos acantilados rocosos de arenisca; sobre la pared algo cóncava de uno de ellos, formando alero, se halla a cierta altura un conjunto de petroglifos que abarca unos 6 m de largo por 2,50 m de alto. Fueron descubiertos a mediados de 1959 por unos jóvenes que dieron aviso al Sr. Bachmann. Este realizó luego una visita al lugar, en compañía de los señores J. L. Puente y Dr. Emilio Gobich. El 24. VI. 1959 publicó en el diario "La Prensa" un informe del Sr. Puente —a la sazón jefe de la Sección Museos de la provincia—, con una de las fotografías tomadas por Bachmann. De la documentación proporcionada por éste, podemos hacer la siguiente descripción:

El alero con dibujos se halla sobre la margen misma del río, notándose en su parte inferior las señales erosivas de una época en que



Cróquis de la provincia del Neuquén, señalando los cuatro lugares con petroglifos mencionados en este artículo. (1: Arroyitos, 2: Chocón Chico, 3: Aguada del Carrizal, 4: Colo Michi Co, y el lugar del hallazgo del cántaro descrito en el artículo siguiente (5: Estancia Tres Picos, puesto Lonco Luan).

el agua llegaba a ese nivel. La parte donde aparecen los petroglifos es cóncava en sentido vertical y convexa en sentido horizontal, mirando aproximadamente hacia el E. y N.E. El alero forma luego un ángulo, continuándose los grabados tras la fisura. Difícil es saber cómo lograron los aborígenes realizarlos a tal altura (calculada en unos 2,50-3 metros).

El estilo de esta estación se halla, como casi todas las del Neuquén, enteramente dentro de la tendencia abstracta, pudiendo calificarse de geométrico-simbólico (v. Schobinger 1956, cuadro p. 189). Considerándolo en relación con la clasificación estilístico-cronológica de Menghin (1957), produce la impresión de una mezcla de los estilos de "grecas" y de "símbolos complicados" por una parte —por sus motivos— con el de "pisadas" por otro —por la técnica del grabado y por la presencia de algunos signos de este tipo (fig. 1, centro). En general los trazos se han realizado mediante martilleo con una piedra dura, pero en algunos parece advertirse incisión o raspado. Hacia la izquierda, llama la atención una doble hilera vertical de zig-zag con los ángulos enfrentados, y a su lado zig-zag paralelos, algo irregulares, que salen lateralmente de una doble línea vertical sobre la cual hay un zig-zag adosado. Todo hace recordar a algunas placas grabadas del norte de la Patagonia (v. p. ej. Schobinger 1957, fig. 58). Siguen otros signos visibles con claridad: un meandro probablemente ofídico, una doble circunferencia, un "rastro de puma" de cuatro dedos y un "rastro de guanaco" situado debajo, uno "de avestruz", diversas otras líneas más o menos curvas y paralelas, algunas circunferencias pequeñas. Hacia abajo la roca está muy borrada, pero se notan indicios de grabados. De las dos fajas gruesas onduladas que se ven en el centro, la de arriba parece efecto de la erosión, mientras que la de abajo podría tener origen humano. A su alrededor hay una figura fitomorfa (?) formada por una sucesión de triángulos, y varias cazoletas interconectadas en parte. También el citado "rastro de puma" no es, en realidad, sino una cazoleta o tacita con algunos puntos adosados (v. Schobinger 1956, p. 195). Tras la fisura de la derecha orbsérvanse numerosos puntos y algunas circunferencias simples.

En una roca situada frente al grupo anterior, se hallan grabadas dos líneas paralelas de conformación almenada (fig. 2).

Nada podemos decir acerca de la cronología de este petroglifo, fuera de su edad más o menos reciente (aunque probablemente anterior al siglo XVI). El paralelo más cercano dentro del arte rupestre neuquino lo constituye la piedra del Curi-Leuvú (Schobinger, 1956, pp. 139-140).



Fig. 1. - Panel principal de los petroglifos de Arroyitos. (Foto Bachmann).

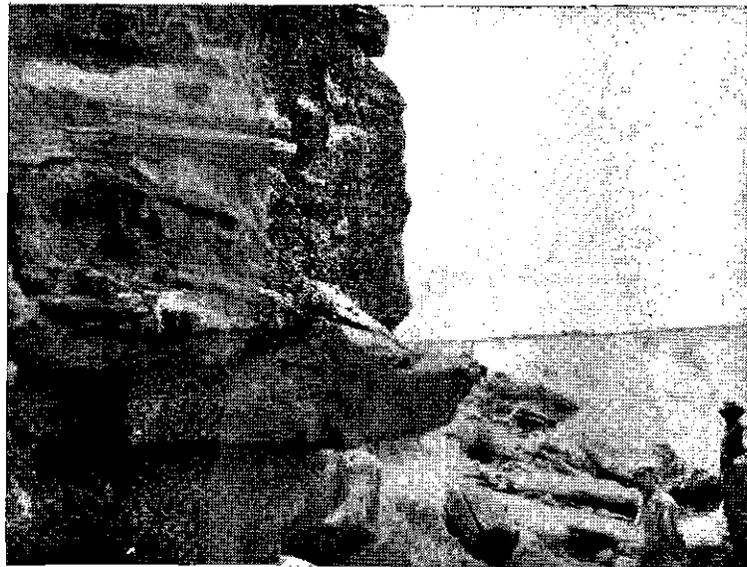


Fig. 2. - Arroyitos; vista desde el grupo principal de petroglifos hacia el río Li-may. - (Foto Bachmann).

2) Chocón Chico (Dep. Confluencia) Aprox. 300 m.

Este grupo fue descubierto personalmente por el Sr. Bachmann en febrero de 1960. El sitio se halla igualmente cerca del río Limay, a sólo 4 Km aguas arriba del de Arroyitos (altura aproximada de la Ruta Nacional N° 237: Km 1318). "Hay tres rocas diseminadas, mirando los grabados contra un paredón abovedado en dirección N.O.: roca N° 1, largo 7 m, ancho 2,50 m (aproximadamente); roca N° 2, largo 2 m, ancho 1,50 m; roca N° 3, largo 1,75 m, ancho 0,95 m. Los grabados son realizados sobre rocas erráticas, traídas sin duda por un glaciar, ya que la formación de los paredones que circundan son de arenisca blanca y roja. El lugar del hallazgo es sumamente interesante, ya que el paredón formando una bóveda ha sido habitado por aborígenes, como lo demuestran los restos de conchillas, cáscaras de huevos de avestruz y muchas esquilas de piedra, utilizadas para la fabricación de flechas y otros utensilios. Entre el material disperso ha aparecido una punta de flecha de apariencia muy primitiva" (Comunicación del señor Bachmann). Por lo demás, existe un paradero indígena en una aguada de las inmediaciones.

La roca N° 1 es la más grande, a modo de tosca columna caída. Sobre su lomo —surcado en parte por una arista— existen signos bien caracterizados, así como líneas irregulares o apenas insinuadas. La superficie firme y clara, y su identificación no es fácil. Por ello, el señor Bachmann ha dejado algunos trazos sin tizar. Entre los dibujos, citemos uno a modo de rueda de cinco radios, de unos 21 cm de diámetro, con hoyuelo central, cerca del cual se halla una notable espiral de unos 13 por 16 cm. Pasando unas incisiones rectilíneas, hay un morterillo o "tacita" de unos 4 cm de diámetro, rodeado de una circunferencia de 9 cm (fig. 3). A la derecha de la espiral hay dos "rastros de avestruz", y luego, dos signos de este tipo opuestos, con uno de los brazos laterales en común, a cuyo lado se halla una curiosa "impronta" de 12 cm de ancho, probablemente una mano estilizada (figs. 3 y 4). Siguiendo en esa dirección, tenemos más "rastros de avestruz", de diverso tamaño, una de las cuales se toca con un grupo de cinco circunferencias adosadas (hechas mediante una sola línea entrelazada) de 28 cm de largo. La profundidad del grabado es, en general, de un cm aproximadamente. Hay luego grupos de pequeñas "tacitas" (una se halla en la punta de un rastro de avestruz, no tizado, que alcanza distinguirse en fig. 4). Al lado del segundo grupo vemos un "rastro de avestruz" con larga pro-

longación del trazo central. Más allá, siempre en posición más o menos horizontal, tenemos el amplio grupo de tacitas de fig. 5 ("diámetros de 3, 4, 5 y 10 cm, profundidad de uno a 3 cm"), también junto a signos tridígitos, incluso uno con dos prolongaciones que le da aspecto de estrella, y un tosco trazo cruciforme enmarcado en una circunferencia (laberinto elemental o desnaturalizado ?).

De la roca N° 2 no existe documentación; carece según Bachmann de especial interés por ser muy escasas y borrosas las figuras, y semejantes a las de las otras rocas.

En la roca N° 3, de superficie muy irregular y con los bordes



Fig. 3. - Chocón Chico, roca N° 1. La figura con radios en primer plano tiene forma circular; su diámetro es de 21 cm.). (Figs. 3-7: Foto Bachmann).

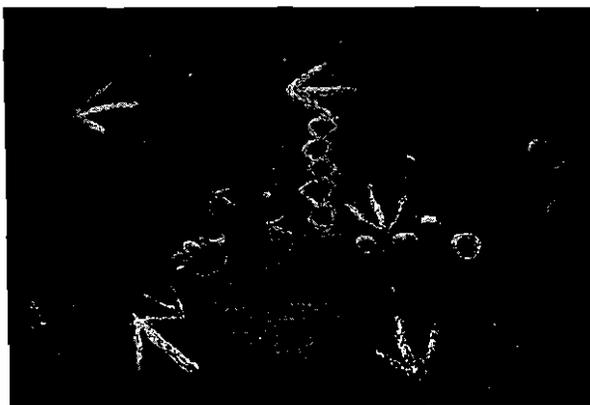


Fig. 4. - Roca N° 1. (El primer plano corresponde a la parte derecha de la fig. 3).



Fig. 5. - Roca N° 1. Zona con morterillos.



Fig. 6. - Chocón Chico, roca N° 3. Vista desde un extremo.

erosionados, cabe diferenciar los sectores cercanos a ambos extremos. En el primero (fig. 6) observamos trazos rectilíneos cruzados irregularmente por otros: uno solo (a la izquierda) presenta forma simétrica, y tal vez no se trate sino de varios "rastros de avestruz" adosados, de los que uno se halla claramente en la parte superior. A su lado hay una tosca tacita de la que parten cortas canaletas, aunque su origen podría ser natural. Hay una curiosa figura "naviforme" (ave ? serpiente ? ser mítico ?) sobre la que hay dos figuras arqueadas, "rastros" con prolongación y otras líneas, y tres dibujos romboidales delante. Más arriba siguen los trazos; finalmente, en el otro extremo de la roca también hay

grandes figuras tridígitas, incluso una antropomorfa estilizada; a su lado hay dos "tacitas" muy alargadas, formando un enorme "rastro de guanaco" (fig. 7).

Este notable conjunto es uno de los más puros representantes del "estilo de pisadas" de Menghin, y confirma la asociación de este estilo a ese peculiar y discutido elemento arqueológico llamado "morterillos" o "tacitas", como en el caso de la conocida roca de Ñorquín. El detalle de elegirse rocas bajo cueva o abrigo hace recordar a la "Piedra Museo" de la Estancia San Miguel en la provincia de Santa Cruz, del mismo estilo (Aparicio 1935, pp. 83-86). Las diferencias que presenta con el cercano petroglifo de Arroyitos permite la deducción de su no-contemporaneidad: Chocón Chico es sin duda más antiguo. Respecto a la interpretación de los "rastros", y en especial el de avestruz, seguimos opinando como en 1956 (pp. 195-199, 211), en el sentido de que se trata de signos simbólicos de origen extrapatagónico. En esta misma estación se presentan varias de las variantes allí mencionadas, incluso una que podría ser una de las raíces del "rastro de avestruz": la figura humana esquematizada. Ello también se observa en la roca de Viluco (Chilecito, prov. Mendoza), provista asimismo de tacitas. Por otra parte, la directa asociación de este "rastro" a tacitas es un aspecto que deberá ser tenido en cuenta en los intentos futuros de interpretación.

Curioso y sin relaciones se nos aparece el conjunto de fig. 6, seguramente simbólico a pesar de su irregularidad.

Finalmente, cabe expresar la posibilidad de la existencia, no sólo de capas culturales sino también de enterratorios en el abrigo en el que



Fig. 7. - Roca N° 3, vista desde el otro extremo.

se encuentran las rocas grabadas, sugerido por analogía con Chile por la existencia de las tacitas (Gajardo Tobar 1958/59). De la existencia de un centro cáltico en el Chocón Chico no puede dudarse¹

3) Aguada del Carrizal (Dep. Picún Leufu). 820 m.

En julio de 1959 descubrióse este grupo de petroglifos, y la comunicación al respecto con las fotografías que nos sirven de fuente fueron enviadas el día 18 de ese mes por el señor José Luis Puente.



Fig. 8. - Abrigo de Agua del Carrizal. - (Figs. 8-10: Foto Puente).

Trátase de un cerrito rocoso ubicado en plena zona esteparia del E. del Neuquén (v. mapa y fig. 8). Transcribimos la parte pertinente de la citada carta: La "Piedra de los Rastros" de la Aguada del Carrizal se halla a 24 Km al sur de Plaza Huincul, por el camino al Sauce. El

¹ Ya redactada esta nota, nos llegan las Actas del Primer Congreso del Área Araucana Argentina (San Martín de los Andes, 18 - 24. II. 1961; Ver AAE, XVI, pp. 283 - 284), Buenos Aires 1963, en cuyo tomo II aparece una comunicación de E. Bachmann titulada "Pinturas indígenas de Chocón Chico" (pp. 185-188). Tanto en el título como en el breve texto aparece el error —no debido al señor Bachmann, quien dio los datos verbalmente a un miembro de la comisión redactora del Congreso— de llamar "pinturas" a lo que son grabados. El orden de las figuras aparece entremezclado, y cuatro de las seis fotos publicadas aparecen al revés. Convendrá pues prescindir de esa cita en la literatura arqueológica, y atenerse a la presente.

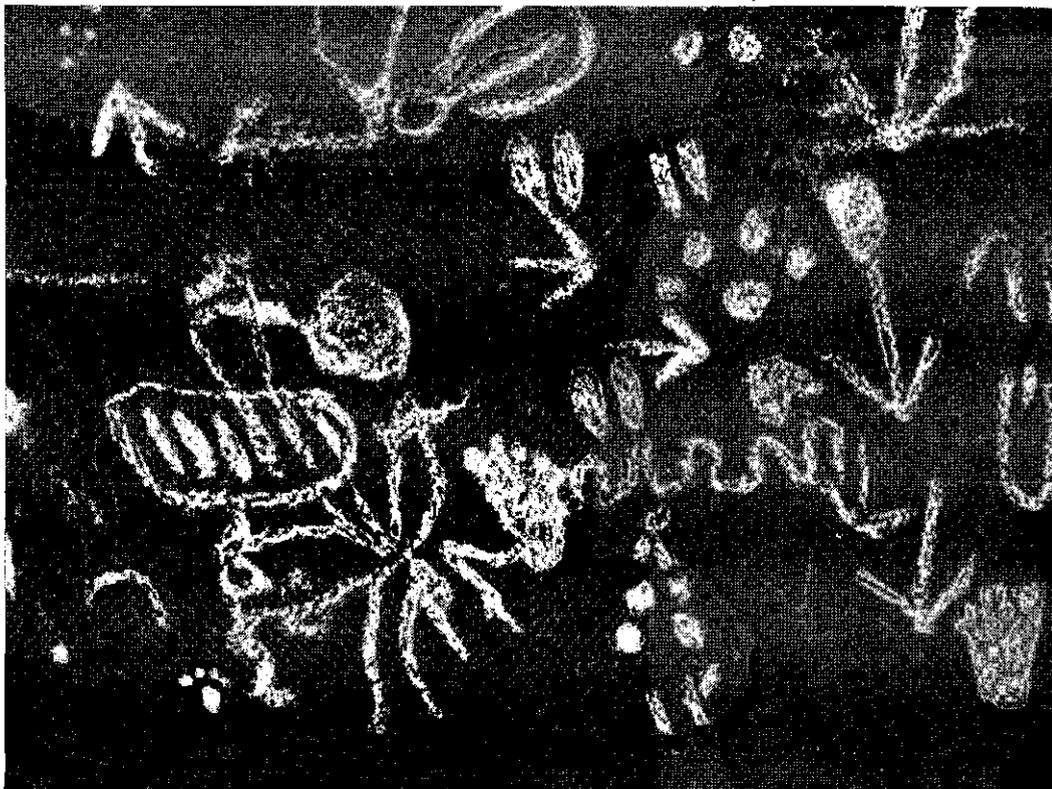


Fig 9. - Grupo principal de petroglifos de Aguada del Carrizal.

grupo mejor visible de grabados se encuentra sobre un paredón situado a la izquierda de una pequeña cueva. "La piedra es de arenisca gris, el lado donde se hallan los litoglifos está recubierto de arenisca pétreo color negro. Los grabados miran hacia el sud-oeste. La incisión en pro-



Fig. 10. - Aguada del Carrizal (continuación del panel anterior).

fundidad de casi todos es de 10 mm. En la foto sin tizar puede observarse el fino trabajo en relieve de las llamadas "pisadas de avestruz"; si bien es cierto que en algunos casos no admito tal designación para esta señal, debo confesar que en éste no hay duda de que han querido representar la huella del *choique*, pues este panel expone la exclusiva idea de reproducir "rastros": planta del pie humano, pisadas de zorro, puma, *choique* [avestruz], guanaco, araña o escorpión, una mano con brazo, etc. En la extrema derecha del panel se observa nítidamente lo que pudiera ser un esqueleto con vértebras; falta un pedazo de roca donde seguía una supuesta "cola". Un paisano que me llevó hasta el lugar, manifiesta que él conoció de antiguo la "Piedra de los Rastros", y que antes tenía en la parte superior del mismo grabado una cabeza casi triangular, que le parecía igual a la de un lagarto".

"Las dos huellas en forma de herradura, no le hallo una explicación valedera, pero me permito aventurar la hipótesis de la pisada del caballo. Si fuera así, los grabados serían de época reciente, no más de 350 años, pero confieso que tengo una gran duda; presiento que este trabajo es muy antiguo, y si así fuera ¿podrían pertenecer a una raza que conoció al extinguido *Equus patagoniensis*? El cuadrilátero que encierra tres pares de pisadas de guanaco ¿significa rodeo por caza de este camélido?"

Los interrogantes interpretativos planteados por mi gentil informante aún no pueden contestarse en forma segura; cabe únicamente recordar las consideraciones sobre el "rastro de caballo" efectuado por Menghin (1957, p. 68) y el que escribe (Schobinger 1956, pp. 197-198): de origen laberíntico o no, sin duda no representa la pisada del equino. Por lo tanto, no debe pensarse tampoco en una vinculación con el caballo prehispánico².

² Esta posibilidad, referida a un nuevo grupo de pinturas rupestres del Lago Nahuel Huapí, representando curiosos personajes montados, fue puesta sobre el tapete en el Congreso Araucanista ya citado por el Ing. A. Pedersen. Al respecto cabe decir que, en una zona lluviosa como lo es la isla Victoria resulta muy improbable una antigüedad de miles de años para esas pinturas situadas sobre paredes (a lo que se opone también su estilo), y que para fechas posteriores al 7º milenio a. J. C. la presencia del *Equus reitidens* no se halla probada paleontológicamente. Sería esencial estudiar y fechar los fragmentos óseos fosilizados de ese animal que Pedersen manifiesta haber recogido del suelo de aquellos abrigos. La supervivencia tendría que haber sido hasta la Conquista o poco antes, porque no puede pensarse en una domesticación de ese caballo por los cazadores epipaleolíticos americanos, siendo ello también extremadamente improbable en tiempos más recientes por razones etnológicas generales. Pero aún si lo admitiéramos: ¿por qué no hay ninguna mención de esta equitación aborigen, o un reflejo en forma de recuerdo, en fuentes de la época de la Conquista? (Ver también Schobinger 1956, nota 24, pp. 220-221).



Fig. 11. - Colo Michi Co. (Figs. 11-17: Centro Amigos de la Arqueología y Paleontología de Neuquén).



Fig. 12. - Colo Michi Co.

En cuanto a la ubicación de conjunto, tenemos aquí otro representante del "estilo de pisadas" (o "neuquino A" de mi clasificación de 1956); existen sus elementos típicos de motivos y ejecución, sin excluirse variantes y combinaciones (ver fig. 9). Notemos dos "rastros" que desembocan en leves cazoletas. El cartucho con seis trazos cortos en su interior recuerda algunos dibujos de la provincia de San Luis. El dibujo fitomorfo ("lagarto"?) de la derecha hace pensar en algunas figuras del Colo Michi Co. Dos fuertes "rastros de caballo", situados en lo alto junto a un pie humano insinuado, se asocian significativamente a sendas cazoletas. Los pies, junto con las manos apenas identificables, conectan esta interesante estación rupestre —y con ello, el "estilo de pisadas" norpatagónico— con las fases finales del "estilo de manos" (v. tb. Schobinger 1956, p. 198), y confirman su relativa antigüedad remontable a comienzos de nuestra Era.

4) Colo Michi Co (Dep. Minas) : petroglifos inéditos.
Aprox. 2.000 m.

a) Aprovechamos la ocasión para publicar algunas de las fotografías tomadas en una excursión realizada en enero de 1959 por miembros

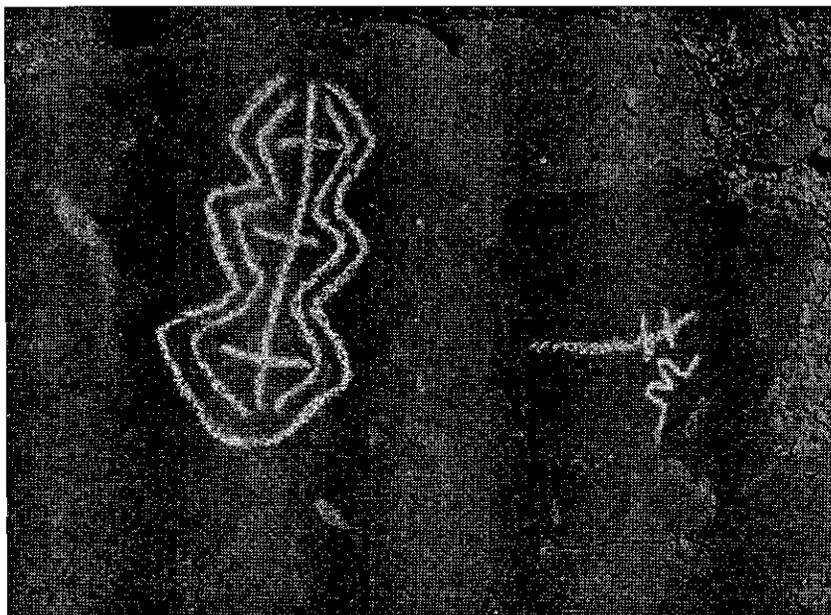


Fig. 13. - Colo Michi Co.

del "Centro Amigos de la Arqueología y Paleontología del Neuquén" entonces recién fundado. Fue encabezada por los señores Puente y Bachmann, y contó con el auspicio del Gobierno provincial. La documentación obtenida en dicha ocasión —y que asciende a varias decenas de fotografías— es sumamente valiosa, y tendría que poder publicarse alguna vez en su integridad. Los petroglifos fueron ahora tizados (a diferencia de lo realizado por el que escribe durante su visita en 1953).

El 24. VIII. 1959 apareció una nota periodística en "La Prensa", con reproducción de cuatro fotografías (tres de las cuales se incluyen aquí) y texto basado en un informe del Sr. Puente. El mismo suscitó en su oportunidad una crítica de mi parte³.

3 Se transcribe la parte pertinente de la carta que, con fecha 9. IX. 59, envié al Sr. Puente:

"Está muy bien informar acerca de la excursión hecha por Uds. el verano pasado, y dar a conocer algunas de las excelentes fotos sacadas. Pero luego aparecen errores y manifestaciones faltas de base que no pueden pasarse en silencio, sobre todo siendo su autor un jefe de Museos de una Dirección de Cultura, del que se esperan palabras surgidas de una especialización ineligente y profunda, o en caso —tan frecuente— de no existir ésta, un prudente silencio. Se dice que Colo Michi Co está a 260 kilómetros de Tricao Malal, cuando no han de ser mucho más de 40. La altura máxima a la que se llega es de unos 2250 m, y no de 3000, estando los petroglifos a una altura no mayor de unos 2000 m. Se dice que estuvieron allí 15 días, cosa de por sí muy difícil, habiéndome dicho el Dr. Alvarez que no estuvieron más de uno o dos días. Se habla del hallazgo de petroglifos, siendo así que los mismos fueron descubiertos por el señor Omar Robledo —actualmente inspector de Escuelas en Corrientes— en 1944. Creo que es aventurado decir de tales o cuales dibujos que "no se han hallado iguales en Sudamérica", dada la cantidad de publicaciones que no están a nuestro alcance; por otra parte, si así fuera, no sería nada raro dada la irregularidad del estilo representado en Colo Michi Co. ¿Por qué interpretar a uno de los signos como "toki araucano", si no se conocen piezas arqueológicas o etnográficas de la misma o parecida forma? Por otra parte ¿cómo se relaciona eso con la alta antigüedad atribuida a los petroglifos? Las relaciones con jeroglifos mayas también es arbitraria, y por supuesto con los de regiones más distantes. Con respecto a la invasión de la raza de Cro-Magnon hace 50.000 años (los que en Europa no son anteriores a unos 30.000 años, según las más modernas cronologías), y su extinción hace 8000 años: ¿dónde están las pruebas antropológicas? Hace 8000 años —o sea en el año 6000 a. J. C.— hacía ya 2000 que había finalizado la última glaciación, así que mal podía ésta ser la causa de la extinción de aquéllos. Finalmente, diré que jamás he asignado a esos petroglifos una antigüedad de 4000 años. De dónde se saca esta afirmación, no lo sé. En mi estudio al respecto aparecido en el tomo XII de los "Anales de Arqueología y Etnología" (1957) sólo digo que seguramente son de edad precolombina, que probablemente sean prearaucaos, realizados probablemente por los "pehuenches primitivos", y que su antigüedad podría remontarse al primer milenio de nuestra Era. O sea, a lo sumo unos 1000 años antes de la Conquista, y 1500 años antes de ahora.

Lamento tener que decir todo esto, y no lo hago por afán polémico sino para poner objetivamente las cosas en su lugar, y para hacerle ver que la función de los aficionados no es sustituir a los especialistas, sino colaborar con éstos en su esfera, y colaborar luego en la difusión de las síntesis logradas por éstos, para que la ciencia alcance su verdadera proyección cultural".



Fig. 14. - Colo Michi Co.



Fig. 15. - Colo Michi Co.

Nada hay que agregar a la descripción del lugar y el comentario realizado en mi trabajo de 1956 (pp. 116-139, 190-193). Vuelven a confirmarse las extraordinarias características de este yacimiento rupestre en ubicación, extensión y estilo. Los motivos permanecen *sui generis* en su mayoría, alternándose empero con algunos signos más extendidos: circunferencia con punto, doble triángulo o "clepsidra", etc. Curiosas son las figuras de un monstruo (fig. 15) y de un pie altamente surrealista (?) (fig. 17). No alargaremos esta noticia, prefiriendo dejar hablar a las ilustraciones por sí mismas su enigmático lenguaje. Agreguemos únicamente el deseo de que sean pronto exhaustivamente estudiados y publicados los petroglifos del valle del Huanquivilo en la provincia

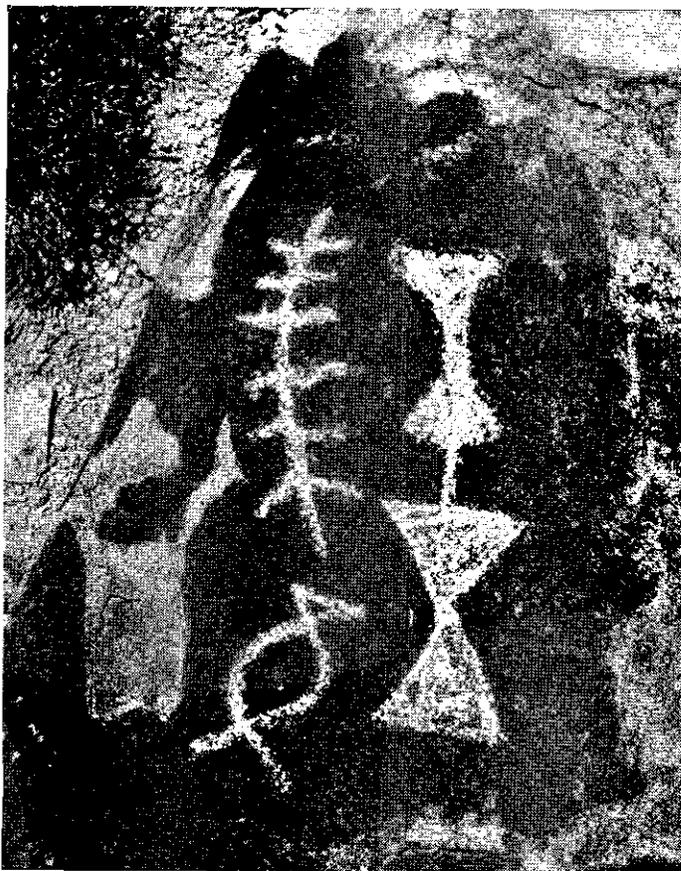


Fig. 16. - Colo Michi Co.



Fig. 17. - Colo Michi Co.

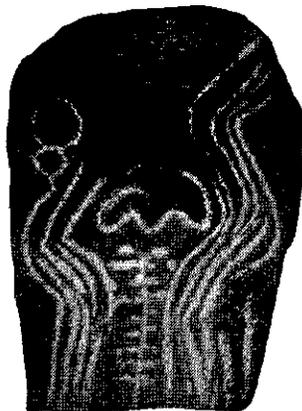


Fig. 18. - Colo Michi Co. Piedra grabada que se halla en el Instituto de Antropología de Córdoba. (Foto Schobinger).

chilena de Linares, tan conectados geográfica y —a lo que parece— estilísticamente con el Colo Michi Co.

b) También se incluye la fotografía de una piedra del Colo Michi Co que se halla en el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba (fig. 18), y que hace años fue enviada —junto con las fotografías publicadas por Serrano en p. 194 de su libro de 1947— por el Sr. Omar Robledo Bruzzone y el Dr. Gregorio Alvarez. Este petroglifo está allí en una caja, sin ningún letrero que lo identifique. Durante una visita a ese instituto en 1958 traté de averiguar su procedencia, y en ausencia del director, el único dato lo obtuve de un empleado quien me dijo que “creía que era de San Luis”. Así se deslizó este error en mi trabajo de 1956, al comentar en p. 192 motivos de estilo semejante al Colo Michi Co. Aprovecho para rectificarlo ⁴.

La piedra mide 0,60 m de altura por 0,45 de ancho máximo, con

⁴ Agradezco la indicación de su verdadera procedencia y la autorización para publicarlo al Dr. Alberto Rex González.

Y ya que hablamos de rectificación de errores, permítase referirme a una “Rectificación respecto a una pretendida pictografía” publicada por M. A. Vignati en el ya citado tomo 2º del Congreso Araucanista. (Haré notar, de paso, que esta comunicación, como las de Bachmann sobre el Chocón Chico y sobre su colección arqueológica —que aparece con la localidad de “Plottier” como nombre de autor—, no fueron presentadas a la Comisión de Arqueología para su aprobación. En cambio, no hay ni un resumen de las disertaciones de los Dres. Menghin sobre la cultura de los Neoraucanos y C. Keller sobre las fuentes históricas acerca de los aborígenes del Neuquén y zonas vecinas. En cuanto al escrito del Sr. Antonio Garcés titulado “Las placas grabadas no son churingas”, se acordó en principio su publicación, pero agregando las fundadas críticas que mereció por parte de varios integrantes de la Comisión. Nada de ello aparece en el tomo). El prof. Vignati declara que en la pictografía por él publicada en 1935 sobre la base de una lámina que halló en el Museo Etnográfico de Buenos Aires (realizada por Guido Buffo en 1914) “se trata, lisa y llanamente, de una superchería” (p. 190). La razón es haberle transmitido el Ing. Pedersen la existencia de una firma del fundador de la finca en que se halla el abrigo rocoso, Sr. Gingins, y la fecha en que lo hizo. A mi juicio, ese dictamen es algo apresurado. Una firma pintada no es más que eso; todos los “bárbaros modernos” llamados turistas lo hacen. Yo también vi la firma en 1953 y no me llamó la atención. El mismo Vignati admite la posibilidad de una repiutura de trazos borrosos preexistentes. Si este es el caso, pudo haber inexactitudes, pero de ahí a superchería hay mucho trecho. La familia Gingins es honorable —conozco personalmente a miembros de la misma—, y no veo qué interés pudieran haber tenido en ocultarle a Buffo primero, a Aramendía después (de quien también poseo unos croquis tomados en ese abrigo) y a nuestro pequeño “mundo científico”, de que uno de sus integrantes —seguramente no versado en arte rupestre patagónico— pintara por diversión motivos que son, en buena parte, semejantes a algunos que aparecen en otras estaciones rupestres (v. Schobinger 1956, pp. 203, 207-209). Además, ¿por qué presuponer que la admisión de su carácter indígena por parte de la madre del cacique de los “Manzaneros” del lago Lacar fue mentida o fantaseada (v. Vignati 1963, nota).

La duda sólo podrá ser resuelta obteniendo de la Flia. Gingins un testimonio fidedigno, y con un relevamiento detallado hecho por Pedersen mediante sus modernas técnicas y analizando las pinturas utilizadas.

un espesor de unos 0,12 m. No sabemos si fue fragmentada intencionalmente de una roca más grande, pero se tiene esa impresión. Contrariamente a la mayoría de los petroglifos de ese lugar, los trazos no son claramente visibles por diferencia de color con la pátina rocosa, por lo que fue indispensable tizarlos. Las paralelas, algo irregulares, típicas del estilo, configuran aquí una imagen ininterpretable, pero que se nos antoja de raíz antropomorfa. Entre ambos haces, un motivo "escaleriforme" abajo (columna vertebral ?), y una línea ondulante en el centro (rostro ?). Entendido no como simple esquematización, sino como visualización de fuerzas.

BIBLIOGRAFÍA

- APARICIO, Francisco de: 1935. *Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, Serie A, t. III, pp. 61-92. Buenos Aires.
- BACHMANN, Ernesto: 1963. *Pinturas (sic) indígenas de Chocón Chico*. Primer Congreso del Área Araucana Argentina, t. II, pp. 185-188. Buenos Aires.
- GAJARDO TOBAR, Roberto: 1958-1959. *Investigaciones acerca de las "piedras con tacitas" en la zona central de Chile*. Anales de Arqueología y Etnología, XIV-XV, pp. 163-204. Mendoza.
- MENGHIN, Osvaldo F. A.: 1957. *Estilos del arte rupestre de Patagonia*. Acta Praehistorica, I, pp. 57-87. Buenos Aires.
- PEDERSEN, Asbjorn: 1963. *Las pinturas rupestres de la región del Parque Nacional Nahuel Huapi (provincia del Neuquén) y sus posibles proyecciones prehistóricas*. Primer Congreso del Área Araucana Argentina, II, p. 167-184. Buenos Aires.
- SCHOBINGER, Juan: 1956. *El arte rupestre de la provincia del Neuquén*. Anales de Arqueología y Etnología, XII, pp. 115-227. Mendoza.
- 1957. *Arqueología de la provincia del Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliarios*. Anales de Arqueología y Etnología, XIII, pp. 5-233. (Con suplemento: *Hallazgos arqueológicos de la provincia del Neuquén*. Lista descriptiva. Mendoza 1958).
- SERRANO, Antonio: 1947. *Los aborígenes argentinos*. Buenos Aires.
- VIGNATI, Milcíades Alejo: 1935. *Una pictografía de los alrededores de San Martín de los Andes*. Revista Geográfica Americana, IV, pp. 407-410. Buenos Aires.
- 1963. *Rectificación respecto a una pretendida pictografía indígena de San Martín de los Andes*. Primer Congreso del Área Araucana Argentina, II, pp. 189-191. Buenos Aires.

UN NOTABLE CÁNTARO DE LA ZONA CORDILLERANA DEL NEUQUÉN

Por JUAN SCHOBINGER

Debo al destacado aficionado y colaborador para los estudios científicos D. Ernesto Bachmann, de Plottier (Neuquén), la noticia acerca de la pieza que describiremos, que pertenece a su colección¹. Su ulterior envío en préstamo —lo que mucho agradezco— me permitió estudiarla y confirmar su alto interés arqueológico en relación con la zona de que procede.

Trátase de un cántaro antropomorfo de dimensiones reducidas, hallado "en la Estancia "Tres Picos", cerca de Junín de los Andes en el camino hacia el Paso Tromen, departamento Huiliches. Sitio de hallazgo: "orilla norte del río Malleo, en el paraje denominado "Lonco-Luan" (Cabeza de Guanaco). La pieza fue encontrada por el dueño del establecimiento el año 1960; el señor Juan Olsen la halló en una planicie medanosa al resguardo de un monte, sin encontrar otros vestigios alrededor" (Carta del Sr. Bachmann del 9. IV. 1961). El lugar citado, de gran belleza, se encuentra en un amplio valle dominado por el volcán Lanín, y que se continúa en un fácil paso a Chile.

Las fotos y el dibujo pueden dar una idea de esta pieza, en la que desgraciadamente falta la parte basal. Todo indica que por debajo de la "panza" continuaban en forma estilizada las extremidades inferiores. Encima del cuerpo globular —sobre el que se asientan los delgados brazos que terminan con dedos indicados mediante incisiones— se alza el cuello-cabeza, cilíndrico, levemente troncocónico visto de frente, en el que se observan los ojos tipo "grano de café" con abertura horizontal, pequeñas cejas en relieve, nariz convexa, y pequeñas asas-orejas verticales. Llama la atención la prominencia situada bajo la boca. Difícil es

1 Se hizo una primera mención de esta pieza en comunicaciones presentadas al Primer Congreso del Área Araucana Argentina, celebrada en San Martín de los Andes en Febrero de 1961 (Schobinger, 1963, y Bachmann, 1963).

saber si se ha querido representar la lengua saliente, un tembetá, o una barba; lo más probable es esto último. Presenta un color beige oscuro (o ante), en algunas partes grisáceo; la pasta contiene partículas muy pequeñas de piedra brillante como desgrasante; la superficie se halla bien pulimentada pero sin presentar brillo. El espesor de las paredes es de 5 a 6 mm (2 a 3 mm en el borde de la boca). Otras dimensiones son: alto de la parte conservada 133 mm, ancho del cuerpo 95 mm, ancho del cuello (sin contar orejas) 62, diámetros de la boca del cántaro 65 por 62 mm, saliencia de las "orejas" 8 mm, ancho de la "barba" 15 mm. Además de la parte basal, falta por rotura parte del brazo izquierdo y la oreja derecha.

El primer comentario que surge para esta pieza, es de que no es de ningún modo araucana. Ni en nuestro estudio preliminar de la cerámica del Neuquén (Schobinger, 1957, p. 151 y ss.), ni en la bibliografía o en la visita a museos de Chile recordamos haber visto algún cántaro semejante. En cambio, los hay en un área —y en una cronología— muy alejada: la cultura de La Candelaria, cuyo centro se halla, como se sabe,



Fig. 1. - Cántaro de Estancia "Tres Picos". - (Foto Bachmann).



Fig. 2. - El mismo, de perfil. (Foto Bachmann).

en las faldas más orientales de la región "valliserrana" del N. O. argentino, mirando hacia el Chaco. No siendo especialista en cerámica de esa área, me limitará a citar algunas analogías rastreadas en la bibliografía disponible, pero que bastan para evidenciar dicha vinculación. Por de pronto, tenemos allí la "brick-like ware", de la que existe una variante "(with) the surface being in parts coated with a greyish red-brown skin of slip" (Rydén, 1936, p. 215). Precisamente el cántaro citado en este lugar por el autor sueco e ilustrado en la misma página, perteneciente al Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de Tucumán, presenta estos detalles: "nose, eyebrows, eyes, arms and legs are executed in relief, while the hollows of the eyes, the mouth and the fingers are indicated by impressed lines" (ibid.). La analogía es harto sugestiva.

Una de las características más llamativas de la cerámica Candelaria es la representación de individuos barbados (ver por ej. Rydén, 1936, fig. 117 b), y a veces con nariz convexa o aguilena (ibid. figs. 103 y 104); frecuente es la representación en relieve de las cejas y los ojos en

“grano de café”, aunque no se trata de un patrimonio exclusivo de esta cultura.

Otra pieza de gran semejanza estilística con la nuestra es el vaso con representación de dos personajes barbados que ilustra Serrano en su libro de 1947 (fig. 77 izquierda), procedente de Trancas. Por su parte, en la publicación de Reyes Gajardo sobre el área N.E. de la pro-

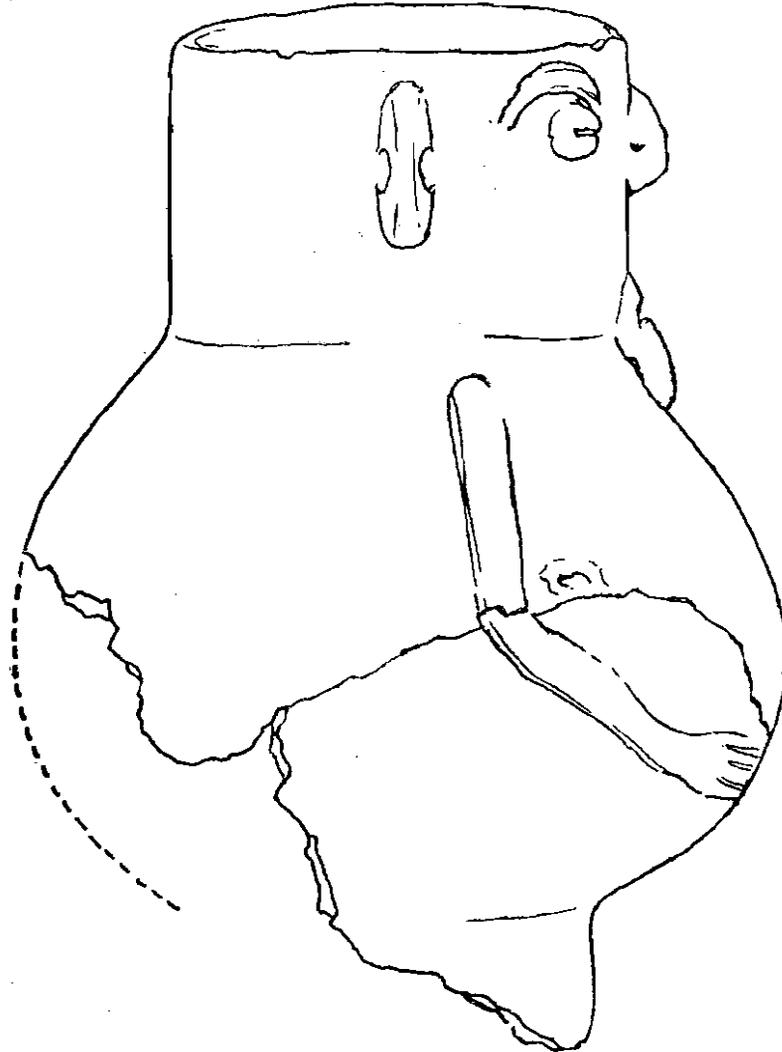


Fig. 3. - El mismo; croquis a tamaño aprox. natural. (El asa-oreja se representa de acuerdo a la conservada del lado izquierdo).

vincia de Tucumán (1957), encontramos otro cántaro de características parecidas aunque sin barba; es de color rojo (fig. 32). El ejemplar de Tres Picos pudo haber tenido extremidades inferiores de forma semejante.

Es interesante consignar que en la cultura de Agrelo del norte de la provincia de Mendoza —que presenta algunos caracteres paleoandinos así como amazónicos— existen rostros humanos estilizados aplicados a recipientes, señalándose en relieve las cejas-nariz y los ojos (ver Canals Frau y Semper, 1956, lám. XVI; hay varias piezas inéditas en el IAE). Pero no existen verdaderos cántaros antropomorfos ni figuras barbadas, por lo que no es probable una vinculación entre la cultura de Agrelo y el hallazgo neuquino.

La relación con Candelaria no pasaría de ser un caso aislado, tratándose de una curiosa convergencia o de una pieza importada²; pero es el caso que en el lado chileno, no lejos de la zona que estudiamos, O. Menghin excavó un cementerio paleoaraucano datado aproximadamente del siglo XIV (Pitrén), cuya cerámica revela en parte vinculaciones con uno de los tipos de Candelaria, provisto de apéndices zoomorfos y globulares (Menghin, 1959-1960, p. 78, ver fig. 9). En realidad, no se trata de una vinculación o influencia directa —para la que existe un desnivel cronológico demasiado marcado, faltando además los jalones intermedios en el espacio—, sino una común raíz amazónica que se manifiesta también en las urnas funerarias de Angol, así como en elementos típicamente araucanos como la pipa y el hacha cilíndrica (Menghin, op. cit. p. 99). Creo que el hallazgo del Sr. Olsen podría indicar que además de ello hubo alguna vez contacto directo (aunque fuera por caminos muy indirectos) entre la cultura de La Candelaria y la zona del paralelo 40° argentino-chileno. Con ello remontaríamos la cultura paleoaraucana por lo menos hasta el siglo X, época en que la cultura de La Candelaria se hallaba en su ocaso (González, 1960, cuadro p. 305). La fecha del cántaro antropomorfo de Tres Picos no podría, pues, ser muy posterior a aquélla³.

Quede esta breve noticia como un aporte, y a la vez un interro-

² El Sr. Bachmann fue informado de que una persona de San Martín de los Andes posee un cántaro similar.

³ En rigor, correspondería al período Candelaria II de la reciente subdivisión de A. R. González, fechado por sus vinculaciones con Ciénaga y Condorhuasi hacia los siglos II a V; pero no debe excluirse la confección de vasos-efigie también en el período III, aunque aquí predominan los pucos con decoración incisa geométrica, relacionada con tipos de La Aguada (González, 1960, pp. 313-314).

gante, a la renovación de los estudios del "área araucana" emprendida en años recientes sobre todo, en el plano arqueológico, por obra del profesor Menghin ⁴.

BIBLIOGRAFÍA

- BACHMANN, E.: 1963. *Nómina de las piezas pertenecientes a la colección del señor Ernesto Bachmann, Plottier, Provincia del Neuquén*. En "Primer Congreso del Área Araucana Argentina" (San Martín de los Andes, 1961), Ed. Provincia del Neuquén y Junta de Estudios Araucanos, t. II, pp. 193-201. Buenos Aires.
- CANALS FRAU, Salvador, y SEMPER, Juan: 1956. *La cultura de Agrelo (Mendoza)*. "Runa", VII, Parte 2ª, pp. 169-187. Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex: 1960. *Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de Radiocarbón (IV)*. Resumen y perspectivas. Revista del Instituto de Antropología, t. I, pp. 303-331. Córdoba.
- MENGHIN, Osvaldo F. A.: 1959-1960. *Estudios de prehistoria Araucana*. Acta Praehistorica, III-IV, pp. 49-120. Buenos Aires.
- REYES GAJARDO, Carlos: 1957. *Estudio sobre Choromoros*. Revista del Instituto de Antropología, vol. VII, entrega 2 (1952-1954). 104 pp. Tucumán.
- RYDÉN, Stig: 1936. *Archaeological researches in the department of La Candelaria (Prov. Salta, Argentina)*. Etnologiska Studier, 3, pp. 5-329. Göteborg.
- SCHOBINGER, Juan: 1957. *Arqueología de la provincia del Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliarios*. Anales de Arqueología y Etnología, t. XIII, pp. 5-233. Mendoza. (Con suplemento mimeografiado).
- 1963. *Movimientos étnicos y culturales de Chile, Mendoza y Neuquén. Sus reflejos arqueológicos*. "Primer Congreso del Área Araucana Argentina", t. II, pp. 225-232. Buenos Aires.
- SERRANO, Antonio: 1947. *Los aborígenes argentinos*. Buenos Aires.

⁴ Véase la reseña de su obra de 1959/60 por el que escribe, en el Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, XXIII (en prensa).

UNA FLAUTA DE PAN LÍTICA NUEVA PARA LA ARQUEOLOGÍA DE MENDOZA (Argentina)

Por HUMBERTO A. LAGIGLIA

Introducción: El conjunto de instrumentos musicales aerófonos, genéricamente conocidos bajo el nombre de Flauta de Pan, propios de distintas culturas indígenas de América del Sur, han alcanzado una marcada dispersión geográfica¹. Se suma ahora un nuevo ejemplar lítico de la provincia de Mendoza (Argentina).

Procedencia: El instrumento fue hallado en la localidad de Bardas Blancas, Departamento de Malargüe, en el sur de Mendoza.

Museografía: El mismo pertenece a la Colección del Sr. Roque Jacinto Adaro, que se exhibía hasta hace poco en las colecciones del Museo de Historia Natural de San Rafael, llevando el N° 34/2 del Departamento de Arqueología y Etnografía.

Conservación: No es muy perfecta y se halla deteriorado en varias partes, notándose parte de los tubos excavados en la masa lítica. El extremo inferior se halla completamente destruido y al parecer debió ser como todas las de su tipo, es decir, escalonado.

Características: Es de contorno rectangular, presentando en un costado lateral una saliencia, que a la altura de la línea de ese lado se halla una perforación, para hacer pasar el cordel de suspensión. Esta perforación se ensancha un poquitito en la superficie de la pieza, llegando a 4 mm, ya que en el centro es de 3 mm. Presenta las aristas perfectamente redondeadas y pulidas, pero dando lugar a formar otra cara lateral en esas artes, bastante aplanada.

Tiene dos caras planas y paralelas, algo ensanchadas en la parte interior, en las cuales están detallados complicados grafitos que le suministran a la pieza una compleja decoración.

La masa rocosa es de escasa dureza, de constitución homogénea,

¹ LAGIGLIA, H. (Inédito): El lector encontrará en este trabajo una amplia bibliografía y recapitulación sobre estas piezas.

posiblemente calcárea. Longitudinalmente está excavada por prolijas tubuladuras, en número de cuatro, que atraviesan la pieza de un extremo al otro. Los tubos de la misma tienen mayor diámetro en la parte superior, y las longitudes son iguales en todos ellos, lo que nos hace suponer que ésta no ha sido su estructura primitiva. Más aún, notándose su parte inferior destruida. Esto produce una homogeneidad de sonidos, que ninguno de los ejemplares hallados hasta ahora presenta. Los tubos tienen en la parte superior un diámetro de 9 mm y en la inferior de unos 5 mm más o menos.

Decoraciones: La cara o faz (como le hemos llamado optativamente), presenta una serie de grafitos lineales y angulosos bastantes complicados. Hay líneas entrecruzadas entre paralelas irregulares, y ángulos agudos ordenados en una misma dirección, también entre paralelas.

La otra cara o faz B, presenta una serie de líneas quebradas muy desprolijas y desordenadas, luego líneas longitudinales también en las mismas condiciones. La parte superior de la pieza, separando cada una de las bocas de los tubos, en sentido anteroposterior, existen unas marcadas líneas que unen las dos faces o caras de la pieza.

Las caras que corresponden a su contorno lateral, llevan una serie de grafitos homogéneos aunque algo irregulares, parecidos a un tipo de decoración que se halla en los extremos, cerca de las aristas de la faz A.

A pesar de que la pieza presenta armoniosamente una perfecta terminación y pulimento, su decoración puede clasificarse como deficiente.

Clasificación: C. Trapezoidales; Tipo III; a. Regulares (Ver Lagiglia: 1961 inédito).

<i>Magnitudes:</i> Longitud total actual	120 mm
Longitud probablemente alcanzada	170 „
Ancho máximo	55 „
Ancho mínimo (en el extremo inferior)	50 „
Espesor máximo (en el centro)	20 „
Espesor mínimo (extremo superior)	13 „
Número de tubos	4 „

Relaciones: La pieza en su estado original, ha correspondido al parecer a las propias de un conjunto, cuyos ejemplares típicos han sido hallados en Araucanía² y en La Serena³. De ahí, que esta pieza se vin-

2 JOSEPH, C. 1930. AMBERGA, 1921. HILGER, 1957.

3 IRIBARREN, 1957.

cule con las existentes en el Museo Nacional de Historia Natural de Chile, de la colección Tzchabran, de La Serena, etc.

Conclusiones acerca de esta pieza: Este hallazgo constituye el primero de sus tipos que se realiza en el sur Mendocino, al cual por tratarse de un elemento hallado superficialmente, nada podemos decir acerca de sus portadores. Más aún, siendo la arqueología del sur de la provincia muy poco conocida. Esta región como bien es sabido, estuvo en las postrimerías del siglo XVII, bajo la influencia de los Mapuches de Chile,

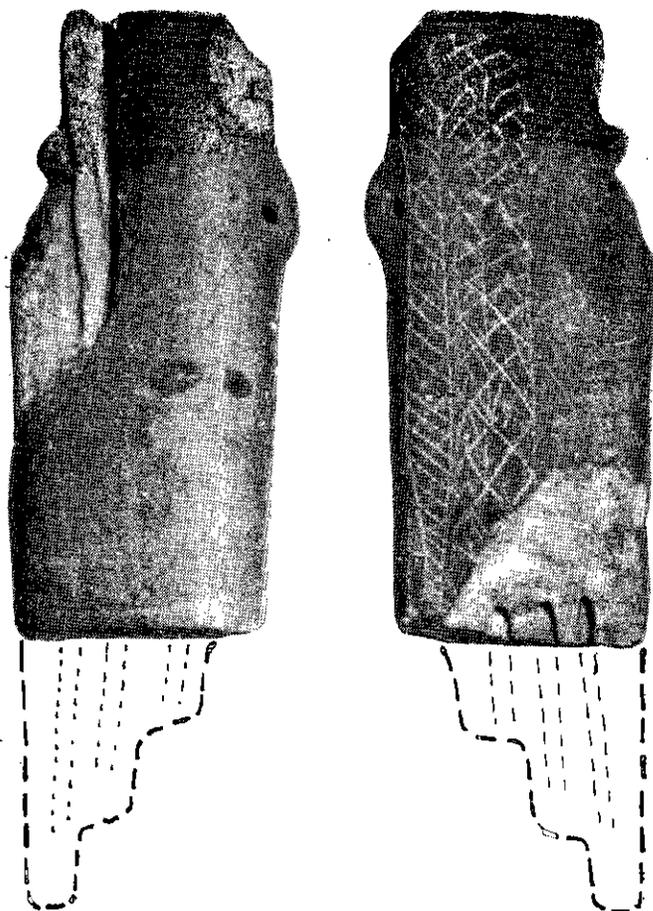


Fig. 1. - Vista anverso y reverso (faz A y B, respectivamente) de la flauta de pan lítica procedente de Bardas Blancas, Departamento de Malargüe (Provincia de Mendoza). Colección: Roque Jacinto Adaro. Foto del Museo de Historia Natural de San Rafael, documentación fotográfica: José A. Vrana. (A 2/3 tam. nat.).

que invadieron las estepas argentinas con los conocidos procesos de araucanización⁴. Anteriormente estas regiones estuvieron habitadas por los "puelches algarroberos" o de Cuyo⁵, cuya arqueología es poco conocida. Por lo tanto no sabemos si la pieza es o no un ejemplar peculiar para la arqueología del sur de la provincia, y si su llegada ha sido pre o posthispánica, criterios que podremos establecer cuando conozcamos bien a fondo la citada región.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AMBERGA, P. Gerónimo, 1921. *Una flauta de pan Araucana*, en "Revista de Historia y Geografía", t. XXXVII, 1er. trimestre, N° 41, pp. 98-100. Santiago de Chile.
- CANALS FRAU, Salvador, 1953. *Las Poblaciones indígenas de la Argentina*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- 1937. *Etnología histórica de la provincia de Mendoza*, en "Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología", t. I, pp. 99-106. Buenos Aires.
- JOSEPH, Claude R. H., 1930. *Antigüedades de Araucanía*, en "Revista Universitaria" de la Universidad Católica de Chile, N° 9, Año XV. Santiago de Chile.
- HILGER, Inez (Sister), 1957. *Araucanian Child life and its cultural background*. "Smithsonian Miscellaneous Collections", Vol. 133, pp. 97-99. Washington.
- IRIBARREN CHARLIN, Jorge, 1957. *La flauta de pan y otros instrumentos indígenas*, en "Publicaciones del Museo de la Sociedad Arqueológica de La Serena", Boletín N° 9, pp. 12-21, Diciembre. Chile.
- LIGLIA, Humberto A., 1961. *El área de dispersión de la Flauta de Pan andina* (inédito).
- SERRANO, Antonio, 1947. *Los aborígenes argentinos* (Síntesis etnográfica). Editorial Nova. Buenos Aires.

4 CANALS FRAU, 1953, pp. 534-549. SERRANO, 1947, pp. 240-255.

5 CANALS FRAU, 1937.

OBSERVACIONES Y CORRECCIONES SOBRE LO QUE LLAMÁRAMOS "PUCARÁ DEL ATUEL"

Por HUMBERTO A. LAGIGLIA

1. INTRODUCCIÓN

El incremento que están tomando de un tiempo a esta parte los estudios antropológicos en general y especialmente los hallazgos arqueológicos que se vienen realizando en el área cuyana y patagónica, van previendo entre ambas una serie de conexiones, como era lógico de esperar. El hiatus, no obstante, aún es grande por la falta de estudios generales que requieren una urgente realización.

Hace no muchos años —a poco de iniciarnos en las actividades arqueológicas de la provincia de Mendoza— dimos a conocer unas ruinas muy particulares que en el año 1937 otros autores habían superficialmente estudiado atribuyéndoles el carácter de una fortificación indígena y denominándola "*Pucará del Atuel*". Al rétomar esos estudios, efectuamos una minuciosa exploración del terreno y describimos las ruinas no descuidando ningún detalle que pareciera sintomático¹.

El motivo de esta nota no tiene otro fin que el de aclarar la posición de su autor ante las conclusiones vertidas en el trabajo aludido. No se pretende con esto justificar algunos conceptos mal vertidos, por el contrario, sólo llamar la atención sobre tales ruinas dado que últimamente se tienen antecedentes seguros de construcciones líticas similares en el Neuquén (Quila Chanquil, Dpto. Aluminé² y Santa Cruz (Lago Cardiel)³. Esto ha hecho cambiar nuestra precipitada opinión, al creer que tales estructuras líticas eran propias de esa región de Mendoza. Los antecedentes bibliográficos consultados nada decían acerca de su existencia en otras zonas. De ahí que por una serie de juicios las atribuyéramos a un grupo huarpe o semejante.

1 LAGIGLIA, 1956. pág. 276-287.

2 SCHOBINGER, 1957. pág. 167-8.

3 GRADIN, 1959-60.

2. CORRECCIONES

Impulsados por los motivos precitados hacemos las siguientes correcciones a nuestro trabajo anterior:

1º) La denominación a estas estructuras líticas con el nombre de "Pucará del Atuel" debe desecharse, por carecer de fundamento. A partir de este momento se las llamará: "Parapetos del Atuel".

2º) La característica de distribución de los parapetos o corralitos, como asimismo la manera de su emplazamiento hablan en favor de una construcción de estrategia levantada con un fin preestablecido, al parecer, distinto del que anteriormente aludiéramos.

3º) La atribución étnica del "Pucará del Atuel" o mejor dicho de los "Parapetos del Atuel", al sub-grupo meridional millcayac debe tomarse con carácter provisional, por falta de fundamentos sólidos que lo confirmen por ahora.

3. PARAPETOS DE PIEDRA. CONEXIONES

Recientemente C. Gradín ha dado a conocer bajo esta denominación una serie de estructuras líticas estrechamente vinculadas morfológicamente con las del Rincón del Atuel (departamento San Rafael, Mendoza). Este autor nos dice acerca de las mismas⁴: "Apostaderos: denomino así los amontonamientos de piedras de parapeto que se encuentran aisladamente en la meseta del Lote Fiscal N° 176".

a) *Estructura*: "Dichos parapetos, muy precarios por cierto, están constituidos por trozos rocosos de regular tamaño, acumuladas de modo tal que forman una medialuna". (Gradín, 1959-1960, pág. 145-6). Comparemos estos datos con los que expresáramos anteriormente en nuestro trabajo (pág. 281): "Las pircas están formadas por superposiciones de escorias volcánicas, de factura basáltica, característica de la formación geológica del terreno. No son construcciones ordenadas, sino simples amontonamientos de esas rocas, adoptando esas formas semi-circulares y en U".

b) *Orientación y Mensuras*. "Sus extremos se hallan orientados de Sur a Norte, abarcando una longitud aproximada de 5 metros. Los parapetos tienen cincuenta centímetros de altura y dada su orientación, en-

⁴ GRADÍN, 1959-1960, pág. 145.

frentan el viento constante del Oeste. Por lo general en su costado" (Gradín, pág. 146).

"Los corralitos o reductos están distribuidos en una manera especial, y orientados en dirección Sur-Oeste 240° (pág. 282). Es decir y para mejor correlacionarlo con la forma de describir la orientación que nos ofrece Gradín, los parapetos del Rincón del Atuel, tienen sus extremos, unos de Norte a Sur y otros con algunas variaciones en grados. No obstante existen construcciones orientados sus extremos de Este a Oeste. Pero lo importante de todo esto, es que el conjunto está proyectado en sentido contrario a los vientos del Sur. Son simples arcos en semicírculo, cuya longitud varía de 3,50 m a 6 m de largo. La altura visible de estas ruinas líticas es de 40 a 80 cm en partes, hay otras de 35 cm también". (pág. 281).

c) *Conexiones*. Es evidente una marcada vinculación estructural-morfológica de las ruinas del Lago Cardiel de Santa Cruz, con las del Rincón del Atuel de Mendoza. Al igual, su emplazamiento sobre mesetas constituye una característica primordial muy relacionada con la finalidad de estas construcciones.

Los apostaderos citados del Lago Cardiel, se agrupan en cierto número, caso similar al ofrecido en el Rincón del Atuel. Acerca de ello Gradín (pág. 146) nos dice: "Los parapetos del grupo a) (*) aparecen casi siempre asociados a pequeñas esquirlas de piedra, mientras que los del grupo b) (**) muchas veces se encuentran junto a "picaderos" donde además de esquirlas he recogido raspadores, raederas y puntas de flechas, en cantidad. En ambos casos los parapetos se hallan agrupados en número variable, 3 a 10, pero mientras los primeros se encuentran en plena meseta, en lugares inhospitalarios, expuestos al viento del oeste y distanciados unos de otros aproximadamente doscientos metros, los segundos se agrupan junto a las barrancas rocosas, escasamente distanciados entre sí, aprovechando el abrigo ofrecido por los desniveles del terreno".

Para mejores detalles sobre la distribución de los reductos de los "Apostaderos del Atuel" remitimos al lector al levantamiento esquemático de nuestro trabajo, pág. 277, fig. 33.

Es de interés agregar que en las terrazas donde están ubicados los apostaderos del Rincón del Atuel, se han realizado hallazgos de frag-

* "a) en plena meseta: 60 casos en forma de arco y 30 en semicírculo...".

** "al abrigo de barrancas rocosas: 10 casos en forma de semicírculo, 4 en ángulo recto y 5 de forma circular...".

mentos de alfarería ordinaria, núcleos y residuos de tallados, raspadores y puntas de flechas. En una loma próxima a la Gruta del Indio del Atuel, donde se encuentran emplazadas siete construcciones semicirculares, y distante unos 150 m al N. O. de ésta, fue hallado un mortero indígena.

4. FINALIDADES DE ESTOS EMPLAZAMIENTOS

Los datos recogidos por Gradín en el trabajo antes mencionado, representan una valiosa contribución a aclarar los fines que han tenido estas rudimentarias construcciones líticas. Veamos: "El señor Belisario Muñoz me contó que había conversado muchas veces con "gente mayor" (tehuelches ?) con respecto a los parapetos de piedra y que aquéllos le habían informado que "fueron hechos por otros indios venidos del sur, para cazar, o pelear, hace de eso mucho tiempo".

"El señor Onofre Iardía, antiguo poblador de la zona, había observado que los parapetos que se encuentran en plena meseta, se intercalan entre dos lagunas o dos cañadones inaccesibles, en tal forma que si detrás de los parapetos se ocultan algunos cazadores, éstos podrían muy bien hacer blanco sobre una tropa de guanacos arreada en sentido contrario, lo mismo que si fueran conducidos por una "manga".

"Esta versión de atribuir a los parapetos la finalidad de ocultar al cazador frente a la presa, es muy corriente en la meseta y se la fundamenta en la orientación a contra viento de aquéllos, lo cual anula el olfato de los animales, como así también en la circunstancia de que en un radio de 100 metros aproximadamente al Oeste de los parapetos, suelen hallarse puntas de flechas perdidas por los antiguos cazadores" (Gradín, 1959-1960, pág. 148).

Refiriéndonos a las construcciones del Atuel, podemos señalar también esos dos detalles sintomáticos: primero la orientación de los parapetos en sentido contrario al viento, y segundo el hallazgo de numerosas puntas de flechas perdidas, levantadas entre las escorias basálticas del terreno.

Construcciones muy semejantes a las del Atuel y de Santa Cruz, son las que se encuentran en el paraje de Quila Chanquil, Dpto. Aluminé del territorio de Neuquén, mencionadas primeramente por Félix San Martín⁵. Estas ruinas están emplazadas "en un punto dominante de la

⁵ SAN MARTÍN, F., 1919, pág. 89-90.

comarca a la vista el uno del otro". Acerca de su distribución San Martín nos dice: "...se cuentan por docenas, escalonados de cumbre en cumbre, de manera de asegurar su respectiva protección". Lo que nos extraña son los antecedentes mencionados a continuación por este autor, que no indica dónde los obtuvo. Ellos son como sigue: "...Desde esos sitios se daba la alarma encendiendo grandes hogueras, cuyo humo visible desde el reducto inmediato, era reproducido por todos los de la extensa línea". Conviene asimismo reproducir los datos que ha obtenido el Dr. Schobinger⁶: "Dos de estos "corralitos" o *malal* fueron excavados por el Dr. Escalada, proporcionando su interior hasta una profundidad de unos 0,60 m fragmentos de cerámica, puntas de flechas medianas y pequeñas, esquirlas diversas, moletas y un arito de cobre". Estas "se hallan en la cima de unos cerrillos, hacia uno de los costados del valle de Aluminé".

5. SUS CONSTRUCTORES

Aquí nos encontramos ante un problema cuya resolución requiere mucha prudencia, para no caer en los errores que cometiéramos en el trabajo anterior. En primer término, si analizamos las versiones obtenidas por Gradín bien podrían atribuirse estas construcciones a los tehuelches meridionales o *aónikenk*, pero se carece por completo de pruebas objetivas convincentes. En segundo término, observando los resultados de las excavaciones de ruinas similares del Neuquén, efectuadas por Escalada, que con el hallazgo de un aro cuadrangular de cobre, como dice Schobinger⁷ "muy pequeño y fino", semejante al que ilustra Serrano⁸, se estaría en presencia de elementos cuya cronología dataría del "siglo XVIII o aún antes". Por consiguiente esas construcciones datarían de esa fecha. De los "Parapetos del Atuel" nada puede afirmarse por ahora de su antigüedad. Lo importante, por la gran distancia que separa a los emplazamientos del Atuel y Neuquén con los del Lago Cardiel, es que estos últimos distan mucho del área de influencia y penetración araucana en la Argentina. Por tal razón es casi seguro afirmar que nada tienen que ver con la etnia *Mapuche* (Araucanos). Nos encontramos ante un caso de polaridad antagónica de hechos, sobre el cual por falta de elementos de juicio nada puede postularse por ahora.

6 SCHOBINGER, J., 1957, pág. 168.

7 SCHOBINGER, J., 1957, pág. 166.

8 SERRANO, A., 1947, pág. 162, fig. 111.

Lo único que podría adelantarse, es que, si en verdad estas construcciones han sido destinadas para la caza, sus autores fueron tal vez "grandes cazadores", o bien reminiscencias dejadas por esas culturas primitivas.

La mejor manera de una comparación segura, sería la confección de un croquis de distribución de esas ruinas conforme lo hiciéramos en nuestro trabajo. No perdemos las esperanzas, que en el futuro se hagan descubrimientos similares a lo largo de Patagonia andina y extra-andina y se pueda aclarar en forma definitiva todos estos problemas.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- CANALS FRAU, Salvador, 1953: *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Bs. Aires.
- GRADÍN, Carlos J., 1959-1960: *Tres informaciones referentes a la meseta del Lago Strobel (Prov. Santa Cruz, Argentina)*. En "Acta Praehistorica", t. III-IV, pp. 144-149. Buenos Aires.
- LAGIGLIA, Humberto A., 1956: *Estudios arqueológicos en el Rincón del Atuel (Dpto. San Rafael, Mendoza): III) Exploraciones arqueológicas en el "Pucará del Atuel"*. En "Anales de Arqueología y Etnología", t. XII, pp. 276-287. Mendoza.
- SAN MARTÍN, Félix, 1919: *Neuquén*. Buenos Aires.
- SCHOBINGER, Juan, 1957: *Arqueología de la provincia del Neuquén (Estudio de los hallazgos mobiliarios)*. En "Anales de Arqueología y Etnología", t. XIII, pp. 5-233. Mendoza.
- SERRANO, Antonio, 1947: *Los aborígenes argentinos*. Buenos Aires.

NOTA: Resulta muy interesante señalar que a unos 10 km al S. E. del Rincón del Atuel (San Rafael, Mza.), en las proximidades de la "Caverna de Hueda" (Pampa de la Sandía) donde se halló un arco indígena de madera de 87 cm de largo de sección circular, se levantó una bola de piedra muy semejante en cuanto a su tamaño a la que ilustra Gradín en el trabajo mencionado. Esta tiene 18 cm de diámetro, a diferencia de la publicada por el autor citado que posee 21 cm. Ha sido trabajada y pulida en toda su superficie. Es de destacar que el terreno donde fue hallada es de conformación basáltica. Está confeccionada en una roca consolidada de grano muy fino (arenisca).

UN ALISADOR PARA LA FABRICACIÓN DE PIEDRAS DE BOLEADORAS

Por VICENTE ORLANDO AGÜERO BLANCH

En diversos lugares de la provincia de Mendoza han sido encontradas, con mayor o menor frecuencia, piedras de boleadoras de los más variados tipos y tamaños. Este hecho nos prueba, en principio, que los aborígenes que poblaron esta parte del país utilizaron las boleadoras como una de sus armas predilectas; como arma de defensa está inmortalizada en el "Martín Fierro" ¹.

Pero el empleo de las boleadoras mencionado en los versos que anteceden era un hecho ocasional; su verdadera finalidad, como lo han descrito diversos cronistas y señalado varios investigadores, fue la actividad cinegética. Aún en nuestros días el hombre de campo, especialmente en el Departamento de Malargüe de nuestra provincia, utiliza a las boleadoras para la caza de guanacos y avestruces; como un testimonio de esta arraigada supervivencia aborigen está el hecho de que las "bolidas" son frecuentes motivos de inspiración entre los payadores malarguinos, como aquellos versos del gaucho Manuel Maturana ² que comienzan de esta manera:

1 "Las bolas las manejaba
Aquel bruto con destreza
Las recogía con presteza
Y me las volvía a largar
Haciéndomelas silbar
Arriba de la cabeza.
.....

La bola en manos del indio
Es terrible y muy ligera
Hace de ella lo que quiere".

HERNÁNDEZ, José: *Martín Fierro*, pág. 49. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 2ª Edición. 1962.

2 MATURANA, Manuel, ya fallecido, fue un famoso payador vecino de La Escondida, Departamento Malargüe.

Vamos a los "boliadores"
 que salieron a una "boliada"
 con muy "güena caballaa"
 y varios perros "choiqueros"³
 a perseguir a los "overos"⁴
 y "boliar" la "guanacaa".

Si la boleadora fue un arma de uso frecuente entre los primitivos habitantes de Mendoza, quedaba la duda de si las bolas de la misma eran fabricadas dentro del ámbito de nuestro territorio o eran producto del intercambio con tribus vecinas. Esta sospecha surgía al advertir de que, si bien la naturaleza del suelo de casi toda el área geográfica de la provincia es frecuente encontrar cantos rodados que con poco o sin ningún pulimento pueden ser utilizados para dicho fin, también se hallaron ejemplares pulidos con perfección, sin haberse encontrado nunca el elemento arqueológico que sirviera para su fabricación.

En un exhaustivo trabajo tipológico, modelo en su género, el doctor Alberto Rex González⁵ ha documentado cuanto se puede decir sobre la boleadora, expresando, también su admiración por "la habilidad de los indígenas americanos para producir estos esferoides líticos, a veces asombrosamente regulares...".

Para conseguir esta perfección de pulido Ameghino⁶ nos refiere el método que empleaban los charrúas en su fabricación: "Escogían un guijarro y por medio de algunos golpes lo reducían a un tamaño conveniente y que ofrecía un gran número de facetas, ángulos y aristas"; agregando: "Una vez que el guijarro estaba en este estado, por medio de un percutor ponían como todos los ángulos y aristas. Después con uno de los martillos circulares ya descriptos, trabajaban toda su superficie a pequeños golpes, de modo que presentara la forma esférica, elipsoidal, oval, etc. Una vez obtenida aproximadamente la forma deseada la perfeccionaban y al mismo tiempo pulían el objeto. A este efecto se valían de unas piedras sumamente duras que presentaban un agujero de una forma deseada, una verdadero molde, por decirlo así; colocaban

3 "Choiqueros" del mapuche "choique", voz con la cual se designa al avestruz (*Rhea americana albescens*).

4 "Overos", nombre que se da al avestruz petiso de Patagonia (*Pterocnemia pennata*), actualmente casi extinguido en el sur de Mendoza.

5 GONZÁLEZ, Alberto Rex: *La Boleadora*, pág. 167. Revista del Museo de La Plata, 1957.

6 AMEGHINO, Florentino: *La Antigüedad del Hombre en el Plata*, pág. 306. Editorial Intermundo. Buenos Aires, 1957.

en él agua y arena y después hacían girar en la cavidad el objeto para que se puliera y tomara la forma deseada. Una vez concluida la mitad de la bola, hacían otro tanto con la otra mitad, dejando como guía entre ambas una delgada cresta que probablemente sacaban después frotando la bola sobre un placa de gres”.

Leguizamón⁷ al hablar de la confección de este objeto agrega: “...teniendo en cuenta además los precarios medios de que el indio se valía para fabricar cada piedra, durante largos días de paciente labor de rotación de mano, de un guijarro o una piedra arrancada con un golpe de hacha de pedernal, sobre el hoyuelo del mortero lleno de agua y arena, hasta lograr esa forma de regularidad asombrosa;...”.

En la República del Uruguay le denominan alisador-pulidor a este elemento lítico que sirve para la fabricación de las piedras de boleadoras. El investigador del vecino país, don Serafín Cordero⁸, sin aportar ningún dato sobre la manera de utilizar el alisador-pulidor presenta tres fotografías de este elemento. Otro uruguayo el Arq. Silvio Geranio⁹ ilustra también su trabajo con fotografías de objetos similares. Lo que no han descrito con palabras los autores nombrados acerca del alisador-pulidor de los charrúas, nos lo dicen las fotografías insertas en sus páginas.

Un objeto similar halló accidentalmente el distinguido industrial, vecino de Rodeo del Medio (Departamento Guaymallén), señor Eugenio Fontana, en una de sus frecuentes excursiones de caza que realiza, en compañía de sus hijos, a la región central de la provincia.

LUGAR DE HALLAZGO

Al cruzar el nombrado, en su vehículo automotor, el lecho del Río Seco del Quemado, a unos cinco o diez kilómetros de su nacimiento en el Departamento Rivadavia cerca del límite con el de San Carlos, en una parte donde tiene alrededor de cincuenta metros de ancho, es decir cuando sale de su encajonamiento, observó en pleno lecho, semienterrada, una piedra que despertó su curiosidad al notar que su forma no era

7 LEGUIZAMÓN, Martiniano: *Etnografía del Plata. El origen de las boleadoras y el lazo*. pág. 33. Revista de la Universidad de Buenos Aires. Tomo XLI, 1919.

8 CORDERO, Serafín: *Los Charrúas*, págs. 151 y 153. Editorial Mentor. Montevideo, 1960.

9 GERANIO, Silvio: *Objetos en Piedra y Cerámica de Antigua Industria India Hallados en Territorio Uruguayo*. Apartado Revista Anales de la Dirección Gral. de Enseñanza Industrial, pp. 6, 8 y 9. Montevideo, 1939.

natural, sino labrada por el hombre. Con la certeza de que dicho lito podría tener algún valor para el estudio de nuestro pasado, lo recogió y lo llevó a su casa; después tuvo la gentileza de obsequiármelo, gesto que mucho agradezco.

El señor Fontana piensa que dicha pieza pudo ser arrastrada en una creciete del río, de algún paradero indígena ubicado en sus bordes, aguas arriba. Una futura exploración de campo nos dirá si se encuentran elementos arqueológicos al cual se pueda asociar el material encontrado.

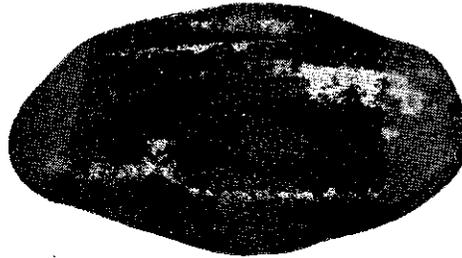


Fig. 1. - Piedra con oquedades del Río Seco del Quemado (prov. Mendoza).
(Foto J. Schobinger).

DESCRIPCIÓN

Es una roca granítica irregular, con tres caras opuestas entre sí, teniendo cada una de éstas una cavidad oblonga que sirvió, sin duda, para pulimentar las piedras destinadas a boleadoras, siendo semejante en su construcción al material encontrado, en la Banda Oriental, que según Ameghino¹⁰: "Una particularidad propia de los morteros charrúas es la de estar provistos de dos cavidades opuestas entre sí". Geranio¹¹ confirma lo expuesto por el sabio argentino al darnos referencias de un ejemplar que: "... es doble: con cavidad oblonga en ambas caras". Más adelante nos da noticias de otras piedras¹²: "... con uno o varios hoyos, tanto en una, como en sus dos faces".

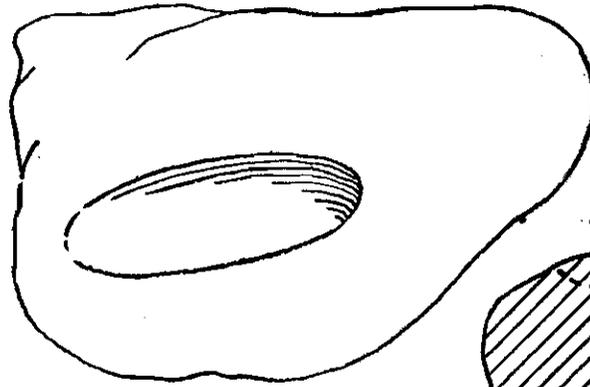
Para una mejor claridad en la descripción designaremos con letras a cada una de sus caras.

Cara "A" (Figura 1), tiene las siguientes medidas máximas: 0,46

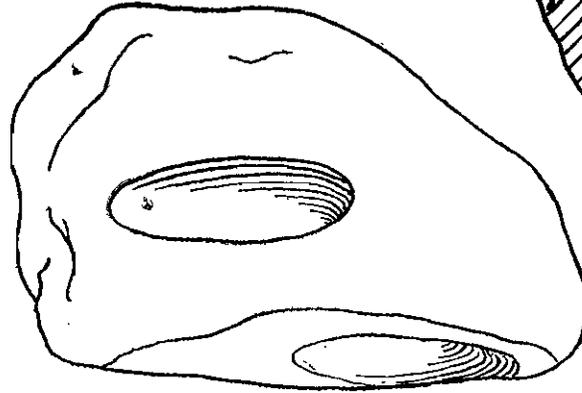
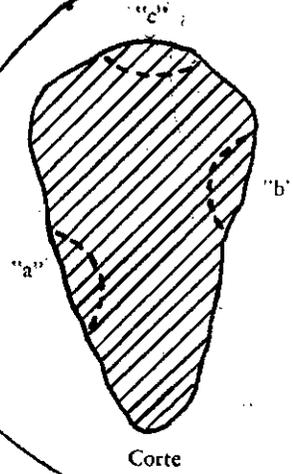
10 AMEGHINO, Florentino: Op. cit., pág. 290.

11 GERANIO, Silvio: Op. cit., pág. 3.

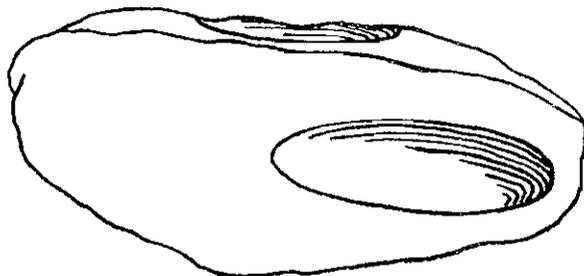
12 GERANIO, Silvio: Op. cit., pág. 5.



Cróquis cara "A"



Cróquis cara "B"



Cróquis cara "C"

m. de largo, 0,31 de ancho y 0,19 de alto. En el centro de este lado existe una cavidad ovoidal de bordes indefinidos de 0,28 m de largo, 0,10 de ancho y una profundidad máxima de 0,05 m. De las tres cavidades que tiene el ejemplar descrito ésta es la más profunda y pulida por el uso.

Cara "B" (Fig. 2), posee las siguientes medidas máximas: 0,46 de largo, 0,31 de ancho y 0,19 de alto. En la parte central tiene una cavidad ovoidea de bordes poco perfilados de 0,18 de largo, 0,09 de ancho y una profundidad máxima de 0,03. Es el lado que tiene una oquedad menos profunda.

Cara "C" (Fig. 3), sus dimensiones máximas son: 0,46 m de largo, 0,19 de ancho y 0,31 de alto. En la parte central hacia uno de sus extremos hay una cavidad ovoidal de bordes achatados de 0,22 m de largo, 0,08 de ancho con un máximo de 0,04 de profundidad.

CONCLUSIÓN

El hallazgo del alisador para piedra de boleadora —curioso por poseer tres caras—, realizado por el señor Eugenio Fontana dentro del territorio de la provincia de Mendoza, similar a ejemplares líticos encontrados en la República del Uruguay, nos brinda la prueba arqueológica de que la boleadora además de haber sido un elemento utilizado por los etnos que poblaron la provincia fue, también, un objeto fabricado por ellos en la zona.

LA ARTESANÍA TEXTIL EN HUACO

(Dpto. Jáchal, Prov. San Juan) ¹

Por LUBE SARA ROITMAN

Huaco, conocida por haber sido cantada maravillosamente por uno de sus dilectos hijos (el folklorista Buenaventura Luna), es una zona de innumerables aspectos dignos de conocerse.

Aunque no representa en la actualidad la actividad principal de Huaco, muchas mujeres han reimplantado la antigua costumbre de los telares. Es a la vez, la rememoración de una tradición ancestral heredada de sus mayores y un medio de ingresos en la zona afectada por ingentes problemas económicos que se agravan día a día.

No sólo las ancianas hilan y tejen, sino todas las mujeres saben o están aprendiendo a realizar esta tarea.

La lana se tiza con ambas manos, de modo que los capullos se pueden reducir a hilos con facilidad. Las más ancianas (fig. 1) hilan sentadas, pero este trabajo se puede realizar en cualquier momento y lugar, y hasta sirve de motivo de curiosidad de los menores. La lana que las mujeres tienen a modo de brazalete en un muñeca es llevada al huso y se envuelve en su extremidad superior mediante movimientos de índice y pulgar. Al envolverlo, las vueltas dan, asimismo, consistencia al hilo. La parte inferior del huso lleva un tortero. En la actualidad no se le da al huso y al tortero el valor de fetiche reconocido por los indios en la antigüedad. Solamente tiene el valor material para utilizarlo en el hilado a mano que dura semanas y semanas. Sirve este trabajo para tener ocupadas las manos mientras se comenta las pocas noticias que hay en el pueblo.

Algunas familias poseen animales en el campo cercano a la población, pero la falta de agua, unida a la desaparición de los mismos por

¹ Comunicación presentada al Primer Congreso de Folklore Cuyano, San Juan, Noviembre de 1962.

enfermedad y robo, hace necesario que muchas de las personas interesadas tengan que adquirir lana, muchas veces a precio superior al normal, por la inexorable ley de la oferta y la demanda.

Se paga como mínimo a \$ 50 m/n. el kilo, pero la pérdida por suciedad natural de la lana hace que el precio suba aún mucho más, ya



Fig. 1.

que al lavar la lana disminuye mucho el peso, a veces más de la mitad o sólo se obtiene un tercio de lana limpia.

Depende si se realizará un jergón, una frazada, un poncho, el grosor y la suavidad dada a la lana. Luego se reduce a madejas. Para eso se utiliza la ayuda de los niños que con los brazos levantados colaboran a la tarea, o si no, se trabaja sentado usando las rodillas como medida para realizar la tarea.

Si en el trabajo a realizar se utilizará la lana en color natural, luego

del lavado se devana en ovillos del tamaño de una pelota de regular tamaño.

Para trabajar con lanas de colores, previo al ovillado hay que teñir la lana. La mayoría de las mujeres que se dedican al teñido, utilizan para tal menester las antiguas ollas de barro. Las tienen como herencia de sus antepasados. No les ha interesado si se trataba de piezas con pinturas de los indios de la zona, o eran de rústica hechura. La tradición las hace utilizar para colocarlas al fuego para hacer hervir la lana con el tinte que se desee y no es posible que se dejen de hacer uso de ella, porque sólo "saben" teñir en esas ollas de barro.

El comercio, aunque escaso en la zona, hace que se compren "onzas" de tinte artificial a \$ 10 o más cada una, según el negocio que lo trajo de San Juan o Jáchal, pero como se trata de realizar una "obra" con lanas de determinados colores que a veces no hay en los negocios, se procede a utilizar los materiales de la zona, los que muchas veces se prefiere por los colores naturales que se obtienen.

Así podemos decir que se utilizan con muy buen éxito, los siguientes elementos:

El grafito, polvo que se obtiene y extrae de las minas. Se utiliza haciendo hervir dicho ingrediente molido, durante un rato y luego se pone el hilo en la tintura hirviendo y luego se deja en el recipiente que se hirvió hasta que se enfríe.

La *chilca dulce*, que se cría en las orillas de los canales se utiliza para teñir la lana en color amarillo fuerte.

Para obtener un color marrón oscuro se hierve la cáscara de *eucalipto*, durante varias horas hasta que el agua obtiene una coloración muy oscura en la que se coloca la lana que se teñirá. Según el tiempo en que se hierva la lana en la cocción mencionada será la tonalidad que adquiera. Hay que tener en cuenta esto, ya que como se deja enfriar la lana en la tintura, se deben contar ambos tiempos para lograr el tono que se desee.

Si se machaca la cáscara del *visco* y se hace hervir la lana en la citada infusión se obtiene el color vicuña, tan apreciado en los ponchos. Se usa la raíz del citado árbol para obtener el mismo color.

También para obtener el mismo color vicuña se puede usar la raíz de *Pata*. Se hace hervir las raíces limpias y machacadas hasta obtener un color oscuro. Hay quienes utilizan este tinte para la prenda confeccionada, porque estiman que a veces les puede faltar lana si la tiñen a ésta primero.

La cáscara de *sauce* sirve para obtener un color rubio.

Lo mismo se puede obtener utilizando la cáscara de la *cebolla*, que se cultiva en toda la zona.

Algunas mujeres cortan la cáscara del *algarrobo*, por las listas negras donde tiene resina y la hacen hervir. La aprovechan así para obtener el color amarillo, que es muy apreciado en la zona.

Con el "*azafrán bastardo*", sustituto del azafrán verdadero en las comidas, obtienen un rojo brillante.

De los montes, el *fique* también se utiliza para obtener un verde amarillento.

Muchos otros productos debieron ser utilizados en la zona. Los hombres de ciencia que estudiaron las culturas indígenas en Argentina citan a otros, pero no hemos visto usarlos durante nuestras estadas en la región, por lo que sólo nos referimos a los que en la actualidad quedan de la experiencia que les ha demostrado que las plantas típicas de la zona son mejotes tintóreas y más económicas que los productos artificiales.

Después del proceso de tintura, la lana se lava con agua clara, se deja secar y se hacen los ovillos.

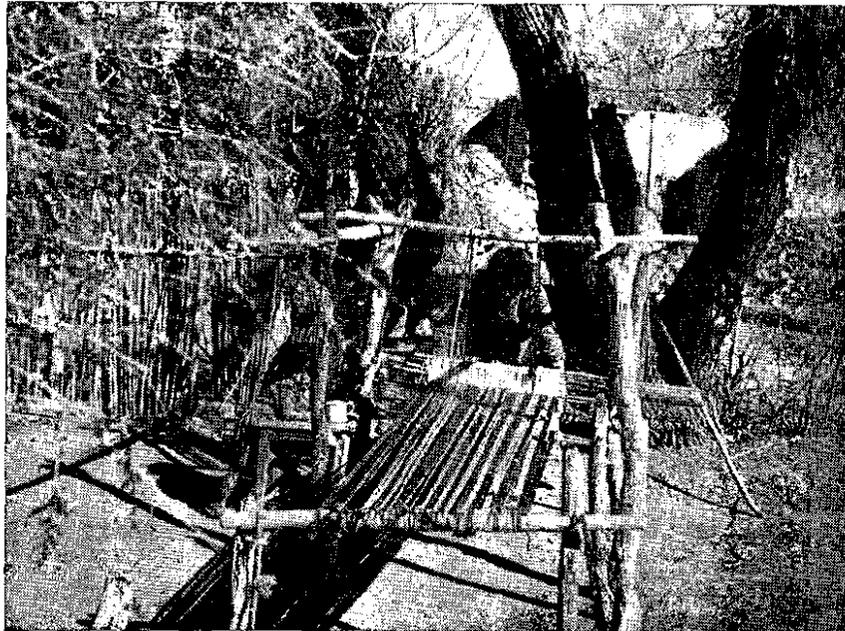


Fig. 2.

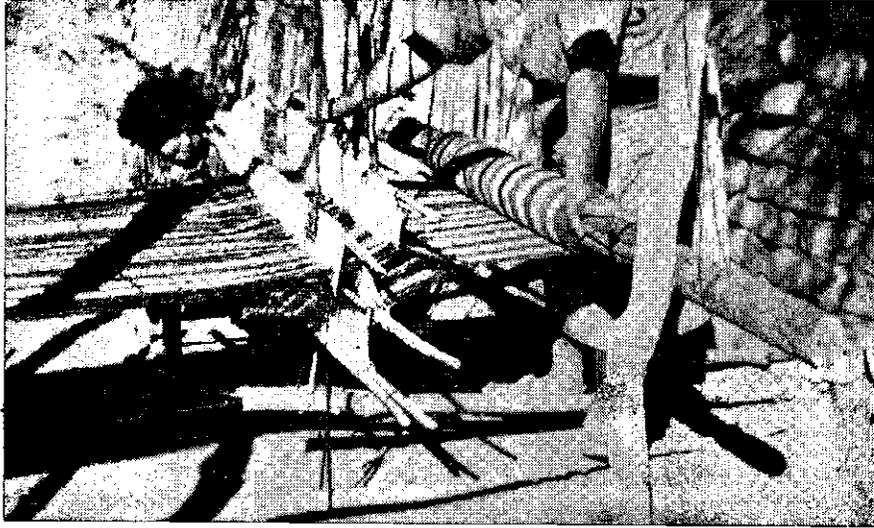


Fig. 3.

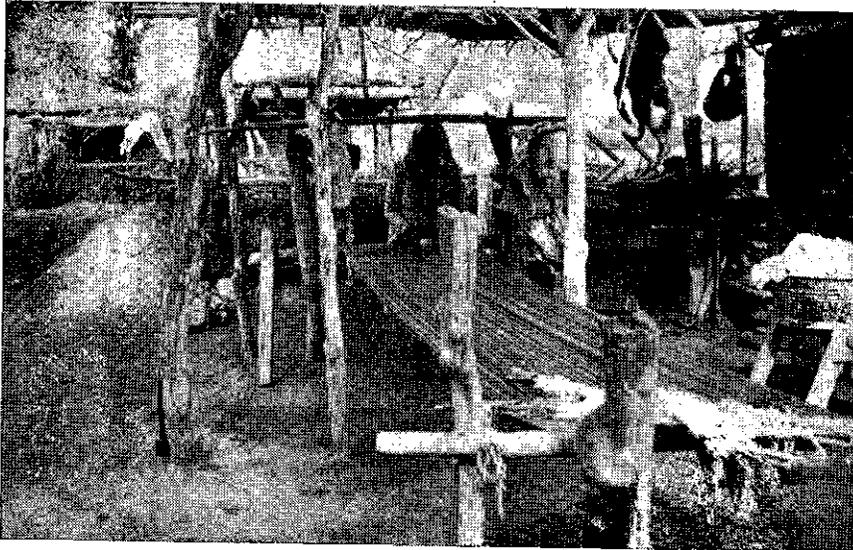


Fig. 4.

Se inicia entonces, la tarea propiamente dicha del trabajo textil. Hechos los ovillos viene la urdida. Se construye con cuatro palos en forma de rectángulo, o seis si el tejido será muy largo. En las partes más angostas se colocan dos palos que serán los sostenes de las lanas y se hace pasar la lana desde un palo al otro, teniendo cuidado que se queden los hilos uno junto al otro. Se repite la operación tantas veces como sea el ancho de la prenda a realizarse. Este trabajo se hace a veces con hilos de diferentes colores y entonces se van contando los hilos de los colores a utilizarse.

El telar (Fig. 2) tiene distintas medidas según el tamaño de la tela que se pretenda realizar. En muchas casas los palos del telar están fijos y se mantienen durante todo el año, aun cuando no sea época de realizar "obra". El telar se coloca al reparo de un corredor o de un árbol (Fig. 3), si bien en muchas casas no se cuenta con la sombra necesaria para que la mujer pueda trabajar sin recibir los rayos del sol. Consta de cuatro horcones de aproximadamente un metro y medio de altura, con el propósito de apoyar a los palos que sostendrán verticalmente a los "lizados" de la trama. Los "lizados" se colocan cuando se va a iniciar la tarea y se comunican en la parte inferior por medio de lazos (Fig. 4) que son accionados con los pedales. Cada pie acciona uno de los lizados y así se mueven alternativamente los pies. Cuando se cruzan los hilos de la tela por la acción mencionada se introduce el hilo de la trama, que a veces es hilo de algodón blanco, para "hacerlo más resistente", o de lana, según el deseo de la tejedora o de la persona que encargó el trabajo.

Cada vez que se hace el movimiento de los mencionados, se introduce una tabla llamada "pala", entre los hilos con el fin de golpear la tela para arrimar bien el hilo de la trama de la "obra" y hacerla compacta y uniforme en toda su extensión.

La tela se va envolviendo en el palo giratorio que es movido por la tejedora a medida que va realizando su trabajo.

Para que la trama esté siempre tirante, se ata con tiras de cuero que se sostiene a los palos colocados fijos en los lugares dispuestos para la tarea. Hay casas donde hay varios postes, para que la unión del palo que sostiene la urdimbre a los postes no sea muy larga y se mantenga más firme el trabajo.

Cuando se trata de un poncho, se termina el trabajo poniéndole flecos que se hacen aparte de lana de color más oscuro. Se trabaja con un "peine" y paleta (Fig. 5) para recibir el fleco que se hace de un largo adecuado al poncho.

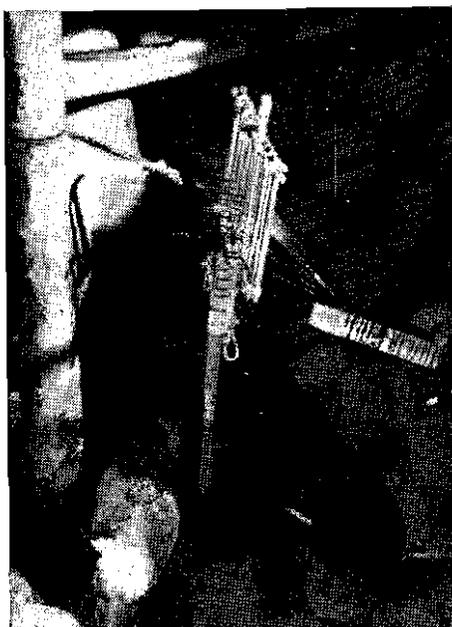


Fig. 5.

Algunos de los pobladores de Huaco, que no tienen tierras o son muy ancianas, han hecho de esta actividad ya casi olvidada su medio de vida. Personas de Jáchal y de San Juan les encargan la "obra" o ellas hacen algunas en previsión de posibles compradores. Sería conveniente por ello impulsar aún más esta artesanía para impulsar el trabajo y no perder una tradición.

EL 35º CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS
(MÉXICO, 19-25 DE AGOSTO 1962)

Por JUAN SCHOBINGER

Tuvo características sobresalientes por su interés e importancia, por el número de participantes (se nos mencionó la cifra record de unos 1100 inscriptos) y por el digno marco en que se desarrolló. Estos Congresos dedicados a todos los estudios de carácter antropológico referentes al continente americano se iniciaron en 1875 en Nancy (Francia); al disponerse su realización cada dos años, alternando un país europeo con otro americano, el primero de éstos fue precisamente México, en octubre de 1895. Otras dos sesiones tuvieron lugar en 1910 y en 1939, siendo pues la de 1962 la cuarta vez que americanistas de todo el mundo se reúnen en la bella capital mexicana. El comité organizador se hallaba encabezado por los profesores Dr. Ignacio Bernal como presidente y Dr. Miguel León Portilla como Secretario General. Las reuniones se realizaron en las salas del moderno pabellón de congresos del Centro Médico. Además de las sesiones de trabajo subdivididas en secciones temáticas o geográficas, se puso especial empeño en la organización de diversos *symposium* sobre temas amplios y fundamentales, con participantes previamente invitados y eventual resumen del estado actual de la cuestión por parte del presidente u organizador de cada simposio. Fueron los siguientes: Persistencia y cambio entre tribus amazónicas; Nomenclatura del instrumental lítico; Lenguas y culturas indígenas y el cristianismo; Semejanzas y diferencias entre las culturas de las tierras altas y bajas del área maya; Métodos y resultados de la acción indigenista en América; Antropología física de indígenas de Mesoamérica; Relaciones de las culturas del Nuevo Mundo; El desarrollo agrícola de las comunidades indígenas y campesinas; El proceso de urbanización en Latinoamérica; Los cambios habidos en la cantidad y distribución de la población indígena durante la época colonial; La prehistoria y la arqueología de América y del Nuevo Mundo; Etnobiología; Problemas etnobiológicos de la zona intermedia americana; Arqueología de Oaxaca; Problemas del origen e interrelación de las lenguas indígenas de América; Estudios sobre la población negra en el Nuevo Mundo; Proyecto de Tehuacán. Las sesiones de trabajos fueron dedicadas a los siguientes temas: Arqueología de Mesoamérica A y B, C D y E. (tres sesiones); Agricultura e irrigación; Arqueología de Norteamérica; Horizontes formativos de Sudamérica; Etnografía Americana; Aspectos cronológicos naturales; Arqueología maya; Calendarios y códices; Folklore; Industrias líticas; Aculturación; Conservación, salvamento, restauración, etc.; Arqueología americana; Etnología de Mesoamérica; Lingüística; Religión y deidades; Etnología de Sudamérica; Antropología física; Historia; Arqueología de Centroamérica; Etnología de Norteamérica; Patrones sociales; Demografía e Historia. Como se ve, un programa denso y variado. Aun reduciéndose a los temas arqueológicos, como lo hizo el informante, era imposible asistir a todas las sesiones de mayor interés personal.

El 20 de agosto tuvo lugar la sesión solemne de apertura, con la presencia

de miembros del gobierno mexicano encabezados por el presidente, Lic. Adolfo López Mateos quien, tras los discursos y saludos de práctica, declaró inaugurado el Congreso, bajo la advocación de su lema de "La paz por la cultura y la cultura para la paz". Se dijo en aquella oportunidad que hasta hace poco el indígena americano no era considerado más que como siervo dócil, como ilustración dramática del paisaje, pero que ahora "empieza a ser un problema vivo, una protesta patética, el reclamo de una obra de integración social amplia, justa e imprescindible" (J. Torres Bodet, Secretario de Educación Pública). Observamos que, efectivamente, en México, el "Indigenismo" se halla muy avanzado, tanto en la labor de asistencia e integración de las comunidades indígenas existentes (se calcula en 3.000.000 el número de indios existentes en ese país), como en el sentimiento mismo de comunión y familiaridad con todo lo indígena reinante en general. Así también puede decirse que gozan de "popularidad" los museos y monumentos arqueológicos, como lo gozó en cierto modo el mismo Congreso.

Otros actos oficiales del Congreso fueron: almuerzo típico en el palacio de Chapultepec (día 20), recepción en la Secretaría de Relaciones Exteriores (21), sesión de películas antropológicas mexicanas (22), comida en el ex convento de Churubusco (23), comida ofrecida por el Rector de la Universidad a una parte de los congresistas (24), función especial de Ballet Folklórico de México (espectáculo agradable y de alta calidad (24), sesión plenaria de clausura y cena de despedida (25). Además se nos ofreció una "charreada de gala", espectáculo de destreza basado en trabajos ganaderos (día 26) y una excursión a la gran metrópoli arqueológica de Teotihuacán el 27, a cuyo regreso visitóse también el museo de Prehistoria de Tepexpan, construido en el lugar donde hace 15 años se exhumaron los restos de un individuo de 11.000 años de antigüedad.

Es imposible resumir ni aun someramente los principales trabajos presentados; mencionaré únicamente algunos de los escuchados, en especial dentro de la esfera prehistórico-arqueológica. El simposio sobre nomenclatura del instrumental lítico tuvo como coordinador al prof. José Luis Lorenzo, tocándose temas técnicos y de métodos de ilustración, de carácter no sólo americanista sino general. Estudios tipológicos y regionales abarcó la sección de arqueología de Mesoamérica, a cargo principalmente de investigadores mexicanos. Me resultó de especial interés la presentación de pinturas del valle de Oaxaca, probablemente relacionadas con una industria precerámica de la zona, por M. Messmacher. Bajo Horizontes Formativos se incluyeron trabajos de D. Thompson sobre la arquitectura de dicho período en el valle de Casma (Perú), uno de crítica conceptual y nomenclatoria de Vera Birrell, y una buena síntesis e interpretación de las tradiciones culturales "formativas" en el área peruano-boliviana por L. Lumbreras. La sección sobre geocronología mostró los resultados de recientes aplicaciones de los modernos métodos cronológicos naturales en el área mexicana; se habló de dendrocronología, identificación de carbones de madera, el "coeficiente de Emberger"; F. Mooser y R. Márquez presentaron estudios geológicos en la región centro-occidental de Puebla, comunicando un importante hallazgo de una punta de proyectil lítica bajo la pelvis de un mamut que tuvieron oportunidad de exhumar. José L. Lorenzo mostró sus relevantes dotes de investigador con su comunicación sobre "Paleoclima y estratigrafía en la cuenca de México"; S. White presentó los interesantes resultados de un estudio geológico y glaciológico efectuado en las faldas del volcán Ixtaccíhuatl (5326 m), donde distinguió cuatro períodos de avance y retroceso de los glaciares, probablemente correlacionados con los cuatro períodos de la glaciación Wisconsin de Norteamérica. Uno de los más importantes simposios fue el dedicado a las relaciones de las culturas americanas, organizado por la conocida pareja de arqueólogos Clifford Evans y Betty Meggers. Las respectivas síntesis regionales estuvieron a cargo, tras palabras introductorias de

I. Bernal, de Charles di Peso (N. de México), R. Piña Chan (Centro de México), M. Coe (S. de Mesoamérica), C. Baudez y Ch. Mc.Gimsey (América Central), C. Angulo Valdés (Colombia), M. Sanoja (Venezuela), C. Evans y E. Estrada (Ecuador), A. Kidder, L. Lumbreras y D. Smith (Andes Centrales), A. R. González (Sudamérica meridional), F. Altenfelder Silva y B. Meggers (Brasil), con unas "concluding remarks" por la Dra. Meggers. Deben destacarse, entre otras, la brillante disertación del Dr. González, centrada en el área del N. O. argentino, y la del Dr. Evans, en la que quedaron plenamente aceptadas las vinculaciones extracontinentales de las más antiguas culturas cerámicas de la costa ecuatoriana, según los hallazgos del prematuramente desaparecido arqueólogo Emilio Estrada.

Informes sobre excavaciones y estudios tipológico-culturales abarcó la sección Arqueología Maya. En la de Industrias Líticas habló el prof. D. E. Ibarra Grasso sobre su interpretación de las más antiguas industrias líticas de América del Sur, efectuando algunas comparaciones con el hemisferio norte. En otra reunión especial con especialistas norteamericanos y argentinos dedicada a examinar sus hallazgos precerámicos en el altiplano boliviano (realizada a instancias del Dr. Carl Compton, director del "Instituto Interamericano"), aquéllos admitieron la probable alta antigüedad —10.000 a. J. C. o más— de la fase más antigua de aquéllos. Se está llegando así a la aceptación también por parte de aquéllos, de la existencia de una antigua fase paleolítica evidenciada en lo arqueológico por instrumentos grandes y toscos en todo el continente. D. Sander informó sobre material lítico, incluso bellas puntas acanaladas, hallado en los bordes de un lago de Panamá. Lorena Mirambell presentó los primeros resultados mexicanos de la aplicación de la técnica de análisis microscópico de Semionov para determinar la función que cumplieron los artefactos líticos. Deficiencia metodológica y nomenclatoria acusó la comunicación titulada "Cultura paleolítica: extraños hallazgos en Venezuela", de Luis Oramas, veterano arqueólogo aficionado que resultó el "personaje pintoresco" del Congreso, seguido en esto por A. Garcés. Este último no encontró auditorio para la presentación de su material de la Patagonia y de su peculiar interpretación de las "placas grabadas" de esa región. En una reunión distinta, pero correspondiendo por su tema al de esta sección, deben mencionarse las comunicaciones de H. Müller-Beck sobre sus observaciones en el yacimiento de Viscachani en Bolivia; de E. M. Cigliano sobre los recientes hallazgos de industrias acerámicas en el Noroeste argentino; así como de F. Engel sobre sus hallazgos de los últimos años en la costa del Perú, centrado en los datos sobre la existencia de agricultura entre 5000 y 3000 a. J. C. P. Dauelsberg presentó una comunicación sobre la arqueología regional de la zona de Arica en Chile, y H. Ubbelohde-Doering sobre nuevas excavaciones en Pacatnamo (Perú).

Otro simposio importante y que atrajo a numeroso público fue el titulado "La prehistoria y la arqueología de América y del Viejo Mundo", dirigido por el prof. Pedro Bosch Gimpera. Las disertaciones, siempre seguidas por preguntas y comentarios muchas veces de carácter crítico, fueron las siguientes: Ruth D. Simpson, sobre el hallazgo de una tosca industria lítica en los bordes de un lago pleistoceno hoy seco (Manix Lake), fechada radiocarbónicamente en 17.000 a. J. C., como muestra de un "early lithic horizon", anterior al de las puntas de proyectil del Tardíoglacial; H. Wormington, sobre el problema de la presencia y datación en América de técnicas de tallado similares al paleolítico del Viejo Mundo; C. Chard y B. Pforr, sobre la cerámica Situla del S. O. de Alaska, un trasplante del E. de Asia al Nuevo Mundo; R. MacNeish, sobre contactos culturales con el Asia vistos desde el N. O. de América; D. Kelley, sobre el problema de vinculaciones lingüísticas transpacíficas (que, con algunas reticencias son aceptadas, aunque en algún caso partiendo desde América hacia la Polinesia); D. E. Ibarra Grasso, sobre la existencia generalizada de hachas líticas que imitan formas originariamente en

metal; Vera Birtell, sobre posibles contactos transpacíficos con Polinesia; G. Eckholm, sobre posible origen chino del cántaro cilíndrico trípode de Teotihuacán y algunos aspectos relacionados; R. von Heine Geldern, sobre las influencias transoceánicas manifiestas en algunas realizaciones de las altas culturas americanas (por ej. en el arte maya posclásico); la de Alfonso Caso fue en cierto modo una réplica a aquél, con una crítica al método comparativo que en realidad se refirió solamente a sus malas aplicaciones, y mostrando una extemporánea adhesión al "monroísmo arqueológico"; P. Kirchhoff presentó un meduloso trabajo de comparación entre los sistemas calendáricos de Mesoamérica y algunos del S. E. de Asia, que muestran una notable coincidencia estructural e ideológica, indicando así la difusión de un gran sistema religioso desde India a México; D. Dragoó habló sobre la posible relación de manifestaciones de culto norteamericanas con las culturas de Centro América y Asia; finalmente, O. Prüfer planteó el problema de la vinculación de la cultura de Hopewell (200 a.J.C.-800 d.J.C.), caracterizada por sus túmulos funerarios, con Mesoamérica y Asia. Como se ve, el tema de las vinculaciones extracontinentales sigue controvertido e inseguro, pero su aceptación se va haciendo cada vez más general. Debe decirse que los estudiosos norteamericanos están llegando un tanto penosamente, a lo que los europeos y algunos sudamericanos habían vislumbrado con certeza hace ya más de 30 años. (Estos no necesitaron de la prueba arqueológica directa para ello; bastó una rigurosa metodología histórico-etnológica).

La sección Arqueología Americana incluyó, comunicaciones de E. Linares Málaga sobre la arqueología de la región de Arequipa (Perú); Ursula Cowgill y G. Hutchinson, sobre un estudio estratigráfico en El Bajo de Santa Fe (EE. UU); R. Bullen, sobre la secuencia cerámica en las Islas Vírgenes; y J. Alcina Franch, sobre un monolito de Tiahuanaco que se conserva en Valencia (España). El que escribe presentó aquí su comunicación titulada "Investigaciones arqueológicas en la provincia de San Juan (República Argentina)", ilustrada con diapositivos. En el simposio sobre Arqueología de Oaxaca se presentaron interesantes estudios etnohistóricos y arqueológicos sobre las culturas mixteca y zapoteca, por parte de miembros del Instituto Nacional de Antropología e Historia y del Mexico City Collège, entre ellos la excavación de una importante serie de tumbas en Zaachila por parte de R. Gallegos.

Los delegados del Uruguay E. Petit Muñoz y V. Bonino de Langguth presentaron informes sobre enterratorios y material arqueológico de ese país.

Especial interés tuvo el simposio realizado el último día de sesiones, dedicado a los primeros resultados del "Proyecto arqueológico-botánico de Tehuacán". Esta región situada al S. E. de Puebla fue elegida por su condición teóricamente favorable para el más antiguo desarrollo de la agricultura en Mesoamérica. El proyecto fue auspiciado por la Peabody Foundation y dirigido por Richard MacNeish (arqueólogo del Museo Nacional de Ottawa), con diversos colaboradores entre ellos los informantes en el simposio: D. Byers (Introducción), A. García Cook (Excavaciones y su secuencia cronológica), T. Nelkin, investigadora francesa (Secuencia tipológica de los artefactos), M. Fowler (Origen de la agricultura visto desde Tehuacán), C. Smith (Las botánicas de Tehuacán en el pasado y el presente, y sus implicaciones relativas a los comienzos de la civilización), realizando MacNeish un sumario final de la secuencia arqueológica. Según nuestros fragmentarios apuntes, los resultados más importantes fueron los siguientes: se excavaron 16 sitios, algunos en cuevas y otros al aire libre, que proporcionaron hallazgos desde 9000 a. J.C. hasta la época de la Conquista; se establecieron tres fases precerámicas entre 9000 y 2000 a. J.C., denominadas según los yacimientos de Ajureado, El Riego y Coxcatlán, con abundancia de puntas de proyectil y otros instrumentos; a partir de 6000 a. J.C. aparecen morteros de piedra para

pintura, que luego pasan a ser vasos de piedra y cuya forma pasa posteriormente a la cerámica; y sobre todo: hay trazas de maíz cultivado en 5000 a. J.C., descubrimiento revolucionario por cierto y que señala a Mesoamérica como el más antiguo centro de cultivo de esta planta. También se cultivaban leguminosas.

Digamos, para finalizar, que el Congreso fue una buena oportunidad de establecer nuevos vínculos personales y reanudar los establecidos en el anterior; entre los primeros se hallan sobre todo diversos arqueólogos mexicanos. El día 24 un grupo de congresistas visitó el Departamento de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia, equipado de modernos laboratorios (paleobotánica, paleontología, química y mineralogía, restauración de materiales, etc.) por iniciativa de su director J. L. Lorenzo. El 28 dos integrantes de la delegación argentina pudimos examinar en el Museo los restos óseos del Hombre de Tepexpan y otros materiales paleoantropológicos hallados en años recientes.

En la sesión plenaria de clausura se resolvió por unanimidad aceptar la invitación oficial de la delegación española (encabezada por el prof. L. Pericot) para realizar en ese país el próximo Congreso Internacional de Americanistas. Como es usual, para esa época —1964— se hallarán impresos los trabajos presentados al que acaba de realizarse.

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA
EN 1962

Excursiones y trabajos de campo: Miembros y colaboradores del Instituto realizaron varias excursiones al paradero de Agrelo, incluso una con alumnos en la que se hizo un ejercicio de técnica en la excavación (14.IV). El 28.X se realizó una excursión a la zona de Tupungato, recorriéndose bajo la guía del Sr. Juan Castro paraderos ubicados a lo largo del río Anchayuyo.

En marzo se realizó una excursión al departamento Malargüe, de documentación etnográfica y arqueológica, bajo la guía del Sr. Agüero Blanch. Prospección del cementerio de Mechenquil y de dos paraderos cercanos; un paradero en Coipolauquén; visita a la "Cueva de la Bruja" (zona de Bardas Blancas); un paradero al sur de la laguna Llaucanelo; relevamiento de una pintura rupestre en Punta de Carapacho, en la misma zona.

Se realizaron tres viajes al norte de la provincia de San Juan; en la primera (15-18.II) se realiza la prospección de un yacimiento en La Ciénaga y de un cementerio y paradero en Huaco, y el relevamiento de la rica estación de arte rupestre de la quebrada de Conconta. En la segunda (mayo) se procede a la prospección, bajo la guía del Sr. Ramón Isidoro Luján, del gran yacimiento de Pachimoco, y a una excavación con extracción de tres esqueletos. Prospección y relevamiento de las ruinas del poblado de Paso de Lámar (situadas al norte de Huaco) y de petroglifos asociados. Estudio de la colección arqueológica del Sr. Luján (Jáchal). Durante la misma excursión la prof. Lube Roitman realiza estudios de antropología social en Huaco. La tercer excursión tuvo por objeto continuar el estudio de la colección Luján, y examinar la formada por la Sra. de Safracina, directora de la escuela de Angualasto, con visita del yacimiento de este lugar. El doctor Schobinger pronuncia en Jáchal una conferencia sobre la arqueología de San Juan, auspiciada por el Rotary Club local.

La Sra. K. de Saurina realiza un estudio de folklore material en la zona de San Agustín (Valle Fértil), prov. San Juan.

A fines de septiembre el prof. Castañeda efectúa una excursión a la zona de las Lagunas de Guanacache.

Conferencias y cursillos: Invitados por la Facultad, en el mes de mayo pronunciaron sendas conferencias dedicadas a los alumnos el Dr. Alberto Rex González (sobre los grupos culturales del Noroeste y su cronología) y la Srta. Prof. Ana María Lorandi (sobre el arte rupestre del Noroeste). Con ambos se realizó una excursión de visita a lugares arqueológicos de Uspallata. Por la misma época el Dr. González pronuncia una conferencia organizada por la Dirección Provincial de Cultura sobre las excavaciones de salvamento en Nubia, a la que se adhiere la Sociedad Amigos de la Arqueología.

En abril el Dr. Schobinger dio diversas clases sobre temas antropológicos en la Facultad de Ciencias Médicas. El 9.XI dio una conferencia, para la Sociedad Amigos de la Arqueología, titulada "México, paraíso de la arqueología". Entre el 23.X y el 16.XI dio un cursillo sobre Historia del Antiguo Oriente, para alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Anales de Arqueología y Etnología: En agosto terminó de imprimir el tomo XVI, correspondiente a 1961 (y también, de hecho, a 1960). Consta de 334 páginas con ilustraciones incluidas, 50 de las cuales fueron sufragadas mediante un subsidio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Museo: Con regular asistencia (incluidos grupos estudiantiles) permaneció abierto en su horario habitual el Museo Arqueológico instalado en el local de la Junta de Estudios Históricos. Se recibieron en calidad de préstamo algunas interesantes series de material (de Costa Rica, por el Ing. Antonio López Guíñazú; de México, por el Dr. J. Schobinger; de San Juan, por la Sra. Josefina Aubone de Ossa). Se mejoró la instalación del depósito y laboratorio, continuándose las labores de reconstrucción a cargo del Sr. Julio Ferrari.

Se colaboró en la exposición de artesanía regional de la Escuela "María Elena Champeau", en el salón de la Biblioteca Gral. San Martín, con la organización de una muestra arqueológico-folklórica titulada "La artesanía regional a través del tiempo" (11-18. XI).

Biblioteca: Se gestionó y logró la aprobación de la compra de la biblioteca que perteneciera al prof. S. Canals Frau, ofrecida en condiciones muy ventajosas por sus familiares. Desgraciadamente, la falta de medios de pago de la Universidad ha demorado la concreción de esta operación tan valiosa para el Instituto, con lo cual pasará a poseer la más importante biblioteca especializada en ciencias antropológicas del interior del país. (Consta de unos 1000 libros y 2500 folletos y tomos de revistas).

Se continuó el inventario de la Biblioteca Vignati, y se inició una amplia reordenación de todo el material bibliográfico existente.

Participación en Congresos: El Dr. Schobinger realizó un viaje de estudios a México, donde visitó importantes yacimientos arqueológicos y museos y participó en el 35º Congreso Internacional de Americanistas como delegado de la U. N. C. (que tuvo lugar del 18 al 25 de agosto). Presentó una comunicación titulada "Investigaciones arqueológicas en la provincia de San Juan (República Argentina)". (Ver informe sobre el Congreso en este mismo tomo). Estuvo también en Chicago (EE. UU.), donde visitó museos, y en una breve estadía en Lima visitó museos y la Universidad, y el yacimiento arqueológico de Ancón.

Al Primer Congreso de Folklore Cuyano (San Juan, 7-12 de noviembre) asistieron en representación de la Facultad y el Instituto las profs. Ketty Böhm de Saurina, Lube S. Roitman y el Sr. Vicente Orlando Agüero Blanch. Sus comunicaciones versaron respectivamente sobre "La vivienda natural en Valle Fértil", "La tejeduría en Huaco", y "Prácticas mortuorias en el sur de Mendoza".

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA EN 1963

A) TRABAJOS DE CAMPO

Excursión al valle de Calingasta. - Del 7 al 10 de marzo el director del Instituto Dr. Juan Schobinger, acompañado del prof. Pablo Sacchero y del Sr. Bernardo Rázquin, y con la guía del Sr. Jorge Escudero, de San Juan, realizaron una excursión a la zona de Calingasta, al oeste de dicha provincia. Se relevaron varios grupos de petroglifos situados en Tamberías y sobre los ríos El Palque y Totorá, descubriendo en este último lugar la primera pictografía conocida de esta zona,

consistente en unas curiosas figuras geométricas. Se amplió el estudio de dos extensos conjuntos de petroglifos situados en Barreal, y en la estancia "El Leoncito de Arriba", en la sierra del Tontal, se localizaron otros dos grupos con magníficas representaciones de máscaras. Se recorrió el poblado de Barrealito y el paradero "de las Ancuviñas" de Sorocayense (conocido en tiempos de Debenedetti como "Alto de Román"), recogiendo muestras de cerámica. Se obtuvieron datos de una momia hallada al pie de uno de los conjuntos de petroglifos de Barreal, destruida por ineptitud de los descubridores.

Excavaciones en Pachimoco (Jáchal, prov. San Juan). - Del 7 al 14 de abril el Instituto realizó, con el auspicio de la Facultad de Filosofía y Letras, el primer Cursillo Práctico de Trabajo de Campo en el extenso "barreal" de Pachimoco, cerca de Jáchal. Dirigido por los profesores Schobinger y Sacchero y con asistencia de personal del Instituto y alumnos de la Facultad, los trabajos tuvieron un doble fin didáctico y científico. En el primero se familiarizó a los alumnos con las modernas técnicas de excavación y registro, en el segundo se encararon algunos problemas del conocimiento cultural de las poblaciones prehistóricas del lugar. Se efectuaron cortes estratigráficos en cinco sitios: dos restos de habitaciones de barro apisonado, un enterratorio, un cántaro aislado, y un pozo tentativo en una zona caracterizada por fragmentos superficiales de cerámica gris y grabada. Esta, menos frecuente, se considera de un período más antiguo que la de la zona de las habitaciones, que es gruesa y con trazos geométricos pintados en rojo, conocida como de Angualasto. A este último período de ocupación indígena deben adscribirse dichas viviendas, cuyo piso de barro endurecido fue identificado. Las piezas óseas del enterratorio se hallaban sólo parcialmente articuladas, probablemente por una remoción natural del terreno. Se obtuvieron restos de cerámica, cestería y tejido, cuentas de collar de piedra y dos aritos espiralados de cohre. Superficialmente se recogieron en distintos puntos numerosos fragmentos cerámicos, incluso algunos de tipo "diaguíta-chileno", finas puntas de flecha, un fragmento de pipa, un ídolo de piedra de forma escalonada, y un magnífico lagarto de 7 cm. de largo, verdadera miniatura estilizada, trabajado en piedra basáltica. Un ahuecamiento en la espalda indica la representación votiva de una fuente de ofrenda. Su hallazgo superficial en terreno bastante transitado sugiere que debe haber aflorado en tiempo muy reciente de algún enterratorio, al que acompañaba tal vez como talismán u objeto mágico-simbólico. Estas piezas han pasado a exponerse en el Museo Arqueológico del Instituto.

Excavación de un enterratorio colectivo cerca de Mendoza. - En un canal colector en construcción, a algunos kilómetros al oeste de la destilería de Y.P.F. en Luján (al Sud de la ciudad de Mendoza), la lluvia produjo a mediados de marzo un socavón de más de cien metros de largo y dos de profundidad. En un sitio del mismo se observó el afloramiento de un fuerte estrato con huesos humanos, parcialmente arrastrados por el agua. Informado el Instituto, procedióse durante la primera quincena de mayo a una excavación sistemática, contando con la colaboración de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras y miembros de la Sociedad Amigos de la Arqueología (Mendoza).

Se removieron más de diez metros cúbicos de tierra hasta poner al descubierto un enterratorio colectivo de antigüedad incierta, seguramente prehispánica. Así lo atestiguan no sólo la profundidad (3.70 m del suelo actual) y la distri-

bución de los esqueletos, sino, sobre todo, los objetos asociados: dos puntas de flecha de tamaño grande, sin pedúnculo, sobre extremidades de uno de los individuos, un adorno colgante de hueso con perforación y un fragmento de moleta de piedra. No apareció cerámica aunque se recogieron algunos fragmentos en los campos circundantes.

El total de individuos allí enterrados debió ascender a un mínimo de doce, incluso dos párvulos. Muchos esqueletos parecen haber sido revueltos por presión de la tierra. No obstante, se identificaron tres colocados paralelamente en posición alargada, dos con la cabeza hacia el noroeste y uno —el de las flechas, probablemente colocadas como ofrenda— hacia el sudeste. Interesante costumbre funeraria que hace recordar un conjunto similar excavado el año anterior en Pachimoco, San Juan. Hay que admitir la muerte violenta de una parte de estos individuos, a fin de acompañar a uno (el jefe?) a ultratumba.

Expedición a la zona occidental del Famatina, con ascensión al cerro Negro Overo (6050 m) (prov. La Rioja). - En 1941 el geólogo Dr. H. Harrington llegó por primera vez a la cumbre del Negro Overo, segundo en altura de la Sierra de Famatina. En su testimonio anotó la existencia de un pequeño "corral de indios", rodeado de astas de cérvidos desparramados por el suelo. En 1960 el andinista Erico Groch, de San Juan, realizó junto con su hija la segunda ascensión (primera desde el lado Oeste). Pudieron observar lo mismo, y presintiendo su posible interés arqueológico, se pusieron en contacto con el Dr. Schobinger. Este relacionó el dato con la cercanía del Camino del Inca —que cruza la Sierra de Famatina unos kilómetros más al norte— y con la existencia de una "tambería" (llamada de la Pampa Real, de la que dio una noticia Rohmeder) al pie de dicho cerro hacia el N.E., así como con la costumbre incaica de erigir construcciones de carácter sagrado en altas montañas, según lo indican algunos descubrimientos de los últimos años en diversos puntos del área andina meridional.

Programada una nueva ascensión para mediados de este año, se realizó entre el 8 y el 16 de julio una expedición conjunta en la que el Sr. Groch actuó amablemente de guía y de jefe técnico. Acompañó al director del Instituto el Sr. Bernardo Rázuquin, colaborando la Gendarmería Nacional con la provisión de mulares. Después de varios días de ascensión, partiendo desde Vinchina, se alcanzó la cumbre el día 13 a mediodía. Desgraciadamente, el esfuerzo se vio parcialmente malogrado por el intenso viento y la baja temperatura que calculamos entre 15° y 20° bajo cero: fallaron los aparatos fotográficos y la planeada excavación y revisión sistemática del lugar no se pudieron hacer. Pero se alcanzó a observar la pequeña construcción rectangular formada por piedras, muy baja, de unos 7 por 7 metros de lado y orientada según los puntos cardinales; se comprobó la ausencia de fragmentos de cerámica, y se recogieron un asra y un trozo de leña parcialmente quemada.

Consideramos así confirmadas las suposiciones de que se trata aquí de un verdadero *ofrendatorio* de probable edad incaica: la sencilla construcción —que debió implicar un esfuerzo admirable— debió simbolizar un lugar sagrado, al que de vez en cuando un enviado de los poblados vecinos (probablemente los ocupantes de la Tambería de la Pampa Real, dedicados a labores de minería) llegaba aportando astas de venado y tal vez otros objetos como ofrenda para las divinidades de lo Alto.

En los alrededores del puesto Las Pircas (2500 m, a unos 35 Km al E. de Vinchina) se realizaron antes y después de la ascensión algunos interesantes descubrimientos, incluso el de un taller precerámico. El mismo se halla en un pequeño espacio más o menos llano al pie de un cerrito de arenisca en el que afloran nódulos de sílex, aprovechados por los aborígenes para la confección de sus instrumentos; otro de sus bordes termina en la barranca que cae hacia el río Tambillos. Se obtuvieron decenas de lascas y esquirlas, y algunas raederas y buenos raspadores, así como puntas de proyectil enteras y fragmentadas. Estas nos hicieron recordar al material procedente de otros dos sitios precerámicos de esta región: El Totoral en el pie oriental del Famatina, y las nacientes del río Gualcaymayo en el norte de San Juan (inérito), que corresponden a una fase o variante de la industria Ayampitín. Como tal clasificamos también al yacimiento de Las Pircas, aunque de edad algo más reciente y con indicios de otras influencias.

En la misma zona pudieron observarse y documentarse los restos, más o menos bien conservados, del Camino del Inca, que presenta según el caso terraplenes o sostenes laterales de piedras. Poco después se inicia la pronunciada cuesta que lo llevará al otro lado de esa alta serranía. Hoy día se lo sigue a veces utilizando como senda. En otro punto cercano al río Tambillos —que toma de ella su nombre— existen ruinas de habitaciones de piedra, en la que se encuentra cerámica que incluye tipos incaicos. En las cercanías relevóse un petroglifo que representa una "máscara" un tanto deformada. En otro sitio cercano al camino observóse un círculo de piedras de 15 m de diámetro, así como restos de un sistema de acequias.

Algo más arriba de Las Pircas fue exhumado hace un tiempo un "vaso-pato" de hermosa estilización, que logró ser adquirido. Su tipo no es incaico, y ello nos permite afirmar que, si bien dominada por los representantes del imperio cuzqueño, la población que vivía en los "tambos" cercanos al Camino del Inca debió ser en su mayoría de la zona y continuadora en buena parte de sus tradiciones. Lo mismo podría suponerse de los petroglifos, de los que se encontraron otros dos al lado del camino en el amplio cono de deyección que se abre hacia el valle de Vinchina; su estilo es irregular. En sus cercanías se abre un curioso alineamiento paralelo de rodados graníticos orientado de S.E. a N.O., cuyo significado se nos escapa.

Al cruzar la zona medanosa cercana al río Valle Hermoso bordeamos extensos paraderos y talleres cuyo estudio seguramente sería fructífero. Más cerca de Vinchina, se recogieron materiales cerámicos en dos yacimientos, cuyos tipos repiten en su mayoría los de Pachimoco y Angualasto. En uno de ellos, situado al O. del río La Troya (Bermejo), existen parcialmente alineados cinco círculos de piedras, uno muy amplio formado por piedras de diferentes colores. Sin duda tienen un significado cáltico.

En Villa Castell se visitó la hase del cerro El Toro, donde existen ruinas de un poblado estudiado en su tiempo por Aparicio; y se obtuvieron datos de petroglifos situados en la parte posterior de dicho cerro. De la familia Salzwedel se obtuvo en donación un gran cántaro exhumado en su propiedad, que contenía originariamente los restos de dos párvulos.

Excursión a la zona de Valle Fértil (prov. San Juan). - Del 30 de agosto al 1º de septiembre realizóse una excursión de carácter arqueológico y folklórico. En el primer aspecto el director del Instituto asistido por el Sr. J. O. Ferrari

procedió al relevamiento de tres grupos de petroglifos: uno en Ñoquebe, cerca de Chepes (S. de La Rioja), y dos en San Agustín de Valle Fértil, en cuyos alrededores se recorrieron algunos paraderos. En el segundo aspecto la Prof. Sra. de Saurina acompañada de su esposo realizó encuestas y documentaciones en Astica y en San Agustín. En esta población se adquirió un notable conjunto de piezas líticas, integrantes del ajuar de una tumba de la zona, así como otros elementos, que serán publicados en el próximo tomo de los Anales. Sobresalen dos ídolos antropomorfos y dos tubos largos (pipas o sopladores).

Excavación en el Depto. Angaco (prov. San Juan). - Participaron de esta excursión (18-20 de octubre) los Sres. Schobinger, Sacchero, Rázquin, Ferrari y otros acompañantes de San Juan. La misma tuvo por objeto explorar un cementerio indígena situado en el paraje "Los Ranchillos", dpto. Angaco, a 46 Km al N.E. de la capital provincial. Trátase de ocho recintos circulares de 3 a 4 m de diámetro rodeados por una empalizada de ramas que actualmente poco sobresalen del suelo, ubicados sobre un pequeño conjunto de cerritos pedregosos al borde de una antigua salina hoy convertido en barreal. Ofició desinteresadamente de guía para la localización del yacimiento el periodista e historiador sanjuanino Sr. Rogelio Díaz Costa.

Los resultados fueron bastante decepcionantes: no apareció ningún esqueleto entero o con los huesos sin revolver; se encontraron varias mandíbulas inferiores pero ningún cráneo, ni tampoco cerámica; en cambio se recogieron numerosos fragmentos pequeños de tejidos. En el único sitio en que se procedió a una excavación, destapóse una mitad de la línea circular de ramas verticales que sostenían el enterratorio, que en algunos puntos presentaban ramas y paja puestas horizontalmente del lado externo. Nos da la impresión de que se trataba originariamente de estructuras semisubterráneas. A unos 500 m y a unos 1000 m hacia el norte nuestros acompañantes encontraron algunos fragmentos de cerámica, en parte pintados al estilo Angualasto. Se los podría correlacionar en forma tentativa con los enterratorios.

Hemos podido comprobar una vez más el daño que hacen los saqueadores y buscadores de tesoros, y la necesidad de hacer algo por la protección de los yacimientos arqueológicos, empezando por una labor de esclarecimiento y difusión científica.

Expedición a la zona oriental del Famatina, con segunda ascensión al cerro Negro Overo. - Se realizó entre el 24. XI y 3. XII. 1963, participando además del director del Instituto los Sres. Sacchero, Rázquin, E. Groch y la Srta. Alicia Ruiz, con la colaboración —como en las demás ocasiones— del Sr. Américo Moretta como chofer y ayudante. Objeto principal de la misma fue llegar hasta la Tambería de la Pampa Real a fin de realizar su relevamiento y prospección arqueológica, y ascender desde allí por segunda vez el Negro Overo completándose el relevamiento y documentación fotográfica de su cumbre, lo cual fue realizado por los señores Grosch y Rázquin el día 29. En el camino desde Corrales hasta la Tambería se documentaron los rastros del Camino del Inca (existen dos caminos paralelos), tres rocas con petroglifos y un grupo de seis "morteros" en el lecho rocoso de un arroyo. La Tambería, situada a 4000 m de altura, está formada por tres grandes grupos de construcciones, hallándose regular cantidad de fragmentos de cerámica en el suelo, en su mayoría tosca y negro sobre rojo. El arroyo

que corre por las cercanías parece haber sido canalizado en tiempos antiguos. Hallazgo importante fue el de dos pequeños grupos de construcciones en el itinerario a la cumbre del Negro Overo, situados a 4200 y a 5500 m de altura, respectivamente. En el primero se encontró cerámica y en el segundo un trozo de leña quemada. Atribuimos a toda edad incaica.

Luego se realizó una visita al yacimiento de El Totoral, en el borde oeste del valle de Famatina. Se recolectaron algunos fragmentos de cerámica y cierta cantidad de material lítico correspondiente al período precerámico, pero no se llegó a localizar el taller propiamente dicho. Se relevaron algunos toscos petroglifos.

En las cercanías de Chilecito se visitó la "Tambería del Inca" ya conocida, y un paradero cerca del puente ferroviario. En Tambillos, sobre la ruta 40, se localizó un pequeño yacimiento con cerámica, y en la zona de Anchumbil, cerca de Villa Unión, se visitó un interesante grupo de pictografías situadas en la llamada "Quebrada del Inca" (publicadas por Villanueva en 1940).

En La Rioja examinóse la abundante y valiosa colección arqueológica del Museo Inca Huasi, documentándose algunos de sus petroglifos. También se visitó el Museo Samay Huasi en Chilecito, y las colecciones particulares de los señores Buff y Caamaño, en Chilecito y Famatina respectivamente. El fin de todos estos estudios es obtener datos y material de comparación y correlación con el área norte de San Juan, cuyo estudio intensivo es actualmente el principal programa de investigación de este Instituto.

B) OTRAS ACTIVIDADES

Viajes menores. - En febrero el Dr. Schobinger realizó una excursión a la provincia de Córdoba, visitando bajo la guía del Dr. Alberto Rex González las célebres cuevas pintadas del Cerro Colorado. En la Villa de Soro realizó algunas prospecciones.

En septiembre el prof. Ricardo H. Castañeda realizó una prospección en la zona limítrofe de San Juan y Mendoza, obteniendo fragmentos de cerámica de yacimientos superficiales.

En diversas ocasiones se realizaron salidas de un día al paradero de Agrelo, para continuar las prospecciones y excavaciones tentativas iniciadas en 1961; así como a la estancia Canota, donde se identificó el notable petroglifo publicado por primera vez por Francisco P. Moreno en 1890, descubriéndose otras dos rocas con petroglifos en las cercanías, y algún material lítico.

La prof. Lube S. Roitman asistió en septiembre al Congreso Internacional de Sociología en Córdoba (a cuya reunión preparatoria en Santa Fe en el mes de julio también asistió).

El Sr. Vicente Orlando Agüero Blanch realizó a fines de septiembre un viaje al departamento de Malargüe, a fin de ampliar la documentación para su trabajo en preparación sobre la Etnografía General de Malargüe.

Museo y trabajos de gabinete. - El 14 de septiembre quedó reabierto al público el Museo Arqueológico, en el mismo edificio pero en nuevos locales cedidos por la Junta de Estudios Históricos de Mendoza. La muestra ha sido ampliada, agregándose materiales etnográficos y folklóricos.

En agosto quedó reorganizado el gabinete técnico del Instituto. Se obtuvieron sendos contratos para los Sres. Julio Oscar Ferrari como Laboratorista, y el prof. Pablo Sacchero como investigador adscripto, quienes han iniciado el estudio analítico de la cerámica y demás elementos recogidos en Pachimoco y otros lugares de la provincia de San Juan.

Biblioteca y publicaciones. - A principios de año se concretó la adquisición por la Facultad de Filosofía y Letras con destino al Instituto de Arqueología y Etnología de la biblioteca perteneciente al extinto profesor Salvador Canals Frau. Comprende más de mil libros y unos 2200 folletos y números de revistas especializadas. Son de destacar las condiciones extremadamente favorables en que se hizo esta operación, que incluyó como donación parte de las estanterías, el fichero, y algunas piezas arqueológicas del que fuera fundador de nuestro Instituto. Se trabaja ahora en la catalogación y ordenación de este amplio material bibliográfico.

Trabajos de preparación. - Se proyectan continuar los trabajos arqueológicos de campo en la provincia de San Juan, con miras a una publicación de conjunto para cada una de sus áreas. La amplia documentación obtenida sobre el arte rupestre de esta región está siendo elaborada por J. Schobinger para su publicación. Se continuarán además los trabajos relativos a una mejor definición de la cultura de Agrelo en el norte de Mendoza. El prof. Castañeda prepara la publicación del material documentado de la zona del río Desaguadero. Se proyecta también publicar la amplia serie lítica del sur de Mendoza de V. O. Agüero Blanch.

El personal de cátedra y del Instituto orientado hacia las disciplinas antropológico-sociales elabora trabajos sobre Huaco (L. Roitman) y Valle Fértil (K. B. de Saurina), en la provincia de San Juan, y Malargüe (V. O. Agüero Blanch), en la prov. de Mendoza.

RESEÑAS

a) Generalidades y Viejo Mundo

ALMAGRO BASCH, Martín: *Introducción al estudio de la Prehistoria*. 190 pp. Ed. Guadarrama, Madrid, 1960.

El conocido investigador español escribió este libro debido a la escasez en España de verdaderos prehistoriadores de vocación y de obras especializadas en metodología prehistórica. Ya anteriormente, él mismo había escrito una *Introducción a la Arqueología*.

La obra cuenta con cuatro partes escritas con un estilo flúido y muy fácil de seguir, haciéndose su lectura amena y agradable. Además, siendo su autor catedrático, ha sabido darle un sentido pedagógico y ágil, muy apropiado para el alumno o para el no especializado, a quienes, en verdad, está dirigido el libro. Pero no por ello ha de creer el docente o el perito en la materia que es elemental, pues desarrolla en forma muy clara aspectos un poco confusos, como es el de la nomenclatura que se da en distintos países a los periodos diversos de la Prehistoria. Esto está tratado en la primera parte del libro.

Un poco antes, el profesor Almagro deja bien fundamentado lo ilógico que es, desde un punto de vista científico, la división neta entre Historia y Prehistoria.

Pero creemos que donde él habla de las clasificaciones prehistóricas de otros autores, debió haber dado una propia, aunque reconocemos, junto con él, que en la enseñanza de la materia la más didáctica es la clásica división de las tres Edades.

A continuación pasa a la segunda parte, que dedica a las fuentes actuales de la Prehistoria, considerando como tales a la Antropología, la Filología, luego las fuentes arqueológicas, que serían las esenciales, y por último los textos histórico-literarios. A cada una de ellas les dedica un capítulo, incluyendo junto con la Antropología a las Ciencias Naturales, como ser la Zoología y Paleontología.

En cuanto a la Filología, no analiza en forma muy extensa la proyección que tiene en la Arqueología, pero sí deja bien claro los peligros y dificultades que puede tener como fuente histórica. Un ejemplo de las atracciones y peligros de la Filología es el problema del vasco-iberismo.

Las fuentes arqueológicas, a las que dedica más páginas, son aquellos restos dejados por la actividad del hombre prehistórico, tanto mate-

rial como espiritual. Este capítulo está muy bien tratado, puesto que "son estas fuentes arqueológicas las únicas que el prehistoriador considera propias de su búsqueda, de su análisis, e incluso entra dentro de su quehacer la labor de conservación y exposición científica de tales materiales históricos" (p. 73). Dentro de este capítulo ha incluido el descubrimiento, la interpretación, la conservación y crítica de los materiales arqueológicos, y la publicación de los hallazgos, indicando cómo debe hacerse en cada caso.

La tercera parte de la obra está dedicada a los métodos de la Prehistoria, lo que nos parece muy acertado, dada la cantidad de datos que pueden perderse por falta de una buena metodología. El profesor Almagro desarrolla aquí varios métodos, entre ellos el etnológico y el arqueológico o tipológico. Aclara además las dificultades de algunos, como puede ser el método estadístico, también incluido. Luego nos pone al corriente de métodos nuevos, tales como los eléctricos para el descubrimiento de yacimientos.

Finalmente, en la cuarta parte, habla de la datación del pasado, dado que la cronología en la Historia "es la ambición de todo historiador". Lo mismo pasa con el prehistoriador y así, poco a poco, la Prehistoria ha elaborado una metodología cronológica que ha permitido sorprendentes resultados. De esta forma, el autor nos habla de una cronología absoluta y de otra relativa, dentro de las cuales ha incluido aspectos interesantes.

Se incluye un epílogo en el que su autor hace una especie de recomendación a los prehistoriadores de que no se sientan en inferioridad de condiciones respecto a los historiadores, en cuanto a las fuentes se refiere, pues muchas veces los restos materiales son más verídicos que toda una historia escrita, en la que puede entrar mucho de subjetividad.

La obra cuenta con un considerable número de láminas, muy ilustrativas acerca de algunos aspectos tratados.

De esta manera, el profesor Almagro ha conseguido con este libro que mucha gente no especializada se interese por esta materia, a menudo considerada como algo raro y extraño.

SUSANA GONZÁLEZ DEL SOLAR

NOTA: Acaba de publicarse (1963) la segunda edición, que a más de ampliaciones menores incluye una nueva parte dedicada a la arqueología de campo. Ella tiene el carácter de "comprobación y a la vez de repaso práctico de cuanto hemos escrito en las páginas anteriores, tratando de explicar cómo se debe hacer una excavación arqueológica y cómo se deben registrar, guardar y describir los hallazgos". - (N. d. D.).

LERICI, Carlo Maurilio: *I nuovi metodi di prospezione archeologica alla scoperta delle civiltà sepolte*. 419 pp. Lericci editori, Milán, 1960.

Se ha estado usando la palabra "prospección" como sinónimo de exploración o búsqueda de yacimientos arqueológicos, por la analogía existente con respecto al semejante quehacer en el campo de la minería, forma completamente caída en desuso en nuestros días. Es decir que bajo la antigua forma exploratoria se le asignó una palabra que se refiere a un método moderno de actividad.

En realidad es lícito aplicar el término prospección arqueológica recién después de haber aplicado el método de la aerofotografía para el descubrimiento de yacimientos, y es aún más correcto luego de haber leído el trabajo reseñado en estas líneas.

Carlo M. Lericci sintetiza en las dos primeras partes de la obra los distintos métodos de la prospección geofísica adaptados a las necesidades de la arqueología, y en la tercera y cuarta parte nos narra las campañas emprendidas por la Fundación C. M. Lericci del Politécnico de Milán, realizados entre los años 1956 y 1960 en las localidades de Fabriano, Monte Abbatone, Vulci, Tarquinia y Sibari. Los métodos descriptos son: prospección aérea; prospección sísmica; prospección eléctrica y electromagnética; prospección geoquímica. Además nos ilustra una serie de aparatos auxiliares como la sonda fotográfica y el periscopio Nistri.

Los trabajos han sido realizados en el plano que nosotros llamamos "arqueología clásica" y de su lectura inferimos que los nuevos métodos son todo un éxito, puesto que en cuatro años el equipo del Politécnico de Milán individualizó algunos miles de sepulturas y una veintena de tumbas con pinturas interiores, totalizando de esa forma en un breve plazo la labor que con los métodos tradicionales hubiera necesitado un término mucho mayor y con costos más altos. Aprovecho estas páginas para animar al personal técnico de la Fundación Lericci, en el sentido de que amplíe el campo de acción, pues, si bien un tanto a la distancia, suponemos que los nuevos métodos se pueden aplicar a la prospección de la arqueología prehistórica.

La obra es presentada con un acabado perfecto, posee abundante material fotográfico, esquemas y planos.

PABLO SACCHERO

WHEELER, Mortimer: *Arqueología de Campo*. Versión española de José Luis Lorenzo. 270 pp. Fondo de Cultura Económica. México, 1961.

Luego de haber sido leída la obra de Sir Mortimer Wheeler la arqueología de Campo se convierte en una disciplina sumamente seria

y nos atreveríamos decir, en una especialización dentro de la arqueología. Indudablemente que no constituye la meta final el mero hecho de sustraer de las entrañas de la tierra productos materiales de las viejas y lejanas culturas. La arqueología dirige su mira de atención más allá; pretende presentar con un lógico ordenamiento toda la historia de un pueblo, que por causa de ser ágrafo no por eso tiene menos interés en la integración de nuestro acervo cultural.

Sentado el principio del quehacer arqueológico, este necesita de los elementos para su estudio, elementos que son llevados al laboratorio por los arqueólogos de campo. La importancia de esta labor y los modos de operar son los fundamentos básicos de la obra que se reseña.

Nos cuenta el autor que en un principio la extracción de materiales arqueológicos se realizaba bajo la forma de un deporte y que la excavación científica, si bien tiene un antecedente ya secular, se adoptó en el presente siglo. Fundamenta con argumentos —dada su gran experiencia en este campo— la necesidad fundamental de mantener una real cronología en la tarea excavatoria, formulando al mismo tiempo severas críticas a científicos que han olvidado o en el peor de los casos han desconocido el valor de consignar estos datos, que son tan importantes para el fechado de las culturas.

En sucesivos capítulos y en base al valor cronológico que todo arqueólogo debe tener en cuenta, sugiere las diversas formas de tratar los problemas de la excavación científica ya sea en áreas, trincheras sustantivas, muros, construcciones en general, sitios poblados, túmulos y cementerios.

Completa la obra un plan tipo de ordenamiento que constituye el personal, las herramientas, el departamento de cerámica, el laboratorio de campo, la fotografía, y la publicación y publicidad.

Puesto que se trata de una de las pocas obras en castellano en su tipo, todos aquellos que deseen realizar trabajos de esta índole, deben tomarla como fundamental y libro de cabecera, por los justos razonamientos y la experiencia de muchos años del autor, traducida ahora al papel.

PABLO SACCHERO

NARR, Karl J.: *Urgeschichte der Kultur*. Ed. Alfred Kröner (Kröners Taschenausgabe N° 213). 362 pp. con 16 láminas y dos cuadros cronológicos. Stuttgart, 1961.

Esta "Prehistoria de la Cultura" constituye, a pesar de su relativa brevedad, una obra de real importancia. Como lo expresa el autor en el prefacio, debió moverse entre la Scylla de las enormes lagunas existentes en nuestro conocimiento en relación a la duración del tiempo conside-

rado, y la Caribdis de una masa de material ya acarreado —léase bibliografía— que apenas si puede ser visualizada. No se trata de una simple "síntesis fáctica", o bien lo es en un sentido más profundo que el usual: en todo momento se advierte contra el optimismo injustificado, contra los esquemas preestablecidos —señalando como tales a algunos que por lo general se aceptan sin discusión, como el evolucionismo (en sentido de "progresismo") en todos los aspectos de la cultura—, o la tendencia naturalista a tomar como base de comparación para la más antigua humanidad a los monos actuales en vez de los pueblos actuales etnológicamente más arcaicos y, en general, los conocimientos sobre la esencia de lo humano que nos proporcionan la ciencia y la filosofía (en lo cual se muestra muy versado el autor). Prudencia y sentido crítico que aplica inclusive a sus propias tesis, mostrando siempre posibilidades alternas cuando son factibles. El resultado es una imagen ni materialista ni idealista de la cultura y su desarrollo; si de algún modo hubiera que calificarla sería de histórico-espiritualista en el mejor sentido, como queda expresado en la definición dada al principio del libro: "Bajo cultura se entiende en sentido lato todo aquello que el hombre, con acción de sus fuerzas espirituales, ha hecho de la naturaleza o se lo ha agregado en forma permanente. . . La cultura se entaiza en la esencia misma del hombre, en su espiritualidad, a cuya autorealización a su vez contribuye en forma preponderante. . . Trátase de una función básica y categorial de lo humano", así como de "un aspecto esencial de la *historicidad del hombre*".

Otro mérito del libro se halla en la deliberada ausencia de tecnicismos, y reduciéndose al mínimo las denominaciones de grupos y períodos culturales, que tanto proliferan hoy día. Se busca obtener una imagen directa y general de los grandes períodos económico-culturales y de sus posibles vinculaciones genéticas y causales. En las fases más cercanas al comienzo de la "historia" en sentido estrecho, la exposición necesariamente se particulariza más en tiempo y espacio, deteniéndose incluso en la descripción de yacimientos individuales ubicados casi todos en el área del Cercano Oriente. Se obtiene así un interesante panorama de las bases inmediatas de las culturas provistas de escritura, las que ya no entran en la esfera del relato.

Tras un capítulo introductorio sobre la tarea, fundamentos y metodología de la investigación, cuatro partes componen la obra: "Tras las huellas de la cultura primordial" —en que entre otras se efectúan acerdas consideraciones sobre el carácter básicamente humano de los australopitecinos, y defendiéndose una relativa rapidez en el surgimiento de la cultura manifestada inicialmente como fabricación de instrumentos—; "Culturas de cazadores superiores de la época glacial": su tratamiento es magistral —el tema corresponde a la especialidad del autor—, y su enfoque del arte paleolítico es el mejor que conocemos; "Cazadores y recolectores tardíos y los comienzos de la agricultura y la ganadería", en que se hace notar que aún los yacimientos más antiguos conocidos no corresponden al comienzo mismo del cultivo agrícola (que se halla-

ría en un tipo cultural "cosechador"), y la importancia que por su parte debió tener el cultivo técnicamente más sencillo de plantas de raíz o de bulbo (por ej. *yams* y *taro*) en la zona subtropical. Aunque el autor no lo dice, vemos que aquí, como en el probable origen distinto de la domesticación del ganado de cuernos y de la del cerdo (p. 238), la moderna investigación tiende a confirmar estas anticipaciones formuladas por Menghin en 1931. Finalmente, el último capítulo "Agricultores y señores, aldeas y ciudades, alta cultura y bárbaros", nos presenta el abigarrado panorama de impulsos e invenciones que tiene por escenario el Cercano Oriente entre 5.000 y 2.600 a.J.C., sin por ello dejar de mencionar sus reflejos en regiones más lejanas.

La importancia del libro estriba, no sólo en el acierto de su reconstrucción propiamente prehistórica, sino que constituye un pequeño *tratado de culturología* al combinar sanamente los conocimientos etnológicos con los arqueológicos, sentando aquí y allá normas o interpretaciones que a veces no se tienen muy en cuenta. Dos ejemplos tomados al azar: La asimilación de bienes culturales no se efectúa siempre o de preferencia en forma de complejos cerrados, sino a menudo en forma electiva y adaptativa (p. 241). Hay un paralelismo entre la plástica de pueblos siberianos actuales y la de los paleolíticos: para los primeros constituyen el asiento de espíritus o antepasados con una función protectora o mágica; sin embargo, no sería lícito atribuir sin más esta ideología a sus lejanos antepasados culturales, debiéndonos preguntar si las prácticas mágicas no serían sino aplicación entumecida y en parte vacía de sentido de un contenido cáltico-religioso altamente expresivo, que habría que rastrear y reconstruir (p. 153; cfr. también p. 138 respecto a la mutilación de dedos). El hombre paleolítico no siempre distinguida claramente entre realidad y "sobrenaturalidad", y varias de las figuras de enmascarados o seres compuestos pintados en las cavernas son más bien los númenes o las divinidades mismas representadas hipostáticamente (p. 136-7), idea que el reseñante abraja desde hace tiempo. En un punto debemos expresar duda, y es en la raíz "plantadora antigua" del Totemismo de Clan (p. 234). Tradicionalmente se lo considera distintivo de pueblos cazadores avanzados, y el autor no fundamenta esa novedosa concepción. (Pero estoy de acuerdo en que el totemismo, aunque de raíz animalística, no se remonta al Paleolítico superior).

En síntesis: una obra altamente recomendable, cuya pronta traducción sería de no poca utilidad. Pero no tendrían que repetirse los lamentables errores contenidos en la versión francesa de Payot (titulada "A la recherche de la Préhistoire"), que motivó una reciente advertencia pública del erudito *Privatozent* de Goettingen.

JUAN SCHOBINGER

NARR, Karl J.: *Kultur, Umwelt und Leiblichkeit des Eiszeitmenschen. Studien zu ihrem gegenseitigen Verhältnis*. 142 pp. con 9 figuras, 5 mapas y dos tablas en el texto. Ed. Gustav Fischer, Stuttgart, 1963.

Como lo señala el autor en un breve prefacio, pocas ciencias como la Prehistoria necesitan para su labor —básicamente histórica— del curso íntimamente relacionado de las ciencias naturales, en un doble aspecto: el que nos hace conocer el “contorno” (geográfico, biológico, climático), y el antropológico-físico, que nos revela —en forma harto imperfecta— los caracteres morfológicos o raciales de quienes fueron portadores de los elementos culturales que encuentra el arqueólogo. Pocas como la Prehistoria del Paleolítico se hallan en condiciones de tender un puente entre las ciencias naturales y las del espíritu, hoy día excesiva y artificialmente separadas.

Este erudito análisis de conjunto de “cultura, contorno y corporalidad del hombre del período Glacial” se dirige en especial a quienes ya conocen algo del tema. Se trata parcialmente de una síntesis actualizada de ideas y trabajos publicados desde 1951 (entre los que citamos *Der Urmensch als Natur- und Geisteswesen*, 1956 y *Die Abstammungsfrage im Licht der Kulturgeschichte*, 1959, de no usual profundidad interpretativa siguiendo una línea contraria al apriorismo evolucionista). Si bien fue escrito en 1960, se imprimió sólo dos años después; el texto no fue modificado, efectuándose únicamente un agregado a la extensa lista bibliográfica. Esta cita en su mayoría publicaciones posteriores a 1946, lo que da una pauta de la “modernidad” de la obra y a la vez de la gran actividad investigadora de los últimos veinte años y del progreso acelerado de la ciencia prehistórica. Si bien el estudio cultural es la especialidad del autor, es sorprendente su información en materia de las ciencias y técnicas auxiliares; así como, por otro lado, su constante sentido analítico y crítico, que sin duda se relaciona con una sólida formación filosófica.

Los dos primeros acápite son de naturaleza más bien teórica, versando sobre definición e interrelación —en la perspectiva posible en Prehistoria— de cultura (y “culturas”); contorno y corporalidad, y sobre problemas de la cronología, íntimamente ligados a los conocimientos aún muy incompletos de geología del Cuaternario. Util resulta una tabla que por encima de la “desesperante confusión terminológica” (p. 17) resume las características y cronología de las distintas oscilaciones climáticas del Pleistoceno reciente. El tercero se dedica a “los primeros hombres” (Australopitecinos, que por poseer los caracteres básicamente humanos en cuanto no-especialización, debieran mejor llamarse Australantropinos), quienes probablemente fueron los autores de la más antigua industria lítica (Olduwayense y Kafuense reciente), de la que la “industria osteodontokerática” podría considerarse como un suplemento originado en permanencias momentáneas en ocasión de jiras de recolección o de caza (p. 26), algo similar a la industria ósea del llamado Paleolítico Alpino de la época musteriense (p. 48). Se estudian

luego los más antiguos habitantes de Europa. El autor llega a una conclusión interesante, como lo es la no justificación de la existencia de un "círculo cultural de lascas" opuesto al del hacha de mano (sino a lo sumo una pérdida secundaria de éstas en algunos casos locales), sin excluir la posible existencia de diversos complejos a base de otros aspectos, para nosotros desconocidos, de la cultura; lo cual podría relacionarse con la existencia de tipos físicos distintos durante el penúltimo Interglacial en el área eurafriana. Bajo "cultura y contorno de los Neandertales" se analizan con maestría los problemas derivados de los distintos tipos industriales y facies del último Interglacial y comienzos del último Glacial. Ilustrativo es un mapa que muestra, además de las zonas de hallazgo, el límite sur de la "anecumene glacial" correspondiente al último avance de los hielos, que llevó a la constitución de dos áreas musterienses: la del S.E. y E. de Europa (con puntas foliáceas en algunos yacimientos), y una verdadera área de confinamiento en el S.O. en la que se desarrolló el "Neandertal extremo" (pp. 43-45). Sigue un capítulo en que se examinan detalladamente los múltiples procesos de contacto entre los cazadores y recolectores inferiores (*Wildbeuter*) y los cazadores superiores (o "especializados") representados por los Neantropinos venidos probablemente del Este. Finaliza el libro con dos capítulos no menos sustanciosos e incitantes (FloreCIMIENTO de los cazadores superiores europeos, y Migración hacia el Norte durante las etapas finales del período Glacial), cuyo comentario nos llevaría demasiado lejos. Un breve epílogo sintetiza los procesos de gradual expansión —con retrocesos temporarios— de la "posesión terrestre" por parte del hombre, en que se combinan las pulsaciones climáticas, el aumento en la adaptación y la dominación del contorno por medios técnicos, y, claro está, el aumento demográfico.

JUAN SCHOBINGER

FERNÁNDEZ GUIZZETTI, Germán: *La Antropología Cultural como ciencia unificada frente a la teoría de los niveles culturales. (Esbozo preliminar)*. Universidad Nacional del Litoral. Facultad de Ciencias de la Educación. Instituto de Sociología de la Educación. Cuadernos Generales N° 2. Tomo II. Paraná, 1963.

En este trabajo se trata de la constitución de "una ciencia unificada entre las disciplinas para el estudio de la cultura y el hombre en la cultura". Al hablar de la metodología de los grupos a estudiar, el autor no debería emplear el nombre de "pueblos primitivos", terminología que luego sustituye al hablar de los niveles culturales.

Fernández Guizzetti, que ha sido alumno de David Bidney, reproduce aquí conceptos de la noción de cultura del citado, pero al hablar de los hechos culturales y traducir las caracterizaciones, crea neologismos.

Establece las características para considerar a la Antropología cultural como ciencia unificada y las fases del conocimiento antropológico, haciendo hincapié en la influencia de la Lingüística. Hace un estudio exhaustivo de los fenómenos culturales, pero aquí emplea, como ya anotábamos más arriba, términos que ya tienen su correspondiente en el idioma castellano y que él luego utiliza en las explicaciones. Concluye con un esquema de las disciplinas utilizadas.

Marca los niveles culturales, dando el etnológico, el folk/urbano y el rural/urbano. Determina al primero teniendo en cuenta el factor lingüístico, político, religioso y geográfico y la educación, economía, cultura real e ideal. Sigue a Palavecino en la noción de cultura *folk* y da su punto de vista sobre el complejo rural/urbano. Estudia un tipo de nivel cultural intermedio que llama *semifolk* y establece un esquema tipológico de comunidades por marginación y por migración. También trata las relaciones extracomunitarias.

En sus conclusiones insiste en que el estudio de área "no implica una diversidad de objetivos que autorice una pluralidad de ciencias más o menos inconexas que han existido hasta hace poco". "Redefine" las etnias teniendo en cuenta el factor de la Lingüística. Se refiere a las diversidades metodológicas y a los factores que dependen para su estudio.

El trabajo, ampliado con abundante bibliografía que maneja con acierto, corrobora las investigaciones realizadas por el autor en la zona sur de la Provincia de Santa Fe.

Este "esbozo preliminar" como lo ha titulado, constituye un aporte interesante a la Antropología Cultural. Sólo le pediríamos al autor que tratara de no dificultar las explicaciones con términos complicados para así hacer la lectura de su obra más comprensible.

LUBE SARA ROITMAN

FIRTH, Raymond: *Tipos humanos*. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 250 p. Buenos Aires, 1962.

El "pequeño libro" como dice su autor en el prefacio de la edición publicada con todo esmero por EUDEBA, trata de los importantes asuntos de que se ocupa la Antropología Social.

Las características raciales y diferencias mentales es el tema tratado en el Capítulo I; está diseñando con singular sencillez al mismo tiempo con criterio científico. Si bien en el prefacio hace la aclaración de que "se usa libremente el término primitivo" y "sociedad primitiva", tal vez hubiera sido más conveniente no usar los términos que han causado tantos problemas en el campo de estudio de los pueblos.

Explica la complejidad de establecer las diferencias físicas de los distintos grupos raciales, dando las cifras que especialistas encontraron al hacer las mediciones y estudios de pueblos existentes en Europa y el

problema similar que se plantea con las lenguas, haciendo hincapié en que "la pureza racial es hoy un argumento de proselitismo político" (pág. 23). Hace notar que si bien se han hecho estudios anatómicos de cerebros de distintas razas, los mismos no revelan el carácter mental, y que la agudeza de los sentidos es la misma en todos.

Buscar el factor determinante de la conducta humana es el tema del Cap. II. Se hace notar que si bien ha habido y hoy todavía están en boga las teorías del determinismo geográfico, muchas tribus de África, Asia y Australia rigen su alimentación por los tabús y preferencias de tipo religioso, antes que por necesidad biológica. Establece cuatro tipos y las subdivisiones de sociedades, de acuerdo a como obtienen sus alimentos y las técnicas utilizadas.

En el Cap. III trata de los sistemas económicos, que se basan no en los criterios actuales, sino con las obligaciones con la comunidad y el respeto a los tabús. Explica también las formas y obligaciones de los préstamos. Se hace notar los atractivos que ofrece la actividad colectiva y el sistema de compensaciones por el beneficio social obtenido. Se explica con gran claridad cómo los pueblos que no conocían el dinero, solucionaron la adquisición de recursos mediante trueques que iban precedidos de series de ritos religiosos.

En el siguiente capítulo se estudia la estructura social, haciendo notar la división según el sexo, que es muy profunda. Establece las "clases de edad" y las fiestas de "iniciación" en los distintos pueblos. Observa las diferenciaciones que existen entre la estructura básica y la apariencia de la familia y considera los distintos regímenes de matrimonio, explicando el concepto que se tiene sobre la paternidad.

Las normas de conducta que regulan la vida del grupo es el tema tratado en el Cap. V, haciendo notar la excesiva educación en los modales que tienen algunos pueblos. Los criterios sobre moral, si bien distintos a los nuestros, tienen su justificación dentro de su cultura. Se analiza en forma muy clara el derecho y las sanciones.

El capítulo que le sigue habla de la magia y sus distintos tipos. Hace un análisis para ver los elementos utilizados, examinado detalladamente los "instrumentos", el "rito" y la "fórmula". Establece las diferencias que los distintos pueblos dan a este problema. Presenta un cuadro esquemático sobre las prácticas mágicas y religiosas que con toda claridad resume los elementos considerados.

En su último capítulo nos habla de la antropología en la vida moderna, diciendo que "está demostrando que brinda eficaz contribución". Hace notar cómo se produce el cambio social y cultural dando ejemplos de todos los tiempos y las conclusiones más importantes que surgen. Explica el modo en que estudian estos problemas la antropología teórica y la aplicada a su concepto sobre la función del antropólogo social.

La claridad con que el autor trata los puntos que hemos reseñado hace que esta obra sea útil para el especialista e incite al público en general a adentrarse en los problemas antropológicos que faciliten la

comprensión entre los pueblos. Las láminas que complementan el texto han sido elegidas con excelente criterio y despiertan el interés del lector por la obra.

Hay que recalcar la importancia que para la cultura está desarrollando la Editorial Universitaria de Buenos Aires, que al presentar libros como éste cumple una labor de difusión que la hace acreedora al agradecimiento de todos.

LUBE SARA ROITMAN

BEN ZVI, Itzjak: *Tribus Perdidas*. Editorial Candelabro. 2ª edición. Buenos Aires, 1959.

El autor trata de hacer conocer los restos de las distintas sectas que surgieron con la diáspora judía y los restos de las colectividades judías en el Asia Central.

Al traducirse al castellano se ha suprimido, para facilitar la lectura del no especialista, parte del material que se refiere a las tribus que por una u otra razón no pertenecen actualmente al judaísmo pero que tienen todavía tradiciones y costumbres de origen judío.

Se han utilizado para esta obra el folklore y la leyenda, pero se ha basado sobre todo en documentos encontrados en los viajes y en la ardua labor de erudito del autor.

Se trata en detalle cada comunidad, dando todos los caracteres que las distinguen. Se presenta un panorama de mito y realidad histórica para llegar a la situación en que se encuentran en la actualidad. Numerosas fotos se han insertado para mostrar a los descendientes actuales que permiten conocer las diferencias de rasgos que presentan los judíos.

Itzjak Ben Zvi, cuya labor fue múltiple y variada, ayudó en la construcción del Estado de Israel desde los cargos más humildes hasta el de Presidente, donde acaba de sorprenderlo la muerte. A la par que los problemas nacionales, su inquietud estudiosa lo llevó a estudiar los problemas históricos y sociales y las modalidades de los pueblos.

LUBE SARA ROITMAN

MELVILLE, H.: *Taiipi. Una narración de los mares del Sud*. Ed. Espasa-Calpe, Col. Austral, Nº 953. Madrid, 1962.

El gran escritor neoyorkino Herman Melville publicó en 1846 su "Typee. A peep at polinesian life during a four months' residence among the natives of the Marquesas islands". Se refiere a la isla de Nukahiva. De sus datos etnográficos mencionaremos los referentes a los *pai-pai*.

En la página 75 nos dice que se habían colocado unas piedras hasta una altura de ocho pies, dispuestas de tal manera que su superficie correspondiente con la habitación que iba a construirse encima. Sobre la pila de piedras (llamadas por los indígenas *pai-pai*) se reservaba sin embargo delante de la vivienda un pequeño espacio, el cual de una balaustrada de cañas, daba la impresión de una galería. El suelo de la casa era en gran parte la superficie de piedras que componían el *pai-pai*. Sólo una parte de la casa tenía como suelo a multitud de mantas de alegres colores que formaban el lecho de los nativos. Estaba limitado por dos troncos de cocotero paralelo y separados por dos metros escasos de distancia. Por ello presumo que no estaban a lo largo de la vivienda, como traduce J. Dóriga, sino a lo ancho.

En la página 84 habla de aplicaciones religiosas de otros *pai-pai* y en la pág. 140 de las dedicadas a cementerios.

Por fin, en la 141, dice que sobre los más pequeños *pai-pai* y sobre piedras de menor volumen estaban levantadas las casas de los indígenas.

Por todos los sitios en el valle había muchos de estos sólidos basamentos de piedra que no tenían construida casa encima. Esto era muy conveniente para el isleño que emigrase del lugar donde había nacido, pues todo lo que tenía que hacer, era elegir uno de los *pai-pai* libres, y sin más ceremonias, plantar su casa sobre el mismo.

JUSTO GÁRATE

DOMÍNGUEZ, Lorenzo: *Un escultor en la Isla de Pascua*. 15 pp., 19 láminas. Buenos Aires, 1961.

Esta publicación fue realizada en ocasión de una exposición efectuada en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires. Representa el fruto del viaje del escultor Domínguez a la Isla de Pascua, gozando de una beca otorgada por el Fondo Nacional de las Artes, y con el apoyo de la Universidad Nacional de Cuyo, de la Facultad de Artes Plásticas y el Instituto de Extensión Plástica de la Universidad de Chile.

Lo que movió al eminente artista a realizar este viaje fue la manifestación más importante de la zona, la escultura. Pues, ese lugar es un verdadero taller de esculturas. Se las encuentra en todas direcciones. Hay estatuas de una belleza extraordinaria, algunas de gran tamaño, hasta de 30 metros de altura. Adornan el paisaje pinturas rupestres y petroglifos, tallados en las rocas, representando dioses, símbolos y jeroglíficos.

Hace el autor una descripción detallada de lo que puede apreciarse sobre el terreno. También nos da abundante bibliografía, y para mayor claridad un vocabulario de términos arqueológicos que puede facilitar el estudio al profano.

El trabajo del profesor Domínguez es merecedor de los más gran-

des elogios, tanto por el estudio sistemático y detallado de los materiales como por la excelente distribución del texto y elección de fotografías y dibujos, las que se convertirán en una preciosa documentación que moverá a los antropólogos y arqueólogos a conocer profundamente esta vieja cultura.

Este es un trabajo preliminar a la obra de grandes proporciones que estaba preparando el autor y que ha quedado trunca a raíz de su inesperada desaparición.

NÉLIDA CUETOS

b) América del Norte y Central

KRICKEBERG, Walter: *Las Antiguas Culturas Mexicanas*, trad. por Sita Garst y Jasmin Reuter; 467 pp., 127 láminas, 427 ilustraciones. Fondo de Cultura Económica, México 1961.

Esta obra presenta ampliamente, con la mayor cantidad de datos, la evolución de las variadas culturas precolombinas de México en una unidad integral. Es casi exclusivamente descriptiva, pero está impregnada de un aliento vital, pues no sólo describe, sino que establece paralelismos entre ayer y hoy, y da conclusiones personales. Así, en las primeras páginas nos muestra la conservación rígida de las tradiciones en el México de hoy. Hace treinta años el pueblo de Tepoztlán, Morelos, conservaba todos los elementos importantes de la cultura prehispánica, salvo algunas pequeñas cosas que son de origen español. Esto ha sido posible debido a las antiguas asociaciones de pueblos y tribus, que impidieron el derrumbe del viejo estilo indígena. En inmensas regiones del país reina aún la vieja constitución tribal y predomina todavía el paganismo. Esto es muy importante desde el punto de vista etnográfico, porque permite estudios insospechados.

Hay también descripción de mitos, realmente poéticos, propios de las culturas más avanzadas. También se nos muestra más adelante, que la creencia en el perro como acompañante de los muertos, y el uso de huesos raspadores como instrumentos musicales en los ritos fúnebres, eran muy anteriores a los aztecas.

La parte dedicada a aztecas y pueblos afines es la más extensa. Trata también de la lengua y de los parecidos que tiene con otras. El lenguaje azteca es hermoso y rico, carece de los sonidos guturales del maya, y éra, al lado de éste y del quechua, una de las pocas lenguas literarias de América.

El autor sigue el método de la "cronología inversa", puesto que se poseen más datos del México de la conquista que de cualquier otra fase anterior. Por ello estudia muy a fondo la civilización azteca. En ella descubre creencias y costumbres que son producto de culturas anterior-

res, y las va estudiando hasta llegar al problema de los primeros habitantes de América.

Nos habla de los aztecas y pueblos afines; de los chichimecas y toltecas; de las culturas teocráticas; y de los comienzos. En cada una de estas partes nos informa de la vida, las costumbres, las creencias, la religión, etc., de estos pueblos, muchos de los cuales habían florecido y muerto antes de la llegada de los españoles.

Es interesante notar que el autor, donde habla de aztecas y pueblos afines, apoya la teoría norteamericana de que todos los pueblos de América llegaron por el estrecho de Bering.

En general no se refiere a la cultura maya. Sólo lo hace en cuanto se unía a las corrientes culturales surgidas en México. Además, no es su intención estudiar el arte antiguo mexicano, ya que enraíza completamente con la religión, y sólo se comprende sus formas y contenidos teniendo en cuenta a ésta.

Hay en el libro una inmensa cantidad de láminas, que responden al propósito, según el autor, de enseñar la estrecha relación entre arte y religión. Además tiene fotografías personales que revelan su dedicación.

En la parte final, dedicada a las conclusiones, nos dice que a pesar de todos los estudios realizados, se dista aún mucho de conocer bien los principios de la historia cultural de México. Inmensas regiones del suelo mexicano son "terra incognita" para los arqueólogos.

Reconoce que aunque el estado actual de la investigación no permite más que suposiciones sobre la población original de América, hay más posibilidades al tratar sus relaciones con el exterior.

Establece también paralelismos entre costumbres e ideas con los indígenas de Norteamérica, dado que muchos pueblos pertenecían a un mismo tronco. Encuentra también coincidencias en la cultura material, como ser el mazo curvo y plano.

Con Sudamérica hay diferencias fundamentales que parecen indicar que no hubo entre ellas relaciones. Si hubo fue en época muy tardía, y con interrupciones. Pero hay ciertas cosas que denotan una influencia peruana en México, por ejemplo la cerámica.

En cuanto al origen del hombre americano, se abren posibilidades al considerar las culturas del Asia oriental y suroriental. Nos muestra así el autor, las diversas teorías y coincidencias que hay con aquellas culturas. Además hay que reconocer la posibilidad técnica de una comunicación transoceánica entre el sureste de Asia y Mesoamérica.

Por último, encontramos conclusiones personales, y nos hace ver que la solución de estos problemas es fundamental para la historia humana.

De todas maneras, creemos que no es un libro para principiantes, sino más para los ya iniciados, dada su magnitud y extensión.

SUSANA GONZÁLEZ DEL SOLAR

KUSCH, Eugen: *Imágenes de México*. 2ª ed. revisada y ampliada. Nürnberg, Ed. Hans Carl, 1963.

El autor es un fotógrafo viajero que ha realizado otros trabajos similares en el viejo mundo y de América ha presentado a Guatemala. En este libro, cuya segunda edición, ahora en castellano, tenemos a la vista, trata de mostrarnos las culturas precortesianas y la pujanza actual de México, en 158 imágenes. No ha circunscripto su acción a fotografiar distintos lugares sino que ha tratado de compenetrarse del amor que siente el pueblo por su país.

En el prefacio hace un sintético relato de la geografía e historia del territorio, anunciando ya las maravillas que luego plasma. Introduce a los lectores en el mundo de los aztecas, para pasar a la religión y sus relaciones con la magia, para darnos algunas características de los mexicanos. Da sucintas explicaciones de los dioses indígenas, sin distinguir sus orígenes dentro de las distintas culturas que poblaron las regiones de México.

Describe cada una de las fotografías que presenta en blanco y negro. Inicia la presentación con la vista del "Cerro Humeante", el Popocatepetl, pasando mostrar fotos del México actual, hispánico y restos arqueológicos. No ha seguido ningún orden, ni geográfico, ni histórico. Pensamos que, habiéndose identificado tanto con el país que recorrió en toda su amplitud, estudiando su pasado y tomando contacto con hombres de ciencia y del pueblo, una trayectoria cronológica de las fotografías hubiera facilitado la comprensión histórica. La mezcla de fotografías no desmerece su valiosa colaboración, pero no permite realizar a través del trabajo una visión más ordenada de las actividades de los antiguos habitantes, que pertenecieron a épocas y culturas diferentes, y de los modernos pobladores.

Las imágenes han sido captadas con singular maestría. Las tomas de los monumentos arqueológicos muestran nítidamente el trabajo realizado por los artífices constructores y escultores, los paisajes invitan a la contemplación de los mismos y algunos personajes parecen surgir del libro para expresarnos sus sentimientos. La sobrecubierta de una obra de Diego de Rivera, así como el grabado del códice representando al Dios de la Lluvia, las guardas que reproducen las pinturas murales de Monte Albán y cuatro fotos en colores completan este libro magníficamente impreso que cumple la intención del autor de mostrar al público ese hermoso y sugestivo país a través de cuidadosas fotos y amenas e interesantes descripciones.

LUBE SARA ROITMAN

LEWIS, Oscar: *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. Ed. Fondo de Cultura Económica, 304 p., México, 1961.

La publicación del libro del Dr. Oscar Lewis "Five Families (Mexican Case Studies in the Culture of Poverty)" al castellano por Fondo de Cultura Económica representa hoy uno de los mejores trabajos de Antropología Social.

Empleando una tecnología propia ha realizado en una forma amena —que le da el carácter de novela realista— la descripción de un día de vida en familias del Distrito Federal de México, y a una de ellas que la presenta en un pequeño pueblo de campesinos y artesanos con los problemas que plantea el jefe autoritario de la familia.

Las cuatro que viven en la Capital vienen de distintos estados. La forma cómo se han ubicado, los progresos que han logrado, las adaptaciones y los inconvenientes que les ha producido la nueva vida están relatados con singular maestría.

Con la vida de los miembros de las familias ha mostrado el mundo de esta gente y la forma en que se conducen. Tiene un conocimiento integral de las actitudes y rasgos del pueblo y nos muestra los caracteres dominantes de una porción bastante grande de la población de México. Ha tomado como unidad de su estudio a la célula de la familia, al considerarla como sistema social en pequeño y fuente imprescindible para cualquier estudio de comunidad.

En la primera parte de la obra el antropólogo estadounidense (que ha pasado varios años en México) hace en base a estas cinco familias y a sus estudios, un análisis exhaustivo de la vida política, social, religiosa y económica del ambiente que trata.

El espíritu de investigador del Dr. Lewis se ha manifestado una vez más en esta obra que ahora se publica en el mismo lugar donde transcurren los hechos, y que ha sido escrita con el cariño que el autor siente por el país. Quiere, a la vez, llamar a la realidad a los gobiernos sobre las diferencias que existen en la vida ciudadana.

Para los que tuvimos la suerte de tenerlo como profesor y consejero en los estudios de OEA-PICSA, sólo nos resta desearle que continúe en el camino de triunfo que ya tiene en las disciplinas antropológicas.

LUBE SARA ROITMAN

GORBEA SOTO, Alfonso: *Tlacoquemecatl (Una villa condenada a muerte)*. 137 p. Universidad Veracruzana. Xalapa, 1962.

La vida de una villa enclavada en el extenso territorio del Distrito Federal de México atrajo la atención del investigador que con la utilización de las más modernas técnicas antropológicas logra presentar con toda exactitud la vida de los habitantes que no quieren abandonar

la estructura social de la comunidad, pero que están siendo compelidos en parte por las nuevas actividades a que se dedican y por las autoridades que tienen planes de urbanización. (Éstas destinan parte de las manzanas de Tlacoquemecatl para ampliar las vías de comunicación de la ciudad). Para situar al lector se han hecho plano de las manzanas de la villa y de la parte del Distrito Federal que corresponde a la zona estudiada.

Al hablar de la vida familiar se transcriben las propias palabras de los entrevistados y al final del libro se coloca un glosario de los vocablos usados en el texto que permite gozar de las expresiones típicas que dan "sabor" a la conversación de los lugareños.

Los status que tienen importancia en la composición social han sido tratados en forma exhaustiva porque comporta el sentir de los habitantes, ya que fuera de Tlacoquemecatl sólo son parte del engranaje de la metrópoli.

Los aspectos económicos cuantificados en los apéndices que se acompañan han sido analizados en los capítulos pertinentes.

Estudia las condiciones de la vida de los pobladores haciendo observaciones muy precisas sobre la distribución de los alimentos y otros gastos.

El último capítulo trae la pregunta sobre si puede considerarse a Tlacoquemecatl como rural, y a la vez si puede ser un centro urbano por algunas de sus características. Se hace eco del interés de los pobladores, pero considera que como villa propia, poco tiempo le resta de vida.

Debemos felicitar a la Universidad Veracruzana por el apoyo que ha prestado al autor al imprimir su tesis del Programa Interamericano para el Adiestramiento de Post-Graduados en Ciencias Sociales Aplicadas, y al autor le deseamos que el éxito logrado con esta primera publicación continúe, ya que con su dedicación a la investigación lo obtendrá.

LUBE SARA ROITMAN

c) América del Sud

GONZÁLEZ, Alberto Rex: *La estratigrafía de la gruta de Intibuasi (Provincia de San Luis Argentina) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sud América*. Revista del Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba. Tomo I, pp. 9-296. Córdoba, 1960 [1962].

Ha llegado a nuestras manos una excelente obra, que bien se puede afirmar es completa en su tipo. Un conocido arqueólogo de nuestros días ha dicho "no hay una forma correcta de excavar, pero sí muchas erróneas". Frente a la posibilidad de realizar grandes errores en una excavación y si deseamos regirnos por una norma que dé a nuestro

trabajo pautado de seriedad, bien podríamos utilizar esta obra como catecismo. Es sabido que una de las investigaciones más difíciles pero así también más apasionadas es la arqueología realizada en grutas y cuevas. En ellas la arqueología científica debe realizarse con absoluta precisión, pues se arriesga la destrucción de un área muy rica, situada dentro de una relativamente pequeña. Como contrapartida a la dificultad apuntada, la naturaleza se encarga de delimitar la extensión del trabajo.

Esta obra no sólo nos da un ejemplo de investigación sistemática, sino también de todo aquello que se refiere a la presentación de un trabajo de investigación, sucediéndose los temas en una forma ordenada, funcional y orgánica.

En una breve introducción el autor nos refiere los inconvenientes que tuvo que afrontar en la realización de esta empresa, que van desde la remoción previa de terrenos por manos legas hasta la incomunicación y la escasez de medios económicos para poder permanecer en el sitio. Continúa el trabajo con una breve referencia sobre la *Investigación en cavernas y abrigos* seguido de *Breves antecedentes sobre los estudios arqueológicos de las sierras centrales*. En el título III denominado *La Gruta de Intihuasi*, el autor comienza a relatar el paisaje que rodea la famosa gruta, luego la orografía de la zona y la geomorfología, la génesis de la formación del cerro de Intihuasi. Cierra esta primera parte con referencias a la hidrografía, el clima, la flora y la fauna. Conducidos por acertadas palabras y los logrados gráficos y figuras, podemos seguir paso a paso las excavaciones realizadas, la aplicación del método y la técnica del trabajo, para luego reconocer la estratigrafía y las correlaciones geológicas de la gruta primero y las correlaciones de las capas de Intihuasi con las áreas aledañas —Río de la Cañada Honda, Río Conlara, Río de la Carpa, La Botita, etc.—.

Nuestro autor con los títulos V y VII pasa a describir todo el material arqueológico y antropológico obtenido en el curso de la excavación y acompaña al texto fotografías, dibujos y cuadros en donde se consigna la distribución de los materiales y algunas consideraciones muy interesantes, relativas a la deformación craneana circular o pseudocircular. Reserva para el capítulo intermedio los datos de antigüedad obtenidos por medio del radiocarbono, por el cual se pudo constatar que los restos pertenecientes a la cultura de Ayampitín (encontrados en el nivel inferior de Intihuasi) oscilan entre los 7.970 ± 100 y los 8.068 ± 95 años antes del presente.

Los estudios y análisis realizados con el material hallado crean un cuadro que se sintetizan en cuatro complejos culturales a saber: *Intihuasi I*, caracterizado por puntas pequeñas (25-30 mm. de largo) con bordes convexos y base pronunciadamente escotada, con barbas salientes; raspadores de diversos tipos; molinos de contorno irregular; escasos perforadores, simples y mal definidos; raederas y cuchillos de pizarra; adornos de piedra alargados y fusiformes. El elemento de gran importancia radica en la aparición de la alfarería de tipo liso y tosco. *Intihuasi II*, características: puntas triangulares apendunculadas, tamaño

mediano y grande, lados rectos o convexos y base escotada; raspadores espesos y pequeños; molinos de contorno irregular con manos de diversos tipos. Como elemento definitorio del contexto, existen dos tipos de ganchos de propulsor; no existe alfarería, salvo una pieza de barro semicocido; industria del hueso sumamente variada. *Intihuasi III*; este complejo es difícil definir, nos dice el autor, pues se encuentran más o menos mezclados los elementos de Intihuasi II y IV. *Intihuasi IV*; características: puntas lanceoladas o almendradas; raspadores grandes trabajados en cuarzo y de forma circular; molinos planos irregulares; adornos circulares; núcleos facetados, láminas planas; escasos perforadores de hueso.

Se desea ratificar la calidad en un todo completa de este trabajo de investigación, pues se consigna los lugares arqueológicos próximos a Intahuasi, seguido de los contextos, secuencias y correlaciones, no sólo de la misma sino también de la comparación estratigráfica con sitios como Ongamira, Ayampitín, Yacimiento del Observatorio Astronómico (Córdoba), Candonga, etc.

Finaliza la obra con abundante material gráfico, amplia bibliografía y dos Apéndices.

En otro artículo de la misma revista titulado *Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenida por el método de radiocarbono* (pp. 303-331), el doctor Alberto Rex González sintetiza los nuevos fechados realizados por el análisis radiocarbónico y la utilidad de crear un sistema de fichaje especial para los datos obtenidos en nuestro país. Hacemos votos para que tal iniciativa sea coronada por el éxito, lo mismo que la ansiada instalación de un laboratorio de C 14 en el Museo de La Plata (en curso de gestión por el Dr. González).

PABLO SACCHERO

STRUBE ERDMANN, León (S.V.D.): *Vialidad imperial de los Incas*. Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas. Serie Histórica, N° 23. 113 pp., 7 mapas. Córdoba, 1963.

La red de caminos que constituyó la verdadera armazón geo-política del Imperio de los Incas ha sido objeto de menciones laudatorias, rastreos documentales y reconstrucciones sobre base geográfica, y de un solo estudio arqueológico más o menos intensivo aunque parcial y circunscripto al área peruana —el de la expedición de V. von Hagen en 1956, a la que Strube califica de "misión gacetera con ribetes de *bluff*" (p. 6)—. Es decir, no se ha encarado de manera sistemática un estudio *de campo* con metodología moderna de dichas reliquias y sus elementos asociados (tambos, posadas, sitios ceremoniales, puentes).

El libro del P. León Strube Erdmann no sólo viene a llenar una necesidad en cuanto puesta al día de nuestros conocimientos sobre

el tema, sino que proporciona un útil punto de partida para dicho tipo de investigaciones. Su necesidad lo recalca el mismo autor al expresar el deseo de que la legislación protectora alcance plenamente a los caminos incaicos, y que "los arqueólogos nacionales elaboren cartas topo y corográficas con indicación de trozos y tramos y demás restos imperiales" (p. 4), basado esto último —agregaríamos— en una minuciosa documentación arqueológica. El autor es un estudioso ampliamente conocido, habiendo actuado largos años en Argentina, Chile y otros países, girando sus investigaciones sobre temas etnohistóricos y lingüísticos. Como antecedente del presente trabajo podemos mencionar el presentado al Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro (1941) "Los Pucarás del N.O. argentino son de filiación Incaica", y "La ruta de Don Diego de Almagro en su viaje de exploración a Chile" (en Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, Homenaje a Pablo Cabrera, Córdoba, 1958). En este último se hace una vívida reconstrucción del primer recorrido hispánico en el Noroeste argentino y sus crueldades y sufrimientos a lo largo del "camino real", con cruce a Chile por el inhóspito paso del Portillo al sur del Ojos del Salado.

Los capítulos (ninguno demasiado largo) son los siguientes: Ojeada histórico-literaria; Nociones fitogeográficas del Tahuantinsuyo; Definiciones de los caminos incaicos (útil es recordar que "los Incas construían caminos para peatones y llamas y no para caballos y mulas" (p. 13); siguen luego los dedicados al análisis geográfico de la red caminera incaica: extremo Norte; Perú austral; el Altiplano andino; el desierto de Atacama; oriente de Bolivia y N. O. argentino; zona cuyana y Chile central. La documentación, reunida a base de citas de cronistas, *probanzas* e itinerario de expediciones, así como de observaciones modernas, es sin duda la más completa reunida hasta la fecha. No se descuida la toponimia, pero sin dársele carácter de criterio básico para la reconstrucción de las arterias como lo había hecho el Ing. N. Alurralde en su trabajo —meritorio por lo demás— "El sistema de caminos incaicos en el territorio argentino" (La Ingeniería, t. 52, N° 884, Buenos Aires, 1948). No hay sino que tener en cuenta que un lugar puede ser denominado "tambería" por los lugareños, tratándose sin embargo de una ruina preincaica (o "para-incaica") como por ej. Angualasto. Acertada resulta la inclusión de capítulos complementarios sobre aspectos funcionalmente asociados a los caminos: los Tambos (albergues con depósitos, arsenales, temporalmente cuarteles, a veces también depósitos fiscales); distintos de los *corpahuasi* o meras posadas y de los *chaskibuasi* que eran las chozas situadas aproximadamente cada 4 km. a lo largo de los caminos principales, en donde una pareja de *chaskis* aguardaba la llegada de algún mensajero para continuar de inmediato su transmisión. Los Puentes: los distintos tipos —algunos admirable obra de ingeniería— y ubicación de los conocidos. Los Chaskis y sus refugios (ya mencionados); su formación y capacidad pedestre. Hay un apéndice al capítulo sobre el N. O. argentino, donde se transcriben diversos textos y documentos; y otro con comentarios a partes del libro de von Hagen

"Los caminos del Sol" (1958), valorando sus aportes positivos y señalando algunas inexactitudes y omisiones. Amplia bibliografía cierra este estimulante trabajo. La cartografía se nos antoja algo esquemática, en especial la del mapa que abarca el área chileno-argentina.

Finalizaremos con algunas observaciones de detalle. Problema básico es éste: ¿todos los caminos existentes y utilizados durante la época imperial cuzqueña pueden ser calificados de "caminos incaicos"? Sabemos (como lo dice también el autor) de la existencia de una red de caminos en el reino Chimú, luego englobada en la incaica. El conocimiento creciente de las culturas andinas preincaicas y sus amplias vinculaciones dan razón a observaciones como ésta: "El llamado "Camino del Inca"; en Chile, habría sido ya una vía importante de comunicaciones entre los pueblos, siglos antes del advenimiento de los Incas. Habrá que atribuir a estos últimos las mejoras técnicas de la ruta en sus trazados y la organización más perfecta de su servicio" (H. Hornkohl: *Los petroglifos de la finca de Chañaral, provincia de Atacama, Chile*. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, t. XXV, 1951, pp. 112-113). Debería pues diferenciarse, dentro del conjunto de caminos existentes, los que fueron construidos *ad hoc* por la autoridad imperial —fácilmente reconocibles en las partes conservadas por su tendencia rectilínea y orientación en lo posible cardinal— jalonados de tambos cuyo carácter de tales la arqueología en muchos casos aún debe confirmar, de otros que preexistieron y coexistieron con aquéllos, de un carácter más local, simples sendas que más que los primeros deben haberse seguido utilizando en la época colonial y aún moderna. Los "caminos incaicos poco documentados" y "probables" del mapa 1 deben en general ser incluidos entre los segundos; constituyen en parte ramas laterales al tramo principal, deducidas por la existencia de una línea de puestos avanzados en los confines de la zona montañosa, más como protección del camino central que como límite del área de dominación efectiva. (El carácter de esta última en el territorio argentino aún no está bien aclarado). Tales puestos existieron en el oriente boliviano y salteño; más al Sur tenemos como tales a los poblados del Pucará del Inca (o del Aconquija), Saujil, Los Sauces cerca de La Rioja y la "Tambería del Inca" de Chilecito; más al Sur hemos explorado la "tambería" del Paso de Lámar que sin duda tuvo el mismo carácter: poco más al N. O. el camino principal se interna desde Guandacol a las hoy inhóspitas serranías del Gualcamayo, para dirigirse luego hacia el Sur a lo largo de la Sierra del Volcán. No hay trazos del mismo en la zona de Huaco y Jáchal, como cree Strube siguiendo probablemente la deducción de Alurralde (p. 52), y en el gran yacimiento de Pachimoco casi no hay influencias incaicas. Tampoco las hemos observado en el valle del alto río Jáchal (Angualasto-Majimán). La "ausencia de pucarás en las tierras de los Warpes" se debe menos al "blando carácter de esta raza" (p. 35) que al hecho de que hubo una *coexistencia pacífica*: aquí sólo interesó a los incas asegurarse el camino a Chile, que fue trazado lejos de las poblaciones existentes en los "barreales" de la zona. Es probable, en cambio, que un ramal

cordillerano remontase el río del Valle del Cura desde su confluencia con el Blanco (donde existe una tambería que será explorada próximamente por este Instituto), para seguir por el río de las Taguas y cruzar a Chile por el Paso Valeriano, en el cual conocemos la existencia de otra tambería. Varios otros pasos muestran haber sido utilizados en la época incaica (como acertadamente lo supone el autor en la p. 57), todos asociados a tamberías en una región hoy totalmente inhóspita y deshabitada; además de los pasos del Inca y del de los Bañitos señalados por Strube, tenemos el de los Tambos al sur de aquél, el ya citado del Valeriano al pie del Cerro El Toro, el de la Deidad y el de las Tórtolas al pie del cerro homónimo. También por el paso de las Ojotas cerca del Mercedario debió pasar una senda precolombina: conocemos unas "pircas indias" en las faldas de ese gigante andino. En cuanto a una posible ruta incaica al Sur de Mendoza (p. 55), no conocemos ningún indicio, y no hay influencias arqueológicas directas de aquéllos en la zona del antiguo Valle de Uco. La escasa toponimia peruana en Neuquén, si realmente lo es, pudo llegar a través del Araucano. Las "grandes ruinas indeterminadas" de Malargüe —que Canals Frau creyera un Kalasasaya— no están asociadas a elementos arqueológicos, y según documentación histórica se trata de corrales construidos hace unos 80 años.

El libro del P. Strube cumple sin duda con su propósito de estímulo para ampliar zonalmente las investigaciones. Hay mucho por hacer, en especial en el ámbito cronológico-cultural y en el estudio de las manifestaciones religiosas asociadas a las rutas y sendas (círculos de piedra, apachetas, petroglifos, ofrendatorios de alta montaña). Pero el panorama histórico general y los conceptos orientadores están dados.

JUAN SCHOBINGER

SERRANO, Antonio: *Introducción al arte indígena del Noroeste Argentino*. Cuaderno N° 1 de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Tucumán. 46 págs., 12 figuras y 14 láminas fuera de texto. Salta, 1961.

El presente trabajo del profesor Antonio Serrano constituye un nuevo enfoque para el conocimiento de las culturas del Noroeste Argentino, encarado no precisamente desde el punto de vista estrictamente arqueológico, por cuanto no nos trae ninguna nueva aportación en este sentido, sino atendiendo más bien a darnos una interpretación del material arqueológico ya muy conocido de la región, desde el punto de vista estético. El trabajo que comentamos constituye en gran medida una especulación teórica sobre problemas de estética referidos al arte indígena, sosteniendo que para captar su ideal de belleza o los móviles que lo llevan a su creación, es necesario conocer otros motivos extraestéticos para que la creación artística de estos pueblos primitivos nos resulte agradable y a la vez comprensible. Enfocado el problema desde

este punto de vista el profesor Serrano nos proporciona la opinión de teóricos estéticos e historiadores de las culturas como Boas, Meumann, Herskowitz, Mauss y otros, todos ellos apuntando a la mejor comprensión de los elementos formales de los estilos característicos y representativos propios de la creación de la mentalidad primitiva, afirmando el autor a su vez que, como opina Meumann, en la creación de las obras de arte intervienen móviles extraestéticos que generan formas, motivos y modos de ser de ese arte peculiar. El desconocimiento de estos motivos extraestéticos hace que la creación artística de pueblos primitivos no nos resulte agradable ni aun comprensible. Pero por otra parte, afirma el Prof. Serrano, muchas obras consideradas de arte, no son el producto de la creación artística ni ha habido en ellas la intención o voluntad de alcanzar lo bello, sino tan sólo la de representar valores mitológicos o mágicos. La belleza puede surgir en estos casos tan sólo por el virtuosismo del artesano que la ejecuta. Por lo tanto, no se puede entrar al mundo del arte primitivo sin un conocimiento previo de las culturas que lo generan. En el campo etnológico ese mundo está vivo aunque no siempre puede llegar a interpretarse. En las culturas arqueológicas se alcanza a percibir en forma muy fragmentaria. El historiador del arte primitivo debe recurrir a estas vivencias, no sólo para interpretar ese mundo de ideas que no es el suyo, sino para comprender estéticamente la obra que estudia.

En los casos particulares de América y el Noroeste Argentino, afirma el profesor Serrano que el arte indígena es fruto de ese mundo de ideas, sorprendiendo la universalidad de ciertos símbolos que forman parte de un fondo mítico común, advirtiendo, a la vez, que no todo símbolo de aparente universalidad americana, pertenece a ese mundo mítico, pues puede ser también simple forma decorativa sin intención de representar un valor simbólico. A modo de ejemplo enumera el autor una serie de motivos que se advierten como símbolos en el arte indígena americano, como la cruz, el lagarto, el triángulo escalonado, la serpiente, el felino, etc.

En un segundo capítulo, siguiendo a Marcel Mauss, esboza una clasificación de las artes plásticas, advirtiendo que la misma si bien es satisfactoria para una sistematización objetiva del arte, es insuficiente para una especulación de naturaleza estética cuyo enfoque tendría que ser afrontado por los estéticos y los historiadores del arte.

En el tercero y más extenso de sus capítulos, el profesor Serrano encara con criterio más específico un análisis del "arte decorativo" por considerar que en las culturas americanas es sin duda el que adquiere mayor desarrollo y diversificación. En el arte decorativo, es donde encontramos más definidos y pronunciados los aspectos formales que caracterizan el arte plástico en general, es decir la simetría, el ritmo y el énfasis de formas. Estos aspectos fundamentan la idea de estilo, idea ésta ya expresada en otra de sus obras por el autor. Sus conocimientos sobre este tema le han permitido exponer sus puntos de vista sobre el origen y génesis del arte decorativo primitivo teniendo en cuenta el

desarrollo de estos estilos "vivos" y con miras a servir de base al estudio e interpretación del arte de culturas extintas.

Para ubicarnos en la parte central del tema, Serrano divide al país en nueve provincias o regiones artísticas, teniendo en cuenta para ello los estilos, empleo de materias primas y tecnologías, que presentan un cierto grado de homogeneidad, etc. Lástima que se limite únicamente a enumerarlas sin darnos las características esenciales de cada una de ellas ni los motivos particulares que ha tenido en cuenta para su particular división.

El quinto y último capítulo de esta publicación se refiere en especial a la "Provincia del Noroeste", discriminando toda su área en las distintas culturas que tradicionalmente son ya conocidas e indicando las manifestaciones artísticas que les son propias y de cuyo análisis en particular no nos ocuparemos por ser ya conocidas a través de sus publicaciones anteriores y de otros autores. Por otra parte, sostiene aquí el autor la necesidad de que toda futura labor se oriente hacia la investigación de estas expresiones con criterio particular, no panorámica, es decir, como expresión estética en función de su cultura. En este sentido afirma que trabajos y contribuciones de índole descriptiva, interpretativa y de valoración estética son aún necesarios en gran medida, los que pueden conducir al conocimiento de los estilos locales, sus génesis y su real trabazón con el resto de los demás elementos de las respectivas culturas.

Un trabajo de esta naturaleza ya lo había adelantado el profesor Serrano en su "Arte Decorativo de los Diaguitas". Ahora analiza algunos elementos de los estilos más característicos de las culturas del Noroeste Argentino tratando de indicar en cada caso las razones extra-estéticas que motivan muchas de esas expresiones artísticas.

Esta publicación está completada con una serie de ilustraciones esquematizadas y láminas que ya conocemos a través de otras de sus publicaciones, además de una bibliografía circunscripta al nuevo enfoque de este trabajo.

RICARDO H. CASTAÑEDA

MEISTER, Albert; PETRUZZI, Susana; SONZOGNI, Elida: *Tradicionalismo y cambio social*. Publicación 1, Serie Estudio de Área en el Valle de Santa María. Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional del Litoral. Rosario, 1963.

Este trabajo es fruto de una inquietud que se presentó luego de haber iniciado, el Instituto de Antropología de Rosario, investigaciones arqueológicas del Valle de Santa María (prov. Catamarca).

Así como "el valle nos atrapó desde entonces en una suerte de magia" (pág. 9), el problema social de la zona se hizo de una importan-

cia tal que las dos investigadoras argentinas se compenetraron de la necesidad de realizar un estudio completo del área.

Investigaciones como la presente son muy importantes, no sólo por la labor realizada, sino porque contribuyen al desarrollo de los estudios antropológicos en la Argentina.

El cap. I firmado por Susana Petruzzi hace la historia de la investigación, que detalla el objeto y el plan. Los pasos de los trabajos se iniciaron con la investigación arqueológica para pasar a los problemas que componen la presente publicación, dando los temas que fueron estudiados. Señala la hipótesis central que plantearon: "Sociedad tradicional con resistencia al cambio" y las dificultades que se le presentaron. Punta de Balasto fue la comunidad elegida para iniciar, reseñándose las dificultades que tuvieron en ésta y otras zonas.

Elida Sonzogni al hablar del Valle de Santa María hace la descripción sociogeográfica, la arqueología de la zona y las etapas históricas. Se tratan las actividades básicas, comunicaciones, fuentes de trabajo, estructura política, relaciones sociales luego de la emancipación, la ruptura del aislamiento del siglo XX, la industrialización vitivinícola, las nuevas comunicaciones, haciéndose notar a Santa María como "foco económico del Valle" y el atraso de las pequeñas comunidades. Se utilizaron datos censales para las actividades ocupacionales y estratificación social. Termina el capítulo con las ideologías de cambio y dinámica de las clases sociales.

Albert Meister desarrolla la perspectiva y plan de la investigación. Establece los problemas que debieron afrontarse. Da la hipótesis general, los criterios de selección y las variables independientes y dependientes e intervinientes, recalcando las preguntas que se formularon para averiguar el carácter de la ocupación, las variables ecológicas, los cambios en los métodos y relaciones de trabajo, las pautas familiares, la educación de los niños. Igualmente en lo que se refiere a la casa, el presupuesto y las industrias domésticas y los cambios en las participaciones informales y formales y las posibilidades de que la sociedad cambie, como también las aspiraciones personales y familiares, especialmente el deseo de abandonar el Valle y el mejoramiento del nivel de vida, educación, lenguaje; el grado de movilidad geográfica y profesional.

Se examinan los problemas que representa el estudio del área: a) Significación de los datos de la encuesta, b) los datos a recoger en el estudio antropológico social y el estado actual de las investigaciones de otras disciplinas, dándose la formulación definitiva de la hipótesis en que se señala que el cambio social desorganiza los modos tradicionales y que los individuos que más perciben el cambio social tienden a manifestar comportamientos diferentes.

Se ha agregado el cuestionario completo de la encuesta que consta de 188 preguntas que señalan el arduo trabajo que ha necesitado esta investigación. Se ha incluido el nombre de las comunidades y la lista de los datos a obtener.

Otras integrantes del equipo investigador hacen la caracterización

personal de algunos informantes, donde se refleja su espíritu y actividad. Un mapa de la zona y fotografías completan este exhaustivo trabajo.

Felicitemos a los autores por la dedicación puesta al servicio de los estudios antropológicos-sociales. A pesar de la modestia que muestran a lo largo de sus enunciaciones, su trabajo puede servir de modelo a otras investigaciones para obtener datos acerca del cambio social en nuestro país y en otras regiones.

LUBE SARA ROTTMAN

NOTA: Por falta de espacio, no ha podido ser incluida en el presente tomo la sección *Otras publicaciones recibidas (Bibliografía Breve)*. Aparecerá en el tomo XIX (1964).

LA PRIMERA EDICION
DE ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRAFICOS D'ACCURZIO,
CALLE BUENOS AIRES N° 202,
CIUDAD DE MENDOZA,
EL DIA 24 DE DICIEMBRE
DE 1964.

